María Martínez

Mensajes en tazas de café



CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Mensajes en tazas de café

María Martínez



CROSS BOOKS

Para ti, que has perdido el miedo a ser tú mismo.

Para Jimin, FACE & MUSE de mi inspiración.
Gracias por ser un reflejo inesperado de mi propia voz, Joel tiene tu alma.



Prólogo

Vivimos como si creyéramos que siempre habrá un día más, otro momento, un después. Pero la verdad es que nunca sabemos cuándo será la última vez que abrazaremos a alguien que queremos, cuándo será la última vez que reiremos con esa persona o cuándo diremos el último «te quiero» nacido del corazón, sin pensar.

Sin embargo, la vida es una cabrona que no avisa, no espera y le importa una mierda que tú creas en las segundas oportunidades. Un día decide que ese será el último y te pega con todo.

Te destroza.

Continuar viviendo cuando tu mundo se hunde y tu hogar se derrumba es lo más difícil. Sobre todo, si pierdes lo que más amas y ocurre sin ningún aviso, sin que puedas evitarlo. En un solo instante. Un golpe seco que desarma tu vida, la que creías perfecta, segura y repleta de tiempo. Un tirón que te descose el corazón y ralentiza sus latidos hasta casi detenerlos, ya que el impulso que lo mantenía vivo se convierte en un cajón de recuerdos que temes abrir, porque escuecen.

Mi mundo dejó de girar la noche que murió mi madre.

Ella lo era todo en nuestras vidas. El universo que nos cobijaba, el corazón que nos impulsaba, el abrazo que nos protegía. Con ella se

fue una gran parte de nosotros como familia, imposible de reemplazar. Sin ella no solo quedé huérfano, dejé de estar completo y no encontré consuelo pese a estar rodeado de luces brillantes. Sentí por primera vez el dolor que provoca no solo la pérdida, sino también la culpa y la incertidumbre de cada ¿y si...? que se enredaba en mi mente agravando mi insomnio.

¿Y si hubiera ido más rápido? ¿Y si hubiera elegido otra ruta? ¿Y si hubiera insistido más en que no saliera?

¿Y si...?, me preguntaba cada vez que recordaba esa noche funesta.

Era diciembre. Faltaban pocos días para Navidad.

El timbre de mi teléfono resonó dentro del coche y en la pantalla del salpicadero apareció el número de mi madre. Activé el manos libres.

—¡Hola, mamá! ¿Ya has terminado?

—Hola, cielo. Sí, acabo de salir.

—¿Cómo te ha ido?

—No creo que la acupuntura arregle mis problemas de espalda. Esta es la quinta sesión y no noto que mejore, la verdad.

Arrugué la nariz con un gesto de disgusto. Mi madre llevaba meses lidiando con una hernia de disco, cuya solución más efectiva requería someterse a una cirugía. Le habían asegurado que la intervención era muy segura y que no tenía por qué haber complicaciones. Sin embargo, a ella le asustaba pasar por todo el proceso y desde entonces buscaba alternativas que pudieran aliviarla. Ninguna había funcionado realmente.

—¿Te estás replanteando operarte?

—No lo sé... —suspiró. Dejó que las palabras flotaran unos segundos antes de cambiar de tema—: ¿Ya estás de camino?

—Sí, me encuentro a un par de manzanas, pero hay mucho tráfico. Hace frío y llueve, así que quédate en el vestíbulo. Aparcaré e iré a buscarte.

La oí resoplar.

—Sabes que aquí no hay dónde aparcar, te esperaré en la acera. Además, ha comenzado a nevar y me encanta ver cómo cae la nieve.

Levanté la vista a través del parabrisas y vi pequeños copos flotando bajo la luz de las farolas. Sonreí al notar que una espesa cortina blanca comenzaba a formarse. Si continuaba así, cubriría el suelo en pocos minutos.

—Al final tendrás tu blanca Navidad —dije.

—¡Me negaba a perder la esperanza! Una Navidad sin nieve es como una tarta de cumpleaños sin velas o un pavo sin relleno. Son los detalles los que convierten algo cotidiano en un momento especial.

Me reí, contagiado de su buen humor.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo —replicó en tono burlón—. ¿Gaby cenará con nosotros ese día?

Noté una punzada en el estómago. Gaby era mi novia desde hacía tres años y no atravesábamos nuestro mejor momento. Éramos muy diferentes en todos los sentidos y, con el paso del tiempo, nuestras discrepancias sobre el futuro y lo que buscábamos en la vida se habían ido acentuando, lo que provocaba que discutiéramos constantemente.

Su familia se dedicaba al negocio inmobiliario desde hacía generaciones. No solo habían acumulado una fortuna significativa, sino que eran personas influyentes en la ciudad. Ahora que su padre había decidido enfocarse en la política, cuidar la imagen pública

familiar era lo único que les importaba. También a Gaby. Por eso pensaba que, tener un novio que había abandonado la universidad para montar una cafetería con su hermano y seguir haciendo música con la banda que había formado en la secundaria junto a sus amigos lo consideraba algo de lo que avergonzarse. Mis sueños y aspiraciones sobre una vida sencilla y tranquila le parecían ridículos.

Llevaba un tiempo presionándome para que aceptara un trabajo de oficina en la empresa que dirigía su hermano; para que cambiara mi forma de vestir y de hablar; para que me cortara el pelo y fuera siempre afeitado. En definitiva, quería que me convirtiese en alguien que no era ni nunca sería, y yo no lograba entender por qué. Me tenía por un buen hombre: familiar, responsable, trabajador, amable y educado. Y la quería con todo mi corazón.

Sin embargo, para Gaby no era suficiente, y yo empezaba a cuestionarme si alguna vez le gusté de verdad, o si solo vio en mí un proyecto al que darle forma para encajar en su ideal de vida perfecta.

—Asistirá a una cena benéfica con su familia —respondí.

—¿No irás con ella?

—Sabes que no estoy cómodo en esas cosas. Además, serán las primeras Navidades de Becca con nosotros y ¿qué hay más importante que estar todos juntos?

—Tienes razón —respondió con voz suave.

—Siempre la tengo —la imité.

Se le escapó una risita.

—Eres perfecto como eres; lo sabes, ¿verdad? No necesitas cambiar. —Un nudo de emoción que no me pasó desapercibido amortiguó su voz.

Mi madre era consciente de mis problemas con Gaby y, aunque nunca se inmiscuyó en mi relación ni habló mal de ella, sabía que

sufría al ver que mi propia novia me consideraba insuficiente.

Tragué saliva.

—Lo sé, mamá —contesté.

—No lo olvides nunca.

Asentí frente al volante, aunque ella no pudiera verme.

—Abrígate y ten cuidado. Estaré ahí en nada.

—Te quiero, Joel.

—Yo también te quiero, mamá.

Colgué el teléfono y esperé paciente a que el semáforo cambiara de color, mientras pensaba en las últimas palabras que me había dicho Gaby esa misma mañana: «No puedes pasarte la vida siendo un don nadie».

Eso me había dolido, porque yo era alguien. Un «alguien» muy afortunado. Estaba sano, tenía una familia que me amaba, un trabajo que me gustaba y me permitía vivir cómodamente, y los mejores amigos del mundo. Cualquier otra forma de medir el éxito de una persona me parecía irrelevante. Superficial.

No podía seguir cerrando los ojos a la realidad: nuestra relación había cambiado. La chispa se extinguía como una llama a la que se le acaba el aire. Ser consciente de ello me hacía sentir culpable y por esa razón continuaba callando; no quería ser el villano.

Empecé a preguntarme cuánto más tenía que esforzarme antes de tirar la toalla. Cuál era el límite para aceptar que seguir juntos solo nos hacía daño. Cuán infelices debíamos ser antes de darnos cuenta de que no bastaba con querernos. Porque me estaba volviendo loco intentando que funcionara.

Hice a un lado esos pensamientos y le eché un vistazo al navegador. Apenas había avanzado unas decenas de metros. A ese paso, un bebé gateando me habría ganado en una carrera.

Subí la calefacción un par de grados y acerqué las manos frías al aire caliente. Fuera, la nieve comenzaba a brillar sobre el asfalto y los coches, mientras el humo de los tubos de escape se alzaba como fumarolas desdibujando las luces.

—¡Joder! —mascullé cuando el taxi tras el que circulaba frenó de golpe y casi me estampo contra él.

Miré el semáforo. Estaba en verde, pero la cola no avanzaba. La impaciencia empezó a apoderarse de los conductores: unos hacían sonar el claxon con insistencia y otros salían de sus vehículos tratando de averiguar qué provocaba el atasco. Bajé la ventanilla y asomé la cabeza, pero desde allí no podía ver nada. Solté un largo suspiro y alcancé el teléfono para avisar a mi madre de que aún tardaría un poco más.

Después de varios tonos, saltó el contestador.

Volví a intentarlo, saltó de nuevo.

Sentí un peso molesto en el pecho. Una opresión que me obligó a abrir la boca e inspirar con fuerza. Salí del coche y me estiré sobre las puntas de mis botas, pero la fila de vehículos me tapaba la vista.

—Eh, disculpa, ¿sabes por qué estamos parados? —le pregunté a un hombre que avanzaba en bici por la acera en sentido contrario.

—Ha habido un accidente —respondió aminorando la marcha—. Un automóvil ha invadido la acera y ha atropellado a varias personas.

Durante unos segundos, el silencio dentro de mi cabeza fue ensordecedor. La información penetró en mi cerebro y el corazón se me aceleró sin apenas espacio bajo las costillas, sacudido por un presentimiento aterrador. Un impulso irracional me lanzó hacia delante. Eché a correr entre los coches. Bajo la nieve, una fina capa de hielo crujía con cada uno de mis pasos y resbalé más de una vez.

Me abrí paso a través de una barrera humana y, cuando alcancé a ver lo que había al otro lado, mis rodillas flaquearon. Varias personas con heridas de diversa gravedad eran atendidas por otros transeúntes que pedían a gritos médicos y ambulancias; justo en el mismo lugar en el que mi madre debía aguardar mi llegada.

La busqué con la mirada. Mis ojos recorrieron la escena a una velocidad frenética.

«No, no, no, no, no...», gemí al encontrarla.

Estaba tirada en el suelo, con la mitad inferior de su cuerpo atrapada bajo el frontal de un coche que se había estrellado contra la marquesina de la parada de autobús. Dentro se podía ver al conductor inclinado sobre el volante y totalmente inmóvil.

Corrí hacia ella.

—¡Mamá, mamá...! ¡Dios, lo siento!

Si hubiera salido cinco minutos antes...

Si hubiera escogido un trayecto diferente...

Quizá...

Ella enfocó la vista en mí, desorientada y confusa. Un burbujeo extraño brotó de su garganta cuando intentó hablar. El pánico me devoró por completo y el nudo en mi garganta se transformó en una piedra que no lograba tragar al notar que su pecho apenas se movía.

Necesitaba atención médica. Debía sacarla de allí.

Metí las manos bajo sus brazos y traté de arrastrar su cuerpo. Un quejido de agonía escapó de sus labios.

—No deberías moverla —dijo una voz a mi lado.

Levanté la vista y me encontré con una chica. Tardé unos segundos en procesar su imagen: el rostro pálido como la cera, el pánico grabado en los ojos, la sangre que resbalaba desde la frente hasta la barbilla y la herida que se entreveía bajo su cabello pelirrojo, enmarañado y cubierto de nieve. Deduje que era otra

víctima del atropello. Sentada en el suelo, sostenía la mano de mi madre entre las suyas.

Mi madre empezó a temblar. Enmarqué su rostro con la palma de mi mano; su piel estaba helada y se tornaba azul.

Antes de que pudiera quitarme el jersey para abrigarla, la chica se despojó de su sudadera y la cubrió con ella. Nuestras miradas se cruzaron. Quise darle las gracias por haberla socorrido y haberse quedado a su lado a pesar de estar también herida, pero en ese instante llegaron varios sanitarios del servicio de emergencias y comenzaron a atenderlas.

En lo que me pareció una eternidad, inmovilizaron a mi madre y la colocaron en una camilla. Como no había ambulancias suficientes, las subieron a las dos en la misma unidad para trasladarlas al hospital. Antes de que cerraran las puertas, pude ver cómo esa chica volvía a tomar la mano de mi madre y le hablaba con una pequeña sonrisa. Ese gesto hizo temblar mi corazón.

Cuando logré salir del atasco y llegar al hospital, mi padre y Levi, mi hermano, ya estaban allí.

Un par de horas más tarde, seguíamos sin saber nada de cómo se encontraba mamá. Nos pedían tranquilidad y paciencia, pero esas respuestas solo conseguían aumentar nuestra desesperación. La falta de información nos hacía temer lo peor; así funciona el cerebro humano cuando el miedo lo domina, se convierte en un pájaro de mal agüero dibujando el escenario más trágico.

El deseo de encender un cigarrillo se instaló en mi pecho como una presión física. Palpé el paquete de tabaco aplastado que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón. Hacía meses que había dejado de fumar, pero continuaba llevándolo encima por razones que ni yo mismo sabía.

—Traeré café —anuncié.

Mi padre asintió sin levantar la vista del suelo. Se tocaba el pecho constantemente y mi hermano y yo intercambiamos una mirada de preocupación: aún se estaba recuperando de una intervención en la que le habían colocado un marcapasos.

Las máquinas dispensadoras se encontraban cerca de la entrada y me dirigí allí. Saqué un puñado de monedas de mi bolsillo. Una a una, las fui insertando en la ranura y seguí las instrucciones que aparecían en la pantalla.

Una columna de vapor ascendió nublando mi vista mientras mis pulmones se llenaban con el fuerte aroma del café caliente. El cuerpo me temblaba de arriba abajo, los ojos me escocían y durante un largo instante los cerré aturdido. Al abrirlos, una melena rojiza captó mi atención. Me giré y la vi desaparecer tras las puertas automáticas de la salida.

Era la chica del accidente.

Pensé que ella podría saber algo más sobre lo que había pasado o sobre mi madre, así que seguí sus pasos sin dudar. Tuve que hacerme a un lado cuando un grupo de paramédicos entró a toda prisa empujando una camilla.

Una vez fuera, la busqué con la mirada y el corazón en un puño. La descubrí dirigiéndose hacia la avenida y corrí tras ella. Mis botas se hundían en la nieve, que no dejaba de caer espesa y copiosa. Al doblar la esquina, la vi cruzando el paso de peatones. Corrí más rápido, pero el semáforo me frenó justo cuando un autobús se detenía en la parada de enfrente.

Vi cómo subía, pagaba su billete y recorría el pasillo hasta sentarse en la parte trasera, junto a la ventanilla. Apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos mientras se frotaba las mejillas con la manga de su camiseta. Parecía tan triste como exhausta. Devastada.

No pude hacer nada, salvo memorizar su rostro y observar cómo se alejaba en la noche. Levanté la vista al cielo, con los hombros hundidos y los labios apretados. El nudo que tenía en la garganta era tan grande que me estaba ahogando.

Regresé al hospital sin ser consciente de que lo hacía. El murmullo que sentía en los oídos y el retumbar de mi corazón muerto de miedo apenas me dejaban pensar. Al entrar en la sala de espera, encontré a mi padre y mi hermano hablando con un médico. Y lo supe. No solo por la forma en la que el doctor puso su mano sobre el hombro de Levi para consolarlo, ni por el gesto de dolor que mi padre cubrió con sus manos temblorosas. Lo sentía en el corazón, en el agujero que se abría en mi pecho con un sufrimiento insoportable.

Respiré profundamente, como si necesitara apoyarme en ese movimiento para no caer bajo mi propio peso.

Mi madre se había ido.

Me ardían los ojos mientras arrastraba mis pies hasta ellos.

Los tres nos fundimos en un abrazo, aplastados por el peso de la realidad. Lágrimas, sollozos y desconsuelo. Era tan injusto lo que estábamos viviendo, tan cruel que el mundo continuara girando como si nada hubiese cambiado.

Personal del hospital acompañó a Levi y a mi padre hasta el depósito para que identificaran el cuerpo de mi madre y poder iniciar los trámites para su funeral.

Yo no fui capaz de ir con ellos. No quería verla en ese lugar frío y aséptico ni quedarme con esa imagen grabada en mi mente para siempre. Haberla descubierto sobre el asfalto, herida y desvalida, ya me atormentaba lo suficiente.

Me senté en una silla y esperé con el corazón hecho pedazos. Mi pecho era un campo de batalla donde mis emociones colisionaban. Una pesadilla horrible de la que quería despertar.

Hundí la cara en las manos, sollozando sin control.

Al cabo de un rato, un carraspeo insistente me trajo de vuelta. Abrí los ojos y me encontré con una enfermera que me observaba con una mueca triste y una disculpa en la mirada.

—¿Es usted familiar de Abigail Barrett?

—Soy su hijo —me aclaré la voz.

—Me han pedido que le entregue sus pertenencias a la familia —dijo, ofreciéndome una bolsa de plástico.

Miré la bolsa fijamente y la tomé sin apenas fuerzas. La abracé contra mi pecho.

—Lo acompaño en el sentimiento.

—Gracias —susurré.

Si algo quedaba intacto dentro de mí, se rompió en el instante en que vi sus cosas: la ropa que llevaba puesta, su bolso y sus zapatos. En el fondo, una prenda que desentonaba con todo lo demás. La saqué y reconocí la sudadera azul con la que la chica pelirroja había abrigado a mi madre.

La saqué y la sostuve entre mis manos. Olía a una mezcla de salsas y a algo más dulce, como perfume o loción. Tenía el logo de una cadena de comida rápida y una chapa prendida con un nombre escrito: Anna.

«Anna», repetí en mi mente.

Estreché la tela entre mis dedos y la apreté contra mi estómago.

Mi alma se rompía segundo a segundo.

Cerré los ojos, frenando las lágrimas que pugnaban por salir. En mi mente solo las veía a ellas dos dentro de la ambulancia, tomadas de la mano. Era el último recuerdo que tenía de mi madre y estaría unido a esa chica para siempre.

Quizá fue esa idea y el dolor que sentía lo que me hizo aferrarme a esa sudadera y a la persona a la que pertenecía.

Encontrarla se convirtió en una necesidad. Convencido de que era la tirita que me ayudaría a sanar la herida de mi alma, la busqué durante semanas. Meses. Sin embargo, no hallé la menor pista sobre su identidad y, poco a poco, mientras el duelo por la pérdida de mi madre se volvía algo más liviano y recuperaba el aire y las sensaciones, dejé de pensar tanto en ella. Pasó a ser un eco apagado que muy de vez en cuando se colaba en mis pensamientos. Un susurro. Un destello rojo sin rostro.

Y la sudadera acabó en un cajón.

La vida continuó. Papá, Levi y yo nos recompusimos como pudimos en un mundo que seguía su curso, pero que para nosotros ya nunca sería el mismo. Aprendimos a vivir sin mamá. Cada uno a nuestro ritmo, pero siempre juntos y unidos. Siempre echándola de menos.

Rompí con Gaby, aunque no de la forma que me hubiera gustado. Terminamos en medio de una tormenta de acusaciones y reproches. De excusas y mentiras. Con el corazón cansado, la vida desordenada y los recuerdos intoxicados.

Herido.

Traicionado.

Tanto, que por primera vez mis ganas de huir fueron más fuertes que su empeño en retenerme.

Y la solté para seguir viviendo.

Al principio fue difícil. La inercia era como un ancla que tiraba de mí hacia el fondo.

Pero el tiempo cicatriza. Sana.

A mí me enseñó que siempre existe la posibilidad de empezar de nuevo.

Que se puede volver a sentir.

Y que enamorarte de la persona equivocada es inevitable cuando el destino ya ha dibujado el mapa de vuestros caminos.

1



Dos años más tarde

Dicen que somos el reflejo de las personas que nos hicieron felices. Que estamos hechos de todos esos momentos a los que regresamos para sentirnos a salvo; de sonrisas que aparecen sin querer al abrazar los recuerdos que nos consuelan.

Esa idea siempre me ha reconfortado. Creer que al final es lo bueno de la vida lo que nos compone y permanece en nuestro interior, como el sedimento de un río que ni la corriente más violenta consigue arrastrar, sin importar el dolor o las decepciones que nos empujan bajo sus aguas para quitarnos el aliento. La nostalgia no es mala, aunque a veces te haga sentir triste: es la evidencia de cada instante feliz que has vivido y echas de menos.

Mis padres eran buenas personas, y nos educaron a mi hermano y a mí para que también lo fuéramos. Amables, gentiles, generosos. Sensibles a las injusticias, lo que al mismo tiempo nos hacía estúpidamente valientes cuando nos topábamos con situaciones en las que lo más inteligente habría sido no intervenir sin antes pensar en las consecuencias.

Aquel día tampoco me detuve a pensar en lo imprudente que estaba siendo cuando eché a correr tras el ladrón que acababa de robarle el bolso a una mujer frente al restaurante donde mi amigo Dave y yo habíamos comido.

Siempre he sido un tío reservado, que prefiere los actos a las palabras porque expresarme no es lo que mejor se me da. Mis problemas y pensamientos siempre han sido míos y tengo cierto pánico a compartirlos. Sin embargo, Dave es una de las pocas personas con las que me siento lo bastante cómodo como para bajar mis defensas y mostrarme sin ninguna contención.

Quizá porque nos conocemos desde el colegio y lo que comenzó como una absurda rivalidad terminó convirtiéndonos en los mejores amigos. Nada une tanto como pasar todo un curso compartiendo el aula de castigos, y a Dave y a mí nos castigaban continuamente por pelearnos.

Habían pasado veinte años desde entonces y nunca nos habíamos separado ni perdido el contacto, ni siquiera cuando yo abandoné la universidad y él decidió quedarse.

Estuvo ahí para mí en mis peores momentos y nunca habría superado la muerte de mi madre sin su apoyo. Tampoco mi ruptura con Gaby. Le resultaba tan fácil leerme que no podía esconderle nada por mucho que lo intentara.

Él a mí tampoco.

Por esa misma razón, supe desde el primer instante que había una razón de peso tras su invitación a comer, algo que confirmé cuando entre el primer plato y el segundo me confesó que Avery —la chica con la que salía desde hacía muy poco— se había quedado embarazada. Dave ni siquiera entendía cómo había ocurrido, él siempre tenía cuidado; pero la realidad era la que era y no se sentía

preparado ni en condiciones para asumir tal responsabilidad con alguien a quien apenas conocía.

Me incliné hacia delante en la mesa y me lo quedé mirando. No me gustaba verlo tan desanimado.

—¿Y ella qué quiere hacer? —le pregunté.

—No lo sabe. No cree estar preparada para ser madre, pero se siente muy culpable cuando piensa en abortar.

—¿Y tú?

Dave giró la cabeza y miró por la ventana del bar, pensativo.

—Estoy acojonado, Joel. No puedo dormir ni centrarme en nada desde que lo sé. No creo que pueda ser un buen padre... ¡Joder! Soy un músico mediocre que trabaja como guardia de seguridad por un sueldo de mierda y que aún intenta graduarse en la universidad, ¿qué podría ofrecerle? —Sus hombros se hundieron como si cargaran con un peso enorme—. Aun así, si ella decide tenerlo, estaré ahí para los dos. Sabes que yo no conocí a mi padre, ni siquiera sé quién es. Mi madre se ha pasado la vida trabajando, siempre he estado solo. No podría hacerle algo así a un hijo mío.

A mi amigo, esa vida llena de ausencias lo había marcado desde muy pequeño. Nunca pudo acostumbrarse a las burlas y las bromas pesadas que los otros niños le hacían por esa razón, ni a la lástima que los adultos se empeñaban en mostrarle con un montón de palabras vacías que solo servían para humillarlo.

Si ese bebé finalmente venía al mundo, no tenía la menor duda de que Dave lo daría todo para estar a la altura y lo querría sin la más mínima sombra. Aunque ahora el miedo apenas lo dejase respirar.

Quise levantarme y abrazarlo, pero la mesa que nos separaba y las decenas de personas que ocupaban el comedor me hicieron desistir de montar una escena. Dave era un llorón sensible y yo me

emocionaba hasta con *La patrulla canina*, la serie favorita de mi sobrina.

Carraspeé.

—Pase lo que pase, no estarás solo. Cuentas conmigo. Con todo el grupo, en realidad. Seremos una familia para ese bebé si decidís tenerlo.

Dave curvó los labios con una pequeña sonrisa y tomó otro sorbo de su vaso.

—Gracias, tío.

Asentí y comencé a trocear el filete, ya frío en el plato. Le conté un chiste pésimo que había oído en un pódcast sobre Thor conduciendo un taxi, en un intento aún más penoso de aligerar el ambiente para distraerlo de los pensamientos negativos que ocupaban su mente en ese momento, y que podía leer con total claridad.

La conversación entre nosotros fluyó hacia otros temas más banales, hasta que llegó la hora de marcharnos. Pagamos la cuenta y esperamos a que nos trajeran los abrigos con la nariz pegada a un acuario gigante repleto de peces tropicales. Había un gurami besucón que era igualito a nuestro amigo Ethan. Le hicimos una foto al pez y se la enviamos con un mensaje burlón. La respuesta llegó de inmediato, plagada de insultos y palabrotas que nos hicieron reír a carcajadas mientras nos chistábamos el uno al otro para no llamar la atención.

Me despedí de Dave en la puerta y tomamos direcciones distintas.

Mi cuerpo tembló bajo el abrigo: hacía un frío de mil demonios. Me subí la cremallera hasta la barbilla y metí las manos en los bolsillos. Me congelaba por momentos. Las bajas temperaturas y yo nunca nos habíamos llevado bien, y en una ciudad como Boston,

donde la humedad promedio rondaba entre el sesenta y el setenta por ciento, diciembre y enero eran una tortura.

Necesitaba que fuese primavera con urgencia.

Apreté el paso, dudando entre continuar hasta la parada de metro o coger un taxi; ambas ideas eran una malísima opción. Aún faltaban varias semanas para Navidad, pero en la ciudad el ambiente festivo ya era exagerado. La gente llenaba las tiendas y los mercadillos, y por las aceras apenas se podía andar con normalidad. Usar el coche era una completa temeridad y el transporte público, un caos. Solo imaginar que toda esa locura duraría aún un mes me estresaba.

Al cruzar la calle, un forcejeo entre la multitud que se agolpaba a la entrada del metro llamó mi atención. Tardé un instante en darme cuenta de lo que ocurría: un tipo intentaba quitarle la mochila a una chica que se aferraba a la correa como si su vida dependiera de ello.

Nadie parecía percatarse del atraco y pasaban junto a ellos como si nada.

Mi primer impulso fue correr en su ayuda. Porque lo de pensar antes de actuar no debieron de incluirlo en mis ajustes generales como ser racional; tampoco el sentido común ni la necesidad de autoprotección en situaciones peligrosas.

—¡Eh, tú, suéltala! —grité.

Al verme, el hombre se asustó y dio un violento tirón con el que logró arrebatarle la mochila. La chica cayó al suelo.

—No, no, no... mis cosas, mis cosas... —se lamentó, angustiada.

Eché a correr tras el ladrón. Lo perseguí durante dos manzanas con el corazón a mil y los pulmones ardiendo como si llevara fuego dentro. No es que mi condición física fuese mala, es que ese tío corría como Christian Coleman defendiendo la medalla de oro en un mundial de atletismo. Aun así, me mantuve pegado a su sombra

como un incordio que le hacía volver la cabeza y tropezar constantemente.

Cruzó la calle sin mirar. Un taxi haciendo sonar el claxon frenó a milímetros de sus piernas. No se detuvo y se adentró en una zona peatonal llena de gente. Iba a perderlo. Forcé mi cuerpo un poco más. Mi respiración era un silbido sordo. No, un estertor; me estaba muriendo.

Miró hacia atrás y, al ver que yo no cedía, sus ojos se abrieron con pánico. Empujó contra mí a un hombre que tomaba fotos al escaparate de una juguetería. Apenas tuve tiempo de sostenerlo y que no cayera de bruces sobre los adoquines.

—¡Detente! —grité sin aire.

La calle terminaba en unas escaleras empinadas que descendían hacia otra travesía.

—Mierda —protesté cuando sentí que mis pies no encontraban un apoyo firme—. ¡Joder!

No sé cómo logré agarrarme al pasamanos y mantener el equilibrio. El ladrón no tuvo tanta suerte y resbaló. Cayó de costado sobre la acera y pude oír el quejido que escapó de su garganta al detenerse contra el poste de hierro de una farola. Eso le había dolido.

Espoleado por el subidón de adrenalina, agarré la mochila a la que aún se aferraba y tiré con todas mis fuerzas. Conseguí quitársela, pero al retroceder tropecé y me estampé como un mosquito contra un coche aparcado. La manilla se me clavó a la altura de los riñones.

¡Joder, qué dolor!

Quedé arrinconado en un hueco entre la pared del edificio y el vehículo.

El ladrón se puso en pie y vino hacia mí con los puños apretados. En ese momento fue cuando me di cuenta de lo grande y

amenazante que era. El mastodonte me sacaba una cabeza y tenía el cuello tan ancho como el torso. Aun así, oculté la mochila a mi espalda. Tragué saliva y apreté los dientes con el coraje que solo poseen los idiotas.

Lo miré sin amedrentarme, aunque estaba seguro de que iba a partirme por la mitad. Para mi sorpresa, en el último segundo se detuvo. No sé si fue por mi aparente determinación a enfrentarlo o porque habíamos comenzado a llamar la atención y algunos transeúntes nos observaban, pero vi la duda en sus ojos y el nerviosismo en sus gestos.

Dando un paso atrás, lanzó un escupitajo al suelo, se ajustó la chaqueta y se dio la vuelta para perderse a paso rápido en la siguiente esquina.

Dejé ir todo el aire de golpe, apoyando la nuca contra el cristal del coche. Me dolía el costado y la espalda, pero la mochila era mía.

Tenía un talento natural para meterme en líos, rasgo que compartía con Levi de la misma forma que compartíamos el ADN. No los buscábamos; sin embargo, siempre acabábamos envueltos en situaciones complicadas, como si una fuerza invisible las atrajera hacia nosotros.

Quizá porque no éramos capaces de mirar a otro lado, ni de mostrarnos indiferentes a lo que nos rodeaba. «Porque, ¿qué será del mundo si todos cerramos los ojos y continuamos como si nada cuando nos topamos con una injusticia? ¿Qué será de nosotros sin corazón?», solía preguntarnos nuestra madre cuando Billy Jenkins le pegaba a Kaden Wayne en la cancha de baloncesto, o Charlie Howard le quitaba la mochila a Ben Grannis y la tiraba a un contenedor al salir del colegio y nosotros no hacíamos nada.

Así que, por el bien del mundo y nuestros corazones, Levi acabó partiéndole una ceja a Billy una tarde de verano y a mí me

castigaron dos semanas sin recreo por meter a Charlie de cabeza en una papelera y colarle una piel de plátano en los pantalones. Aunque... puede que no fuese exactamente eso a lo que se refería mamá cuando nos alentaba a cuidar de los demás.

En el fondo, también éramos un poco gamberros.

Convertirnos en un par de Robin Hood no solo nos unió como hermanos; también nos convirtió en esa parte del alma del otro sin la que no se puede vivir. Mataría por mi hermano, esa era la verdad.

Y a veces también lo mataría, porque se puede querer a una persona y desear asesinarla con la misma intensidad cuando entra en modo gilipollas.

Y Levi era lo bastante gilipollas en ocasiones como para provocarme acidez.

Más tranquilo, me aparté el pelo de la frente y resoplé. Le eché un vistazo a la mochila. Era muy vieja, de tela, y la habían remendado y parcheado infinidad de veces. Pensé que aquel guiñapo debía de tener un valor sentimental que explicara el apego de la chica, porque parecía rescatado de un contenedor.

Pesaba bastante y la agité con curiosidad. ¿Qué guardaba dentro, piedras?

En fin, confiaba en poder localizar a la chica donde la había dejado y devolvérsela.

Pero fue ella la que me encontró a mí cuando volvía sobre mis pasos.

Al doblar la esquina, casi me arrolló. Sus ojos se posaron en mi cara un segundo y descendieron hasta la mochila; se iluminaron al tiempo que su pecho agitado se elevaba con una brusca inspiración.

—¡Dios, la has recuperado! ¡Gracias, de verdad, muchas gracias! —jadeó con la voz ronca—. No sé qué habría hecho si la hubiera perdido.

Me la quitó de la mano y la abrazó contra su pecho. Alzó la barbilla y vi su rostro. De repente, el tiempo pareció quedar suspendido. Un fogonazo iluminó mi mente, un tirón en mi memoria que intentaba atrapar un recuerdo.

Sus rasgos me resultaban familiares. Estaba seguro de haberla visto antes.

Traté de recordar.

—Gracias —insistió.

—No ha sido nada, cualquiera habría hecho lo mismo.

—Créeme, no todo el mundo se juega la vida por una desconocida.

En ese momento, el moño suelto que llevaba sujeto sobre la cabeza con un palillo se terminó de deshacer y su cabello cayó como una cortina enmarcándole el rostro: una melena espesa y pelirroja, ligeramente rizada.

El recuerdo me atravesó como un rayo.

¡Era ella! ¡La chica del accidente!

Joder, la había encontrado.

No podía creerlo.

Cuando ya me había olvidado de ella, una mera casualidad la había puesto de nuevo en mi camino. Y no solo eso: en cierto modo, le estaba devolviendo parte de la amabilidad que le demostró a mi madre aquella trágica noche.

No pude evitar sonreír mientras la miraba como un pasmarote.

Era más menuda de lo que recordaba y tenía los ojos marrones, no verdes como me había parecido; un manto de pecas le adornaba la piel y descubrí un lunar en la barbilla, muy cerca del labio, que rompía la armonía de sus facciones de una forma muy mona. La cicatriz en su frente, que había disimulado con un poco de maquillaje, me confirmó su identidad.

El corazón comenzó a latirme con una fuerza inusual. Cada golpe resonaba bajo mis huesos ahogando cualquier otro sonido. Sin embargo, me sentía ligero como una pluma. Feliz de un modo infantil.

No podía ser una simple coincidencia.

O eso quería creer, porque me gustaba la idea de que el destino estuviera detrás de nuestro encuentro. Que no hay imposibles y los momentos importantes suceden cuando menos lo esperas.

Quería decirle tantas cosas, hacerle tantas preguntas, pero no lograba separar mis labios.

—En fin, gracias —repitió al tiempo que alzaba la mano a modo de despedida y continuaba su camino.

Parpadeé al darme cuenta de que se alejaba deprisa.

Mierda, iba a perderla.

—Eh, espera...

Corrí para alcanzarla mientras expulsaba pequeñas nubes blancas de aliento. Tenía los pies entumecidos y las suelas de las botas mojadas, por lo que me costaba mantener el equilibrio sobre la acera helada.

—¡No te vayas...! —grité.

Vi que se detenía en un cruce, a la espera de que el semáforo cambiara de color. Era mi oportunidad. Aceleré el paso y me golpeé el hombro con una farola que apareció frente a mí de la nada. El dolor que sentí me dejó sin aire un momento; aun así, no me detuve.

Alargué el brazo y la sujeté por el codo en el preciso instante en que la señal cambiaba de color. Ella se sobresaltó y se giró asustada. Retrocedió un paso, invadiendo la calle cuando un coche avanzaba. Apenas tuve tiempo de reaccionar y apartarla de un tirón que la hizo chocar contra mi pecho.

—Oye, ¿qué haces? —alzó la voz al tiempo que me empujaba con ambas manos.

—Lo siento, no quería asustarte.

Me miró con frialdad y desconfianza. Ya no había ni el más mínimo asomo del agradecimiento que iluminaba su rostro solo unos minutos antes.

—¿Qué quieres? —me espetó.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—¿Por qué? Ya te he dado las gracias.

Negué con un gesto.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿sobre qué?

—Verás...

—Si lo que buscas es que te recompense por tu buena acción, ya puedes olvidarlo. No tengo un solo centavo.

«¡¿Qué?!».

Me atraganté con mi propia respiración y la observé sin entender. ¿Pensaba que buscaba su dinero? ¿Cómo demonios había llegado a esa conclusión? ¿Qué veía en mí para que lo creyera con tanta convicción?

—¡No! ¡Qué va! No quiero tu dinero.

Se le oscureció el rostro, como si estuviera pensando en algo muy desagradable, y apretó los labios.

—También puedes olvidarte de otro tipo de pagos.

Me quedé congelado al comprender a qué se refería y me hizo sentir como un insecto. Había visto a mucha gente a la defensiva, pero lo de esta chica no era normal. Tan agresiva. Tan terrorífica. ¿Qué problema tenía?

Me lanzó una mirada desafiante y se dio la vuelta. Cruzó el paso de cebra a toda prisa.

Herido por sus palabras, la seguí. Debía sacarla de su error.

—Por Dios, ¡ni lo he pensado! —dije a su espalda. Se tensó al oírme, pero no dejó de caminar ni se dignó a mirarme cuando me situé a su lado y adapté mi paso al suyo—. Oye, ¿no te acuerdas de mí?

Sus ojos se encontraron brevemente con los míos.

—Es la primera vez que te veo.

—No es verdad, ya nos habíamos visto antes. Soy...

No me dejó terminar.

—No tengo ni idea de quién eres, y tampoco me interesa averiguarlo. Por favor, déjame en paz.

Por un instante dudé. ¿Era ella de verdad o mi mente me jugaba una mala pasada? No, estaba seguro de que se tratara de la misma chica.

Giró a la izquierda, hacia una calle más estrecha, y cruzó al otro lado obligando a un coche a frenar de golpe. El conductor golpeó el claxon con el puño y nos maldijo desde la ventanilla. Uní mis manos en un gesto de disculpa hacia él.

Resoplé frustrado y corrí para alcanzarla. Me negaba a rendirme con ella, aunque mi cerebro no dejaba de repetirme que lo mejor era largarme de allí y dejarla tranquila.

—Solo te pido que me dediques un minuto para hablar; es importante.

Ella me miró por encima del hombro. Si hubiese tenido colmillos, me los habría enseñado para ahuyentarme. Menudo carácter. Era tan arisca como Puck, el gato de mi vecino. Ese bicho me odiaba.

—¿Qué eres, un acosador? Si no me dejas en paz, llamaré a la policía —me amenazó.

—Pero... ¡si no te he hecho nada!

Dobló la siguiente esquina y siguió caminando hasta que sus pasos alcanzaron las escaleras de un viejo edificio residencial bastante deteriorado. Empujó la puerta, pero se detuvo antes de entrar y me miró desde arriba. Alzó la mano y me apuntó con el dedo.

—Último aviso: lárgate.

La puerta se cerró con un golpe sonoro que hizo temblar los cristales.

Me quedé allí plantado, preguntándome qué acababa de vivir. Me pasé los dedos por el pelo, procurando ordenar mis pensamientos. Había buscado a esa chica durante meses. Había pensado en ella a diario, imaginando el momento en el que la encontraría y qué le diría. En mi mente había creado una historia perfecta, que con el tiempo fui olvidando. Una película que nada tenía que ver con la realidad.

Me senté en el primer peldaño de la escalera y cerré los ojos. Tenía dos opciones: intentar de nuevo hablar con ella y poder así cerrar ese capítulo de mi vida agradeciéndole lo que hizo aquella noche por mi madre o dejarlo estar y seguir adelante como había hecho el último año. Pero me molestaba sobremanera marcharme como si nada y que la imagen que esa chica guardase de mí fuese la de un tipo raro que había tratado de acosarla.

El sol se puso poco a poco y yo continuaba allí, sentado, sin tomar una decisión y a punto de quedarme congelado. Un farol situado en la esquina del edificio iluminaba a duras penas la acera con un resplandor amarillento. Miré a un extremo de la calle y luego al otro. Salvo por unos contenedores llenos de basura y unos pocos coches aparcados, no había mucho más que ver. No era un lugar en el que yo habría elegido vivir por propia voluntad.

De repente, oí un portazo a mi espalda. Me giré y allí estaba ella. Se había cambiado de ropa y volvía a llevar el pelo recogido en un moño. De su brazo colgaba un delantal de cocina. Mientras rebuscaba algo en la bolsa de lona que llevaba al hombro, empezó a bajar la escalera con aire distraído. Entonces se percató de mi presencia. Pese a la penumbra que nos rodeaba, pude ver cómo su rostro pasaba de una expresión seria a otra aterrorizada.

Gritó algo ininteligible y regresó arriba a toda prisa.

—¡Voy a llamar a la policía! —aulló mientras me enseñaba con una mano su teléfono y con la otra intentaba encajar la llave en la cerradura.

—Te llamas Anna —dije.

Ella se quedó quieta y me miró indefensa. Tragó saliva.

—¿Cómo sabes eso? ¿Me has estado vigilando?

—¡No, lo juro! —exclamé. Frunció el ceño, tan intrigada como reacia, y yo continué hablando ahora que por fin tenía su atención —: Hace un par de años hubo un accidente en el centro. Un coche perdió el control y atropelló a varias personas. Mi madre era una de ellas. En el lugar del accidente, una chica se quedó junto a ella y la cuidó hasta que llegaron los servicios de emergencia. Las llevaron juntas al hospital en la misma ambulancia. Lo sé porque yo también estaba allí. Esa chica eras tú. —Sus ojos se abrieron de par en par y vi que tomaba aire con dificultad. Proseguí—: En la sudadera con la que la abrigaste, había una chapa prendida con un nombre: Anna. Supuse que era tuya y que te llamabas así.

Ella pestañeó con rapidez y su garganta se movió al tragar. Palpó la barandilla de la escalera antes de apoyarse en ella, como si sus piernas no pudieran sostenerla. Yo no era el único al que aún le afectaba recordar el accidente.

Le di unos segundos para que asimilara la información. Luego añadí:

—Mi madre falleció esa misma noche y puede que tú fueras la última persona que habló con ella. Suena raro y loco, lo sé, pero esa idea me hizo buscarte durante un tiempo. Necesitaba saber si te había dicho algo... O dado un mensaje... Cualquier cosa. ¿Recuerdas si... si te dijo algo?

La miré esperanzado y ella apartó la vista deprisa, como si ese contacto visual la abrumase.

Sus dedos se cerraron alrededor del pasamanos y expulsó el aire de forma entrecortada.

—No recuerdo que dijera nada. Quiero decir que... no... no me habló. Ni siquiera parecía consciente —contestó mientras bajaba la escalera y se detenía a unos pocos pasos de mí, manteniendo las distancias.

Asentí un par de veces. Cualquier ilusión que aún pudiera albergar se desvaneció.

—Lo entiendo.

—Lo siento mucho.

Forcé una sonrisa.

—No importa, no es que tuviera grandes esperanzas. —Tomé una bocanada de aire frío y me froté la sien—. También te busqué porque quería darte las gracias.

Ella levantó la mirada y sus ojos sorprendidos tropezaron con los míos.

—¿Las gracias?

—Por preocuparte por mi madre y quedarte a su lado todo ese tiempo. Tú también estabas herida... —Me llevé una mano a la frente y, en un acto reflejo, ella alzó la suya y se tocó la cicatriz—, pero la antepusiste. Así que gracias. Gracias de todo corazón por la

amabilidad y la compasión que le demostraste aquella noche. Siempre estaré en deuda contigo.

—No quiero que lo estés —replicó cortante.

Pese al rato que llevábamos hablando, no se había relajado ni un poco. Continuaba tensa, distante, y rehuía nerviosa mi mirada. Sus ganas de marcharse eran tan evidentes. Inspiré hondo y sacudí la cabeza mientras dejaba escapar el aliento. No sé qué esperaba, pero no ese desagrado solapado tras una aparente paciencia.

Me sentía decepcionado. Aunque no tenía ningún derecho.

Era mi problema por haber idealizado a una chica de la que no sabía nada y un escenario que solo había existido en mi imaginación.

—Te estoy molestando y no era mi intención, perdóname. No... no pretendía incomodarte ni ponerte en una situación difícil, lo siento mucho —me disculpé con sinceridad. Al ver que ella ni siquiera me miraba, tomé aire—. Será mejor que me vaya.

Le di la espalda y me encaminé al metro.

—Yo también lo siento —dijo.

Me giré tan rápido que sentí un latigazo en el cuello.

Anna dio un par de pasos hacia mí mientras estrujaba el delantal entre sus dedos. En su rostro podía verse el enredo total que eran sus emociones en ese momento.

—Mira, te entiendo... —comenzó a decir—. Comprendo tus razones y que no pretendes molestarme, pero... todo esto es muy incómodo y raro para mí. No me gusta pensar en lo que pasó esa noche y me he esforzado mucho para olvidarla, pero tú has aparecido de la nada y me has hecho revivirla sin que yo te lo pidiera. No... no sé qué hacer, ¿vale? Ni qué esperas de mí, si es que esperas algo. —Su voz vaciló—. Tampoco quiero que hagas nada por mí, ni que te sientas en deuda ni nada.

—Vale, lo entiendo. Y lo respeto.

—En ese momento solo hice por tu madre lo que debía.

Asentí.

—Lamento que muriera —susurró.

—Gracias.

Sacudió la cabeza con la respiración entrecortada, como si estuviera luchando contra algo dentro de ella. Me pregunté cuáles serían esos recuerdos que tanto quería desterrar de su mente; qué otras heridas guardaba bajo las que habían cicatrizado en su piel.

Las emociones que se reflejaban en su rostro me atraparon, pero también me hicieron sentir algo que no debería: una mezcla de culpa y compasión que me empujó a actuar sin cuestionarme si estaba cruzando de nuevo la línea. Colé un par de dedos en el bolsillo trasero de mis pantalones y saqué una tarjeta de presentación. Siempre llevaba algunas encima y las iba dejando aquí y allá para dar a conocer nuestra cafetería.

—Ten —se la ofrecí.

Hubo un silencio incómodo mientras sus ojos revoloteaban sobre la tarjeta. Tras unos segundos, la tomó muy despacio y le echó un vistazo por ambas caras.

—Tengo una cafetería en Seaport —empecé a explicarle—. No es porque sea mía, pero... es un sitio increíble con vistas al puerto y tenemos los mejores *smoothies* de toda la ciudad. El de mango con naranja es mi favorito. Y nuestras tortitas con huevos, beicon y sirope son alucinantes. Si algún día pasas por allí y te apetece un café, solo entra.

Me estudió con el ceño arrugado y el brazo aún en el aire. Hizo el ademán de devolvérmela.

La detuve con un gesto.

—No pienses nada raro. Reparto veinte de estas al día, se llama «captar clientes» —bromeé.

—Gracias, pero no suelo visitar esa parte de la ciudad.

Forcé una sonrisa despreocupada y me froté la nuca, rindiéndome por completo a las evidencias. Anna no tenía ningún interés en prolongar nuestro encuentro y, mucho menos, en que se repitiera. No quería conocerme. Al contrario, probablemente estuviera rezando para no volver a verme. Su rigidez, su mirada esquiva, el tono afilado y distante de su voz me lo habían dejado muy claro.

Me pregunté si trataba de esa forma a todo el mundo o solo a mí. Me intrigaba la respuesta, porque si yo era el problema, quería conocer las razones; qué veía en mí para alejarme con ese ímpetu.

—Quédatela de todas formas —convine. Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y tomé aliento—: Me alegra haberte conocido y... siento si te he causado alguna molestia. Cuídate mucho, ¿vale?

Anna no respondió. Se limitó a asentir y, tras una profunda inspiración que elevó su pecho, dio media vuelta y se alejó sin mirar atrás ni una sola vez. La observé hasta que desapareció al doblar la esquina.

Contemplé el cielo, cubierto por un fino manto de nubes a través del cual se filtraba la luminosidad perlada de una luna creciente. Sentía un sabor amargo en la boca; por la decepción, supongo. Suspiré con fuerza y una columna de vaho se elevó frente a mis ojos. La vi desvanecerse y, con la misma rapidez, puse el punto final a esa historia, al impacto que Anna había tenido en mi vida sin siquiera ella saberlo.

Asumí que siempre habría cosas que nunca llegaría a entender y que no se puede encontrar el sentido a todo. Sin embargo, se me olvidó la regla más vital que la vida me había enseñado: las decisiones que tomamos desencadenan acontecimientos que trazan nuestro futuro.

Abren puertas.

Crean posibilidades.
Y transforman lo que parece un punto final en un comienzo.

2



Me despertó el sonido de un teléfono al que llamaban de forma insistente en algún lugar alejado. La luz se filtraba de manera dolorosa a través de mis párpados y los apreté con fuerza. Me quedé quieto, esperando que los latidos que contraían mi cerebro se detuvieran antes de que pudiera explotar por la presión de una inminente jaqueca.

Tragué una saliva inexistente. ¡Dios, me apestaba el aliento y notaba un ardor en el estómago que parecía emanar del mismísimo infierno! Parpadeé varias veces hasta que logré mantener los ojos abiertos. Poco a poco, mi conciencia empezó a funcionar; los recuerdos de la noche pasada fueron apareciendo en mi mente, al principio en forma de destellos, y luego su claridad me hizo soltar un sinfín de maldiciones.

Con la habitación dando vueltas, me juré que nunca, jamás, volvería a probar algo más fuerte que una cerveza. Tenía la misma tolerancia al alcohol que un niño. Aun así, no aprendía la lección y volvía a caer en el mismo bucle cada noche que dábamos un concierto.

Normalmente, regresaba a casa solo. Enrollarme con desconocidas al azar no formaba parte de mis hábitos, pero a veces ocurría. Un rostro bonito entre el público que no aparta los ojos de mí, sonrisas

seductoras y ese «Hola, guapo» de manual acompañado de un ligero rubor y una mano atrevida que se desliza en busca de piel. Y me dejaba enredar por el atractivo del sexo casual, por el anhelo de un placer físico sin más compromiso que satisfacer el deseo del otro.

Desde que había roto con Gaby, rehuía las relaciones románticas. No estaba interesado en salir con nadie y menos aún si implicaba una conexión emocional. Por esa razón, tenía mucho cuidado a la hora de intimar con alguien y marcaba distancias insalvables sin apenas darme cuenta.

No tenía ningún problema a la hora de compartir fluidos, de tocar y dejarme tocar, de mostrar hasta el último rincón de mi cuerpo sin ninguna vergüenza y en cualquier posición. De permitir que mi pulso se volviera loco mientras mi cintura se hundía entre unas piernas. Sin embargo, me aterraba la idea de que mis latidos y sentimientos estuvieran conectados por algo más que el esfuerzo físico.

Muy despacio, giré la cabeza sobre la almohada y allí estaba ella, la chica con la que había tonteado toda la noche tras terminar el concierto. Marny, Mandy, Candy... No conseguía recordar su nombre. Tampoco cómo había llegado hasta aquella habitación desconocida para mí.

Me senté en la cama con cuidado de no despertarla, entre moribundo y desorientado. En alguna parte, el timbre de un teléfono volvió a sonar. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era el mío.

¿Quién insistía tanto un domingo por la mañana?

«¡Mierda!», exclamé. No era domingo, sino lunes, y por el sol que inundaba la habitación y los ruidos que se oían en la calle, llegaba tarde al trabajo. Me escabullí de debajo de las sábanas y recogí mi ropa del suelo. Junto a la mesita, vi un condón usado y el envoltorio.

Inspiré aliviado. Incluso borracho, había tenido cuidado. Lo tomé. Después busqué el baño y me deshice de él.

Después de vestirme y asegurarme de que no me olvidaba nada, regresé al dormitorio. No me parecía correcto marcharme sin decir nada, así que escribí una nota en un bloc que había visto sobre la mesita.

Ha sido genial. Cuídate

Al menos, esperaba que lo hubiese sido, porque mi mente estaba llena de lagunas.

Tomé un taxi y volví al local donde mi grupo y yo habíamos actuado. Rodeé el edificio y levanté la persiana del garaje en el que Harry, el dueño, me dejaba guardar la moto.

Media hora más tarde, con el bajo a la espalda, la mochila en una mano y el casco en la otra, me colaba por la puerta trasera de la cafetería. Tras dejar mis cosas en la taquilla y revolverla de arriba abajo hasta aceptar que no tenía ninguna camiseta limpia, me dirigí al mostrador. Como siempre, el local estaba lleno y decenas de personas hacían cola para hacerse con uno de nuestros cafés.

El ruido, el ajetreo, el estrés de las horas punta... todo ese caos me insuflaba calma y felicidad. Levi y yo habíamos luchado mucho para sacar adelante el negocio; invertimos todo nuestro tiempo y dinero, sacrificando gran parte de nuestra vida durante esos años, y hubo momentos en los que llegamos a creer que no lo lograríamos. Pensamos en rendirnos, pero no lo hicimos y el Wake Up Cafe se convirtió en uno de los lugares más conocidos y visitados del distrito de Seaport. De todo Southie, en realidad. Pudimos ampliar el local, comprando un espacio contiguo, y contratar empleados.

Me puse el delantal y ocupé mi puesto tras el mostrador.

—Siguiente, por favor —alcé la voz.

Se acercó un tipo trajeado con un teléfono pegado a la oreja.

—Un expreso doble con vainilla y leche de avena fría.

—Marchando.

Mi hermano apareció de la nada a mi lado, dándome un susto de muerte.

—Llegas tarde.

—Lo sé.

—Y con la misma ropa que llevabas ayer. No has dormido en casa, ¿verdad?

—No se te escapa nada, Sherlock —me burlé.

Levi resopló mientras se recogía dos mechones rizados detrás de las orejas. Yo también había llevado el pelo largo durante mucho tiempo y me gustaba, pero nos parecíamos tanto físicamente que acabé harto de que la gente nos confundiera —pese a la cicatriz que me marcaba la mejilla— o preguntara de forma insistente si éramos gemelos. Ambos teníamos los ojos azules y el cabello tan castaño que parecía negro. Misma complexión y misma altura, aunque su espalda y sus bíceps eran un poco más anchos que los míos, porque a él le iba más el gimnasio y yo prefería correr.

Levi me miró de arriba abajo. Arrugó la nariz.

—Espero que al menos te hayas duchado.

Enarqué una ceja y me encogí de hombros. Esbocé una sonrisita, avergonzado.

Él se echó a reír.

—Has salido corriendo, ¿no?

—Es que odio la parte de «¿Te apetece un café? ¿Quieres mi número? ¿Me llamarás?». Me siento fatal si digo que no, porque siempre me miran como si fuese un capullo. Pero dar esperanzas para salir del paso, cuando sé que no voy a llamarla, me convierte en un verdadero capullo. Salir corriendo me parece más digno.

Levi se rio con más fuerza y me palmeó la espalda.

—Ya no eres un crío, Joel. Madura.

Sacudí la cabeza y lo miré de reojo mientras se dirigía a la cocina. ¿Qué iba a saber él de lo que estaba hablando? Levi jamás había tenido un lío de una noche ni sexo con desconocidas para hacerse una idea de las situaciones que se podían llegar a vivir, comenzando por el arrepentimiento.

Él había salido con la misma chica desde que tenía quince años y se había casado con ella. Y, para ser sincero, lo envidiaba por ese motivo.

Yo había tenido tres relaciones serias, más o menos largas, y lo aposté todo por ellas. Quería que funcionaran, porque soy de esos ilusos que creen en las almas gemelas, en enamorarse hasta los huesos y pasar el resto de tu vida con esa persona.

Quería lo que habían tenido mis padres.

Y con Gaby llegué a creer que lo había encontrado.

No fue así, y ese último desengaño me dejó tan tocado que ni me planteaba abrirle mi corazón de nuevo a nadie. Lo encerré en lo más profundo de mi pecho y tiré la llave.

Ya había pasado un año desde entonces y el dolor por la ruptura apenas era un recuerdo difuso. Al contrario que la decepción, que aún me escocía, y no poder deshacerme de esa emoción hacía que continuara alejándome de cualquier posible relación.

Con la culpabilidad calentando mis mejillas, le di vueltas a la nota que le había escrito a esa chica. Cuatro palabras sin ningún contenido genuino. Quizá podía haberme esforzado más, añadir alguna frase ingeniosa o divertida, o un cumplido sincero y agradable. Pero ¿qué le dices a una chica cuando ni siquiera recuerdas cómo te quitaste los pantalones?

—Sigo pensando que nos hemos quedado cortos con la decoración navideña —dijo Isabella, la camarera que más tiempo llevaba con nosotros, rescatándome del pozo de vergüenza en el que me estaba hundiendo.

Apoyé las manos en la barra y recorrí con la mirada el local. La pared que daba a la calle era de cristal: tres ventanales que ocupaban todo el frontal desde el suelo hasta el techo con el nombre de nuestro café serigrafiado, y los habíamos cubierto con cortinas de luces led. Cientos y cientos de bombillitas centelleantes.

También había guirnaldas luminosas colgando del techo, entre espumillones blancos de los que pendían copos de nieve del tamaño de un plato, cintas plateadas con estrellas y lunas, y festones de acebo y muérdago. En una de las esquinas, un abeto de plástico de dos metros, repleto de adornos que los clientes iban colgando año tras año, amenazaba con volcarse bajo su propio peso en cualquier momento.

Parpadeé al descubrir un Santa Claus hinchable que el día anterior no estaba allí. Un brillo más y deberíamos incluir un aviso a la entrada para personas fotosensibles.

—Ni de coña, a este paso tendremos que ponerles un rastreador a los clientes para encontrarlos en las mesas.

Ella sacudió la cabeza, exasperada.

—¿Y unos centros de mesa con velas?

—No.

—¿Manteles rojos y verdes?

—No.

—¿Y un tren que dé vueltas alrededor del árbol?

—¿Vas a pagarlo tú?

Isabella ladeó el cuerpo en mi dirección y me sacó la lengua con un gesto de burla.

—Eres el Grinch —masculló.

Le mostré los dientes en una sonrisa, porque sabía que lo odiaba y me divertía picarla.

Ella levantó el paño que llevaba en la mano y me atizó con él a la altura del estómago. Dijo algo más, pero yo no la oí. Toda mi atención fue atraída por la aparición que acababa de entrar por la puerta.

3



«Anna».

Solo pude ver parte de su rostro un instante, pero estaba seguro de que era ella.

Vestida con un vaquero ancho, una sudadera con capucha que recogía su melena y una gorra que le ocultaba los ojos, se dirigió a una de las mesas altas sin levantar la cabeza. Se acomodó en el taburete y miró a su alrededor, incómoda, como si se sintiera fuera de lugar.

Sonreí mientras la observaba con disimulo.

Había apostado contra mí mismo a que Anna nunca visitaría la cafetería, convencido de que se había deshecho de mi tarjeta la misma noche que se la di, de la que ya habían transcurrido diez días.

Me alegraba haber perdido la apuesta.

Tomó la carta entre las manos y la estudió durante unos segundos. Vi que inspiraba y volvía a dejarla sobre la mesa. Luego, metió la mano en su bolsillo y sacó un puñado de monedas. Comenzó a contarlas y su boca se contrajo con una mueca de desilusión.

Una punzada me atravesó el pecho al intuir el problema, que acabé confirmando cuando devolvió las monedas a su bolsillo y se

puso en pie con intención de marcharse con el mismo sigilo con el que había llegado.

Sin la menor idea de la situación, Isabella se plantó frente a ella con una enorme sonrisa y su PDA preparada para tomar el pedido. Anna se sentó de nuevo y yo me di la vuelta, temiendo que mi mirada insistente acabara por delatarme.

Llamé a Isabella en cuanto regresó al mostrador.

—¿Qué ha pedido la mesa veinticinco?

—Un café.

—¿Nada más?

—Ajá... ¿Puedes hacerlo mientras preparo la cuenta de la veintitrés?

—Sí.

Saqué el portafiltro y lo vacié en el cajón con dos golpes secos. Quería equivocarme, haberlo imaginado, pero mi intuición me decía que no era así. Había sido testigo mudo de un momento privado que me había contado demasiado sobre ella. De pies a cabeza, esa chica gritaba necesidad. Desde las zapatillas desgastadas hasta su mochila remendada, la ropa demasiado grande —incluso para considerarla moda *oversize*— y ese anhelo en sus gestos al contar las monedas como si esperara que un milagro las hubiera multiplicado.

Sabía que no era asunto mío, pero quedarme de brazos cruzados no encajaba con mi carácter. Sufría algún tipo de complejo salvador que me empujaba a actuar y meter las narices donde no me llamaban —lo que me causaba muchos problemas y ningún beneficio —, y una especial debilidad por los juguetes rotos. Algo en su aura me hacía sentir que Anna era uno.

Además, estaba en deuda con ella.

El plan se me ocurrió con la misma rapidez que todas las ideas alocadas que solía tener. De golpe y sin sentido. Sin medir las

consecuencias y los medios, centrándome solo en el fin que perseguía.

Mientras el café goteaba en la taza, serví en un plato un trozo de bizcocho de yogur y lo cubrí con crema de queso mascarpone, melaza de granada y miel. Una receta familiar que había llegado a ser uno de los dulces más demandados de nuestra carta.

Lo puse sobre el mostrador, junto con el café y un vaso de zumo de naranja.

—Tienes que hacer algo por mí —le dije a Isabella.

—¿De qué se trata?

—Lleva todo esto a la veinticinco y...

Arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Qué? Si solo ha pedido un café.

—Ya lo sé. Tú llévaselo y...

—¿Por qué? —me interrumpió de nuevo.

Resoplé. A veces me arrepentía de haber cruzado la línea con mis empleados, porque en algún momento dejó de ser una relación laboral para convertirse en familiar. Y las consecuencias me mostraban el dedo cada dos por tres, cuando la confianza con la que nos tratábamos se imponía a la obediencia.

¡Nunca hacían a la primera lo que les pedía!

—¿Quieres escucharme? Dile que ha ganado el premio al cliente mil o...

—¿Tenemos un sorteo? No lo sabía —intervino Manuel. Dejó en el suelo una caja de sacos de café en grano y nos miró con curiosidad.

Jenna apareció tras él y le rodeó el cuello con su brazo.

—¿De qué sorteo habláis? —preguntó.

—Ni idea, porque a mí nadie me cuenta nada nunca. ¿Para qué? Como si no existiera —rezongó Frank con la cabeza metida en el congelador.

Levi se paró al otro lado del mostrador con una bandeja repleta de tazas y vasos sucios. Clavó sus ojos entornados en mi cara.

—¿Habéis organizado un sorteo sin consultarme?

—No hay ningún sorteo —respondí.

—Pero acabas de decirme que lleve todo esto a la veinticinco y diga que es un premio. Y, que yo sepa, solo ha pedido un café —relató Isabella.

—Entonces, ¿tenemos un sorteo o no? —quiso saber Kenji desde la máquina de café.

—¡No! —saltamos Levi y yo a la vez.

Perdí la paciencia y alcé los brazos con un gesto con el que les pedía tiempo a todos.

—Se acabó, silencio todo el mundo —gruñí. Suspiré una vez que todos cerraron la boca—. Y ahora vais a hacer lo que os diga sin preguntas ni comentarios absurdos, ¿de acuerdo? —Hubo un asentimiento general; excepto por Levi, que no dejaba de mirarme con insistencia y mil arrugas en la frente—. Kenji, tú hiciste un curso de caligrafía o algo así, ¿no?

—Se llama *lettering* y es todo un arte.

—Sí, bueno, genial... Eh, ¿podrías escribir en una de esas tarjetas «Válido por un desayuno» o algo parecido? Tiene que parecer profesional, de verdad, creíble, ¿entiendes?

Puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Para nada, pero lo haré igual.

—Bien, gracias.

—Tardo un minuto.

Frank me dirigió una sonrisita pícara antes de echarse sobre mí.

—¿Estás tratando de ligarte a esa chica?

—¡¿Qué?! ¡No! —Lo empujé con la cara ardiendo—. A ver, soy vuestro jefe y os estoy pidiendo que hagáis una cosa. Hacedla y ya

está. No jodéis tanto para cobrar vuestro sueldo.

—Vale, tampoco es para que te pongas así —protestó Isabella.

Kenji regresó y puso en mi mano una cartulina gruesa del tamaño de un sobre. Abrí los ojos al ver lo bien que le había quedado. Se me escapó una risita.

CUPÓN DE REGALO
Wake Up Café te invita a desayunar

—¿Qué te parece?

—Eres un puto genio. ¡Gracias!

Con una opresión en el pecho que hacía que respirase muy rápido y que el corazón me latiese aún más deprisa, le entregué la tarjeta a Isabella. ¿Por qué me sentía como si estuviera haciendo algo muy estúpido? Tragué con fuerza.

—¿Podrías llevarle la bandeja, decirle que ha ganado nuestro sorteo y que el premio es todo un mes de desayunos gratis desde hoy?

—¡¿Un mes?! ¿Se te ha ido la olla? —se quejó Levi.

Le pedí con la mirada que cerrara el pico y me dejara hacer, y debió de pillar la indirecta, porque dio media vuelta y se fue refunfuñando a atender a los clientes que esperaban frente a la caja.

—Es tan surrealista que no me va a creer. ¡Qué vergüenza! ¿Por qué no lo haces tú? —me pidió Isabella.

Negué con la cabeza. No quería ofenderla hiriendo su orgullo.

—Si viene de mí, lo rechazará.

Isabella pestañeó sorprendida.

—¿Cómo lo...? ¡Espera un momento, ¿ya la conoces?!

—Sssh... Ve.

—Pero...

—Ya.

—No me pagáis suficiente —replicó en tono de derrota mientras tomaba la bandeja.

Desde el mostrador, observé la escena con disimulo.

Al principio, Anna se mostró contrariada por el regalo que Isabella le ofrecía, e incluso lo rechazó un par de veces como si no terminara de entender la situación o esperara que tuviera que dar algo a cambio.

Cualquier otra persona estaría celebrando su buena suerte, pero ella solo transmitía desconfianza con cada parte de su cuerpo. Su actitud despertaba mi curiosidad como ninguna otra persona lo había hecho antes. De dónde nacía todo ese recelo, su talante esquivo y frío, el temor que se vislumbraba en sus ojos cuando la indiferencia tras la que se ocultaba cedía por una inseguridad visible y esa tensión constante que mantenía erguida su espalda.

Lo percibí el día que la conocí y volvía a sentirlo ahora.

Me escondí tras la vitrina de las tartas cuando su mirada se deslizó hasta donde me encontraba. Apreté los párpados, sintiéndome ridículo. Y decidido a convertirme en alguien aún más idiota, me escabullí al vestuario para empleados con intención de quedarme allí hasta que Anna se marchara.

La puerta se abrió al cabo de unos minutos y Levi entró en silencio. Se sentó a mi lado en el banco y exhaló un largo suspiro. Nos miramos a los ojos en el reflejo del espejo que colgaba sobre el lavabo.

—¿Vas a contarme de qué iba todo eso?

Pensé en dar una respuesta simple, algo escueto que lo dejara satisfecho y a mí me librara de ser juzgado, pero decidí ser honesto.

Me pasé las manos por las mejillas, que sentía acaloradas.

—La noche que mamá... —comencé a decir.

Levi se giró hacia mí, dedicándome toda su atención.

—Ya sabes, la noche que murió. ¿Recuerdas que te hablé de una chica que estuvo con ella en todo momento? Después de eso, la busqué un tiempo, pero no la encontré.

Levi asintió y arrugó la frente, dejando ver su preocupación.

—Pensaba que por fin te habías olvidado de esa historia.

—Es ella.

—¿Quién? —preguntó, aunque sabía la respuesta porque dejó de respirar. Hice un gesto hacia la puerta y él bufó—. ¿Cómo puedes estar seguro?

—Lo estoy.

—Joel... —resopló. Él mejor que nadie sabía lo mucho que llegué a obsesionarme con esa búsqueda, lo frustrado que me sentí cuando me vi obligado a desistir y el tiempo que me llevó olvidarme.

Sujeté su muñeca cuando trató de ponerse en pie para marcharse.

—Escúchame, por favor.

Se repantigó en el banco con los brazos cruzados a la altura del pecho.

Me dedicó una mirada firme, aunque había calidez en sus ojos.

Me observó en silencio, sin apenas parpadear, mientras yo le iba relatando todo lo que había ocurrido hasta ahora. No omití ningún detalle, ni siquiera cómo me arriesgué corriendo tras el ladrón, lo que me hizo ganarme un gruñido de desaprobación y una colleja.

Le hablé de mis impresiones, de lo confundido que me sentía respecto a ella y su actitud, y de lo mucho que me había sorprendido que apareciera en nuestra cafetería. Me disculpé por todo el lío del cupón, aunque no me arrepentía porque una parte de

mí estaba convencida de que había hecho algo bueno y necesario por ella.

Levi echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo.

—Que la hayas visto contando monedas no significa nada; puede que solo quisiera un café y quitarse de encima algo de chatarra. Hoy día casi nadie lleva dinero en efectivo, un teléfono basta para comprar cualquier cosa. Y su ropa tampoco demuestra nada, Joel. Date una vuelta por Newbury Street y echa un vistazo a los escaparates de las tiendas de lujo: algunas de esas prendas parecen sacadas de la basura, pero es moda, es lo que se lleva, y la gente paga por vestir como un sintecho. Sobre su actitud, algunas personas simplemente tienen un carácter de mierda. No todo el mundo es como tú.

—¿Como yo?

—Un idiota con un corazón que no le cabe en el pecho.

Me quedé callado mientras asimilaba sus palabras. Sí, tenía razón en todo lo que había dicho, pero este no era el caso. Y yo no era tan bueno como él creía.

—Sé que estoy en lo cierto, Levi —insistí—. Intuición, corazonada... llámalo como quieras, pero no me equivoco con ella.

Levi asintió, comprensivo, y se puso en pie. Tras despeinarme el pelo, posó su mano en mi cabeza.

—Puede que no, y entiendo que quieras ayudarla porque tú eres así pero... déjalo aquí, ¿vale? Ya has hecho más que cualquiera.

—Ella ayudó a mamá.

—¡Ni siquiera la recordaba, Joel! —Hizo una pausa e inspiró hondo —. Mira, lo entiendo. Sé por todo lo que pasaste esa noche y que una parte de ti se culpará siempre, también que no eres responsable de nada. ¿Y sabes de qué estoy seguro también? —Negué con la cabeza, deprimido por sus palabras—. Esa chica no cerrará la herida,

no te dará el consuelo que deseas. Todos echamos de menos a mamá y todos la necesitamos, pero ya no está, hermanito. —Se inclinó para palmearme el pecho con la mano—. Recuérdala y ámala con esto, es la única conexión que necesitas.

Clavé la mirada en el suelo e hice un leve gesto de asentimiento. La verdad escuece y Levi nunca la dulcificaba ni la disfrazaba para que sonara mejor. Quizá me estaba involucrando demasiado y él era capaz de ver lo que yo no. Quizá me estaba dejando llevar por mi propio egoísmo y obviando la realidad.

—Por cierto —apuntó, cambiando de tema—. Rebecca y yo saldremos a cenar esta noche. Hace mucho que no pasamos tiempo a solas. Papá cuidará de Carly, ¿por qué no te pasas y le echas una mano?

Esbocé una pequeña sonrisa. Mi sobrina era mi debilidad. Lloros, vómitos, babas, pañales sucios... y aun así me tenía comiendo de sus manitas.

—Claro.

4



—Joel... Eh, Joel... Despierta, hijo...

El susurro se coló en mi oído mientras un leve roce me sacudía el hombro. Llené el pecho con una profunda y lenta inspiración, y sentí un peso ligero y calentito que se filtraba a través de mi ropa. El olor era tan inconfundible que sonreí sin abrir los ojos. Parpadeé varias veces y el rostro de mi padre tomó forma frente a mí. Ronroneé como lo haría un gato y bajé la mirada hasta el cuerpecito diminuto que respiraba entre mis brazos.

Carly era el bebé más bonito del mundo y no pensaba discutirlo con nadie. Su llegada a nuestras vidas fue una bendición que, en cierto modo, nos ayudó a sobrellevar la ausencia de mi madre.

—Ha caído como una marmota —dije en voz baja para no despertarla.

—No ha sido la única.

Me reí, aún adormilado.

—Debería acostarla.

—La cuna está en mi habitación —me indicó mi padre.

Sostuve a Carly contra mi pecho mientras me incorporaba y la llevé hasta el cuarto. La arropé con el edredón, encendí el intercomunicador y salí dejando la puerta entreabierta.

Regresé al salón y me dejé caer de nuevo en el sofá.

La chimenea continuaba encendida y el calor que desprendía comenzaba a ser molesto. Era una chimenea decorativa eléctrica, que años atrás mi madre instaló para deshacerse de la antigua de leña que había en la casa desde que se construyó.

Me quité el jersey y aspiré el aire. El aroma que impregnaba aquella casa siempre me relajaba, porque seguía oliendo a mi infancia. Siempre sería mi casa sin importar dónde viviera. Siempre habría un sitio para mí, pasara lo que pasara.

Dejé que mi vista vagara por la estancia.

Papá había hecho un gran trabajo con la decoración de Navidad. Podía apreciarse su esfuerzo en cada detalle, casi como si lo hubiera adornado mamá. Los centros de mesa con flores rojas, las velas con olor a galleta, los calcetines colgados de la chimenea, Frank Sinatra sonando de fondo.

Me conmovía que, pese al dolor y el duelo que sentía, quisiera mantener vivas todas las tradiciones que ella había construido para nuestra familia con el paso de los años. La reunión familiar el 4 de julio para ver los fuegos artificiales, la comida de Acción de Gracias y la mañana de Navidad abriendo los regalos mientras tomábamos chocolate caliente, ir a la pista de hielo en Año Nuevo... También las pequeñas cosas del día a día, como que siempre hubiera flores frescas en la mesa del comedor o que continuara comprando el vino que solo a ella le gustaba.

Trataba de llenar su vacío de la única forma que sabía.

Intentaba que no olvidáramos nada.

Era su manera de mantenerla presente en nuestras vidas más allá de los recuerdos.

—¿Quieres un poco de vino? —me preguntó papá desde la cocina.

—Claro. ¿Ha sobrado *pizza*?

—¿Aún tienes hambre?

—Yo siempre tengo hambre.

Mi padre entró con dos copas de vino y un plato con las sobras de la *pizza* que habíamos cenado en una bandeja. La dejó sobre la mesita baja y se sentó en su sillón con una de las copas en una mano y la novela que estaba leyendo en la otra.

Lo observé mientras sus ojos se iban deslizando por las páginas. La luz de la lámpara proyectaba sombras en su rostro que evidenciaban las arrugas que marcaban su piel. En los dos últimos años, se habían multiplicado, al igual que las canas que salpicaban su cabello. Aun así, se veía mucho más joven de lo que era.

Cualquiera podía ver que era un hombre muy apuesto y atractivo, con un porte elegante y refinado que la genética nos había negado a Levi y a mí, al igual que su cerebro y su rostro. Sonreí al recordar cómo se ruborizaba cada vez que mi madre mencionaba lo guapo que era y cómo se había enamorado de sus ojos y sus manos, incluso antes de atreverse a hablar con él.

A Levi y a mí nos gustaba burlarnos de toda esa cursilería, pero la disfrutábamos en secreto porque no existían dos personas en el mundo que se hubieran amado tanto como nuestros padres.

Me sobresalté cuando llamaron a la puerta y me giré hacia el intercomunicador. En la pantalla, Carly dormía sin inmutarse.

Papá se puso en pie y fue a abrir.

La voz de Meryl, la mujer que vivía en el piso de enfrente, me llegó desde el vestíbulo. Hacía poco más de medio año que se había mudado al edificio, después de divorciarse y de que su única hija se fuese a estudiar a California.

Presté atención a la conversación, pero solo me llegaban frases sueltas sin ningún contexto. Al cabo de unos minutos, oí que la puerta se cerraba y los pasos de mi padre dirigiéndose a la cocina.

Al ver que tardaba en regresar, fui en su busca y lo encontré colocando unas galletas recién hechas en una caja de latón. Olían a canela y aún desprendían calor.

No pude evitar fijarme en la pequeña sonrisa que tiraba de sus labios y le arrugaba los ojos. Se movía perdido en sus pensamientos.

—Huelen bien.

Levantó la vista, sorprendido, como si se le hubiera olvidado que yo seguía allí.

—Las ha traído Meryl —respondió—. ¿Quieres probarlas?

Cogí la última que quedaba en el plato y le di un mordisco. La masa dulce y crujiente se me deshizo en la boca y un suave sabor tostado se me pegó a la lengua. No recordaba haber probado nada igual.

—¡Está riquísima!

—Meryl tiene buena mano para la repostería. Y su pastel de carne también es delicioso.

Su respuesta me sorprendió tanto que me quedé en silencio unos segundos asimilando su significado. Mientras tragaba el último bocado, observé a mi padre con cautela. La sonrisa había desaparecido de sus labios, pero aún brillaba en sus ojos. Una luz que había visto pocas veces en los dos últimos años y que solo provocábamos unas pocas personas.

Ahora Meryl era una de esas personas y yo no estaba preparado para esa idea. La posibilidad de que en la vida y el corazón de mi padre pudiera haber espacio para otra mujer que no fuese mi madre me hacía sentir un nudo en el estómago. Una sensación rara que no lograba interpretar y que me resultaba molesta.

De alguna manera, sentía que estaba traicionando a mi madre con el simple hecho de aceptar sus platos. De sonreír de ese modo.

Yo me sentía traicionado por la misma razón, lo cual era absurdo.

Y aun así fui lo bastante infantil y gilipollas como para preguntarle:

—¿Meryl suele traerte comida a menudo?

—Varias veces por semana. Dice que está acostumbrada a cocinar para su familia, y ahora que vive sola lo sigue haciendo sin darse cuenta. Así que prefiere compartirla a tirarla.

—Está bien, siempre que a ti no te moleste —convine.

—¿Molestarme? —Sacudió la cabeza con los ojos muy abiertos—. Al contrario, hay días que solo como decentemente gracias a su amabilidad.

Parpadeé desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Hace unos tres meses que mi asistente está de baja por maternidad y la universidad aún no ha contratado a nadie que cubra su puesto. Así que debo ocuparme yo solo de todas las clases, tutorías, conferencias... Prácticamente vivo en mi despacho y, cuando llego a casa a altas horas de la noche, es agradable encontrar una cara amable en la puerta y comida casera en la nevera. —Hizo una pequeña pausa—. Es una buena persona.

Sentí una presión sorda en el pecho. No tenía ni idea de que mi padre estuviera pasando por ese tipo de dificultades en su trabajo. Y no porque no me preocupara, es que yo también estaba lo bastante liado como para no pensar en mucho más que lograr llegar a las mil cosas que debía hacer cada día.

Intenté recordar la última vez que estuve en casa, pasando un rato tranquilo con él como en ese momento. Unos diez días atrás. No, quince. Demasiado.

¡Joder!

Estudié al hombre que tenía delante con otros ojos, más comprensivos y menos egoístas. Papá llevaba dos años completamente solo. Ya no tenía a nadie que lo esperara en casa

cuando llegaba del trabajo. A nadie que durmiera y se despertara a su lado cada mañana. Que desayunara junto a él sin prisa los fines de semana o se acurrucara en el sofá bajo su brazo. Nadie con quien ir al teatro, al cine o a dar un simple paseo bajo la lluvia. Con quien bailar descalzo al ritmo de las baladas de Phil Collins.

Nadie que lo hiciera sentirse amado como ella lo hacía.

Y no era justo que ahora solo hubiese silencio entre aquellas paredes, que su perfume ya no se notara en el aire ni que su risa ya no inundara cada rincón.

—Papá.

—¿Sí?

—¿No te sientes solo?

La mano con la que pasaba un paño húmedo por la encimera se detuvo.

Cerró los ojos mientras llenaba sus pulmones de aire. Se me rompió el corazón al ver la melancolía que tiraba de su sonrisa al mirarme.

—La echo muchísimo de menos.

—No te he preguntado eso.

—Todos nos sentimos solos alguna vez. Ya lo decía Mika Waltari: «La soledad es patrimonio de la vida adulta».

—Papá, no soy uno de tus alumnos de filosofía. Han pasado dos años y tú...

—Estoy bien, Joel. No te preocupes —me cortó.

No lo estaba y era tan evidente...

Aun así, lo dejé estar. No quería profundizar en su tristeza ni en su anhelo.

No obstante, de la misma manera acepté la realidad y decidí que debía hacer algo por él; sabía que mi madre también habría querido lo mismo. Porque si de verdad hay un lugar mejor más allá de esta

vida, ella estaría sufriendo al ver a mi padre perdido en esa soledad que respiraba.

Todavía era joven, tenía mucha vida por delante, un largo camino que recorrer, y no debería hacerlo solo. Aunque solo imaginarlo con otra mujer a su lado me ponía enfermo.

5



Levi dejó a un lado la taza de café. Se agarró con fuerza a la encimera de acero de la cocina y clavó sus ojos en mí. A nuestro alrededor, los empleados se movían de un lado a otro como abejas hacendosas, intentando no perder el ritmo y que los desayunos saliesen sin demora.

—¿Has bebido, estás borracho?

—¡¿Qué?! ¡No, joder! ¿Por qué piensas eso? —salté mientras picaba huevos revueltos de un plato descartado.

—Porque es imposible que a estas horas digas tantas tonterías estando sobrio.

—Querer que papá sea feliz no es una tontería —repliqué a la defensiva.

Levi exhaló un suspiro pesado.

—Papá es feliz, Joel. Está sano, tiene un trabajo que le gusta, amigos con los que pasar el rato, si le apetece. ¡Nos tiene a nosotros! —enfatizó agitando las manos—. No necesita una mujer en su vida para nada, ya tiene a mamá.

Negué con la cabeza.

—Mamá se fue hace mucho.

—Pero él la amaba demasiado como para reemplazarla por una vecina cualquiera —masculló mientras se llevaba a los labios la taza

de café.

Lo miré disgustado. Con o sin intención, sus palabras eran desagradables y ofensivas.

—Se llama Meryl.

—¿Qué?

—La vecina «cualquiera» se llama Meryl.

—Sé cómo se llama.

—Pues no la insultes. Es una buena persona y merece nuestro respeto, puto imbécil.

Levi chasqueó la lengua y me apuntó con el dedo.

—Habló el rey de todos. —Sacudió la cabeza y alargó el brazo para tomar un pellizco de vainilla en polvo, que después espolvoreó en su café. Dejó escapar una risita mordaz mientras le daba vueltas con una cucharilla como si fuese una centrifugadora—. Joder, ¿buscarle una novia a papá?, se te ha ido la olla por completo. Además, tú no eres nadie para decidir algo así.

Me pasé las manos por el rostro, frustrado.

—Mira, Levi, que no quieras aceptarlo no significa que yo me equivoque. Papá ya no tiene vida, va de casa al trabajo y del trabajo a casa. Se siente solo y está solo.

—No está solo, nos tiene a nosotros —insistió con vehemencia.

Una mueca sarcástica se dibujó en mis labios.

—Vamos, hermanito. ¿Cuándo fue la última vez que pasaste algo de tiempo con él? Y visitarlo cinco minutos para que cuide de tu hija no cuenta. Me refiero a pasar una tarde juntos y conversar sin prisa, interesarte por sus cosas, ir a un partido o salir a correr como hacíais antes.

Lancé mis palabras como un dardo y acerté de lleno. Vi a mi hermano perder la compostura y quedarse sin respuesta unos segundos.

—Ahora tengo una familia, muchas responsabilidades y poco tiempo. Hago lo que puedo —se justificó. Un brillo acerado iluminó sus ojos—. Oye, ¿por qué me criticas? Tú haces exactamente lo mismo.

—Lo sé, por esa razón creo que no tenemos ningún derecho a exigirle que envejezca solo, únicamente porque somos demasiado egoístas e inmaduros para aceptar la vida tal y como nos ha tocado vivirla.

—Cariño, tu hermano tiene razón —medió Rebecca, mi cuñada.

Había olvidado que estaba allí, echándonos una mano con la declaración de impuestos, como hacía cada trimestre. Levi y yo éramos unos negados para las finanzas, y gracias a ella nuestro negocio no era un caos en ese sentido.

—¿Te estás poniendo de su parte? Porque tu marido soy yo.

—Siempre estaré de tu parte, amor, pero en esto te equivocas. ¿Qué hay de malo en que tu padre salga con alguien? Si a mí me pasara algo en el futuro, me gustaría que pudieras encontrar una chica que se preocupara por ti y por Carly. No quiero que te quedes triste y solo para siempre. —Ladeó la cabeza y buscó su mirada, que mi hermano rehuía como si tuviera cinco años—. Si fuera al contrario, ¿tú querrías verme sola?

—Sí.

Lo miré atónito, y el puchero infantil que arrugaba sus labios casi me hizo lanzarle un tamiz metálico que tenía al alcance de la mano.

Becca puso los ojos en blanco y soltó una risita.

—Pues yo creo que le vendría bien tener una amiga con la que conversar, salir a cenar y sentirse acompañado. Y parece que a Meryl le gusta, se toma demasiadas molestias por él —señaló con picardía.

Asentí, de acuerdo con ella.

—¿No creéis que vamos demasiado rápido? Puede que papá no quiera nada de esto.

—Lo quiere, aunque aún no lo haya aceptado —intervine.

—Te crees más listo que nadie, pero solo eres un jodido sabelotodo —repuso.

—Sí, pero también tengo ojos en la cara y sé lo que vi anoche. Durante esos pocos minutos que Meryl estuvo en casa, papá sonreía. Sonreía de verdad. Y la forma en la que hablaba de ella... Meryl le cae bien, y puede que hasta le guste, pero conociéndolo probablemente se sienta culpable y el peor hombre del mundo por tener esos sentimientos. Hará todo lo posible para borrarlos.

Levi alzó las manos, como diciendo: «Ahí lo tienes».

—Si es lo que quiere, ¿quién soy yo para convencerlo de lo contrario?

—Joder, Levi, crece de una vez. Vamos a animarlo con esto, ¿de acuerdo? Que al menos se dé a sí mismo la oportunidad de intentarlo y esperemos a ver qué pasa.

—No, está mal.

—Quizá no pasen de amigos —comentó Becca.

Asentí. Era una posibilidad, la más probable siendo objetivos, pero me negaba a descartar cualquier otra.

—Me sigue pareciendo mal —se quejó Levi.

—Entonces, que decida la mayoría. ¡Votemos! —sugirió Becca—. Que levanten la mano los que estén de acuerdo con que Isaac merece otra oportunidad en el amor y volver a ser feliz junto a una persona que lo ame y cocine mejor que Hélène Darroze.

Todos los que estaban presentes en la cocina levantaron la mano, salvo Levi.

—¿Y a vosotros quién os ha dado voto? —gruñó mi hermano.

Todo el mundo bajó la cabeza y continuó con sus tareas, excepto nosotros tres. Becca le dedicó una sonrisa a mi hermano.

—Dos contra uno, ¡hemos ganado! —le dijo mientras se lanzaba a sus brazos y le daba un beso.

A regañadientes, él se lo devolvió, aceptando así su derrota. A mí me mostró el dedo corazón y articuló un «que te den» que me hizo resoplar. Sabía que estaba molesto y me fastidiaba que no estuviéramos de acuerdo, porque podía contar con los dedos de una mano las veces que habíamos estado en bandos enfrentados.

Eché un vistazo al reloj, mi descanso ya había terminado. Abandoné la cocina y fui al mostrador, donde relevé a Frank para que también él pudiera hacer una pausa. Memoricé los primeros pedidos que aparecían en la pantalla: dos zumos de naranja y un americano para la mesa cuatro, un moka con leche de almendras para la once y un batido de fresa y un *matcha* con leche de avena y vainilla para llevar.

Comencé a prepararlos.

—Eh, ha regresado.

El aliento de Isabella me hizo cosquillas en la oreja. La miré de reojo y supe de inmediato que se refería a Anna. Sentí un escalofrío agradable recorriéndome la espalda.

—¿En qué mesa está?

—En la doce. ¿Quieres tomar el pedido?

—No, ve tú.

Saqué del bolsillo la tarjeta que Kenji me había dado esa misma mañana. Tenía treinta casillas numeradas; una idea que se le había ocurrido para que el premio pareciera más real.

—Y dale esto. Explícale que debe guardarla y, cada día que nos visite, tacharemos una.

Isabella ojeó la tarjeta y sonrió con lentitud.

—¡Cuánto esfuerzo!

—Cállate.

Levantó las cejas, divertida.

—A ti te gusta Lizzy, ¿verdad?

Me di la vuelta y la miré confundido.

—¿Lizzy?

—Se le ocurrió a Jenna. Ya sabes, por Lizzy Bennet, *Orgullo y prejuicio*. Y Darcy eres tú, por supuesto, ayudando a su amada en secreto porque sabe que ella jamás aceptaría caridad. Os va que ni pintado. —Hizo un puchero y suspiró—. Solo me molesta que no se me haya ocurrido a mí, porque ¡la escritora soy yo! —Su rostro se iluminó de nuevo—. ¿Sabes que ya he superado los cinco mil seguidores en Wattpad? ¿No te parece alucinante?

Cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz mientras contaba hasta diez. La forma en la que cada uno de ellos agotaba mi paciencia en segundos y sin ningún esfuerzo era sorprendente incluso para mí.

—Isabella...

—¿Sí?

—¿Quieres saber lo que pasará si no estás en esa mesa en cinco segundos? —le pregunté con voz suave y calculada.

Sus ojos se abrieron de golpe. Hizo una reverencia dramática y salió corriendo, muerta de risa. Me apoyé con ambas manos en el mostrador y la cabeza colgando hacia delante. Me sentía agotado y el día apenas había comenzado.

Necesitaba un café.

Me serví un americano y me aparté a una esquina para beberlo sin molestar a los camareros. Tomé el primer sorbo y alcé la vista. Mis ojos tropezaron con ella a propósito. Solo quería verla un momento y asegurarme de que estaba bien. Después la evitaría como había

hecho hasta ahora. Vestía la misma ropa del día anterior y en su regazo descansaba esa mochila, que más que un objeto de uso parecía un apéndice que nacía de sí misma.

Se bajó la capucha de la sudadera mientras escuchaba con atención a Isabella y su melena, aún húmeda, se le desparramó por la espalda como un telón que cae de golpe. No sé por qué pensé en esa princesa Disney, con arco y flechas, que tanto le gustaba a Carly. Quizá porque ambas tenían un carácter peculiar y podían asesinarte con una mirada.

La imagen me sacó una sonrisa, pequeña y acompañada de un vuelco en el estómago.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Ladeé la cabeza y me topé con Levi, que se había detenido a mi lado con otro café en su mano. ¿Cuántos llevaba ya? También observaba a Anna, y lo hacía sin ningún disimulo.

—Solo quiero agradecerle lo que hizo por mamá; si la única forma es invitándola a desayunar unos días, así lo haré. No hay nada más.

—Y me gustaría creerte, en serio. Pero te conozco, Joel, y esta vez no se trata de un gato o un perro al que le llevas comida al callejón, ni de un mendigo al que le regalas tu ropa y veinte pavos para que duerma en una cama y pueda ducharse. Lo de esta chica es personal y me preocupa que te involucres demasiado. No la conoces.

Resoplé.

—Levi...

—No quiero que te vuelvan a hacer daño —saltó.

Sus ojos azules me miraron. Vi preocupación, dolor, enfado... y entendí cuál era el problema. Mi hermano había sido testigo en primera fila de mi última ruptura, de lo tocado que me había dejado esa relación. Pero ya había pasado un año desde entonces y yo

estaba bien. Mi corazón había sanado, y ya no era tan inocente como para abrirse con cualquiera.

—Ella no es Gaby —recalqué. Sacudí la cabeza mientras contemplaba el fondo de la taza—. Además, te juro que Anna no me interesa, ni en ese sentido ni en ningún otro más allá de pagar esta deuda que siento, ¿vale?

—No, no vale. Me das la misma confianza que mi hija cerca de un enchufe. Cero instinto de supervivencia.

Genial, ahora me había puesto al nivel de un bebé que se chupaba los pies. Me giré hacia él y le sostuve la mirada. La suya me retaba, la mía lo perforaba.

—Pues vas a tener que confiar en mí y en mi sentido común.

—¿Sentido común y tú en la misma frase? No me hagas reír —rezongó.

—¿Sabes qué? Paso de ti.

Se encogió de hombros.

—¿Y eso es una novedad? Porque nunca me haces caso.

—Claro, porque eres el dios de la sabiduría y los buenos consejos —me reí sin gracia.

—No voy a discutir contigo.

—¿Seguro? No quiero que estalles por aguantar la respiración.

Arrugó los labios y me observó con condescendencia. Odiaba que me mirara de ese modo, como si yo fuese un niño enfurruñado y él, un padre paciente a la espera de que me calmara cuando era mucho más infantil que yo.

—No diré nada más, ya eres mayorcito.

—Estupendo.

—Y me voy.

—Genial —lo animé con un gesto de la mano que lo invitaba a alejarse.

—Bien.

—Bien.

Me llevé la taza a los labios con tanta fuerza que me golpeé los dientes.

—Mierda.

Me pasé la lengua por la superficie para comprobar que no se habían roto ni astillado. Dejé la taza a un lado, demasiado molesto como para hacer algo más que resoplar y maldecir. Levi se equivocaba: Anna no significaba nada para mí y no tenía intención de implicarme con ella. Solo estaba intentando hacer algo bueno por alguien que parecía necesitarlo, nada más.

Sabía que mi actitud podía malinterpretarse, pero no había nada confuso en mis sentimientos y motivaciones, ni ella me confundía. Tampoco la veía como una mascota a la que rescatar o salvar.

Qué equivocado estaba.

Y qué tarde me di cuenta.

6



Anna vino al café al día siguiente.

Y al siguiente.

Y también al siguiente.

Siempre seguía la misma rutina. Buscaba una mesa lo más alejada del mostrador o lo más cercana a la salida. Esperaba con la cara pegada a su teléfono a que Isabella se acercara y luego ordenaba un desayuno completo. Cuando terminaba de comer, pedía un café para llevar y desaparecía con el mismo sigilo con el que aparecía.

Yo también hacía mi parte y me mantenía alejado.

Cuando ella llegaba, aprovechaba para escaparme al mercado, ordenar el almacén o echar una mano en la cocina.

Sin embargo, hasta el hábito más firme y deliberado no tiene nada que hacer contra la fuerza de lo imprevisible. Del mismo modo que no puedes prever una tormenta de verano hasta que las nubes tapan el sol y la lluvia te empapa. Huir de lo inesperado es imposible.

—Odio cuando nieva, en serio. Es lo que más odio del mundo —se quejó Jenna.

—Venga, es bonito, y estamos en Navidad —dijo Manuel.

—¿Y qué parte es la más bonita para ti? ¿El suelo mojado y sucio? ¿Que la gente pueda partirse la crisma por no fijarse en el aviso de

los carteles? ¿O que todo el mundo quiera una mesa al mismo tiempo y la culpa de que deban esperar sea nuestra?

Me miró directamente y no pude hacer otra cosa salvo asentir y darle la razón.

Los días en los que llovía o nevaba eran un absoluto caos. Los clientes que normalmente no tenían inconveniente en hacer cola en la calle o se llevaban sus pedidos al parque o al paseo marítimo para tomarlos al aire libre colapsaban el local.

Aun así, no había mucho que pudiéramos hacer excepto tratar de imponer un orden y tranquilizar a la gente, pero siempre había excepciones desagradables. Levi y yo hacíamos todo lo posible para proteger a nuestro personal, aunque no siempre era fácil.

—Y hablando de mesas, ¿alguien me ayuda a limpiarlas? Yo solo no puedo con las mías y las de Isabella.

—¿Isabella aún no ha llegado? —pregunté preocupado; no solía retrasarse.

—Está en el hospital. Anoche comenzó a dolerle la tripa y era apendicitis —me explicó Manuel.

Parpadeé, conmocionado por la noticia.

—¿Apendicitis? ¿Y está bien? ¿Necesita ayuda o alguna otra cosa?

—Su hermana está con ella, y ha dicho que nos mantendrá informados.

—¿Y me lo decís ahora?

—Levi ha cogido la llamada, pensé que tú también lo sabías.

Negué con un gesto. Levi se había marchado antes de que yo llegara: debía llevar a Carly a la clínica para una revisión rutinaria y que le pusieran una vacuna. Había perdido contra Becca a cara o cruz, así que le tocaba a él pasar el mal rato con las agujas.

—Aún no lo he visto —suspiré mientras echaba un vistazo al local y reorganizaba en mi mente las prioridades—. Vale, yo me encargo

de limpiar y servir mesas hasta que mi hermano regrese.

Cogí una bandeja y me dirigí al sector que solía cubrir Isabella; que en ese momento era un hervidero de ejecutivos estresados, estudiantes con sus portátiles pasando el rato entre clases y clientes ocasionales que buscaban un lugar para resguardarse del frío y la nieve que continuaba cayendo.

Al cabo de un rato, soñaba con la idea de que me abdujera una nave alienígena y me salvara de unos críos que habían convertido una tortita en proyectiles para un lanzabolas, mientras el adulto que los acompañaba trataba de calmar a un bebé que lloraba desconsolado.

Me limpié la frente húmeda con el antebrazo y cargué la bandeja llena de platos y vasos sucios. Di media vuelta y mi mirada tropezó por accidente con unos ojos marrones que se abrieron perplejos al verme.

Durante unos instantes me quedé helado sin saber qué hacer, y aquel choque se transformó en un duelo silencioso de voluntades para ver quién de los dos era el valiente que salía corriendo antes.

Me sentí estúpido.

No tenía ningún motivo para no acercarme a ella y hacer mi trabajo. Al mismo tiempo, los tenía todos para alejarme. El primero, que mentía de pena e iba a descubrir que el sorteo fue idea mía. Notaba cómo la confesión aparecía sola en mi rostro, trazo a trazo, como si la estuviera escribiendo una pluma negra: «No debo decir mentiras». El segundo, que me daba una vergüenza tremenda hablar con ella tras el absoluto desastre de nuestro último encuentro.

Vi a Jenna acercarse y llamé su atención.

—¿Podrías ocuparte...?

Me dedicó tal mirada que no tuve el valor para acabar la pregunta.

«¡Joder!»

«¿Y ahora qué?»

«Espabila y deja de comportarte como un idiota».

La miré de nuevo y su expresión indefensa acabó conmigo.

No era el único que estaba pasando un mal rato.

Y no entendía cómo habíamos acabado en esa dinámica de inercia y cobardía tan absurda y sin sentido.

Bien, era hora de bajar la guardia y dar un paso al frente.

Caminé directo a su mesa. Escondida tras la pantalla de su teléfono, sabía que notaba mis pasos acercándose y que estaba decidiendo si levantarse o no.

—Hola —la saludé en un tono amable y profesional—. ¿Ya sabes qué vas a tomar o quieres ver la carta?

Levantó la barbilla y vi que tenía la cara roja. Parpadeó un poco y miró a su alrededor.

—¿La chica... la camarera que suele...? —empezó a decir, pero sus palabras se enredaron.

—¿Te refieres a Isabella? —Asintió deprisa—. Está enferma, no vendrá en unos días.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó preocupada.

—Apendicitis. —Abrió mucho los ojos y su semblante mutó de ansiedad a pánico—. Pero se encuentra bien y mañana podrá volver a casa. No te preocupes.

—No me preocupo —replicó en voz baja e indiferente.

No pude evitar sonreír. Allí estaba la chica arisca que yo conocía. Sin embargo, esta vez noté algo diferente en ella. La fría fachada que vestía se transformó durante unos segundos en un fino cristal, casi transparente, y vi fracturas bajo la luz. Grietas por las que se filtraba otro yo muy diferente al que mostraba.

Aunque aún no lograba descifrarlo.

—Entonces, ¿te pongo lo de siempre o quieres probar algo diferente?

—Lo de siempre.

—Hay muchos pedidos y puede que tarde un poco, espero que no te importe. —Cogí el servilletero vacío y me detuve un momento. Tomé aire y con toda la naturalidad que pude, añadí—: Por cierto, me alegro de que hayas ganado el premio. ¡Quién lo iba a decir, ¿eh?!

Sus hombros se tensaron. Me miró como si me evaluara y separó los labios.

—¿Tú...?

—¿Sí?

—Nada —respondió muy bajito.

No podía moverme. Me sentía como si su rostro sonrojado me estuviera reteniendo. Tuve que obligarme a dar media vuelta y caminar hasta la barra, donde se acumulaban los pedidos.

Me escapé al baño un momento y al regresar me crucé con Manuel, que llevaba unas cajas al almacén con el logo de uno de nuestros proveedores de café impreso en los laterales.

—¿Y esas cajas? —me interesé.

—Contienen tazas. Nos las han regalado por fidelidad, pero están serigrafiadas y no podemos usarlas sin que desentonen con el resto de la vajilla. Las dejaré en el almacén hasta que decidáis qué hacer con ellas.

El diseño de la taza dibujado en la caja era muy bonito y me picó la curiosidad.

—Dame, les echaré un vistazo.

Las llevé a la oficina y abrí la primera caja. Saqué una taza tipo *mug* y le quité el papel que la protegía. La sostuve en la mano mientras la hacía girar. Era de cerámica y tenía un acabado brillante

y suave al tacto, con el asa ancha y una silueta acampanada perfecta para sujetarla con ambas manos. Pero lo que más me llamó la atención fue su decoración: una de esas frases optimistas, con una caligrafía llamativa y colorida.

En conjunto, era realmente bonita. Sin embargo, Manuel tenía razón: nuestra vajilla tenía un estilo de líneas puras, liso y minimalista. Esta no encajaba.

Fui a dejarla en la caja, pero el chispazo de una ocurrencia absurda me detuvo.

«No lo hagas, te evita como si fueras un virus contagioso», susurró una voz en mi cabeza. Y era verdad. No obstante, ¿quién se puede enfadar ante un detalle bonito? Probablemente ella, pero ¿y si le resultaba gracioso? ¿Y si lograba arrancarle una sonrisa? Podía ser el primer paso para derretir el hielo. Para suavizar el ambiente.

Además, mis intenciones eran buenas, solo quería la oportunidad de llevarme bien con ella.

«Y al final, el propósito cuenta, ¿no?».

Asentí, dándome la razón en mi propio monólogo interno.

«¿Y qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me tire el café encima, que se largue, que arrastre mi dignidad con alguna frase hiriente?».

Y estaba seguro de que era particularmente buena en apuñalar el orgullo.

Pero como decía mi madre, solo los perdedores no arriesgan y yo quería apostarlo todo a que iba a conseguir una sonrisa. Tenía que intentarlo. Aunque era una mala idea. Me iba a odiar mucho más, seguro. O no; quizá se diera cuenta de que soy un buen tipo, con ideas divertidas, sentido del humor...

¡Joder, no era capaz de decidirme!

Saqué una moneda del bolsillo. Cara, me la jugaba. Cruz, no.

Lancé la moneda al aire y la atrapé. Abrí el puño casi con miedo.

Cruz.

La volví a lanzar.

Cara.

Vale, si no quedaba otra.

Revisé todas las frases y me decidí por una de ellas:

Que tu día sea tan brillante como tu sonrisa.

Regresé a la sala y segundos después el desayuno de Anna llegó desde la cocina. Llené un vaso grande de zumo de naranja y serví café en la taza que había elegido.

—Quiero preguntar. Me muero de ganas por hacerlo, pero prefiero no saberlo para evitar tener que matarte —dijo Levi a mi espalda y vi su dedo junto a mi cara señalando la taza.

¡Mierda, qué oportuno! Toda la mañana fuera y tenía que aparecer justo ahora.

—Gracias, tampoco pensaba explicártelo.

Intercambiamos una mirada tan sonriente como mordaz.

Tomé la bandeja y me dirigí a la mesa que ocupaba Anna intentando controlar mi expresión, no quería que los nervios me hicieran parecer un imbécil o, peor aún, un psicópata con una sonrisa como la de Bill Skarsgård. Porque, aunque el tío es guapo y yo no tenía nada que envidiarle, su sonrisa es siniestra de cojones.

Ella levantó la vista al verme aparecer y le dediqué un pequeño guiño.

Dejé sobre la mesa el desayuno completo.

Después, me retiré fingiendo una calma que no sentía, porque la expectación me estaba torturando por dentro a la espera de ver su reacción en el momento exacto en que descubriera mi sorpresa.

Contuve el aliento, inmóvil, mientras ella se fijaba en la taza y fruncía el ceño. La tomó con una mano y deslizó el pulgar por la superficie esmaltada. Vi el desconcierto en su rostro al leer el mensaje una vez, dos, y cómo se giraba para observar las mesas que había a su alrededor. Cómo escudriñaba cada una de ellas. El momento exacto en el que su cerebro hizo clic y lo comprendió.

Volvió a contemplar la taza con incredulidad durante unos segundos.

Entonces descubrí en sus labios el nacimiento de una pequeña, asombrada y tierna sonrisa que cambió por completo su habitual expresión y que me hizo tragar saliva. Fue como ver despertar un bonito amanecer en su rostro. Un jodido espectáculo. Y confirmé en ese mismo instante que toda su fachada de chica dura no era más que un disfraz.

Era imposible que alguien frío reflejara esa calidez.

Me quedé mirándola como un estúpido y totalmente desarmado.

Levantó los ojos hacia mí.

Ya no había hielo en ellos ni fastidio, pero sí miedo y vulnerabilidad.

Nos sostuvimos la mirada en la distancia. La audacia que me había hecho arriesgarme fue reemplazada por una torpe timidez que me hizo bajar la vista, rascándome la nuca, demasiado consciente de mí mismo. Cuando volví a mirarla, ella se había refugiado en el desayuno y bebía sorbos de café con las mejillas rojas.

Sonreí sin aire en los pulmones.

Sabía que caminaba sobre un hielo muy fino, pero quería seguir avanzando. Construir un puente que me acercara a ella, ganarme su amistad y su confianza.

Ahora sentía que había una posibilidad.

7



A la mañana siguiente, llegué temprano al café y fui directo a la oficina. Saqué todas las tazas de las cajas y revisé una a una cada frase. Aparté a un lado las que más me gustaban y descarté el resto. Que Levi decidiera qué hacer con ellas; aunque normalmente acabábamos donando ese tipo de cosas a los comedores sociales.

Las llevé a la cocina, donde ya estaba todo listo para la apertura.

—¿Te ayudo con eso? —me preguntó Frank al verme entrar cargado.

—No hace falta, gracias.

—Okey.

—Por cierto, son mías y no se tocan. Corre la voz.

—Vaaale —replicó, mirándome raro.

Las lavé y sequé con sumo cuidado. No quería romper ninguna. Después busqué un espacio donde almacenarlas bajo el mostrador y las ordené basándome en los mensajes. Empezaría con los más genéricos, sin connotaciones de ningún tipo, y poco a poco iría subiendo el nivel de cercanía y confianza. Pero sin parecer un acosador.

No tenía margen para el error.

Con suerte, en un par de semanas ya no intentaría patearme si me interesaba por su trabajo, sus amigos, su novio... esas cosas

sobre las que suelen hablar las personas cuando se conocen y entablan amistad.

—¿Qué haces ahí sonriendo como un idiota? —me preguntó mi hermano desde el otro lado de la barra.

—¡Joder, qué susto! —exclamé, llevándome la mano al pecho.

No lo había oído entrar, y mucho menos acercarse.

—Descansar, ¿no lo ves?

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por?

—Porque tú nunca llegas tan temprano. ¿No habrás dormido aquí?

—¿Por qué lo haría?

—No sé, porque eres tú y siempre estás haciendo cosas raras, como perder las llaves, invitar a chicas después del cierre, quedarte dormido en el almacén...

Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza mientras me levantaba. No pensaba malgastar fuerzas respondiendo.

Un momento, ¿chicas?

—Oye, el que traía a su novia aquí después del cierre eras tú.

—No es verdad.

—Os pillé a Becca y a ti un montón de veces. ¿Quieres que te refresque la memoria? Aún tengo esa imagen de tu trasero desnudo grabada en mi cerebro.

Me estremecí al recordar ese momento.

—¿El trasero de quién? —preguntó Becca.

Me giré para saludarla y me olvidé de todo al ver a Carly en sus brazos.

—¡Pero si es mi chiquitina!

En cuanto me acerqué, me tendió sus manitas para que la cargara.

Le quité el gorrito de lana, salpicado de gotitas de aguanieve, y el abrigo.

Luego la llevé conmigo a ver las luces y los adornos de Navidad que decoraban todo el local. Le encantaba revolver el árbol y tirar las bolas al suelo, que rebotaban como canicas, para después hacerme correr tras ellas y atraparlas.

Y vuelta a empezar.

Nunca se cansaba de repetir lo mismo una y otra vez, pero yo acababa destrozado.

Manuel abrió las puertas y los primeros clientes comenzaron a entrar.

Mientras el local se iba llenando poco a poco, ocupé mi lugar habitual detrás del mostrador y me dediqué a servir una bebida tras otra. A esas horas, casi todos eran empleados de las empresas cercanas, que entraban con prisas para llenar sus vasos térmicos de café caliente.

Pero tal y como sucedía cada día desde que Isabella tuvo que ausentarse, en cuanto llegó el pico de afluencia del desayuno, también tuve que echar una mano con las mesas. Los minutos se convirtieron en un borrón. Apenas tenía tiempo para respirar entre manos que se alzaban reclamando atención y las miradas impacientes de clientes apurados, esquivando mesas y cargando bandejas.

Aunque lo intentaba, era imposible estar en dos sitios a la vez y el estrés me consumía la energía. A ratos agobiado. A ratos malhumorado.

Hasta que la vi aparecer y una sonrisa se despertó en mi cara.

Vestía un pantalón holgado de pana beis y un jersey grueso de color crema bajo una chaqueta de franela. Un gorro de lana del que

colgaban dos pompones y ese saco de tela del que no se separaba. Hombros caídos, mirada esquiva. Cansada.

En ese momento, sentí mis pulmones más ligeros. Una parte de mí temía haberla espantado el día anterior y que no regresara.

No quería parecer un acosador, así que fingí estar concentrado en el trabajo mientras ella buscaba una mesa apartada, como cada día. Colgó la chaqueta en el respaldo y se quitó el gorro, que guardó dentro de la mochila. Se recolocó el pelo y algunos mechones flotaron enredados alrededor de su rostro. Sentí un picor en la mano, el impulso ilógico de apartarlos con mis dedos y recogerlos detrás de sus orejas. El mismo sentimiento que me estrujaba el pecho cuando miraba los mofletes de Carly y tenía que contenerme para no morderlos.

Sin prisa, fui hasta ella.

—Hola —saludé.

Levantó la mirada y asintió a modo de saludo. ¿Por qué le costaba tanto sonreír? Me apoyé en la mesa y ladeé la cabeza.

—Has tenido suerte, hoy también seré tu camarero. Así que, dime, ¿vas a pedir lo de siempre o quieres arriesgarte con algo nuevo? Las tostadas francesas están buenísimas en sus dos versiones. La salada lleva beicon crujiente, huevos revueltos y aguacate. La dulce va acompañada de frutas de temporada, yogur natural, pistachos y sirope de arce. —Le guiñé un ojo y mi sonrisa se hizo más amplia mientras contemplaba su rostro—. ¿Qué me dices, te animas a probarlas? No puedo prometer que vayan a cambiar tu vida, pero te harán un poco más feliz la mañana.

Ella me miraba como si le estuviera hablando en un idioma que no podía identificar. Sus mejillas se tiñeron de un rojo suave que intentó ocultar bajando la barbilla. Su pecho se elevó con una inspiración y me miró a los ojos forzando una expresión seria, casi fría.

El rubor y la fragilidad que escondía bajo esa piel de erizo me hizo acercarme un poco más.

—Si no te gusta, puedes...

—La salada suena bien —se apresuró a responder.

Sonreí de medio lado. Anoté el pedido en la PDA y me dirigí a la barra. Las tortitas estuvieron listas diez minutos después. Cuando Manuel se dispuso a preparar el café, le dije que yo lo haría.

Saqué la taza de mi escondite secreto y, sin prisa, molí el café; debía quedar perfecto. Vaporicé la leche buscando la textura ideal y la añadí vertiéndola en pequeños círculos. Por último, aunque mis habilidades con el *arte latte* no eran las mejores, logré dibujar una cara que, según como la miraras, podía parecer un gato o un oso.

Esperaba que le pareciera tan graciosa como a mí.

Verla bajar la guardia otro instante.

Otra sonrisa.

Coloqué las tostadas y el café en la bandeja, y eché un vistazo hacia su mesa.

Anna miraba distraída por la ventana, con los brazos sobre la mesa y las manos escondidas en las mangas. El sol de la mañana le iluminaba la cara y dibujaba con un trazo dorado las líneas de su perfil.

Me quedé hipnotizado por la forma en la que los hilos de luz jugaban con sus rizos, el relieve de sus pestañas y la armonía y la quietud de su postura. Como si posara para un cuadro.

Por primera vez pensé que era preciosa y me quedé congelado.

Aparté rápidamente esa idea.

Crucé el local esquivando a un par de clientes y me planté frente a ella.

—Aquí tienes —le dije, colocando sobre la madera el desayuno completo con una inclinación suave, pero ceremoniosa—. Espero que

te guste, he puesto mi corazón en cada detalle.

Anna me miró un instante, y luego observó la taza. Primero se fijó en el oso-gato y una luz brilló en sus ojos. A continuación, leyó la frase:

Café con poderes antipelmazos.

Probó la bebida e hizo un mohín, como si no tuviera buen sabor. Dio otro sorbo, mucho más lento, y acentuó el gesto.

—¿Qué? —pregunté.

—No funciona —dijo con vergüenza.

—¿Qué no funcio...? —Mi confusión se transformó en bochorno. Sacudí la cabeza al darme cuenta de que se estaba burlando de mí —. Joder, ¿acabas de llamarme pelmazo?

Apretó los labios, como si estuviera luchando por su vida para no reírse.

Me incliné sobre la mesa hasta quedar a su altura. La observé de cerca.

Con las mejillas como cerezas, ella no sabía dónde mirar.

—¿Cómo puedes pisotear mi corazón de esta manera? ¿Sabes lo que me ha costado hacer ese gatito?

Sus labios comenzaron a temblar y vi cómo su muro se agrietaba del todo. Me regaló una sonrisa, una de verdad, de las que iluminan los ojos y borran las sombras, interrumpida por una risita corta y ruidosa, como un hipido.

Verla sonreír de ese modo me provocó una punzada de orgullo tan grande que mi corazón estuvo a punto de abandonar mi pecho.

—Vale, entonces me la llevo —me reí mientras alargaba el brazo con intención de quitarle la taza.

Anna me dio un manotazo. Un toque inesperado. La primera vez que su piel y mi piel entraban en contacto. Nos miramos en silencio y su sonrisa se fue desvaneciendo. Miró el plato mientras tragaba saliva y me dije que era el momento de dejarla en paz.

—Tengo que volver al trabajo. Avísame si necesitas algo más.

Asintió sin mirarme. Cogió los cubiertos y cortó un buen trozo, que masticó como si llevara días sin comer. Esa imagen me hizo sentir una opresión bajo las costillas.

Regresé al trabajo.

Con Levi encerrado en la oficina organizando las facturas, también tuve que poner un ojo en la cocina y sacrificar mis descansos. Miré el reloj; no eran ni las once y ya estaba pensando en llegar a casa y meterme en la cama. Iba a ser un día muy largo.

Masajeándome un hombro dolorido, dejé escapar un suspiro pesado que quedó camuflado con el ruido del vapor. Mientras esperaba a que subiera la presión de la cafetera, estiré el cuello y busqué a Anna.

Su mesa estaba vacía y Frank limpiaba la superficie con un trapo. Una sensación extraña se enredó en mi estómago. Decepción. Se había marchado. Sin hacer ruido. Sin despedirse.

Tendría que esperar a otra mañana. Otro desayuno. Otra taza de café para verla.

Si es que regresaba.

La decepción se transformó en inquietud.

La idea de que no volviera a cruzar esa puerta empezó a pesarme más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y lo hacía cada día.

8



Pero regresó, y cuando la vi cruzar el umbral embutida en su chaqueta de franela y los pompones del gorro rebotando al ritmo de sus pasos, sentí que la opresión dentro de mi pecho se tranquilizaba.

Me sequé las manos con el trapo que colgaba de mi delantal y me preparé para acercarme con el corazón latiendo un poco más rápido de lo normal. Sin darme cuenta de que mis emociones estaban cambiando; que mis reacciones no eran solo empatía y altruismo, ni una consecuencia de mi pasado.

Que tenían que ver con ella.

Solo con ella.

9





Mejor toma un café, el asesinato sigue siendo ilegal



El mundo es un lugar mejor desde que tú te despiertas



Tu única tarea hoy es recordar lo increíble que eres



No busques la magia, la llevas dentro



Si el día no te sonríe, avísame y lo arreglamos

10



La cafetería era mi rutina, mi día a día, lo que pagaba la hipoteca, las facturas y me permitía vivir sin demasiadas preocupaciones económicas. Pero las noches de los fines de semana le pertenecían a la música, lo que realmente me gustaba hacer y alimentaba mi espíritu.

En el instituto, mis tres mejores amigos y yo montamos un grupo de pop-rock, al que bautizamos con el nombre de Neverland Void. Una combinación un poco tenebrosa, pero con quince años solo pensábamos en crecer, en dejar la inocencia atrás y convertirnos en músicos famosos. En comernos el mundo. Nos encantaba el aura atormentada y oscura, con cierta decadencia y melancolía gótica, de los grupos que escuchábamos en esa época, como Linkin Park, Soundgarden, Bad Omens o Chase Atlantic.

Con el tiempo, mientras crecíamos, nos dimos cuenta de que no éramos lo bastante buenos para esas expectativas. No es que fuésemos malos, ni mucho menos, pero no éramos especiales.

Por aquel entonces solo estábamos Dave, Ethan, Noah y yo, y asumimos sin dramas que nunca firmaríamos un contrato millonario ni viajaríamos por el mundo llenando salas de conciertos. Para nosotros, estar juntos y divertirnos siempre fue lo más importante. No necesitábamos más. Luego se nos unió Joon, un pianista de la

hostia. Lo conocimos porque empezó a salir con Niki, la hermana de Noah. Tiempo después, cuando rompieron y tuvimos que elegir bando, nos quedamos con Joon.

Niki aún nos la tenía jurada por aquello.

Ahora, a punto de cumplir todos los treinta, el grupo continuaba siendo nuestro refugio. Tocábamos versiones de otras bandas para pasarlo bien, por la adrenalina de subir a un escenario y ver a la gente disfrutar con nosotros. Y de paso ganábamos un dinero extra.

—¡Tío, ya creía que no llegarías! —se quejó Ethan cuando entré en el camerino.

—Perdona, había un atasco en Longfellow.

—Te dije que no te marcharas después de la prueba de sonido —me recordó Noah.

—O recogía yo a Carly de la guardería o le dejaba el coche a mi hermano, y tengo la moto en el taller. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Vale, no hagamos un drama de esto. Joel ya está aquí y salimos al escenario en cinco minutos —medió Dave.

Me guiñó un ojo y yo me limité a sonreír.

—¿Cómo está la pequeña? —me preguntó.

Tomé una botella de agua de la mesa y le quité el tapón. Bebí la mitad de un trago antes de contestar:

—Ha aprendido a llamar al gato de mi vecino y cuando el bicho se acerca a la ventana, le enseña el dedo —le conté en voz baja, muerto de risa.

—¡¿Qué?! Te habrá visto hacerlo. Tienes que tener cuidado con esas cosas.

—Lo sé, pero... no sabe encajar un cubo dentro de otro, ¡quién iba a imaginar que aprendería a mostrar su dedito con ese nivel de experta!

—Levi va a matarte.

—Primero me arrancará las pelotas. Pero si me pilla, pienso echarle la culpa a uno de los niños de la guardería. Un tal Ander o Sander... —No recordaba muy bien su nombre—. El canijo es un granuja y siempre que me ve, me patea las espinillas.

Dave me miró con los ojos entornados.

—¿No lo dirás en serio?

Asentí sin ningún remordimiento.

—Amo mis pelotas y quiero tener hijos algún día; protegerlas es mi deber.

Dave se echó a reír arrellanado en el sofá. Inspiró muy despacio y luego exhaló aún más lento con la mirada perdida en sus manos. Me mordí el labio hasta hacerme daño. Solo a mí se me ocurría hablar de hijos cuando mi mejor amigo estaba atravesando una situación tan delicada por ese tema.

Me senté a su lado y cogí una piruleta de un cesto en la mesa. Le quité el envoltorio y me la metí en la boca.

—¿Y tú cómo lo llevas? —quise saber.

Se encogió de hombros con desgana.

—Lo llevo, y ya es bastante. Avery sigue dándole vueltas, cambia de opinión constantemente. Un día quiere tenerlo y al siguiente no. Fue a una de esas oficinas de planificación familiar sin decírmelo y salió con un montón de folletos sobre clínicas, médicos y no sé qué más sobre ética del deber.

—Debió decírtelo y darte la oportunidad de acompañarla.

—Lo sé, pero no quiero agobiarla más, así que lo dejé estar.

Incliné la cabeza hacia él.

—Esa no es una buena solución.

—Soy consciente. Ya está de varias semanas y aún no la ha visto ningún médico. He leído que en esta primera fase del embarazo el cuidado es clave. Se deben tomar suplementos y evitar algunos

alimentos. Es importante hacer una ecografía del embrión, porque toda la parte neuronal se forma muy pronto...

Se quedó callado a media frase y negó con la cabeza una y otra vez. Después lanzó un suspiro al aire y se cubrió la cara con las manos mientras soltaba un murmullo de desánimo.

Su impotencia me estrujó el corazón. Quería hacer algo, lo que fuese para que se sintiera mejor, pero no sabía qué. Salir de copas e ir a los bolos ya no funcionaba tan bien como antes. Quizá porque nuestros problemas ahora no desaparecían solo con la intención de olvidarlos. Afrontarlos y darles solución era la nueva ecuación, aunque casi nunca sabíamos cómo resolverla sin dejársela al tiempo.

—¿Por qué todo es tan difícil?

Al escuchar su pregunta, apreté un momento los dientes. Yo también me lo preguntaba. Y por qué siempre se complicaba mucho más para las buenas personas, como si ser honesto y querer hacer las cosas bien estuviese penalizado.

En ese instante llamaron a la puerta.

—Es la hora.

El humo flotaba denso bajo los focos del escenario. Desde allí, el local se veía lleno, no cabía un alfiler. Se sentía el calor de la gente, el olor a alcohol y la expectación que precede al subidón de la primera canción.

Me ajusté la correa de mi viejo bajo Fender. Notar su peso contra el estómago me hacía aguantar la respiración. Me encantaba esa sensación: la anticipación, la forma en la que mi corazón se aceleraba mientras esperaba a que Noah marcara la entrada con sus baquetas.

Después, estallaba la locura.

Siempre comenzábamos con un tema potente, puro ruido, y el público se volvía loco.

Nosotros nos desatábamos.

Durante las dos horas que duraba la actuación, sentía que el mundo giraba a otro ritmo, el que marcaba el latido de mi bajo. Esa vibración grave se me metía en la tripa y me obligaba a moverme. El sudor me empapaba la ropa y los dedos me ardían contra las cuatro cuerdas mientras el amplificador rugía a mi espalda.

Hacia la mitad del concierto, tocamos un tema más lento, con un ritmo denso y sensual.

Paseé la mirada por el público y tropecé con unos ojos que llevaban un rato observándome con insistencia. Pertenecían a una chica morena, con un vestido ajustado y una copa en la mano.

En cada bolo solía repetirse la misma historia. Supongo que el rollo del bajista gamberro tenía su atractivo. Miradas, coqueteos e invitaciones a pasar la mejor noche de mi vida, con algún que otro preámbulo escondidos en algún rincón oscuro, entre borrachos y olor a baño sucio. Siempre en el mismo orden. Fácil y predecible. Todo tan mecánico que había perdido el atractivo.

Y puedes llamarme estúpido romántico, pero siempre he preferido hacer el amor a follar.

Pese a todo, no era un santo y si una chica me gustaba y la atracción era mutua, no solía rechazar una noche de sexo. Después de todo, poseemos un motor biológico y estamos gobernados por la testosterona. Y sin un vínculo emocional, ese impulso ciego y puramente físico no entiende de sentimientos ni se plantea si la otra persona es la adecuada. Se te pone dura y solo piensas en aliviarte; no hay magia.

Le sostuve la mirada mientras tocaba el puente de la canción. Me guiñó un ojo y sonreí de medio lado, con ese descaro que me salía tan natural cuando se trataba de seducir. Ella me devolvió la sonrisa y se mordió el labio inferior. Me recorrió de arriba abajo antes de

regresar a mis ojos y su expresión de deseo me mostró con total claridad cuáles eran sus intenciones.

A mí también me apetecía.

El concierto acabó y al bajar del escenario ella vino a mi encuentro.

Se llamaba Julia.

Bastaron un par de frases subidas de tono y la invitación directa quedó sobre la mesa. Sugirió ir a su casa, que compartía con una amiga, y estuve de acuerdo. Siempre era mejor ser el que se marchaba.

—Espérame aquí, tengo que recoger —le pedí.

Minutos después, el aire frío de la madrugada nos golpeó con fuerza al salir. Mi coche estaba aparcado no muy lejos de allí. Me tomó de la mano y echamos a andar. No habíamos caminado ni diez metros cuando ella me frenó y me empujó con suavidad contra la pared. No hubo preámbulos. Me tomó el rostro con ambas manos y se apoderó de mis labios con un beso húmedo que sabía a tequila.

Le respondí con las mismas ganas, y no dejamos de besarnos y acariciarnos mientras recorríamos la calle a trompicones. Alcanzamos el coche y solo me dejó respirar el tiempo necesario para que metiera el bajo en el asiento trasero.

Su boca presionó la mía. Le rodeé la cintura con el brazo, apretándola contra mí. Ella soltó un gemido ahogado mientras sus manos acariciaban la piel desnuda de mi espalda bajo la sudadera y las deslizaba hacia delante. Un dedo sinuoso trazó un camino hasta la cintura de mis vaqueros. Los míos se aferraron a sus caderas con fuerza. Me costaba respirar con su lengua en la boca y la cabeza me daba vueltas por culpa del alcohol y la sangre que abandonaba mi parte superior para concentrarse en la inferior.

El vestido que llevaba era tan fino y ajustado que podía sentir de una forma muy clara cada roce de su cuerpo, el vaivén de su pecho, de su pelvis. Una promesa de lo que pasaría cuando llegáramos a su casa. A su cama.

Entonces la burbuja explotó. Sentí una incomodidad repentina. Un frío que no tenía que ver con la temperatura me subió por el estómago y me aparté. No me sentía bien con lo que estaba haciendo. Miré a Julia, el maquillaje bajo sus ojos, el vestido descolocado, mi pantalón desabrochado, la calle oscura y sucia.

Sentí un fuerte rechazo, y no por ella ni hacia ella. Era todo. Todo estaba mal en aquel instante. Me sentía como si estuviera fingiendo ser otra persona. Y no podía ignorar ese vacío que había aparecido en mi pecho nada más besarla. El deseo de estar en otra parte. En otro momento.

Di un paso atrás y me pasé la mano por la cara, tratando de calmar mi respiración.

Julia pestañeó, sin duda sorprendida por mi inesperada reacción.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, pero no creo que debamos continuar.

—¿A qué te refieres?

—A ti, a mí... acostarnos... Lo siento, de verdad, pero no puedo hacerlo.

Ella me miró con escepticismo, tan dolida como enojada.

—¿Me estás rechazando?

—No, qué va. No es por ti, soy yo —le aseguré—. Eres... eres preciosa, encantadora y muy muy sexi, pero si sigo adelante sé que me voy a arrepentir y acabaré sintiéndome como una mierda, y haré que tú te sientas igual o que pienses que eres el problema, y no te mereces eso.

Soltó una risita sarcástica y comenzó a colocarse la ropa.

—¿Es que tienes novia? ¿Es eso? ¿Estás saliendo con alguien y justo ahora sientes remordimientos por ponerle los cuernos?

La miré atónito. Sus palabras habían golpeado mi orgullo.

—¡Dios, no! No soy esa clase de persona.

—¿Y debo creerte?

Resoplé mientras me apoyaba en el coche. La entendía y no tenía ningún derecho a enfadarme por su actitud. Mi negativa no la convencía y necesitaba convertirme en el villano.

—Hace más de un año que mi ex y yo lo dejamos. Desde entonces no he salido con nadie —me sinceré.

—Vaya, el típico caso del tío que no supera a su exnovia. ¿Has pensado que quizá tuviera motivos para dejarte? —se jactó.

Estuve a punto de soltarle que la había dejado yo, pero no merecía la pena. Cada vez que abría la boca, le daba munición para humillarme y una parte de mí la sufría. Me froté la cara, resignado. Había herido su autoestima y su amor propio, y no podía esperar que me entendiera.

Joder, yo solo intentaba hacer las cosas bien. Ser un tipo legal. Sincero.

Se cruzó de brazos y me miró de forma despectiva, pero el temblor de sus labios la delató. Ese puchero me desarmó. Estaba dolida y su escudo era el desdén. No me atacaba a mí realmente: se protegía a sí misma.

La miré con paciencia y suspiré. Di un paso hacia ella, sin invadir su espacio, y bajé la voz para hablarle con la mayor suavidad posible:

—Quizá tengas razón. Quizá le di mil motivos para que las cosas acabaran tan mal entre nosotros como terminaron, no te lo voy a negar. Pero el hecho de que me haya plantado contigo no tiene nada que ver con mi pasado ni con que tú no seas increíble.

Ella apretó los labios y se abrazó a sí misma con más fuerza, pero la rabia en su postura se había transformado en algo parecido a la duda y más confusión.

—¿Entonces?

Sacudí la cabeza y exhalé por la nariz.

—Te prometo que hace un rato me apetecía mucho estar contigo, de verdad. Pero, no sé, de repente mi cabeza ha hecho clic y las cosas han cambiado en un segundo. He dejado de sentirme bien. Lo que estábamos haciendo me resultaba incómodo, inapropiado. Como si estuviera mal.

Me dejé caer contra el coche y entrelacé las manos tras la nuca mientras lanzaba un suspiro al aire.

—Perdona, no sé explicarlo de otro modo —me disculpé, me sentía torpe con las palabras. Ella me miraba sin parpadear—. Sé que estás enfadada y crees que he jugado contigo, o que me he arrepentido porque has hecho algo. No es así —aseveré tajante.

Me tomé un momento y la miré detenidamente antes de preguntarle:

—Dime una cosa... ¿de verdad nunca te ha pasado, enrollarte con alguien y que de pronto deje de apetecerte? ¿O que te des cuenta de que no es lo que realmente deseas?

Se encogió de hombros y comenzó a darle vueltas al anillo que llevaba en el dedo.

—¿Y te acostarías con esa persona solo por miedo a admitir que ya no quieres o para no herirla? O, peor aún, ¿porque se pusiera pesada o te chantajeara con sus sentimientos?

Bajó la mirada y una expresión sombría apareció en su rostro. Se situó a mi lado en el coche, sin ninguna distancia. Contempló el cielo y una columna de vaho se elevó desde sus labios.

—Lo hice una vez —confesó en un susurro—. Y luego, cuando terminó, me sentí fatal. Estuve dándole vueltas durante muchísimo tiempo y, cada vez que me acordaba y lo revivía, sentía ansiedad.

Escucharla me encogió el corazón.

—Ninguno de los dos nos merecemos que esta noche acabe de ese modo —le dije.

Ella asintió y ladeó la cabeza para mirarme. Dibujó una pequeña sonrisa.

—Lo siento mucho —suspiré.

—Yo también.

El silencio se instaló entre nosotros. No había mucho más que añadir y la atmósfera no dejaba de ser extraña, íntima por lo que habíamos compartido, pero éramos dos desconocidos.

—Bueno... creo que debería irme a casa —dijo ella.

—Te llevo, es tarde —me ofrecí de inmediato.

Julia negó con la cabeza y sonrió levemente.

—No te molestes, prefiero buscar un taxi.

—No me cuesta nada.

—Es mejor así.

No insistí, pero tampoco pensaba dejarla sola a esas horas en un barrio como aquel.

—De acuerdo, pero te acompaño hasta que llegue.

Caminamos en silencio hacia una calle con más tráfico y nos detuvimos junto al bordillo, con la mirada puesta en los vehículos que se acercaban. Hacía un frío glacial y me preocupaba que ella solo llevara ese vestido corto y unas medias. Me estiré de puntillas, tratando de distinguir la silueta de algún taxi a lo lejos.

De la nada, ella comenzó a hablar:

—El tipo con el que me enrollé ese día era un compañero de trabajo. Tras una fiesta, me acompañó a casa y nos liamos.

Habíamos empezando a quitarnos la ropa cuando, de repente, pensé en un amigo y me sentí tan avergonzada de solo imaginar que él pudiera verme en esa situación. De verdad... me sentí como si estuviera engañando a mi novio, aunque no éramos nada, solo conocidos. Fue ahí cuando me di cuenta de que ese chico me gustaba de un modo especial.

De pronto, pegó un bote y comenzó a dar saltitos con la mano en alto. Un coche blanco cambió de carril y aminoró la velocidad hasta detenerse a nuestro lado. Julia agarró la manilla de la puerta y me miró.

—Puede que a ti también te guste alguien a quien no quieres decepcionar y no te hayas dado cuenta. —Me sonrió con afecto y subió al taxi—. Adiós, Joel. Eres un buen tipo.

Me quedé allí plantado, mirando cómo se alejaba hasta que los faros traseros desaparecieron, con sus palabras flotando en el aire como pequeñas chispas. «Puede que a ti también te guste alguien a quien no quieres decepcionar y no seas consciente».

Regresé a mi coche, subí al asiento del conductor y encendí el motor. Puse la calefacción y me recliné un momento, contemplando el fondo de la calle apenas iluminada por la luz amarillenta de unas farolas. Fue en ese instante de soledad y silencio cuando su rostro apareció en mi mente. Su sonrisa esquiva. Su mirada desconfiada que tanto me estaba costando vencer.

Sentí un vuelco extraño en el estómago y la duda se instaló en mi pecho.

¿Era posible que me sintiera atraído por ella, que me gustara y no haberme percatado? ¿Acaso mis sentimientos estaban cambiando y, con ellos, lo que perseguía? Porque ¿desde cuándo preparar una taza de café se había convertido en la parte más importante de mi día?

Me pellizqué el puente de la nariz, hecho un lío.

Sin embargo, con la misma rapidez entré en razón. Me estaba devanando los sesos por el comentario absurdo de una desconocida que no sabía nada sobre mí.

Me entraron ganas de reírme de mí mismo. ¿Gustarme? Ni siquiera era mi tipo.

—No, qué va. Imposible —dije en voz alta mientras ajustaba el retrovisor.

Tenía las cosas muy claras, las heridas cerradas y el control absoluto de mi vida, donde no había cabida para una nueva relación. Al menos, a medio plazo como mínimo. Quizá, simplemente, el sexo ya no me interesaba tanto como antes. Todos atravesamos etapas en las que nos sentimos de un modo diferente, cambian nuestros intereses y reaccionamos de forma distinta.

Satisfecho con mi impecable lógica, me puse en marcha. Necesitaba llegar a casa, cerrar los ojos y fundirme en uno con mi cama. Mañana sería otro día y esa noche, una anécdota más para contar, u olvidar. Ya lo decidiría.

11



Después de una semana en la que había predominado el mal tiempo, ese día amaneció despejado. El sol brillaba en el cielo azul y la escarcha, que empezaba a derretirse rápidamente, destellaba sobre la hierba como si estuviera decorada con un velo de diamantes.

Carly no dejaba de señalar las piñas que habían caído alrededor de la tumba de mamá y Becca la dejó en el suelo para que pudiera cogerlas. Sonreí al ver cómo descubría la foto de su abuela en la lápida y la acariciaba con sus deditos regordetes. Ver a mi sobrina, una vida pura que comenzaba, junto a nuestra mayor ausencia me provocó un nudo en la garganta.

Habían pasado dos años y aún me parecía sentir su presencia a mi alrededor. Su calor, un rastro de su perfume, el eco de una risa...

—Lala —balbuceó Carly.

—Sí, es la abuela —le dijo Levi, con el brazo firme alrededor de los hombros de mi cuñada. Ella le tomó la mano que colgaba junto a su cuello y se la llevó a los labios para besarle los nudillos.

Mi padre continuaba sentado junto a la tumba, con el ramo de flores que había comprado descansando en su regazo y la carta que le había escrito sujeta con fuerza entre sus dedos. El suelo estaba

mojado y sus pantalones se habían humedecido. Me preocupaba que se enfriara y pudiera enfermar.

—Papá, deberías levantarte. Hace mucho frío y la tierra está helada.

Dejó las flores bajo la fotografía y la carta encajada en una ranura entre la losa y la estela. Después acarició con los dedos el relieve de su nombre grabado en la piedra. Se puso en pie y, al regresar a nuestro lado, pude ver que tenía los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. Coloqué mi mano sobre su brazo y lo apreté con suavidad. Nos sostuvimos la mirada con una pequeña sonrisa en los labios.

—Volvamos —dijo en voz baja.

Levi tomó a Carly en brazos y Becca entrelazó su brazo con el de mi padre.

Miré la lápida una última vez antes de dar la vuelta y seguirlos.

—Tengo hambre —comentó Becca.

—Yo también, me comería unos huevos revueltos con salchichas —respondió papá.

—¿Y qué pasa con tu colesterol? —saltó Levi.

—Mi colesterol está perfectamente.

—Papá, tienes que cuidarte.

—¿Por qué no desayunamos juntos en la cafetería? —propuse.

Becca estaba de vacaciones y papá tampoco tenía clases hasta después de Año Nuevo, no había prisa.

Caminamos hasta el coche en silencio, pero no era un silencio pesado, solo un poco triste. Becca me sonrió y me pasó el brazo por la cintura. La abracé. Me sentía tan afortunado de tenerla en nuestras vidas. Si no hubiera sido por ella, su carácter y la forma en la que asumió el control de nuestra familia en el peor momento, quizá papá, Levi y yo no lo habríamos superado.

12



—Manuel, por favor, baja el volumen de la música. Me va a explotar la cabeza —le rogué por tercera vez.

Me miró como si le hubiera pedido que saltara desde el puente Leonard, pero obedeció. Aunque sabía que no serviría de nada y su dedo encontraría de nuevo ese maldito botón en cuanto me diera la vuelta.

Resoplé acalorado.

A la marea habitual de empleados de las distintas empresas que nos rodeaban y universitarios de la zona que nos visitaban a diario, incluso en vacaciones, ese día había que sumarle la oleada de gente estresada por las compras de última hora, que venían congelados y cargados de bolsas desde Seaport Boulevard y Superette, un área comercial con muchas tiendas de moda.

Me froté la nariz con la manga de la camisa. Olía a una mezcla de rollitos de canela, galletas de jengibre y café recién tostado. A desayuno de domingo en casa, en pijama, holgazaneando al calor de la estufa. Pensé que debería crear un perfume con ese aroma; me forraría, seguro.

—Joel, espabila —me apuró Levi desde la caja.

Bajé de las nubes y miré a la mujer que esperaba al otro lado del mostrador. ¿Qué me había pedido? Ah, sí.

—¡Dos *lattes* grandes con leche de avena, dos *cannoli* de pistacho y un *muffin* de arándanos, todo para llevar! —grité hacia la zona de preparación.

Me movía a una velocidad que ni Flash. Marcaba los pedidos, los cobraba, rellenaba un vaso térmico tras otro y golpeaba sin piedad el portafiltros de la cafetera para retirar los posos, mientras sonreía y deseaba «¡Feliz Navidad!» a cada cliente.

Y a pesar del caos, cada vez que la puerta se abría, mis ojos se desviaban hacia ese punto buscando una única silueta.

—Dos frapés de *matcha* y uno de moka para la doce.

Levanté la vista y sonreí al ver a Isabella. No sabía que ya se había reincorporado.

—Eh, hola, no esperaba verte tan pronto.

—Ya sabes, me moría por regresar al fascinante mundo de la sobreexplotación laboral.

Levanté una ceja.

—Cómo te gusta tocar las narices, pero me alegro de que estés bien.

—Oh, mira, ahí está Cenicienta.

Giré la cabeza y tomé una bocanada de aire al verla.

Llevaba las mejillas encendidas por el frío y la nariz un poco roja, envuelta en una bufanda enorme que parecía tejida a mano. No se había puesto el gorro y su larga melena flotaba a su espalda lanzando reflejos cobrizos a su paso.

—Iré a tomarle nota —anunció Isabella.

—No hace falta, yo me ocupo. —Le entregué la jarra de leche—. Termina tú este café para la siete.

Me limpié las manos en el delantal y caminé hacia su mesa.

—Hola —la saludé.

—Hola.

Su voz sonó baja y suave. Esta vez, no esquivó mi mirada, sino que la sostuvo.

—¿Qué te apetece hoy?

—¿Podría tomar tostadas francesas como las del otro día?

Sonreí.

—¿Con doble de sirope?

Ella asintió, devolviéndome la sonrisa, mucho más cálida que otras veces. Me quedé mirándola un poco más de lo que debía, y sacudí la cabeza para volver en mí. Intenté actuar con naturalidad.

Regresé a la barra y saqué del armario la taza elegida para ese día. La miré mientras contenía el aliento y leí por enésima vez la frase: «Bébelo todo, contiene altas dosis de felicidad». Simple. Bonita. Positiva.

Esta vez, el gato parecía realmente un gato y me felicité por el evidente progreso de mi *arte latte*.

—¿Es un cerdo? —preguntó Frank por encima de mi hombro.

—Cállate —le ladré.

En cuanto llegaron las tostadas de la cocina, lo puse todo en la bandeja. Me abrí paso hasta su mesa y la dejé con cuidado de no derramar nada. «Le queda bien el pelo suelto», pensé al mirarla de reojo. En ese instante, nuestros ojos se encontraron y tuve la sensación de llevarlo escrito en la frente.

Lo primero que hizo fue observar la taza. La tomó con ambas manos y leyó la frase como si hubiera esperado ese momento desde que entró. Su boca se abrió ligeramente y, durante un milisegundo, mi mirada se desvió hacia sus labios. Tragó saliva y la devolvió a su lugar.

—Gracias.

Me quedé allí de pie, con las manos en el bolsillo del delantal, observándola fijamente mientras cortaba la esquina de una de las

tostadas y se la llevaba a la boca. Con la luz del sol que entraba por el ventanal, se le veían los ojos de un ámbar profundo. Tan intenso que hasta contuve el aliento.

Al darme cuenta de lo que estaba haciendo, murmuré un «De nada» y me di la vuelta.

—Joel.

Fue la primera vez que escuché mi nombre en su boca. Sonó bajito y entrecortado, casi un suspiro, pero yo lo sentí como un impacto, fuerte y directo al centro de mi pecho.

La miré.

—¿Por qué haces todo esto? —me preguntó.

—¿Qué?

—Esto. —Señaló primero el café y luego todo lo demás.

Me quedé mudo por un momento. No sabía qué contestar, no podía decirle la verdad, que todo aquello se debía al pasado, a mi necesidad de compensar su ayuda. Y tampoco estaba seguro de que esa fuese una respuesta sincera. La única razón. En algún punto del camino que desconocía habían comenzado a importarme otras cosas sobre ella que no tenían nada que ver con lo que pasó dos años atrás.

Antes de que pudiera decir nada, ella añadió:

—Si aún sigues pensando que estás en deuda conmigo, olvídalo, por favor. No me debes nada.

—Lo sé —respondí de inmediato—. No se trata de eso.

—¿Entonces?

—¿Me creerías si te digo que solo pretendía hacerte sonreír un poco cada mañana? —confesé, rascándome la nuca—. Pensé que toda esta historia de las tazas sería divertida.

—¿Tan patética me veo que tienes que esforzarte tanto?

La pregunta cayó entre los dos como un jarro de agua fría. Sus ojos se empañaron con una mezcla de orgullo herido y una tristeza tan profunda que quise golpearme la cabeza contra la pared.

—No eres patética —le aseguré con firmeza. Cerré los ojos un momento y me senté frente a ella—. No lo eres en absoluto. Es solo que... siempre que te veo pareces un poco triste. Desanimada. Como si estuvieras atravesando una tormenta de las que no dejan ver el cielo, y yo sé lo que es sentirse así. Lo difícil que puede llegar a ser. Y...

Me detuve un segundo. Me daba tanto miedo que pudiera malinterpretarme que las palabras se me atascaban en la garganta.

—Oye, va a sonar a pésima excusa, pero... no estoy haciendo nada raro ni lo pretendo. Tampoco tengo motivos ocultos para acercarme a ti. Es que... yo soy así. Hago estas cosas continuamente, puedes preguntarle a quien quieras.

Señalé la barra, donde los chicos andaban de un lado a otro lanzándome miradas desesperadas para que regresara a mi puesto.

—Puedes preguntarles a ellos si no me crees. Te dirán que soy de los que eligen tazas con frases cursis para intentar hacer reír a los demás. Y de los que corren detrás de un ladrón para recuperar la mochila de una desconocida, sin pararse a pensar ni por un instante en lo mal que podría acabar esa idea. También te dirán que se puede confiar en mí.

Anna suspiró, un sonido áspero que se perdió en el bullicio de la sala. Se apartó el pelo de la cara con ambas manos y luego las deslizó por sus mejillas. Desvió la mirada hacia la ventana. Al otro lado del cristal, pequeños copos de nieve comenzaban a flotar en el aire bajo el sol. Una imagen que nos atrapó a los dos.

—Correr tras ese hombre fue una temeridad —señaló al cabo de unos segundos. Inclinó la cabeza y me examinó—. Pero me alegro

de que lo hicieras. Todo lo importante que poseo está en esta mochila.

Su mano la buscó y apretó la tela entre sus dedos.

No tenía ni idea de qué llevaba dentro que pudiera ser tan vital para ella como para aferrarla con esa desesperación.

—La gente en general suele mirar a otro lado en lugar de ayudar a los demás —continuó con una nota de amargura que se coló entre las grietas de su voz—. Aun así, se creen mejores que nadie. Van dando lecciones y esperan que les estés agradecida de por vida por mostrar un mínimo de humanidad.

La dureza de sus palabras me dejó mudo. No era rabia vacía ni un aburrido desencanto; era el sentimiento de alguien que se sentía desvalido en un mundo frío y hostil.

—No todo el mundo es egoísta, Anna —dije mientras buscaba sus ojos. Quería que me creyera—. La gente buena también existe y no se queda de brazos cruzados.

—Yo no he conocido a nadie así.

Esa frase se me clavó en el pecho como una astilla. Me quedé observándola, tratando de procesar el peso de lo que acababa de decir. ¿Qué clase de vida estaba llevando para arrastrar una certeza tan oscura? ¿Qué tipo de personas la habían rodeado hasta ahora para que una taza de café y un poco de amabilidad le parecieran una trampa?

—Ahora sí, me conoces a mí —le aseguré, sin filtros ni rodeos.

Anna tragó saliva y su mirada inexpresiva flaqueó un momento. Sin embargo, volvió a blindarse de inmediato.

—Me cuesta mucho confiar en los demás. —Su voz se convirtió en un susurro cansado—. Las palabras amables no significan nada si solo se pronuncian. Las palabras son fáciles y no tienen ningún valor por sí solas.

—¿Tan mal te ha ido hasta ahora? —le pregunté sin esconder la rabia y la impotencia que empezaban a quemarme por dentro. Se encogió de hombros a modo de respuesta—. ¿Y tu familia?

Anna bajó los ojos y tomó la taza de café, que ya debía de estar frío. Tardó un largo instante en responder, tiempo en el que mi mente imaginó unos padres distantes o divorciados, hermanos con los que no se hablaba, problemas económicos que habían minado la estabilidad del hogar.

—No tengo familia.

Todo el aire frío de Boston pareció colarse de golpe en la cafetería, congelándome por dentro. Apreté los dientes y tuve que contenerme para no moverme ni un centímetro. Con cualquier otra persona, ya me habría levantado y estaría abrazándola.

Ella no me lo permitiría, estaba seguro.

Dios, quería que se fiara de mí y convencerla de que había luz al otro lado del túnel. Mi interior anhelaba reconfortarla y aliviar sus problemas. Decirle que todo saldría bien, que yo me encargaría. Si solo me diera la oportunidad. Si pudiera confiar en mí solo un poco. Pero no tenía ni idea de cómo atravesar sus defensas sin ahuyentarla.

De repente, ella agarró la mochila y se puso en pie.

—Llego tarde al trabajo.

También me levanté. Ni siquiera había tocado el desayuno.

—No has comido nada. No puedes irte así.

—Tranquilo, estoy acostumbrada.

«¿Qué significaba eso?».

—Espera aquí un minuto —le rogué.

—Joel...

—No te vayas, por favor —insistí con más firmeza.

Corrí a la cocina. Cogí una bolsa de papel con asas y la abrí sobre la encimera. Agarré un bocadillo de jamón ahumado con queso de las comandas que estaban saliendo y un sándwich de pastrami. También metí una botella de zumo y un café en vaso con tapa.

—Joel, ¿qué haces con los pedidos? —me preguntó Manuel desconcertado.

—Reponlos, estos los necesito.

Regresé a toda prisa y, con alivio, confirmé que seguía allí, esperándome como le había rogado. Le tendí la bolsa con el brazo estirado.

—Ten.

—No tenías por qué...

—No, pero quiero hacerlo y, si la aceptas, no me deberás nada. Ni siquiera lo mencionaré.

Ella dudó, pero acabó tomándola.

—Gracias.

Negué con la cabeza.

Ella no dijo nada más y yo tampoco. El corazón me latía con fuerza en el pecho, como siempre que la tenía delante. Era agotador no entender por qué se comportaba de ese modo y, mucho más, no poder entenderme a mí mismo.

Anna dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

La vi cruzarla y desaparecer entre la gente.

Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba enfadado. Muy enfadado. Y no era capaz de identificar los motivos. Todos y a la vez ninguno, porque ¿qué derecho tenía? ¿Con qué propiedad? Y aun así me importaba tanto que me sentía como la mierda por no poder hacer nada salvo darle bocadillos y café.

13



El vaho de mi respiración empañó por unos segundos el cristal, difuminando la imagen exterior antes de que el calor de la calefacción volviera a despejar mi visión. Apoyé la frente contra el vidrio y dibujé una carita con una sonrisa que contrastaba con la apatía que arrastraba desde la mañana.

Afuera, la nieve caía espesa y se acumulaba muy rápido sobre la calle empedrada formando una capa gruesa y blanca, que debía de sobrepasar los veinte centímetros. Un coche aparcado enfrente ya parecía un enorme terrón de azúcar y hacía rato que no pasaba un alma. La tormenta, que se preveía para el día siguiente, se había adelantado provocando en solo unas pocas horas el caos en el tráfico y la cancelación de varios vuelos y trenes, justo el día de Navidad.

Uno de esos vuelos cancelados había sido el de mi amigo Noah y su prometida, Elle, por lo que no habían podido viajar hasta Burlington, donde sus familias se habían reunido para pasar las Navidades.

Y hablando de Noah, lo vi acercarse en el reflejo de la ventana.

Se sentó en el alféizar con una cerveza en cada mano y me entregó uno de los botellines.

—Tío, de verdad, gracias por invitarnos a cenar con vosotros. La alternativa era quedarnos solos en nuestro apartamento, comiendo *pizza* congelada —me dijo por quinta vez desde que había llegado.

—Oye, eres de la familia, aquí siempre tendrás un sitio. —Me dio un golpecito afectuoso en el costado y tomó un trago—. Elle parece divertirse —noté.

Llevaba un rato sentada en el sofá, conversando con Becca mientras hacía saltar a Carly en sus rodillas. Aunque era la prometida de Noah, no la conocíamos mucho. Habían mantenido una relación a distancia durante años, hasta este último otoño en el que ella había logrado un ascenso en su empresa y la posibilidad de elegir una sucursal en la que establecerse.

—Siempre busca el modo de encajar. Es un encanto —dijo sin apartar los ojos del sofá.

—Joder, estás colado.

—Pues claro, ¿por qué crees que voy a casarme con ella?

Dave se nos acercó, con el rostro colorado y oliendo a jamón glaseado. Levi y él llevaban todo el día metidos en la cocina preparando un montón de platos. Eran los únicos con la paciencia y las aptitudes culinarias necesarias para que pudiéramos tener una cena de Navidad como las que preparaba mamá.

—Pobre chica, alguien debería abrirle los ojos y decirle que está a tiempo de escaparse con alguien más guapo y listo —bromeó.

—¡Que te den, Larsson! —exclamó Noah.

Me reí con ellos.

Eché otro vistazo a la calle, con una extraña mezcla de melancolía y refugio.

Abajo, las escalinatas y los pequeños jardines de los edificios habían perdido su contorno bajo el manto blanco. Nada se movía,

salvo los copos que caían en un hipnótico descenso. El mundo parecía haberse puesto en pausa, congelado en el tiempo.

Me mordí el labio mientras pensaba otra vez en ella.

Anna.

Siempre que aparecía en mi mente, sentía como si me golpeasen el corazón con una maza; y no me la había quitado de la cabeza desde el día anterior, así que a esas alturas lo tenía machacado. Destrozado. Hecho papilla. No dejaba de preguntarme dónde habría desayunado esa mañana, ya que la cafetería había permanecido cerrada. Si estaría sola o tendría compañía. Algún amigo. Alguien con quien cenar en una noche tan significativa.

¿Tendría cena?

Joder, igual no tenía ni eso.

Todas las pistas indicaban que, si no vivía en la indigencia, malvivía en un cuchitril con solo unos pocos dólares en el bolsillo. Porque ¿quién dice como si nada que está acostumbrada a no comer?

Miré el reloj. Eran las cinco y media.

Si me daba prisa, podía cruzar la ciudad e ir hasta ese edificio al que la seguí el día que la conocí. No era muy grande, así que no me costaría mucho localizarla aunque tuviera que llamar a todas las puertas. Me aseguraría de que estaba bien y volvería a tiempo para cenar. Incluso podía invitarla a venir con nosotros. En nuestra casa siempre había sitio para uno más.

Pero ¿y si no vivía allí?

Di golpecitos con la frente en el cristal mientras hacía un ruidito de frustración.

—¡Argh!

—Tío, ¿qué haces? —me preguntó Noah.

¿Seguía allí? Dave también, y ambos me miraban con cara rara.

«Perder la cabeza», respondí para mí mismo.

Apuré la cerveza de un trago, y estaba a punto de ir a buscar otra, cuando un movimiento en la calle captó mi atención. Me fijé en el taxi que avanzaba despacio y se detenía frente a nuestro edificio. La puerta trasera se abrió y reconocí a Meryl de inmediato. Se dirigió a la entrada caminando con dificultad y una bolsa en cada mano. La perdí de vista cuando llegó al tramo de escalera de la puerta principal.

Ella tampoco tenía familia; al menos, no en la ciudad.

Me la imaginé sola frente al televisor, picando cualquier cosa mientras veía las escenas más tristes de *Love actually*, *The holiday* o *White Christmas*. Esas películas ya eran un clásico para el día de Navidad, compitiendo de cerca con el pavo relleno y el ponche de huevo.

Era demasiado triste dentro de mi cabeza.

Exhalé con brusquedad y fui a la cocina en busca de Levi.

Lo encontré espolvoreando azúcar glas sobre unos hojaldres de calabaza.

—¿Podemos hablar un momento?

Él levantó la vista y me sonrió con la cara pegajosa.

—¿Has estado metiendo la cabeza en el tarro de la melaza? —me reí.

Puso los ojos en blanco y me lanzó un dulce quemado que atrapé al vuelo. Lo tiré a la basura.

—¿De qué quieres hablar?

—Verás... Estaba pensando en la cena de esta noche... En Noah, Elle, Dave... y que siempre cabe uno más a la mesa, ¿no?

Levi se tensó de inmediato. Dejó el azúcar en la mesa y a su rostro asomó una expresión de suspicacia, esa que siempre ponía cuando me pillaba tramando algo. Cómo odiaba que pudiese leerme

la mente. Que adivinase mis pensamientos como si los llevase escritos en la frente. ¿Acaso era un superpoder que solo tenían los hermanos mayores, o es que me conocía así de bien? Ambas opciones me daban miedo.

—No vamos a invitarla —dijo tajante.

—¿Por qué no?

—Este es un momento familiar.

—Está sola, Levi, y nos va a sobrar un montón de comida. Compartirla con ella sería un gesto bonito por nuestra parte. ¡Es Navidad!

—Ni lo pienses, no pinta nada aquí —masculló mientras me apuntaba con el dedo—. Menos aun cuando sé lo que tratas de hacer.

—No veo qué tiene de malo —repliqué, dándole un golpe suave para que bajara la mano.

—Joel, por favor, deja a papá en paz y no compliques las cosas —me rogó, dejando que su cabeza colgara hacia abajo.

—No quiero complicar nada, y estoy convencido de que a él no le importará. Es más, seguro que también lo ha pensado y no se atreve a decir nada por miedo a que todos reaccionemos como tú lo estás haciendo.

—¿Acaso es normal que nos estés buscando una madrastra a estas alturas?

Me dejó helado.

—¿Tú te estás oyendo? —le espeté. Sentí que un nudo de indignación me apretaba el pecho—. No busco a nadie que sustituya a mamá. Quiero que papá vuelva a tener una vida y haga cosas normales como ir al cine, salir a cenar, conversar sin más. Meryl le cae bien y ella se preocupa por él. ¡Y esta noche está sola!

—¿Por qué te obcecas?

—¿Por qué lo haces tú?

—Porque veo de cuántas formas podría salir mal tu plan.

—Voy a buscarla —anuncié.

Se movió para cortarme el paso.

—No... no puedes plantarte en su puerta y traerla como si fuera un perro que te has encontrado en la calle.

—¿Quién se ha encontrado un perro en la calle?

La voz de Dave nos sobresaltó a los dos. Noah venía con él.

—¿Estáis discutiendo?

Nos quedamos tiesos en medio de la cocina.

Noah nos miraba con una ceja alzada y una expresión de profunda curiosidad. Dave, más prudente, me observaba inquisitivo.

—Nadie discute —dijo Levi.

—¿Y el perro?

—No hay ningún perro, Noah —respondí.

—No entiendo nada.

—Ni tú ni nadie —rezongó Levi, cruzándose de brazos—. Aquí, el idiota de mi hermano y su alma caritativa quieren traer a Meryl a nuestra cena.

Dave y Noah se miraron entre sí, completamente perdidos.

—¿Meryl? —repitieron al unísono.

—¿Quién demonios es Meryl? ¿Has empezado a salir con alguien y te lo has guardado? —me preguntó Noah con gesto herido.

—Nuestra vecina. Vive en la puerta de enfrente, compartimos rellano.

—¿Sales con tu vecina?

Me lo quedé mirando un segundo. Luego, agarré uno de los hojaldres y se lo lancé, pero el muy imbécil lo atrapó al vuelo y empezó a masticarlo con una sonrisita de suficiencia. Me entraron ganas de asesinarlo allí mismo.

—¡Me dobla la edad! —salté.

—¿Y?

Por suerte, Dave le dio una colleja para que se callara, porque yo ya estaba trepando por la mesa para alcanzarlo. Después me miró.

—Vale, Meryl es la vecina de enfrente, ¿y?

—Vive sola, su familia está lejos y creo que sería buena idea invitarla esta noche. Además, es simpática —expliqué.

—¿Y cuál es el problema? —se interesó, y esta vez miró a Levi.

Sonreí, ese era mi amigo, un tipo listo.

Entre susurros, mi hermano hizo un resumen bastante parcial de la situación, que me dejó con la boca abierta y muy indignado. Por eso yo también hice mi propia exposición con todos los detalles que él había omitido, mientras abría otra ronda de cervezas y llenaba un cuenco con los pistachos tostados que habían sobrado del relleno. Para entonces, todos nos encontrábamos reunidos en la cocina, salvo papá, que estaba en la ducha.

—No busco que nadie sustituya a mamá, Levi —le dije con total sinceridad—. Solo quiero que papá esté menos solo. Además, nadie está diciendo que tengan que ser algo más que amigos.

Todos asintieron, dándome la razón. Incluso Elle, la más objetiva porque apenas nos conocía a ninguno, se puso de mi lado.

—¿Y si llegan a algo más? ¿Realmente has pensado en lo que supondría?

—Si eso pasa, no será asunto nuestro, cariño —convino Becca.

Levi suspiró. Me miró con fastidio y sacudió la cabeza, resignado. Me acerqué a él y le di un empujón cariñoso con el hombro. Él era el hermano mayor, el protector que necesitaba que el mundo fuese seguro y predecible para todos nosotros; yo era el que saltaba sin mirar y me dejaba llevar por las emociones, pero ambos queríamos

lo mismo: que nuestra pequeña familia fuese feliz y estuviera a salvo.

—Me están saliendo canas por tu culpa, ¿lo sabías? —resopló.

Me limité a chocar mi botella de cerveza con la suya.

Mi padre apareció en el umbral en ese instante.

—¿Qué hacéis todos aquí?

Nos quedamos en silencio, como un grupo de niños a los que han descubierto en medio de una travesura.

—Vigilando el horno —atiné a responder.

—¿Acaso esperáis que el jamón se escape?

Un coro de risitas resonó en la cocina.

—¿Señor Barrett, quiere una cerveza? —le ofreció Noah.

—Claro, pero llámame Isaac, por favor. Tutéame. Que ahora sea abuelo no significa que también sea una momia.

—Oye, papá... —empezó a decir Levi—. Lo cierto es que... estábamos hablando de invitar a Meryl a cenar con nosotros esta noche. Si ella no tiene otro plan y a ti te parece bien, desde luego.

Lo miré atónito. ¿Acababa de hacer que mi idea pareciera suya? ¡No podía creerlo! *Don Papá No Necesita Una Novia* se había anotado mi tanto.

—¿En serio? —preguntó él, sorprendido a la par que confuso por la inesperada propuesta.

—Sí, ¿por qué no?

—Siendo sincero, ya había pensado en la posibilidad de invitarla, porque ella también está sola en esa casa tan grande. —Ese «también» fue como un dardo directo al pecho, que Levi notó con la misma fuerza que yo. Cruzamos una mirada fugaz—. Pero no estaba seguro de si os sentiríais cómodos con su presencia en una noche tan familiar, así que preferí no decir nada. No lo vi apropiado.

—Pues creo que a todos nos parece bien que venga, ¿verdad? —intervine.

—Sí.

—Claro.

—Por supuesto.

—Yo ni siquiera debería opinar —dijo Elle, con la cara tan roja como si hubiera comido chili picante.

—Entonces, decidido. Voy a preguntarle —me ofrecí.

Mi padre me detuvo con un gesto.

—Soy el anfitrión y la persona con quien más confianza tiene. Lo correcto es que yo la invite personalmente.

Miró a su alrededor, pensativo. Luego dio media vuelta y se marchó decidido.

Durante un largo momento, nadie se movió ni dijo nada.

Entonces, la alarma del horno rompió el silencio con un pitido estridente.

En cuestión de segundos, todo el mundo se organizó.

Levi sacó el jamón del horno y Dave sirvió las guarniciones: puré de patatas con salsa, judías verdes, batatas asadas... Becca colocó un cubierto más y yo me ocupé de buscar otra silla. Por último, encendí las velas que decoraban el centro de la mesa y cambié el vinilo de villancicos tradicionales que daba vueltas en el giradiscos por uno de Michael Bublé; al menos, ese no hacía que quisiera ponerme tapones en los oídos.

El sonido de la puerta principal al abrirse me hizo contener el aliento. Instintivamente, miré la fotografía de mi madre que colgaba de la pared. Su mirada parecía acariciarme, al igual que su sonrisa.

«¡Feliz Navidad, mamá!».

Meryl apareció en la sala, seguida de papá. Tenía las mejillas encendidas y sonreía con una timidez encantadora, que se acentuó

cuando Becca se acercó a recibirla con un abrazo. Papá hizo las presentaciones. Al verse rodeada de tanta gente, Meryl se llevó una mano al pelo, recogido en una coleta, y la otra al jersey de lana que vestía y al que intentaba quitarle unas arrugas imaginarias.

—Si hubiera sabido esto, me habría arreglado un poquito más —comentó con una risita apurada.

—Una belleza natural como usted no necesita nada más —le dijo Noah.

Ella le dirigió una dulce sonrisa con sus labios pintados de rosa.

A mi lado, Elle hizo un ruidito y me susurró:

—Con ese piquito conquistó a mi madre.

—¿Y a ti no? —bromeé.

Me dio un codazo que me hizo reír.

A continuación, todos nos sentamos a la mesa y Levi comenzó a cortar el jamón en lonchas, mientras papá descorchaba una botella de *pinot noir* y llenaba las copas con una sonrisa en los labios.

Tras unos primeros minutos un poco incómodos, el ambiente se relajó y el tiempo fluyó sin darnos cuenta. Levi y Dave habían hecho un trabajo increíble con la cena y todos los platos estaban deliciosos. No había nada como la comida casera. Conversamos sobre muchos temas: música, cine, lugares para ir de vacaciones.

Meryl nos habló de su trabajo. Era agente literaria —algo que en un principio nos sorprendió, pero que después de conocerla cobró todo el sentido del mundo—, y en su cartera había escritores lo bastante conocidos como para dejarnos a todos con la boca abierta. Nos hizo reír con sus anécdotas descubriendo nuevos talentos y acompañando a sus clientes en firmas y eventos; hasta Levi soltó alguna que otra carcajada.

Tras tomar el postre, alguien propuso jugar a un juego de mesa.

El único que conservábamos completo era un Monopoly edición especial de Los Simpson.

Fiel a mis indiscutibles habilidades, fui el primero en perder.

Aproveché la derrota para estirar las piernas y servirme un poco más de ponche.

Me acerqué al ventanal, dando sorbitos, y me senté en el alféizar. Desde allí, me dediqué a observarlos jugar. Mi padre aconsejaba a Meryl, mientras ella tiraba los dados. Levi y Becca se miraban con la complicidad y la certeza de quienes han encontrado su hogar en el otro. Mis mejores amigos también estaban allí, completando lo que para mí era un hogar.

Mirándolos a todos, sentí una calidez inmensa expandiéndose por mi pecho; realmente no podía pedirle nada más a la vida.

Me giré hacia la ventana. Las luces del árbol se reflejaban en el vidrio como estrellas lejanas. Fuera, había dejado de nevar y la oscuridad de la noche parecía mucho más profunda sobre los tejados blancos.

Apoyé la frente en el cristal, empañando el reflejo de la sala, y el sonido de las risas de mi familia se alejó poco a poco a un millón de kilómetros. Como un fantasma atrapado entre dos mundos, el rostro de Anna se abrió paso en mi mente.

Era absurdo. Apenas la conocía, casi no sabía nada de ella, y aun así no me la sacaba de la cabeza. Me preocupaba por ella y ese sentimiento no tenía nada que ver con el pasado, ni con mi madre ni con el puto accidente.

Me importaba.

Así de simple.

Y así de complicado.

14



Una sensación lúgubre empezaba a adueñarse de mi cabeza. No quería dejarme arrastrar por ella, así que intentaba convencerme de que todo estaba bien, repitiendo esas palabras como si fuesen un mantra. Las personas van y vienen, desaparecen. Nada las obliga a quedarse; y, menos aún, alguien que no te debe nada. A quien no te une nada. Alguien que solo se detuvo en tu camino por un tropiezo fortuito.

Ya habían pasado tres días desde Navidad.

Y Anna no había vuelto al café.

Sin embargo, por más que tratara de pasar de todo y continuar con mi vida, no podía sacudirme de encima la desagradable sensación de que algo iba mal. Aunque, siendo sincero conmigo mismo, ¿cómo podía estar seguro de que esa sensación en el pecho estaba causada por mi intuición, y que no eran mis sentimientos los que me nublaban el juicio?

Todas las respuestas que se me ocurrían o eran complicadas o prefería ignorarlas por ser absurdas.

El cuarto día tampoco vino.

En lugar de aliviarse, la inquietud que sentía se acomodó bajo mis costillas con un zumbido constante, y llegó un punto en el que la opresión en el pecho se volvió insoportable.

Necesitaba distraerme.

Romper la rutina.

Incluso hablar de lo que me estaba ocurriendo.

Si algo había aprendido mientras me convertía en una persona adulta, madura y funcional era que verbalizar lo que uno siente o le preocupa ayuda a ver con más claridad lo que te pasa, y no te hace más débil o menos hombre. Yo estaba bastante seguro de mi masculinidad, aunque no tanto de mi buen juicio y mis decisiones.

Por esa razón llamé a Dave.

De todos mis amigos, él era el único al que podía desnudarle mi alma sin ninguna contención y tener la certeza de que me tomaría en serio. Me conocía bien y comprendía partes de mí que ni yo mismo lograba entender.

Una masa nubosa tapaba el cielo y lloviznaba cuando salí del metro.

Me subí la capucha de la sudadera, cubriendo con ella mi gorra favorita de los Celtics, y tiré de la visera hacia delante. Caminé hasta el semáforo, crucé la calle y me dirigí al restaurante en el que había quedado con mi amigo. Al entrar, me detuve un momento frente al acuario y busqué al gurami besucón que se parecía a Ethan. Allí estaba, pegado al cristal como una ventosa.

Dave me esperaba en una de las mesas con bancos corridos pegadas a la pared.

—¡Hey! —me saludó con una sonrisa cuando me deslicé en el asiento frente a él.

Me quité el abrigo y lo dejé a un lado.

—¿Llevas mucho esperando?

—No, acabo de llegar —respondió.

—La salida del metro estaba colapsada, he tardado una eternidad solo en subir las escaleras.

Un camarero se acercó para tomarnos nota.

Desde el principio, tuve que esforzarme para parecer tranquilo, disfrazando con sonrisas la ansiedad que me pellizcaba el estómago cada vez que veía pasar al otro lado del cristal alguna mujer que me recordaba a Anna. No había sido una buena idea elegir el mismo restaurante de aquella vez solo porque albergaba la estúpida esperanza de volver a tropezarme con ella.

Mi fe en las casualidades era ridícula.

Conversamos sobre los nuevos planes que teníamos para el grupo. Cada vez eran más los locales que querían contratarnos, y de mayor tamaño, y si decidíamos dar el salto de los bares y clubes a las salas de conciertos, íbamos a necesitar un mejor equipo y renovar el repertorio. Pero no dejábamos de ser unos aficionados que tocábamos para divertirnos, por lo que debíamos pensar muy bien si realmente queríamos hacer algo distinto a lo que llevábamos haciendo desde hacía años.

—Oye, ¿estás bien? —me preguntó de repente Dave.

Levanté la vista de la servilleta de papel que había reducido a trocitos. Mi amigo me observaba con los ojos entornados y el ceño fruncido. Dejó su bebida a un lado y se inclinó sobre la mesa.

—Te noto distraído, y cuando he bromeado sobre gastar cinco mil pavos en altavoces, has aceptado en serio. Además, no paras de escanear la calle. ¿Qué demonios estás buscando?

Durante un momento no supe qué contestar. De pronto, me sentía muy inseguro sobre la razón principal que me había llevado allí: hablar con él y que me ayudara a romper ese pensamiento circular que me agobiaba en exceso.

Emití un largo suspiro mientras apoyaba los codos en la mesa y me revolvía el pelo con ambas manos.

—¿Puedo contarte algo sin que me juzgues?

Dave enarcó una ceja.

—Sabes que sí. Pero si vas a pedirme que te ayude a enterrar a alguien, olvídalo. Voy a ser padre, no puedo ir a la cárcel —comenzó a bromear.

—Dave...

Captó de inmediato mi tono desesperado. La chispa de diversión desapareció de su rostro y fue sustituida por una expresión preocupada.

—Ya veo que es serio.

—No sé si es serio, pero para mí...

Inhalé y exhalé con fuerza. Notaba la boca seca y bebí un poco más de vino. Luego me froté el pecho con el corazón botando dentro.

—¿Recuerdas que te hablé de esa chica a la que estuve buscando? Anna.

—Sí, la del accidente, ¿no? Me dijiste que te la habías encontrado por casualidad hace unas semanas. Hasta le diste tu tarjeta, pero pasó de ti.

—La misma.

Dave se inclinó hacia delante, dedicándome toda su atención, pero a mí las palabras se me hacían una bola en el estómago. Dio unos golpecitos en la mesa con el dedo.

—Suéltalo.

—Han pasado muchas cosas desde entonces que no te he contado. Y he hecho alguna que otra estupidez... También puede que me haya involucrado más de la cuenta. —No paraba de divagar.

Dave resopló sin ninguna paciencia.

—Joel, me estás acojonando. Sea lo que sea, deja de dar vueltas y ve al grano de una vez.

Se lo conté todo: cómo Anna había aparecido un día de la nada en el café, las suposiciones sobre ella que me llevaron a inventar un ridículo sorteo, las tazas con frases cursis que preparaba cada mañana y la forma en la que ya no podía ignorarla de ninguna manera.

Mientras destrozaba una tortilla con el tenedor, le confesé frustrado que ella vivía ahora dentro de mi cabeza; y no dejaba de preguntarme si estaría bien, si habría comido o si tendría un lugar caliente al que regresar cada noche.

Dave asentía despacio, sus ojos me decían que lo entendía.

—Ahora estoy paranoico porque no sé nada de ella desde hace días —murmuré enfadado.

Aparté el plato, había perdido el apetito.

Él se echó hacia atrás en su asiento y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Voy a preguntarte algo: ¿hemos vuelto aquí porque de alguna manera esperas encontrártela?

—Es obvio, ¿no? —repliqué.

No me quedaba ninguna dignidad que defender.

—¡Joder!

—¿Qué?

—¿Te gusta esa chica?

Lo miré atónito. ¿En serio? Después de todo lo que le había contado, ¿eso era lo primero que se le ocurría? Se me escapó una risita que pretendía sonar mordaz.

—No has entendido nada. ¡¿Cómo me va a gustar alguien a quien apenas conozco?! —exclamé, y sacudí la cabeza para darle más énfasis—. Es una amiga. Como tú. A ti también te echo una mano siempre que lo necesitas y no significa nada.

Dave contuvo una sonrisa y me miró fijamente.

—Joel, si actuaras conmigo como te has estado comportando con ella, sin mencionar ese lado obsesivo que desconocía de ti, tú y yo estaríamos teniendo una conversación muy seria sobre tu verdadera orientación.

Lo taladré con la mirada.

—No tiene gracia.

—Porque no estoy bromeando —replicó muy serio—. ¿Escuchas lo que dices o solo lo vomitas? Inventaste un sorteo benéfico para asegurarte de que come caliente cada día. Admito que siempre has sido detallista con las chicas con las que has salido, pero ese juego con las tazas... ni siquiera sé qué decir. ¿Te ha poseído el espíritu de Noah Calhoun?

—¿Quién?

—¿No has visto *El diario de Noa*?

—Hace mil años.

Dave se pasó la mano por la cara para disimular que se estaba riendo.

—Estás metido hasta el cuello —me dijo.

Me puse en pie. Ya había oído bastante, me estaba cabreando y lo último que quería era discutir con mi mejor amigo.

—¿Sabes qué? Gracias por nada. —Tiré la servilleta sobre el mantel y agarré mi abrigo—. Me largo.

—Joel, no me jodas, vuelve a sentarte.

—¿Para oírte decir tonterías?

—Venga, no seas crío.

Dejé escapar un suspiro de resignación y me senté otra vez.

Apoyé los codos en la mesa y me tapé la cara con las manos un momento.

Luego llamé al camarero y pedí otra copa de vino.

Dave no dijo nada más sobre el tema, pero de vez en cuando descubría una sonrisita burlona en su cara al pillarme observando la calle a través del ventanal.

«¿Escuchas lo que dices?», me había preguntado.

Dejé que mi mirada se perdiera de nuevo en el cristal, pero esta vez solo contemplé mi reflejo. Repasé mis palabras, busqué en mi interior la voz de mis pensamientos, y, mientras lo hacía, una duda punzante prendió como una cerilla dentro de mi mente. Cuando rompí con Gaby, estaba tan deshecho que me cerré por completo a involucrarme con nadie. Blindé esa parte de mí, la anestesié, y con el tiempo me acostumbré a estar solo. Se convirtió en rutina.

Olvidé qué se sentía cuando alguien te gustaba de verdad.

Y lo que no se recuerda tampoco se echa de menos. También olvidé el deseo de sentir.

Entonces, apareció Anna y mi invierno emocional comenzó a derretirse.

Se coló por alguna grieta que desconocía como una gota de metal fundido.

Y mi corazón empezó a calentarse cuando mi voluntad perdió la batalla contra la fuerza de un latido involuntario.

15



El motor de mi Shelby 500 rugía contenido mientras avanzaba con lentitud entre el tráfico colapsado del centro. Solo llevaba unas pocas manzanas circulando cuando me arrepentí de haberlo sacado del garaje en lugar de coger la moto.

Era media mañana del 31 de diciembre y la ciudad se preparaba para recibir el nuevo año. Operarios municipales colocaban vallas para acotar las zonas desde donde se podría seguir la cuenta atrás y ver los fuegos artificiales. Los comercios lucían carteles brillantes, la gente caminaba con paso ligero cargada con compras de última hora, y centenares de turistas se movían de un lado a otro, localizando los distintos eventos culturales que tenían lugar en la ciudad.

Miraras donde miraras, se palpaba una energía contagiosa flotando en el aire, esa electricidad inconfundible de las grandes ocasiones. En el ambiente se respiraban risas, emoción contenida y la promesa de una noche en la que todo era posible.

Sin embargo, a medida que dejaba atrás todo ese bullicio deslumbrante y ostentoso y me acercaba al sur, la postal navideña comenzó a desteñirse. Los jardines y parques decorados y repletos de luces dieron paso a calles más grises y vacías. En una de ellas se

encontraba el inmueble que estaba buscando. Traté de recordar los detalles y poco a poco me fui orientando.

Reconocí la farmacia, el restaurante indio y el cruce en el que casi nos atropella aquel taxi.

Giré a la derecha y reduje la velocidad. En cuanto vi la fachada del segundo edificio, supe que había llegado al lugar correcto.

Encontré un hueco para aparcar unos metros más adelante. Apagué el motor y me repantigué en el asiento. Necesitaba un momento para respirar. Exhalé de forma audible y luego aspiré una bocanada de aire.

Esa misma mañana, cuando me di cuenta de que Anna tampoco aparecería por el café, ir hasta allí a buscarla me había parecido la mejor de las ideas. Ya no me quedaba paciencia a la que recurrir y no podía continuar un día más con esa incertidumbre sobre su paradero revolviendo mis pensamientos, imaginando escenarios que solo lograban acrecentar mi preocupación y preguntándome todo el tiempo si estaría en problemas. Así que me había convencido a mí mismo de que no estaba haciendo nada malo al presentarme allí por iniciativa propia.

Ahora sentía que era una idea pésima. La peor de todas. Y que Anna podía cabrearse conmigo —y con razón— por inmiscuirme en su vida de esa manera. Sin embargo, no quería echarme atrás y seguir por más tiempo obsesionándome con lo mismo.

Saqué las llaves del contacto y salí del coche. El frío húmedo se filtró en mis huesos y me subí la cremallera de la cazadora hasta la barbilla. Luego me calé la gorra. Mis orejas echaban de menos que llevara el pelo largo.

Con el corazón a mil, crucé la calle, subí la escalera y empujé el portón del edificio, que cedió con un quejido agudo y oxidado dándome la bienvenida a un vestíbulo en penumbra.

Me detuve frente a los buzones del correo, encastrados en la pared, y busqué su nombre. No encontré nada. No había nombres ni apellidos, solo números y letras que correspondían a los pisos y puertas.

Si seguía adelante, no me quedaba más opción que probar suerte a ciegas.

Tuve que subir a pie, y cada paso que daba resonaba en el hueco de la escalera con un eco amplificado que me ponía nervioso. Llegué arriba y vi un pasillo estrecho, de paredes pintadas en color ocre y suelos de madera recubiertos con linóleo, flanqueado por varias puertas de madera idénticas y numeradas con placas.

Llamé a las dos primeras sin obtener respuesta.

—¿Quién es? —preguntó una voz malhumorada en la siguiente.

—Disculpe, estoy buscando a una persona que vive en este edificio, una chica...

—Lárgate, no conozco a nadie.

—Tendrá unos veintipocos, pelirroja...

—¡Que te largues!

Al lado, un perro comenzó a ladrar con furia. Enfrente, ni siquiera hablaban mi idioma.

Subí al segundo piso y toqué con los nudillos en la primera puerta a mi derecha, la única que tenía un felpudo. Un instante después, oí una voz aguda gritando un «Ya voy» y el arrastre de unos pasos lentos. En el umbral apareció una mujer bastante mayor, con un gato atigrado de color naranja durmiendo en sus brazos.

Sonrió al verme.

—¿Sí? —me preguntó.

—Hola, señora, siento molestarla.

—¿Vendes alguna cosa?

—No, no vendo nada —me apresuré a aclararle—. Estoy buscando a alguien.

—¿A quién?

—Una amiga. Se llama Anna, de unos veinticinco, pelirroja, melena larga y rizada.

Su mirada se iluminó con una chispa de reconocimiento.

—Oh, la conozco, la chica de los fideos.

El corazón me dio un vuelco.

—¿La chica de los fideos? —repetí.

—La llamo así porque todas las semanas suele traerme fideos del restaurante en el que trabaja. Es muy cariñosa. Un ángel.

«Menos conmigo», pensé.

Sonreí.

—¿Y sabe dónde puedo encontrarla?

—Vive en el tercero, con otros chicos. Es un piso compartido, ya sabes. Hacen mucho ruido y no son muy amables, pero Anna sí lo es. Es una buena chica, suele visitarme para ver cómo estoy y preguntarme si necesito alguna cosa. Aunque... —Frunció el ceño y acomodó al gato, que se le escurría por un costado—, ahora que lo pienso, ya hace varios días que no la veo.

La miré esperanzado.

—Ha dicho que vive en el tercero. ¿Sabe el número?

—Por supuesto, la encontrarás en el 3A.

Tuve que controlarme para no abrazarla, lo que habría sido muy raro e inapropiado.

—¡Muchas gracias, señora! ¡Cuídese!

—Tú también, jovencito. Y me llamo Margaret.

—¡Gracias, Margaret!

Corrí a la escalera y subí los peldaños de tres en tres. Me planté frente al 3A y golpeé la madera desconchada con los nudillos. El

silencio se prolongó tanto tiempo que estuve a punto de marcharme convencido de que no había nadie. Entonces, oí unos pasos lentos y el chasquido de un cerrojo. La puerta se entreabrió unos centímetros. Al otro lado, un tipo que tendría más o menos mi edad, con el pelo desgreñado y una camiseta sucia, me observó con los ojos entornados.

—¿Qué quieres?

—Siento molestarte, estoy buscando a Anna.

—¿Para qué? —me preguntó con desdén.

Todo mi cuerpo se tensó y noté una oleada de calor calentándome el rostro.

Lo miré fijamente.

—Eso es asunto mío.

—Pues no está aquí.

—¿Y sabes dónde está?

—Ni idea, no soy su padre.

Cerré los puños dentro de los bolsillos de la cazadora.

—¿Y sabes cuándo podría volver?

—Verás, tío. Ella ya no vive aquí. Se marchó hace unos días.

Todas mis alarmas se encendieron de golpe.

—¿Cómo que se marchó?

—Llevaba varias semanas de retraso con el alquiler de su habitación y el casero la echó.

Cerré los ojos e inhalé para calmarme. El muy imbécil podría haber empezado por ahí, en lugar de tomarme el pelo con esa arrogancia impostada.

—¿Y no sabes adónde ha ido?

—No.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Podría pensarlo un poco más —contestó con una sonrisita socarrona—. Por cierto, me gusta tu gorra.

Me lo quedé mirando. ¿Ahora me salía con esas?

—Joder —mascullé. No pensaba regalarle la gorra, así que le di cincuenta pavos de mi cartera—. ¿Ya te acuerdas?

Asintió sin dejar de sonreír, y yo imaginé que le rompía la nariz contra el marco de la puerta.

Levi lo habría hecho directamente. Su mecha siempre había sido más corta que la mía.

—Espera aquí un segundo —me pidió.

Desapareció dentro del piso y yo me quedé allí, contando los segundos antes de irrumpir como un rinoceronte si tardaba demasiado.

«Veinte, veintiuno, veintidós...».

Respiré al ver que regresaba con un trozo de papel en la mano. Tenía una dirección anotada con lápiz.

—Puede que la encuentres ahí.

—¿Estás seguro?

—Mi exnovia es una de las pocas personas a las que pediría ayuda. Es donde vive —me explicó.

Doblé la nota y me la guardé en el bolsillo.

Ahora que ya tenía lo que precisaba de él, no había necesidad de que continuara siendo amable. Di un paso adelante y lo agarré por la pechera sin darle tiempo a reaccionar. Sus ojos se abrieron como platos y se aferró a mi muñeca para no perder el equilibrio.

—O... oye... —balbuceó.

—Si me has mentido en algo, tú y yo volveremos a vernos. —Acerqué mi cara a la suya—. Te aseguro que no quieres que eso pase.

Lo solté de un empujón seco que lo hizo tambalearse hacia el interior, di media vuelta y me dirigí a la escalera con la sangre hirviendo. El mundo estaba lleno de imbéciles y la prueba era ese tío.

De vuelta en el coche, me tomé un momento para buscar la dirección en el navegador. La calle se encontraba al norte de Dorchester. No era la zona más segura de la ciudad para vivir.

Inspiré hondo y luego solté el aire de golpe.

La habían echado porque llevaba semanas sin pagar el alquiler. Y según la señora del gato, Anna trabajaba en un restaurante de fideos. Probablemente, en alguno de los que había en Quincy, explotada y cobrando una miseria. Lo que confirmaba el presentimiento que tuve sobre ella nada más verla.

Cómo me jodía no haberme equivocado.

16



Seguí las indicaciones del navegador hasta una calle de viejos edificios de apartamentos de tres plantas o *triple-deckers*, como solía llamarlos la gente. El asfalto era un desastre, y cada vez que uno de los neumáticos tropezaba en un agujero y la suspensión crujía, mi corazón se saltaba un latido.

Observé las fachadas. La pintura verde y gris se descascaraba de arriba abajo y las escaleras de incendios oxidadas daban la impresión de estar a punto de desprenderse. Encontré el número que buscaba y aparqué pegado al bordillo, justo enfrente. Al otro lado de la calle, un par de tipos sentados en un sofá en medio de la acera no me quitaban los ojos de encima.

Subí los escalones hasta el porche y busqué el timbre con el número anotado en el papel.

Una voz respondió a través del interfono.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, busco a Anna —dije de inmediato—. El tipo que me ha dado esta dirección ha dicho que podría haberse mudado aquí.

—¿Qué tipo?

—No sé cómo se llama, solo me ha dicho que aquí vivía su exnovia.

Hubo un silencio largo.

—Espera ahí. Bajo enseguida.

Me revolví el pelo, nervioso. Incapaz de quedarme quieto, comencé a dar saltitos para combatir el frío. Al cabo de unos minutos, la puerta emitió un zumbido al desbloquearse y apareció una chica de pelo oscuro y anillado. Era bajita, con los ojos rasgados y un *piercing* brillante en la ceja que llamaba mucho la atención.

Me miró de arriba abajo y luego se inclinó a un lado para echar un vistazo a mi espalda.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Me llamo Joel. Soy un amigo de Anna.

Me estudió con semblante severo.

—Anna nunca me ha hablado de ningún Joel.

—No hace mucho que nos conocemos.

Arrugó la frente.

—No es muy tranquilizador, ¿no crees? —me cuestionó.

Me enfrenté a su mirada cargada de desconfianza.

—No te miento, ¿vale? ¿Puedo enseñarte una cosa? —le pregunté antes de hacer ningún movimiento.

Asintió despacio.

Me bajé la cremallera de la cazadora y metí la mano en el bolsillo interior. Saqué una de mis tarjetas de visita y se la mostré. Ella la tomó con las puntas de los dedos.

—Tengo un café en Seaport y Anna suele pasarse por allí todas las mañanas —comencé a explicarle—, pero lleva días sin aparecer y estoy muy preocupado por ella. Sé que no está atravesando un buen momento y quiero asegurarme de que se encuentra bien. Nada más.

La chica alzó la barbilla y señaló la calle.

—¿Es tuyo?

¿Se refería a mi coche?

—Sí, es mío. ¿Por qué?

—He memorizado la matrícula, por si acaso.

Asentí. No me ofendía que sintiera la necesidad de amenazarme de esa forma velada. Al contrario, me tranquilizaba que se preocupara por Anna hasta ese punto.

Volvió a estudiarme de arriba abajo, como si me estuviera evaluando, y vi el instante exacto en el que bajó un poco la guardia.

—Anna vino hace tres días, su casero la había echado y no tenía dónde quedarse. Pero ya no está aquí —me confesó con una mueca de pesar—. Vivo con mi madre y mis dos hermanos, no nos sobra el espacio, y solo pude ofrecerle mi sofá un par de noches. Ayer recogió sus cosas y se marchó.

El corazón me dio un vuelco doloroso.

—¿Sabes adónde?

—¿Qué harás si la encuentras?

Sacudí los hombros como si la respuesta fuese obvia.

—Intentaré echarle una mano, si me deja. Es alérgica a cualquier gesto amable —respondí con sinceridad.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Sí que la conoces.

Yo también sonreí.

—¿Por qué quieres ayudarla? —quiso saber.

Me mordí el labio inferior e inspiré.

—Anna socorrió a mi madre hace tiempo, cuidó de ella en un momento complicado; aunque no lo hago por ninguna clase de agradecimiento. Ella me importa —admití.

Pasaron algunos segundos. Al final, ella exhaló un leve suspiro.

—Me dijo que había hablado con una compañera de trabajo y que podía quedarse en su casa un tiempo.

La miré con el corazón en un puño y la garganta seca. Me daba miedo preguntar, y me daba más miedo aún la respuesta.

—¿Y sabes dónde vive esa persona?

—Sí. ¿Tienes dónde anotar?

Estoy seguro de que oyó el sonido de alivio que brotó de mi garganta, pero no me importó. Habría lanzado un puño al aire si no hubiera temido asustarla o que pensara que me faltaba un tornillo.

Saqué el teléfono del bolsillo, lo desbloqueé y se lo di para que pudiera escribir la dirección.

—Gracias —le dije cuando me lo devolvió.

—No me las des. Basta con que te asegures de que Anna está bien.

Asentí, porque eso era lo que pensaba hacer.

17



El navegador me llevó más al sur. Para cuando localicé el bloque de pisos que la amiga de Anna me había descrito, el cielo ya se había teñido de naranja y el sol descendía demasiado rápido tras los tejados.

El edificio era un cubo enorme con pasillos exteriores que daban a un patio de cemento. Todos los apartamentos eran iguales, salvo por el color de las puertas, que cambiaban según la planta. Subí a la cuarta y no tardé en encontrar el número.

Llamé con insistencia.

Al cabo de unos segundos, una chica joven, con el pelo corto y teñido de rosa, abrió.

Su mirada vagó desde mi cara hasta mis pies y regresó a mis ojos.

—¿Sí?

—Hola, ¿eres Rosie? —le pregunté sin rodeos. Asintió con el ceño fruncido—. Busco a Anna. Me han dicho que está aquí.

Entrecerró la puerta a su espalda, y ese gesto me llamó la atención.

—¿Quién eres?

—Me llamo Joel, ¿podrías decirle que estoy aquí y que necesito hablar con ella?

—¡Tú eres el chico del café! —exclamó sin alzar la voz.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Te ha hablado de mí?

—Sí, aunque no mucho. Anna es bastante reservada.

—Sí que lo es —le di la razón mientras me inclinaba a un lado intentando ver algo del interior de la casa—. ¿Puedes pedirle que salga, por favor?

Rosie soltó un suspiro pesado y sus hombros se hundieron. Me miró apenada, lo que encendió una luz roja en mi cabeza. Contuve el aliento mientras le sostenía la mirada.

—Ya no está aquí.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién cojones está en la puerta, Rosie? ¡Date prisa, tengo hambre! —gritó un tipo desde dentro con malos modos.

—Ya voy —respondió ella de inmediato. Me miró con urgencia—. Se ha marchado hace un par de horas.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿No iba a quedarse contigo un tiempo?

—Esa era la idea —me confesó en voz baja. Lanzó una mirada nerviosa por encima de su hombro—. Pero mi novio... él al principio dijo que no había problema en que se quedara con nosotros, pero hoy cambió de opinión. Ha querido cobrarle un alquiler por la habitación y le ha exigido un dinero por adelantado que ella no tiene. Así que ha hecho que recoja sus cosas y se marche.

Tragó saliva, muerta de vergüenza e incapaz de sostenerme la mirada. Continuó:

—Yo no he podido hacer nada, la casa es de él y tiene mal genio. Lo siento mucho.

Una oleada de rabia me calentó el pecho y ascendió hasta mi cuello. Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas. A través de la rendija de la puerta se oía el

sonido de un televisor encendido y el chasquido de una lata al abrirse.

—¿Sabes dónde puede haber ido desde aquí? ¿Si tenía algún otro plan? —le pregunté.

—No, todo ha pasado muy rápido. Ni he podido despedirme.

—Rosie, ¿con quién demonios estás hablando? —bramó el tipo—. ¡Cierra la puta puerta ya y ven aquí!

Rosie dio un respingo.

—Tengo que entrar —susurró con la voz temblorosa—. Lo siento mucho. De verdad que lo siento.

Noté que me hervía la sangre. No necesitaba ver a ese imbécil para saber la clase de persona que era.

—Tranquila, no es culpa tuya —traté de apaciguarla—. Pero, dime una cosa, ese restaurante en el que trabajáis, ¿dónde se encuentra? Puede que allí la localice.

—La despidieron la semana pasada.

Me sentí como si alguien me hubiera vaciado un cubo de agua helada encima.

—Adiós —dijo Rosie de forma apresurada.

La puerta se cerró de golpe en mis narices y oí el chasquido del cerrojo.

Me quedé allí parado, congelado bajo el aire frío del último día del año. Anna llevaba dos horas en la calle, sin dinero, cargando con sus cosas y sin un lugar al que ir. Y yo ya no sabía qué más hacer.

Abandoné el bloque de apartamentos con la mente envuelta en una neblina de la que me estaba costando deshacerme. Se acabó. No había nada más que pudiera hacer. Notaba el corazón en la garganta y eché la cabeza hacia atrás como si ese gesto pudiera ayudarme a respirar de nuevo. Casi había anochecido y en el cielo oscuro comenzaba a verse una luna creciente rodeada de diminutas

estrellas brillantes. Era una imagen tan bonita como tranquila, pero en mi interior se estaba formando una tormenta.

Llegué a donde tenía el coche aparcado, pero ni siquiera saqué las llaves del bolsillo. No podía entrar ahí, poner el motor en marcha e irme a casa como si nada. Continué moviéndome sin rumbo, con las manos hundidas en los bolsillos de la cazadora y la cabeza gacha, escuchando el crujido de la nieve sucia bajo mis botas. Me sentía derrotado y con un sentimiento de impotencia atascado en el pecho que no me dejaba llenar los pulmones.

Un par de calles más abajo, me detuve frente a una cancha de baloncesto desierta y mal iluminada. Me apoyé contra la valla, sujetándome al alambre helado solo con los dedos. La desolación era absoluta. A mi alrededor y dentro de mí.

«Menuda mierda».

¿Y ahora qué? Rendirme no formaba parte de mis registros. No sabía cómo hacerlo y, menos aún, cómo aceptarlo. Dejé escapar un suspiro que se convirtió en una nube blanca y levanté la vista. Al otro lado de la pista había un parque infantil. Uno de los focos que lo iluminaba parpadeaba de forma intermitente sobre una casita de madera; incluso desde donde me encontraba podía oír el zumbido de la electricidad.

Durante unos segundos, permaneció encendido.

Me quedé petrificado, sin poder creer lo que veían mis ojos. Bajo el puente que unía la casita con un tobogán, abrazada a sus rodillas, estaba Anna. No era una alucinación ni una confusión. Era ella, y el corazón me dio un vuelco tan violento que me dolió.

Rodeé la valla de la cancha con paso rápido y miedo a parpadear por si la perdía de vista y desaparecía. Al llegar al otro lado, ralenticé mis pasos; no quería asustarla. La observé mientras me acercaba. Estaba con la guardia baja y tan distraída en un lugar como aquel

que me estremecí al darme cuenta de lo vulnerable que se veía a ojos de cualquiera.

Mi sombra rozó sus pies.

Levantó la cabeza de golpe y se quedó helada. Tardó un instante en reconocerme mientras por su rostro desfilaba un sinfín de emociones. Parpadeó varias veces, como si creyera estar viendo un fantasma.

—¡Hey! —la saludé.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con la voz tomada.

Me agaché frente a ella y sonreí. Jamás en mi vida me había sentido tan contento y aliviado al ver a alguien.

—Llevo todo el día buscándote.

—¿A mí? —Arrugó la frente—. ¿Por qué?

—Dejaste de ir al café. Estaba preocupado.

Ella soltó un bufido, que dibujó volutas de vaho en el aire. Empezaba a hacer mucho frío.

—Las personas dejan de ir a los sitios, Joel. ¿Buscas a todos tus clientes que desaparecen?

—No —sonreí—. Solo a los que renuncian sin avisar a su última semana de desayunos gratis, es bastante raro.

Apagó el teléfono con dedos temblorosos y lo guardó en su mochila. Me percaté de que tiritaba, y me quité la cazadora. Luego me incliné para colocársela sobre los hombros. Trató de apartarse, pero no la dejé y la envolví con ella, cubriéndola casi por completo.

Anna me miró en silencio, con la nariz roja y la piel de las mejillas tirante por el frío. Poco a poco, toda reticencia desapareció de su mirada. Vi cómo bajaba sus escudos y el cansancio contra el que intentaba luchar se apoderaba de ella sin abandonar mis ojos. El labio inferior le temblaba y tuve que contenerme para no alargar la mano y rozarlo con mis dedos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te lo contaré mientras bebemos algo caliente. Aquí me estoy congelando.

Anna dudó. Miró las cajas a sus pies, como si se avergonzara de ellas. Quería protestar, negarse, lo noté en la tensión de su mandíbula. Supongo que hay costumbres que cuesta desterrar.

Sin embargo, cedió.

—Vale, pero solo un café.

—Un café, nada más.

Cargué las cajas y la rechacé con un gesto cuando quiso devolverme la cazadora. Le quedaba tan grande que le llegaba casi a las rodillas; parecía un gnomo gruñón. Eché a andar y ella me siguió en silencio aferrada a su mochila, sin apenas energía para levantar los pies del suelo.

Llegamos al coche. Abrí el maletero, acomodé sus pertenencias con cuidado y le dejé la puerta del copiloto abierta.

En cuanto el motor rugió y la calefacción comenzó a expulsar aire caliente, un suspiro trémulo escapó de sus labios. Se pegó al asiento y giró el rostro hacia la ventanilla. Dejamos atrás aquel barrio y circulé sin prisa hacia Beacon Hill, donde se encontraba mi apartamento. Ambos guardamos silencio. De vez en cuando, en los semáforos, la miraba de reojo. Se la veía hecha polvo. Agotada. Preocupada. Ausente.

Giré a la derecha y enfilé mi calle. Había un hueco frente a la puerta de mi edificio y aparqué allí en lugar de dirigirme al parking privado que tenía alquilado.

Apagué el motor.

Anna parpadeó, saliendo de su letargo, y miró a su alrededor desconcertada.

—¿Dónde estamos? —me preguntó.

—En mi casa.

—¿Tu casa? Dijiste que íbamos a tomar un café para entrar en calor. Nada más.

—No sé si te has dado cuenta... pero es Nochevieja y a estas horas las cafeterías ya están cerradas. Los bares ya deben de estar llenos con colas interminables, y olvídate de los restaurantes si no hiciste una reserva hace tres meses —le expliqué con tranquilidad.

Ella se quedó mirándome, ceñuda.

—¿Tienes un plan mejor? —pregunté. Su estómago rugió en ese momento. Fingí no haberlo oído y, reprimiendo una sonrisa, añadí—: No sé tú, pero yo me muero de hambre y en la nevera guardo macarrones con queso, cerveza y tarta de chocolate.

Su expresión disgustada se relajó.

—¿Macarrones?

—Ajá.

—¿Qué tipo de queso?

—Cheddar y parmesano. Mucho parmesano.

Tragó saliva.

—Podría quedarme un rato.

El nudo que aún sentía en el pecho desapareció y en mi rostro se extendió una sonrisa.

18



Me las arreglé para abrir la puerta sin soltar las cajas y entré. Las dejé a un lado y encendí las luces. A continuación, me acerqué al termostato para subir un par de grados la temperatura de la calefacción. Al darme la vuelta, vi que Anna continuaba en el umbral, indecisa y abrazada a su mochila.

—Vamos, no te quedes ahí.

Ella avanzó dando pasitos cortos, mirándolo todo con atención y curiosidad.

—Puedes dejar tus cosas sobre ese sillón —le indiqué.

Sin mediar palabra, se quitó mi cazadora y la chaqueta de paño que llevaba debajo y las colocó en el respaldo, sobre la mochila. Se frotó las palmas de las manos contra el pantalón. Su rostro era como un espejo que reflejaba todas sus emociones. Un caleidoscopio sin filtro.

—Echa un vistazo si te apetece —le sugerí.

Quería que se sintiera cómoda y libre para moverse a su antojo.

Me miró un segundo y luego caminó como lo haría un gato cauteloso. Despacio, sin hacer ruido, observándolo todo con los ojos muy abiertos.

Si había algo de lo que me sentía muy orgulloso era de mi apartamento. Se lo había comprado a un amigo de mi padre cuatro

años atrás. Un tipo canadiense que había trabajado durante muchos años como preparador físico de los Boston Bruins, pero que había decidido regresar a Canadá tras recibir una oferta bastante atractiva de los Ottawa Senators.

Entre el dinero de la compra y lo que invertí en la reforma, me había hipotecado para dos vidas completas, pero me encantaba vivir allí. Estaba ubicado en una calle muy tranquila. Era amplio y luminoso, y tenía grandes ventanas en todas las habitaciones con vistas a un pequeño parque. Suelo de madera de roble y paredes blancas en las que había colgado pósteres e ilustraciones de mis películas, series y juegos favoritos; también de artistas locales que vendían sus obras en las galerías de la ciudad.

Una isla multifuncional separaba la cocina —blanca y sencilla— del salón, el lugar donde pasaba más tiempo. En un extremo descansaba un piano de pared y mi colección de bajos y amplificadores colocados como si fueran obras de arte, porque para mí lo eran. En el otro, una zona de trabajo con un escritorio, estanterías hasta el techo y un sillón perfecto para quedarme dormido siempre que me sentaba a leer.

No tenía muchos muebles, pero los que poseía eran cómodos y bonitos: una mesa extensible de comedor con seis sillas, un mueble para el televisor y un sofá enorme de color crema. Un dormitorio principal con baño, un dormitorio más pequeño y otro aseo con ducha en el pasillo completaban el espacio.

—Tu casa es preciosa —dijo en voz baja.

—Gracias. El mérito es solo mío —bromeé, aunque no mentía porque la había remodelado y decorado yo mismo desde cero.

—Sí, todo parece muy de tu estilo. ¿Hace mucho que vives aquí?

—Cuatro años.

Ella asintió despacio, frotándose los brazos de nuevo. El apartamento estaba caldeado, pero el frío de la calle parecía habérsele calado hasta los huesos. Continuaba pálida y los hombros le temblaban ligeramente.

—Oye, ¿por qué no te das una ducha mientras preparo la cena? Te ayudará a entrar en calor.

—Gracias, pero estoy bien.

Me acerqué a ella con una sonrisa. No pensaba hacerlo, pero de repente me vi tomando sus manos y sosteniéndolas con las mías. Era la primera vez que la tocaba con familiaridad.

—Qué va, estás congelada. Mira —dije en voz baja y deslicé los pulgares por su piel. Donde mis dedos presionaban, se tornaba blanca para recuperar de inmediato un color morado muy evidente —. Y tu nariz está igual de roja.

Apartó las manos y se la frotó.

—No quiero abusar.

—¿De quién, de mi ducha? Seguro que se alegra de ver una cara que no sea la mía.

Anna levantó la barbilla y por fin me miró a los ojos. La chispa de una sonrisa brillaba en los suyos. Asintió con timidez, y ese simple gesto me robó el aliento.

—Ven.

La guie por el pasillo hasta mi dormitorio y empujé la puerta del baño. Encendí la luz. Ella se asomó para echar un vistazo.

—En la repisa tienes de todo: champú, acondicionador, gel... En el armario encontrarás toallas. Las de color crema son nuevas y están más suaves. También hay un albornoz sin estrenar, puedes cogerlo si lo prefieres. El secador de pelo está en ese cajón y... creo que ya está todo.

—Gracias. ¿Dónde has puesto mis cajas? Necesito coger algo de ropa.

—Estará fría de la calle. Te presto algo.

—Joel, no es necesario —se apresuró a detenerme.

Abrí el armario, haciendo oídos sordos, y rebusqué hasta dar con un chándal que mi padre me había regalado la Navidad anterior; pequeño para mi tamaño, pero que me empeñé en conservar por más que él insistió en devolverlo.

Ahora sabía por qué; y también que el destino siempre va un paso por delante.

Sobre el chándal doblado coloqué una camiseta blanca, unos calcetines y un paquete de bóxeres sin abrir. Mi madre siempre había tenido una obsesión un tanto peculiar con esa prenda y la posibilidad de que tuviéramos que bajarnos los pantalones en público llevando unos calzoncillos viejos, por lo que papá, Levi y yo almacenábamos decenas y decenas en nuestros cajones.

Por más que lo intenté, nunca llegué a comprender sus razones.

Tomé el montón de ropa y se lo di a Anna mientras procuraba sacudirme el nerviosismo que sentía al tenerla allí conmigo, después de haber creído que no volvería a verla.

—Aquí tienes.

Ella miró las prendas y luego a mí. Recorrió mi rostro como si intentara encontrar algo escondido en él con una expresión fugaz, inquisitiva e insegura, que desapareció igual de rápido. Su pecho se elevó.

—Gracias.

—Tómate el tiempo que necesites.

Cerré la puerta del dormitorio al salir y me dirigí a la cocina. Me despojé del jersey y me quedé tan solo con una camiseta fina. Me remangué para lavarme las manos.

Me sentía eufórico y al mismo tiempo raro.

Madre mía, de verdad estaba en mi casa.

Cogí aire con fuerza y lo solté despacio.

Saqué de la nevera un táper lleno de macarrones y lo puse dentro del microondas con intención de calentarlos después. Organicé sobre la encimera todo lo necesario para hacer una ensalada. Corté queso y jamón curado, y añadí al plato unas galletitas saladas.

Mientras le echaba un vistazo a los vinos que guardaba en el armario, mi teléfono comenzó a zumbar sobre la isla. En la pantalla parpadeaba el nombre de Dave.

—¡Hey!

—¿Dónde estás? —Su voz sonaba acelerada, con música y risas de fondo—. La barbacoa está casi lista y Joon ha conseguido un par de cajas de esa cerveza alemana que te gusta.

Joder, había olvidado por completo que todo el grupo íbamos a reunirnos en casa de Ethan para celebrar juntos la Nochevieja. Me froté la nuca. Con Anna en casa, ni me lo planteaba. No pensaba dejarla sola y, menos aún, proponerle que me acompañara. Apostaba mi brazo izquierdo a que se negaría y saldría corriendo.

—Dave..., lo siento, pero no voy a poder ir.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡Llevamos planeando esto semanas!

—Es que me ha surgido algo.

—¿Hay un algún problema? ¿Estáis todos bien, tu padre, la niña...?

—Tranquilo, no es nada malo. Verás... esta mañana yo... —Dejé salir el aire que se me había atascado en los pulmones—. Me voy a quedar en casa, Anna está conmigo —dije sin más rodeos.

Hubo un silencio al otro lado y el sonido de la música disminuyó hasta convertirse en un rumor lejano. Me imaginé a Dave alejándose del barullo para poder hablar.

—La has encontrado.

—Sí.

—¿Y está bien?

—Depende de cómo lo mires —murmuré en voz baja—. Digamos que... no atraviesa un buen momento y necesita a alguien a su lado. El problema es convencerla de que ese alguien soy yo, sobre todo porque no parece que haya nadie más.

Al otro lado, Dave soltó una exhalación lenta. Luego una risita que me hizo poner los ojos en blanco, porque sabía lo que estaba pensando. Y, visto lo visto, puede que no se equivocara. Yo mismo me daba cuenta de que mi comportamiento no era el mismo de siempre y la razón solo apuntaba a ella.

—Vale, no pasa nada. ¿Qué les digo a estos?

—No sé, ¿que me he resfriado?

—Intentaré ser convincente.

Me reí con él.

—Gracias, Dave.

—Te llamo mañana.

—Claro.

—¡Feliz Año Nuevo, imbécil!

—¡Feliz Año Nuevo, pringado!

Colgué y dejé el teléfono sobre la encimera. Me quedé allí parado, respirando y con mi corazón comportándose de un modo extraño.

Mis pensamientos eran un absoluto caos y conjuntaban a la perfección con el día de mierda que había tenido, corriendo de un lado a otro de la ciudad, angustiado por una persona a la que apenas conocía y que desde un principio se había esforzado mucho por mantener la distancia.

Y ahora esa persona estaba en mi casa. En mi ducha.

«Y con mi ropa», estuve a punto de decir en voz alta cuando vi entrar a Anna en el salón vestida con el chándal que le había prestado. Llevaba un par de vueltas en las mangas y en las perneras, y aún le sobraba tela por todas partes. Tenía un aspecto gracioso. Tanto, que me quedé mirándola unos segundos de más y tuve que tragar saliva para recuperar la voz.

—¿Ya has terminado? —le pregunté.

—Sí.

—Entonces, ¿cenamos? —Asintió con una pequeña sonrisa—. Dame un par de minutos para preparar la mesa.

—¿Puedo ayudarte?

—Claro.

Le indiqué dónde se encontraba cada cosa, y mientras ella colocaba los platos, vasos y cubiertos, yo llevé los entrantes, la ensalada y una fuente humeante de macarrones hasta la mesa.

—¿Te gusta el vino tinto? —le pregunté—. Aunque, si no bebes alcohol, también tengo refrescos y agua.

—Estoy bien con el vino.

Descorché una botella de *merlot* y llené dos copas.

Nos sentamos uno frente al otro. Le serví ensalada y una generosa porción de pasta. Luego llené mi plato y comenzamos a cenar. Durante los primeros minutos, el único sonido fue el chocar de los cubiertos contra el plato. Su mirada se perdía de vez en cuando al otro lado de la ventana. Las vistas del parque, con los árboles y los arbustos decorados con diminutas luces blancas, eran preciosas de noche.

—¿Te gusta la música? —me preguntó mientras señalaba los instrumentos.

—Desde pequeño. Cuando estaba en el instituto, monté un grupo con unos amigos. Queríamos hacernos famosos y convertirnos en

estrellas, llenar estadios y viajar. Pero no nos fue muy bien en ese sentido y tuvimos que bajar las expectativas. Ahora nos conformamos con tocar en bares —le conté.

—¿Y así os va bien?

—Yo diría que sí. Podrías venir a vernos, y juzgarlo por ti misma —le propuse.

Ella pestañeó, evitando mirarme a los ojos y dirigiendo la vista a la mesa.

—No sé, puede.

—¿A ti te gusta la música?

—Escucharla, nada más.

Me hizo gracia su respuesta. Parecía mucho más relajada que al llegar y la conversación, aunque lenta y trivial, fluía dentro de unos parámetros normales. Quizá, por esa razón, me confié y traté de averiguar algo sobre ella.

—¿A qué te dedicas? —me interesé.

Su expresión tranquila desapareció de un segundo a otro.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —me preguntó a su vez.

Dejé el tenedor en el plato.

—No lo sabía. Creo que solo he tenido suerte. ¿Recuerdas que el día del robo te seguí para hablar contigo? —Vi un montón de pensamientos revoloteando por sus ojos antes de que dijera sí con la cabeza. Continué—: Cuando hoy tampoco has ido al café, no he podido evitar preocuparme. He ido hasta ese edificio donde te vi entrar y he llamado a cada puerta hasta que una señora con un gato me ha dicho que vivías en la tercera planta.

—¿Margaret? ¿Está bien? —se interesó.

—A mí me ha parecido que lo estaba.

Bajó la vista al mantel.

—Le cuesta subir escaleras —murmuró.

—¿Por eso le llevabas fideos todas las semanas?

Abrió mucho los ojos y me dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué más te ha contado?

—Nada. Nos hemos despedido.

Pesqué un trozo de pepino de la ensalada y me lo llevé a la boca. Repetí. Estaba rico.

—¿Qué has hecho después?

—He subido a tu antigua casa y el tipo que me ha abierto la puerta me ha dicho que ya no vivías allí. Luego me ha contado que su exnovia era tu amiga y que podrías haberte mudado con ella —le conté.

—Y también has ido a su casa —convino en tono vacilante.

—Sí.

—Y a la de Rosie.

Tomé la copa de vino y bebí un sorbo sin apartar los ojos de ella. Su mirada parecía algo inquieta, como si no pudiera fijarse en un punto concreto de la mesa.

—Sí —contesté.

—Pero yo ya me había marchado.

—Encontrarte en el parque ha sido un golpe de suerte —admití.

—¿Y si no me hubieras visto?

Me encogí de hombros y esbocé una sonrisilla.

—Imagino que aún estaría dando vueltas por ahí —susurré más para mí que para ella.

Nuestras miradas se enredaron y en la suya vi que no lograba entenderme por más que se esforzaba. Bueno, yo tampoco lo hacía la mayor parte del tiempo, así que no podía explicarle por qué era como era. Que mi lado racional estaba conectado a mi corazón, al mismo enchufe que mis impulsos, y mi mente siempre anteponía lo que quería a lo que necesitaba.

Exhalé.

De repente, Puck apareció en la ventana, dándonos un susto de muerte.

—¡Jesús, ¿eso es un gato?!

—Sí, se llama Puck —me reí.

—¿Es tuyo?

—No, del vecino de arriba. A mí solo me tiene manía y, cada vez que se escapa, viene a molestarme.

Nos quedamos en silencio, observando cómo el gato nos devolvía la mirada desde el otro lado del cristal antes de dar un par de vueltas y acomodarse en el alféizar. Anna estiró el brazo y dio un toquecito en el vidrio con la punta del dedo. Al dejarlo apoyado, Puck se estiró y acercó el hocico como si quisiera frotarlo.

Sonrió fascinada por él.

—A mí me parece bueno.

—No te dejes engañar por esos ojos enormes. Su pasatiempo favorito es pararse en la ventana de mi dormitorio de madrugada y maullar hasta volverme loco.

—Quizá solo quiera que lo dejes entrar —apuntó.

—¿Para qué? —pregunté con genuina curiosidad.

—Puede que su dueño pase poco tiempo en casa y se sienta solo. ¿Sabes si tu vecino sale mucho?

Entonces recordé a la mujer con la que había hablado en el ascensor meses atrás. Se presentó como la madre de Malcolm —el dueño del apartamento—, y bromeó con que pasaba más tiempo en casa de su hijo cuidando del gato y regando las plantas que en su propia casa.

—Ahora que lo dices, sí, viaja por trabajo. Creo que es piloto.

Empujé el plato sobre la mesa y me recosté en la silla, estudiando al gato con la misma fijeza que él me analizaba a mí. La idea pasó

por mi mente como un chispazo y, como siempre hacía, seguí el impulso sin más. Me puse en pie y levanté la hoja de la ventana. Para mi sorpresa, Puck saltó dentro sin esperar a que lo invitara y corrió al sofá como una exhalación. Se encaramó sobre uno de los cojines y desde allí nos miró atento, como si estuviera esperando alguna reacción por nuestra parte. Al ver que no nos movíamos, lanzó un maullido y se acurrucó antes de cerrar los ojos.

Lo miré atónito.

—¡Joder! ¿Has visto eso?

Y entonces la oí: su risa. ¿Habéis oído alguna vez reír a un ángel? Yo tampoco, pero seguro que suena como ella. Brillante, cristalina y tan cálida. Acordes perfectos en mitad del ruido. Tenía el eco exacto de las cosas que duelen de lo bonitas que son. Y esa melodía se clavó en mi memoria.

La miré como si la viera por primera vez, y sonreí.

Después de eso, la tensión se disipó entre nosotros y la atmósfera se relajó.

Terminamos de cenar y Anna se ofreció a fregar los platos, pero me negué de plano. Mientras yo recogía la mesa y colocaba el menaje sucio en el lavavajillas, ella se dedicó a recorrer el salón con pasos lentos, absorbiendo cada rincón de la estancia con una mirada curiosa. Rozó con las yemas de los dedos las teclas del piano al pasar y se detuvo un instante frente a mi colección de bajos. Luego rodeó mi mesa de trabajo, donde el caos ordenado de blocs y partituras sueltas competía por un poco de espacio. Por último, se acercó a la librería que ocupaba toda la pared del fondo, repleta de libros de ficción, cómics y mangas de mis géneros favoritos que había ido coleccionando durante dos décadas.

Se quedó inmóvil frente a uno de los estantes, lleno de fotografías familiares.

Me acerqué por detrás, manteniendo la distancia, y miré sobre su hombro.

—Estos son mis abuelos maternos: Peter y Susan; y estos de aquí, los que parecen estrellas de cine, son mis abuelos paternos: Richard y Diane —le expliqué a la vez que iba señalando las instantáneas—. Este es Levi, mi hermano. Es un poco mayor que yo. Y aquí está con Becca, su esposa. La pequeñaja es Carly. Es adorable y superlista, y no lo digo porque sea mi sobrina, es que es un minigenio.

Anna esbozó una leve sonrisa, que me habría perdido si no hubiera estado tan cerca. Puede que demasiado cerca, porque el aroma de mi champú en su pelo me colmaba los pulmones.

Inspiré una vez más y continué:

—Estos son mis padres: Isaac y Abigail, así se llamaba ella.

Anna observó la fotografía, en la que se les veía abrazados y sonrientes bajo la torre Eiffel. Al lado había otra de un viaje a Pekín, vistiendo ambos el *hanfu*, un traje tradicional chino.

—Tu madre era muy guapa —dijo Anna en voz baja.

—Sí que lo era —asentí.

—Te pareces mucho a ella.

Sonreí con malicia, incapaz de dejar pasar la oportunidad.

—¿Piensas que soy guapo?

Anna se giró de golpe, parpadeando y con las mejillas rojas.

—¿Qué?

—Lo has dicho tú, no yo.

—¿Siempre eres así? —me preguntó turbada.

—¿Guapo? Claro, nací con esta cara.

—No me refiero a que seas guapo, sino a... a... —No encontraba las palabras y que tartamudeara de esa forma tan mona me hizo reír.

Alcé las cejas, presumido.

—Insoportable, a eso me refiero. Insoportable —se corrigió.

Puck lanzó un maullido quejoso, como si nos estuviera echando la bronca por haberlo despertado. Anna aprovechó la interrupción y corrió a sentarse a su lado.

—Me prometiste un café —me recordó.

—Y yo siempre cumplo mis promesas.

Preparé dos tazas de descafeinado y las llevé a la mesa auxiliar frente al sofá.

Al echar un vistazo al reloj, comprobé que quedaba menos de una hora para medianoche.

Encendí el televisor y me acomodé en el sofá, separado de Anna por un par de cojines y un gato caradura. Sintonicé un programa sobre cómo se celebraba esa noche en distintas partes del mundo.

Era bastante interesante.

Por ejemplo, en Dinamarca la gente rompe su vajilla contra las puertas de sus amigos y familiares. En Brasil, miles de personas se visten de blanco para alejar a los malos espíritus y acuden a la playa a saltar siete olas consecutivas, pidiendo un deseo con cada una. En Grecia esconden una moneda en el pan y aquel a quien le toque el trozo que la contiene tendrá suerte en el próximo año.

A falta de unos minutos para la cuenta atrás, un ruidito captó mi atención. Ladeé la cabeza y encontré a Anna profundamente dormida, abrazada a un cojín y con Puck acurrucado muy cerca. Su respiración era pausada y, de vez en cuando, emitía un ronquido muy suave. Su rostro se veía muy relajado, con las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos.

Una sonrisa se dibujó en mi cara. Alcancé la manta que colgaba del reposabrazos y la arropé con cuidado de no despertarla. Me quedé observándola, perdiéndome en sus facciones. Poseía una belleza atípica y fascinante, de las que descolocan porque no se

parecen a nada que hayas visto antes. Tan magnética que resultaba imposible apartar los ojos de ella.

La garganta se me secó y miré hacia el televisor, donde se sucedían imágenes de algunas de las ciudades donde ya era Año Nuevo: Sídney, Tokio, Seúl, Moscú, Londres, Madrid...

Times Square apareció en la pantalla y bajé el volumen. La gran bola comenzó a descender y sesenta segundos después todo estalló en luces y fuegos artificiales.

Incliné la cabeza y miré a Anna.

—¡Feliz Año Nuevo! —le susurré.

Luego, yo también me quedé dormido.

19



Me desperté con el cuerpo entumecido y la luz gris del amanecer filtrándose a través de las cortinas. Se oía un repiqueteo insistente y rítmico contra el cristal. Llovía, otra vez. Inspiré y un bostezo se abrió camino, espabilándome de golpe. Tardé unos segundos en comprender que continuaba en el salón. Habíamos pasado la noche allí. Ladeé la cabeza y miré hacia al otro lado del sofá. Vi el hueco vacío y la manta doblada con pulcro cuidado.

El corazón se me disparó en el pecho.

Anna no estaba.

Me incorporé de sopetón y Puck saltó de mis pies.

Un leve chasquido llamó mi atención y, al girar la cabeza, la vi. Se había vestido con su ropa y llevaba el abrigo puesto. Agachada junto a la puerta, terminaba de atarse las zapatillas, lista para desaparecer de nuevo en silencio.

«Otra vez no», pensé.

—¡¿Qué haces?! —exclamé, rodeando el sofá a toda prisa.

Anna dio un respingo, sorprendida, y se apresuró a colgarse la mochila a la espalda mientras se ponía de pie y rehuía mi mirada.

—Tengo que irme. Ya has hecho mucho por mí.

Me planté entre ella y la puerta, con los brazos en cruz para bloquear la salida.

—Anna, no tienes adónde ir —le recordé.

—Sí que tengo —me mintió y alzó la barbilla con una soberbia que no se reflejaba en sus ojos—. He llamado a una amiga hace un rato. Dice que puedo quedarme en su casa.

La miré muy serio. Me fijé en su postura tensa, en el temblor de sus manos y la angustia que no podía disimular.

—Está bien —asentí con calma—. Dame la dirección, yo te llevo.

—No es necesario, puedo ir en autobús.

—Está lloviendo a cántaros y mi conciencia no me dejaría dormir tranquilo si te dejo ir sin más.

—¡Dios, ¿por qué te importa tanto?! —estalló de repente, y sus ojos se llenaron de lágrimas que se negaba a derramar—. ¡Nunca te he pedido nada, Joel! ¡Nunca! Solo que me dejes en paz. ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

Que perdiera el control de esa manera, lejos de intimidarme, solo me confirmó lo que ya sabía: no tenía a nadie ahí fuera con quien pudiera contar. Ojalá fuese capaz de dejarla tranquila y no sentirme como me sentía desde que ella había aparecido en mi vida, pero me era imposible hacerlo y elegí presionarla hasta que no pudiera sostener su mentira.

—No hay ninguna amiga, ¿verdad? —le pregunté con el corazón en la garganta. Cerró los ojos—. ¿Cuál es tu plan, Anna? ¿Buscar otro parque? ¿Ocupar un puente?

—¡Es mi problema!

—Deja que también sea el mío.

Ella me miró mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, respirando con dificultad, como si las fuerzas se le hubieran agotado de golpe.

—¿Por qué querrías?

—Ya te lo dije: soy así —respondí.

Hice el ademán de tomar su mano, pero ella la cerró en un puño y la apartó.

—Anna, no puedes hacerlo todo tú sola. Nadie puede. A veces debemos confiar en los demás y permitir que nos ayuden. No tiene nada de malo.

—No estoy acostumbrada a recibir ayuda de nadie.

—Siempre hay una primera vez.

—La gente nunca da nada a cambio de nada. Lo sé muy bien. Te hacen creer que van a cuidarte, que por fin has encontrado un lugar al que pertenecer. Solo son mentiras. Antes o después, acaban poniendo un precio —dijo con amargura, mientras yo me preguntaba en vano qué clase de desengaños y miserias había vivido para tanta desilusión y suspicacia, derrota y cinismo, siendo tan joven.

—No todo el mundo es así —repliqué—. Ojalá hubieras conocido a mi madre. Era la mujer más buena y justa de este mundo. Ella decía que somos el resultado de las personas que alguna vez nos ayudaron y nos hicieron felices, y que nadie debería mirar a otro lado cuando ve una injusticia o tropieza con alguien que atraviesa un mal momento.

Me detuve un instante, buscando las palabras exactas, y suavicé el tono:

—Amabilidad, hospitalidad, empatía... ella nos educó con esos valores y sabía cómo llevarnos de vuelta al buen camino si los olvidábamos. Era bastante convincente cuando creía en algo, y creía con una fe ciega que todo lo bueno que hacemos por los demás siempre regresa a nosotros. Yo también lo creo.

Anna alzó la barbilla despacio, mientras un silencio denso y pesado nos envolvía. Apoyó la espalda en la pared y un suspiro tembloroso escapó de sus labios. La rabia de hacía unos segundos se diluía, dejando al descubierto su agotamiento.

—Tu madre debía de ser una gran persona.

Sin poder contenerme más, levanté las manos y sequé con mis dedos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Lo era. Y se enfadaría conmigo si dejara que te fueras así.

Su rostro se contrajo en un puchero, y las lágrimas volvieron a fluir sin control.

La atraje hacia mi pecho, rodeándola con mis brazos.

—Lo siento mucho. Ojalá hubiera podido ayudarla, pero no hice nada —se lamentó.

—¿Y qué más podrías haber hecho? Te quedaste a su lado, no la dejaste sola. No tienes nada que lamentar.

Lejos de calmarla, mis palabras hicieron que su llanto se volviera más amargo.

—No pasa nada, déjalo salir —le susurré, animándola a que se desahogara—. Solo deja que salga. Estoy aquí. Así, eso es. Vas a estar bien, te lo prometo.

Sus puños se aferraron a mi ropa y continuó llorando. No sé el tiempo que pasó hasta que sus sollozos se convirtieron en pequeños suspiros y su cuerpo dejó de estremecerse. La solté cuando noté su mano en mi pecho, buscando espacio. Dio un paso atrás y se sorbió la nariz.

—¿Mejor? —le pregunté.

Me miró en silencio, con los labios apretados para esconder lo mucho que le temblaban.

—¿De verdad puedo quedarme? —susurró, tan bajito que me costó oírla.

Sentí un tirón en el pecho.

—De verdad.

—No tengo dinero.

—Lo sé.

—No tengo nada de nada.

—También lo sé.

—Pero necesito poder darte algo a cambio.

Anna arrugó la cara y su boca se contrajo como si fuese a llorar otra vez.

Negué en silencio y suspiré, mientras me preguntaba por qué en su mente todo era tan complicado. Si pudiera echar aunque solo fuera un vistazo dentro para entenderla. Si pudiera escuchar sus pensamientos para comprenderla. Pero no podía y tampoco sabía de qué otro modo descifrarla.

Le quité la mochila de la espalda y la dejé en la silla. Después tiré de su mano con suavidad para que me siguiera hasta el sofá. Nos sentamos uno al lado del otro en silencio y la miré.

—Este es el plan: por ahora vivirás aquí, conmigo. Te instalarás en el otro dormitorio y no te preocuparás por nada excepto por cuidar de ti misma. Ordena tu vida, sin prisa, tómate el tiempo que necesites. Después ya veremos cuál es el siguiente paso, ¿de acuerdo?

Anna me miró con expresión vacilante y se enjugó los ojos.

—Lo que pasó hace dos años...

—No tiene nada que ver con esto —le aseguré de tal forma que no tuviera dudas nunca más—. Ya no, te lo juro.

Al pasado no se le había perdido nada allí. Para mí, ella había dejado de ser la chica del accidente y ahora solo era Anna: la chica callada de mirada esquiva, la que siempre pedía doble ración de sirope y me robaba el aliento cada vez que sonreía.

Se puso recta, de un modo tan solemne y gracioso que me derretí por dentro.

—Está bien, me quedo.

Esas palabras me tranquilizaron de un modo que ni yo mismo supe entender.

—Ahora prométeme algo.

—¿Qué?

—Que no cambiarás de opinión ni huirás a escondidas. Tampoco dudarás más de este trato ni de mis intenciones.

—¿Tenemos un trato? —preguntó inocente.

—Por supuesto, y como confío en que eres una mujer de palabra, no te haré firmar ningún documento vinculante.

Abrió mucho los ojos, desconcertada, pero enseguida se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. Sus labios se curvaron.

—Vale, tenemos un trato.

Y así fue como ella no solo entró en mi casa, también en mi vida.

Como las raíces de una planta abriéndose paso hacia lo más profundo de mi piel.

Así comenzó a dibujarse el mapa de nuestros días juntos.

20



Llegaba tarde, otra vez.

Y cuando digo «tarde», me refiero a esa clase de retraso que en cualquier otro trabajo me habría costado un despido. Por suerte, en el Wake Up solo tenía que aguantar la mirada asesina de mi hermano y sus pullas. Por suerte, a esas alturas ya era bastante inmune y mi oído selectivo filtraba con bastante eficacia sus sermones.

Encontré un hueco frente a la tienda *gourmet* de la esquina y aparqué allí mi Bonneville Speedmaster. Mi «riñón» mejor invertido. Me colgué mi bandolera de lona y avancé a paso ligero por la acera, sorteando a ejecutivos en traje y creativos con auriculares y gafas clonadas, que caminaban a toda prisa. Al doblar hacia la plaza, el viento gélido que soplaba desde el puerto me azotó la cara, aunque no con la fuerza suficiente como para espabilarme del todo.

Al empujar la puerta, el primer vistazo me confirmó lo que temía: la sala estaba a reventar. Era el pico matutino, esa hora crítica entre las ocho y las nueve de la mañana en la que media plantilla del distrito empresarial parecía ponerse de acuerdo para exigir su dosis de cafeína y desconectar unos minutos.

El bullicio sobrepasaba el nivel de decibelios que mi oído era capaz de soportar por mucho tiempo. Decenas de conversaciones, el

tintineo de las tazas, el vapor de las máquinas y la musiquita ambiental que nadie escuchaba, porque era insufrible gracias al pésimo gusto musical de Levi.

En la barra, Frank y Manuel no daban abasto, mientras Jenna e Isabella atendían las mesas sin respiro. Era imposible ignorar por más tiempo que en la sala nos faltaba personal.

—Vaya, mira quién ha decidido honrarnos con su presencia —rezongó mi hermano desde la puerta de la cocina.

—Lo siento, lo siento... El tráfico estaba colapsado —mentí.

Levi me fulminó con la mirada.

—¡Qué tráfico, si vives a cinco kilómetros!

Chasqueé la lengua. No me sorprendía que me hubiera pillado; mi talento para las excusas ya no funcionaba como antes. Pero el verdadero motivo por el que llegaba tarde no se lo podía confesar: había apurado hasta el último segundo en casa con la esperanza de que Anna despertara y poder verla antes de marcharme. Quería ser un buen anfitrión, preguntarle si había descansado, si necesitaba algo para sentirse más cómoda o si le quedaba alguna duda sobre la casa o el barrio que yo pudiera responderle.

Volé hacia el cuarto de empleados, empujé la bolsa al fondo de la taquilla y me anudé el delantal a toda prisa. De vuelta a la sala, ocupé mi lugar en el mostrador.

—Siguiente, por aquí.

Las tazas empezaron a volar bajo mis manos: moler, prensar, vaporizar, verter y servir. Eran movimientos mecánicos que hacía sin pensar, y menos mal, porque esa mañana mi mente estaba a kilómetros de allí, en mi apartamento.

«¿Se habrá despertado ya? ¿Sabrá usar la cafetera? ¿Y el microondas? ¿He dejado el termostato de la calefacción encendido?

Quizá debería haberla despertado para asegurarme de que no necesitaba nada mientras yo estuviera fuera».

El día anterior no habíamos hablado mucho. Una vez que tomó la decisión de quedarse en mi casa, despejé el segundo dormitorio de todos los trastos que guardaba en él y lo organicé para que se sintiera cómoda. En cuanto tuvo un lugar donde descansar, el agotamiento la venció por completo tras días vagando de un lado a otro, ahogada en incertidumbre. Pasó casi todo el día durmiendo y solo salió para cenar, antes de meterse de nuevo en la cama.

Antes de marcharme, le había dejado una nota en la isla junto a un juego de llaves.

Buenos días, espero que hayas descansado.
Ahora estás en tu casa, así que come lo que quieras y haz lo que te apetezca. Las llaves son para ti. Y este es mi número de teléfono, por si necesitas contactarme. Ah, y no olvides que aún te quedan cinco desayunos que consumir de tu premio. No caducan, así que pásate solo si te apetece. Si no, te veo más tarde.

Joel

Al final, Anna no pasó por la cafetería ni contactó conmigo en ningún momento. Mentiría si dijera que no me sentí un poco decepcionado, pero lo peor fue la desconfianza que se fue asentando en mi estómago a lo largo del día, ese pellizco constante de ansiedad cada vez que imaginaba que podría haber vuelto a desaparecer.

En cuanto el servicio de almuerzos terminó, recogí mis cosas y me dirigí a casa.

Abrí la puerta con la respiración contenida. Entonces la vi y todo el peso que me aplastaba los hombros se desvaneció. Anna se encontraba sentada con las piernas cruzadas en medio del salón,

sobre la alfombra, rascándole la barriga a Puck. El bicho parecía estar en el paraíso, ronroneando a pleno pulmón.

—Hola —me saludó con las mejillas rojas y una pequeña sonrisa.

—¿Qué pasa, lo has adoptado o ahora somos tres? —bromeé mientras dejaba las llaves y la cartera en el mueble.

—Se ha presentado en la ventana a mediodía y no ha dejado de maullar hasta que le he abierto. Creo que le gusta estar aquí. ¿Te parece bien? —me preguntó con cautela.

—Sí, mientras su dueño no nos denuncie por secuestro.

Ella soltó una risita. Sonreí al oírla y me dejé caer en el sofá, destrozado.

—¿Has visto la nota?

—Sí, gracias por las llaves.

—¿Y qué tal el día, has comido?

—La lasaña que había en la nevera —respondió sin dejar de jugar con el gato—. Y el día ha ido bien. He estado fuera casi toda la mañana buscando trabajo.

La noticia me tomó por sorpresa. Parpadeé un par de veces, estudiando su rostro, y ella me devolvió la mirada y en sus ojos brillaba una determinación renovada. Se puso en pie, sacudiéndose los pantalones.

—He encontrado dos cosas. Un puesto de camarera en un restaurante a unas cuantas manzanas de aquí, aunque solo me necesitan durante las horas del almuerzo. Y por las tardes atenderé una lavandería de autoservicio como personal de apoyo. No pagan mucho, pero es provisional hasta que consiga algo mejor.

La idea de verla encadenando dos empleos precarios me revolvió el estómago.

—¿Y por qué no dedicas todo ese esfuerzo a buscar directamente algo mejor? Te dije que podías tomarte el tiempo que necesitaras,

no hay prisa.

—Lo sé, y te lo agradezco, de verdad. Pero necesito el dinero, Joel. Tengo gastos y facturas.

—También podría ayudarte con eso, no sería un problema —propuse con total naturalidad.

Frunció el ceño.

—¿Qué? ¡No! Jamás aceptaría algo así.

—Somos amigos, ¿no? Los amigos se ayudan entre sí.

—Ya me estás ayudando mucho —sentenció.

La miré en silencio, incapaz de replicar. Y no porque me faltaran ganas y argumentos, sino porque no quería incomodarla ni encender una chispa que la animara a hacer las maletas y marcharse. En el fondo entendía que no lo hacía por pura obstinación, sino para proteger su orgullo y su dignidad, y nadie tenía derecho a arrebatarle algo tan importante.

Aun así, alguien como yo, poco dado a quedarse de brazos cruzados, se sentía muy frustrado con solo limitarse a observar.

21



Los días siguientes asentaron una especie de rutina. Yo pasaba las mañanas trabajando en el café y dedicaba el tiempo libre a lo mismo que hacía siempre: tareas domésticas, salir a correr, ensayar con el grupo o simplemente holgazanear en casa. Anna, por su parte, se marchaba a mediodía y enlazaba el turno en el restaurante con el de la lavandería, de modo que no regresaba hasta la noche.

Con esos horarios no coincidíamos mucho, y apenas nos veíamos unos minutos antes de ir a dormir. Sin embargo, su presencia se percibía en cada rincón del apartamento. Estaba en el suave aroma a melocotones que flotaba a su paso, en el sutil desorden del salón, en el abrigo colgado en el perchero, en la taza que ella misma dejaba en el escurridor o en las notas breves pegadas en la nevera.

Convivir a medio camino entre la presencia y la ausencia bajo el mismo techo acabó siendo algo bueno. Nos permitió acostumbrarnos el uno al otro poco a poco. Sin darnos cuenta, encontrarnos en el pasillo, compartir una *pizza* en pijama o contarnos cómo nos había ido el día se convirtió en algo tan natural y cotidiano como respirar.

Simplemente éramos.

Hasta que una tarde hubo una variable.

Eran poco más de las cinco. El sol comenzaba a esconderse tras los edificios que rodeaban el parque y el cielo se había convertido en

una paleta de tonos púrpuras y naranjas. Una cálida luz dorada se filtraba a través de la ventana e iluminaba el salón.

Estaba sentado en el suelo, sobre la alfombra, cambiando las cuerdas del bajo. Tensé un poco más una de ellas e hice sonar unas pocas notas hasta que estuvo afinada.

El chasquido del cerrojo al abrirse me pilló por sorpresa. Alcé la vista y vi a Anna cruzando la puerta. Un vuelco de alegría sincera me sacudió el pecho.

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Eres tú de verdad o es que Matrix está fallando?

Anna soltó una pequeña risita mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en el perchero.

—Ha habido una avería en la lavandería. Reventó la tubería principal y la presión ha hecho un agujero en el suelo. Han tenido que cerrar.

—Parece grave.

—El agua brotaba como un géiser entre las baldosas. Una señora que estaba usando la secadora se ha puesto histérica gritando «¡Un terremoto, un terremoto!», y dos niños pequeños que acompañaban a su madre han salido corriendo a la calle. He tenido que perseguirlos —me explicó gesticulando con las manos. Se dejó caer en el sofá e hizo un mohín con los labios—. No entiendo cómo alguien con las piernas tan cortitas puede correr tan rápido.

Sonreí sin dejar de mirarla.

Ella pestañeó una vez. Y otra.

—¿Qué?

—Nada, es solo que me alegra ver que también existes a la luz del día y no eres un vampiro encubierto.

—Muy gracioso —resopló mientras se hundía un poco más en el sofá—. ¿Estabas practicando?

Agarré el bajo por el mástil y lo coloqué en su soporte.

—Le cambiaba las cuerdas, pero ya he terminado. De hecho, estaba pensando en ir al supermercado; no hay nada en la nevera. ¿Quieres venir? —le propuse.

Anna lo pensó durante un par de segundos.

—Claro, también necesito algunas cosas.

El aire helado nos golpeó de lleno nada más salir del edificio, un zarpazo gélido que me hizo encoger los hombros hasta las orejas y meter las manos al fondo de los bolsillos del abrigo. Anna soltó una risita y, al instante, una columna de vaho se elevó desde sus labios.

El sol ya había desaparecido y en el horizonte apenas quedaba un ligero resplandor rojizo que la oscuridad no tardaría en devorar por completo. Allá arriba, la luna llena brillaba rodeada por un halo de plata, bañando con su luz los edificios de ladrillo y las aceras mojadas.

Anduvimos sin prisa hacia el supermercado. A esas horas, el barrio siempre estaba tranquilo, casi desierto. Las farolas antiguas proyectaban círculos amarillentos que resplandecían cada pocos metros, dibujando un sendero intermitente de sombras y luces por el que avanzábamos en silencio.

Anna iba unos pasos por delante. Y, por primera vez desde que se había instalado en mi casa, pude observarla sin prisa ni disimulos, sin apartar los ojos cuando ella se giraba. No llevaba el gorro y su melena suelta flotaba a su espalda como un mar cobrizo, con ondas que se mecían con la brisa. Mirarla me dejó con la extraña sensación de que mis dedos quedarían atrapados para siempre entre sus mechones si me atrevía a tocarla.

Me fijé en el contorno de su mandíbula, en la curva de su cuello cuando se giraba para comprobar que la seguía y en el brillo de sus ojos, cada día más vivos. Había una belleza serena e imperfecta en

ella que me robaba el aliento; el tipo de atractivo silencioso que no busca llamar la atención, pero que una vez lo descubres, ya no puedes ignorar de ningún modo.

Doblamos la esquina y el supermercado apareció al otro lado de la calle. Cruzamos el aparcamiento y cogí uno de los carritos junto a la entrada. Las puertas automáticas se abrieron a nuestro paso, dándonos la bienvenida con un delicioso olor a fruta madura y pan recién horneado.

Hicimos una parada en la carnicería y otra en la pescadería, pasamos por la sección de frutas y verduras, y a continuación nos dirigimos a la de refrigerados. Leche, pasta, galletas... Anna iba colocando dentro del carrito cada producto que le indicaba. Entonces me percaté de algo que se me habría escapado de no haberla estado observando con tanta atención.

Anna se detenía frente a los estantes, pensativa. Cogía un bote de champú, luego una crema facial, sopesaba una tableta de chocolate o se quedaba mirando una vela aromática como si fuese algo especial... Los sostenía durante unos segundos con el semblante serio y una arruguita en la frente, como si le diera vueltas a algo, y casi siempre los volvía a dejar en su lugar con un suspiro apenas perceptible.

Cada vez que lo hacía, el pecho se me encogía al suponer el porqué.

Así que me convertí en su sombra silenciosa. Dejaba que se adelantara un par de metros y aprovechaba esa distancia para rescatar cada artículo que ella devolvía y esconderlo con sigilo en el fondo del carrito. Ya asumiría las consecuencias después, si se enfadaba conmigo por meterme en sus cosas.

Cuando llegamos a la caja, me las ingenié para sacar todos los artículos escondidos y ponerlos en la cinta mientras ella se

adelantaba para embolsar.

«Bip... bip... bip...».

Anna vio el champú, la vela, la crema, y se congeló. Primero me miró con absoluta incredulidad, y luego me fulminó con una mirada asesina y el deseo de estrangularme allí mismo.

—Joel...

—Yo también necesito esas cosas.

—¿Colágeno y retinol?

—Nunca es pronto para empezar a cuidarse —dije con total naturalidad, y pasé la tarjeta.

La cajera me sonrió, como diciendo «Bien hecho», y le devolví la sonrisa.

Anna intentó protestar, pero la cola detrás de nosotros no dejaba de crecer. Al final soltó un largo suspiro y me dio un pisotón a traición.

—¡Ay!

—Te lo mereces.

El problema real apareció cuando salimos a la calle. En el carrito había siete bolsas que pesaban demasiado y nosotros solo éramos dos.

—Debimos venir en coche —me lamenté.

—¿Pedimos un taxi?

—Estamos tan cerca... —suspiré.

No tenía sentido pedir un taxi para recorrer poco más de medio kilómetro.

Miré a Anna, luego al carrito que aún sujetaba, y una idea tan absurda como brillante cruzó por mi mente.

—Nos llevamos el carro —anuncié mientras comenzaba a empujarlo hacia la acera.

—¡¿Qué?! ¿Vas a robarlo? —saltó con los ojos muy abiertos.

—No voy a robarlo, solo lo tomo prestado. Lo devolveré más tarde.

—¿Te has vuelto loco?

Le guiñé un ojo, divertido por la forma en la que estaba reaccionando a mi plan. Cualquiera diría que le había propuesto atracar un banco o secuestrar un avión.

—Creo que sí. Venga, sube. Yo empujo.

—¡No!

—Sube o te subo.

Resopló pasmada al darse cuenta de que hablaba en serio y sin intención de ceder. Cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva.

—¡Ni de coña! Iré a pie.

Entonces me tocó gruñir a mí.

—Con eso no puedes correr —le dije mientras señalaba sus botas de estilo australiano.

Balbuceó algo que no pude entender, mirando de reojo las bolsas y luego a mí. Casi podía ver los engranajes de su cabeza dando vueltas mientras sopesaba las opciones y consecuencias.

—¿Y si nos pillan?

—Como no subas ya, sí que nos van a pillar —repliqué con urgencia.

Ella miró el carro, luego a la calle desierta, y finalmente cedió con una risita nerviosa que nacía desde el centro de su pecho. Apoyó las manos en el borde y trató de encaramarse. Era como ver uno de esos vídeos de TikTok de osos panda que no dejan de tropezar. Puse los ojos en blanco; decir que era torpe apenas le hacía justicia.

«Santo Dios».

La cogí en brazos y la coloqué dentro de la cesta.

—¡Estás loco! —exclamó.

—Pues espera a conocerme de verdad —me reí—. Agárrate bien.

Empujé el carrito y pronto gané la velocidad suficiente como para que rodara sin esfuerzo. Las ruedas atronaban contra el suelo de piedra y el eco se extendía rebotando entre los edificios. Pillamos un bache y Anna soltó un grito ahogado que rápidamente se convirtió en una carcajada espontánea y ruidosa.

También reí, feliz como no recordaba haberlo estado en mucho tiempo.

Me detuve frente a la puerta de mi edificio, con los músculos ardiendo y la respiración silbándome en la garganta. Anna suspiró con los nudillos blancos, despeinada y con una sonrisa deslumbrante pintada en la cara. Nos miramos durante unos segundos, jadeando como dos niños que acaban de salirse con la suya en su mayor travesura.

Ella se puso de pie y me apresuré a sostenerla por la cintura. Apoyó las manos en mis hombros de forma instintiva, sin ofrecer resistencia mientras la levantaba en el aire para dejarla en el suelo. Se tambaleó hacia delante y chocamos: un contacto suave que nos robó el poco aire que nos quedaba.

La sujeté por los brazos mientras el mundo parecía perder la gravedad a nuestro alrededor. La miré, tenía las mejillas encendidas y los labios entreabiertos, tan cerca de los míos que compartíamos el mismo aire.

El corazón se me desbocó a un ritmo salvaje. Sentir su peso ligero contra mí y el aroma dulce que la envolvía me estaba desarmando pieza a pieza.

Su mirada sorprendida se transformó en un destello de timidez antes de apartarla.

Noté que algo se contraía bajo mis costillas: una revelación.

Lo que estaba sintiendo era atracción, certera e innegable.

No podía ser: Anna me gustaba y ya se me había ido de las manos.

22



Un par de días después, la avería quedó resuelta y Anna volvió a su trabajo. También regresó la rutina que nos mantenía separados y que ahora me molestaba sobremanera. Quién diría que me había enganchado a su compañía en solo tres tardes, sin haber hecho nada especial ni significativo, solo compartiendo el mismo espacio al mismo tiempo: el sofá, la mesa y la cena.

Mi casa me parecía por primera vez grande y monótona.

Así que empecé a hacer cosas sin mucho sentido para matar las horas, como contar los pasos que medía el pasillo, construir una torre muy alta con los centavos que guardaba en un tarro, comprobar cuántos calcetines podía ponerme en un pie o esperar la visita de Puck junto a la ventana con la apatía de un niño triste y aburrido.

La única constante que me ayudaba a canalizar la frustración en energía era el ejercicio. Intentaba salir todos los días a la misma hora y me dirigía al río. Luego tomaba una ruta verde que lo bordeaba en dirección a Allston y realizaba el camino de vuelta hasta completar unos quince kilómetros.

Pero esa tarde cambié sobre la marcha mi recorrido habitual con un único propósito.

Según el mapa de mi teléfono, el punto que buscaba se encontraba un poco más adelante, haciendo esquina. Aflojé el ritmo hasta adaptarme a una marcha ligera y finalmente me detuve. Tenía curiosidad, nada más. Solo quería ver el lugar en el que Anna trabajaba. Comprobar si estaba en una zona tranquila y segura. Qué tipo de gente la visitaba.

Desde el otro lado de la calle, semioculto por la marquesina de una parada de autobús, escudriñé el interior de la lavandería a través de la cristalera. No tardé en verla, de espaldas a la calle ayudando a un señor a doblar una sábana.

Me mordí el labio para no sonreír de oreja a oreja.

—No me da buena espina.

El susurro me llegó desde abajo. Ladeé la cabeza y me encontré con las miradas inquisitorias y juzgonas de dos señoras sentadas en el banco de la parada. Con sus bolsos firmemente sujetos contra el pecho, me vigilaban como si fuera un delincuente a punto de cometer un delito. Entonces vi mi reflejo y lo entendí: vestía totalmente de negro, llevaba la capucha del cortavientos sobre la gorra y esta me ocultaba casi por completo el rostro. Que me estuviera escondiendo tras el póster publicitario tampoco ayudaba.

Hice un par de amagos de estiramiento, como si estuviera calentando, y les dediqué una sonrisa.

—Hace frío, ¿eh?

Se pusieron en pie en cuanto el autobús apareció y subieron a toda prisa sin mirar atrás. Me dieron ganas de gritarles que las señoras de su edad que visitaban mi café me consideraban un encanto. Me sonreían, me pellizcaban las mejillas y me daban las propinas más altas.

¡Bah, me daba igual!

Me concentré de nuevo en lo que ocurría dentro de la lavandería. Anna iba de un lado a otro, apilando cestas, limpiando tambores y ayudando a los clientes con sus coladas. Por lo que podía ver, casi todos eran personas mayores que la trataban con amabilidad y ella parecía estar a gusto. Quedarme allí espiando no tenía mucho sentido y pensé en seguir mi camino.

Sin embargo, permanecí inmóvil al darme cuenta de un nuevo elemento en el escenario que antes no estaba allí. De la nada había aparecido un tipo alto, con una chaqueta bómber oscura y un gorro de lana, que se apoyaba en una de las máquinas, muy cerca de Anna. Jodidamente cerca para ser un cliente respetuoso con el espacio personal.

Me fijé en ella: su actitud tranquila había desaparecido y ahora su postura era rígida. Cuando se desplazó, él la siguió. Si ella daba tres pasos, el individuo acortaba cuatro. En un momento dado, ella retrocedió hasta un armario y lo abrió; al darse la vuelta para agarrar una cesta, él la acorraló de forma sutil.

Empezó a hervirme la sangre. Aquel imbécil la estaba molestando.

Cuando intentó apartarle un mechón de la cara, mi sentido común soltó los mandos y entré en modo tren descarrilando. Crucé la calle a toda prisa y empujé la puerta del local. El olor concentrado a detergente y suavizante me colapsó los pulmones. Al acercarme, a través del zumbido de los tambores dando vueltas, pude oír la voz del tipo:

—Vamos, queda conmigo. Tomamos algo juntos y después te llevo a tu casa. O podemos dar una vuelta en coche, si lo prefieres. ¿Qué dices? Conozco un sitio donde se cena muy bien, pero si te apetece algo tranquilo podemos ir a mi casa. No queda lejos...

Esa insistencia rara y pegajosa me revolvió el estómago. Y que la mirara como si la estuviera desnudando me estaba empujando a

perder los nervios.

—De verdad, no estoy interesada —dijo ella.

—Cambiarás de opinión si me das una oportunidad.

«¿Qué parte de "no estoy interesada" no había entendido?».

Me dieron ganas de agarrarlo por el cuello y meter su cabeza llena de aire en una de las lavadoras, pero no quería causarle problemas a Anna. Así que me tragué la rabia y me acerqué con una sonrisa.

—¡Hey!

La cara de Anna se iluminó al verme.

—¡Joel! ¿Qué haces tú aquí?

—Voy de vuelta a casa y me pillaba de paso, solo he entrado a saludar.

—¿Has salido a correr?

—Perdona, pero estábamos hablando —terció el tipo dirigiéndose a mí.

Me giré hacia él y le clavé una mirada helada.

—¿Sobre qué?

—¿Disculpa?

—¿Sobre qué estabais hablando? —repetí burlón—. Tengo curiosidad por saber qué he interrumpido.

Enderezó la espalda e infló el pecho.

—Es personal.

—¿Desde cuándo tienes asuntos personales que yo desconozco? —le pregunté a ella con una sonrisita.

Se puso roja.

—No los tengo, es solo un cliente.

El sujeto abrió los ojos como si su respuesta lo hubiera insultado.

Alcé una ceja, suspicaz.

—¿Cliente? ¿Y dónde está tu colada? —lo provoqué. Abrió la boca para contestar, pero le di la espalda—. Por cierto, he pensado en

pedir *pizza* para cenar —le dije a Anna.

—Por mí, bien.

—¿Beicon y jalapeños?

Ella sonrió. Le encantaban los jalapeños. En realidad, era una obsesa del picante en todas sus formas.

—Con extra de queso.

—Extra de queso para mi chica favorita. —Me reí al ver su expresión hambrienta y le di un toquecito en la nariz con el dedo.

El tipo masculló algo incomprensible entre dientes. Nos miró una última vez y salió por la puerta a toda prisa. No lo perdí de vista hasta que desapareció calle abajo. Entonces, centré toda mi atención en Anna y dejé de contenerme.

—Ese imbécil te molestaba.

—Es inofensivo, Joel. Solo un pesado.

—Hasta que deja de serlo y se convierte en un acosador. ¿Acaso no has visto que ese tío no entiende un no?

—Habría podido manejarlo.

—Ja —salté, yo no estaba tan seguro de eso.

Me cortó con un resoplido.

—¿Qué significa ese «ja»? ¿Crees que no puedo cuidar de mí misma? Pues llevo veintitrés años haciéndolo.

Parpadeé asombrado.

—¿Solo tienes veintitrés?

—¿Parece que tengo más? —Arrugó la frente y cambió de pregunta—. Por cierto, ¿cuántos tienes tú?

—Veintinueve.

—¡¿En serio?!

Que se sorprendiera tanto me descolocó.

—¿Por qué ese tono?

—¿Qué tono?

Parecíamos un besugo y una trucha intentando mantener una conversación.

—Nada, olvídalo —repliqué, y me centré de nuevo en lo importante—. En cuanto a ese tío, si vuelve...

Me miró tan seria que se me trabó la voz. Me observó detenidamente, desde la cabeza hasta los pies, antes de que una pequeña sonrisa, suave y agradecida, dibujara un arco precioso en sus comisuras.

—No creo que vuelva después de haberte conocido. Con estas pintas, das un poco de miedo —se burló.

Enseguida pensé en las dos señoras de la parada de autobús y busqué mi reflejo en el cristal. ¿Qué le pasaba a mi aspecto? Era alto, tenía buen físico, un pelo espeso y brillante, ojos azules y un rostro de facciones griegas. Era el tipo de todo el mundo.

—Perdona, jovencita, pero la máquina no me devuelve las monedas —la llamó una mujer.

—Voy enseguida —respondió. Ladeó la cabeza al mirarme—. Tengo que seguir trabajando.

—Y yo debería regresar ya. —Sonreí mirándola a los ojos—. La *pizza* y yo te estaremos esperando.

—Con extra de queso, recuerda.

—Jamás lo olvidaría.

Abandoné la lavandería y reanudé la marcha. Me centré en mis pasos, en los golpes de mis zapatillas contra la acera como si fueran un metrónomo cuyo tempo pudiera calmar mis pensamientos.

No dejaba de pensar en ese imbécil y me preguntaba a cuántos como él tendría que soportar Anna en su día a día. Incomodándola, invadiendo su espacio y atribuyéndose libertades que nadie les había concedido. A cuántas personas groseras y arrogantes aguantaba sin levantar la mirada del suelo por un puñado de dólares.

Apreté los dientes y aumenté la velocidad.

Ella necesitaba un nuevo empleo. Y lo necesitaba para ayer. Algo en un ambiente seguro, donde la trataran con el respeto que merecía, con horarios normales y un sueldo decente.

Tenía que pensar en algo. Encontrar la forma de sacarla de ahí lo antes posible. Pero debía hacerlo desde la sombra, con una sutileza casi quirúrgica. Si Anna llegaba a sospechar que intentaba inmiscuirme en su vida o que trataba de resolverle los problemas sin preguntar, perdería su confianza y volvería a levantar ese muro entre los dos que tanto trabajo me había costado derrumbar.

Aceleré el ritmo.

También era algo que debía hacer por mí, o pasaría cada tarde del resto de mi vida escondido en esa parada de autobús.

23



Estaba hecho una mierda, una auténtica mierda. Llevaba varias noches sin dormir bien por culpa de muchos factores. La mayoría tenían que ver con cierta persona de metro sesenta que vivía en mi casa. Daba igual el tipo de pregunta que le hiciera, sus respuestas siempre eran las mismas: «bien», «perfecto», «genial», «no te preocupes», «como siempre», «no necesito nada», «sin problema».

¿Qué clase de persona no se queja nunca?

Al menos, yo no conocía a ninguna. Estaba rodeado de quejicas a tiempo completo, de profesionales del drama y expertos en resoplar y patalear hasta por la cosa más simple. Todo el mundo protestaba por todo, todo el tiempo. Yo mismo me quejaba como si fuese un pasatiempo. Por el clima, por el tráfico, por las colas en el supermercado, porque a algún lumbreras se le había ocurrido que los pantalones normales debían ser sustituidos por pitillo.

Ella no.

Nunca.

Jamás decía nada.

¿Acaso no lo hacía porque sabía que eso me torturaba?

Mi estabilidad mental dependía del tiempo que pasaba conversando con ella, de desear que algún día rompiera el caparazón y despotricara sobre algo que no le gustara, de

escucharla hablar de sí misma, aunque siempre lo hiciera de forma críptica.

Después de un mes y medio bajo el mismo techo, continuaba sin saber nada sobre ella. Y cuando digo nada, es absolutamente nada. Dónde nació y creció, cómo era de niña, si tuvo novio en el instituto, qué soñaba ser de mayor, dónde vivía su familia...

Y luego estaba esa capacidad suya para esquivar cualquier pregunta o intento de atravesar ese hermetismo. Coartaba hasta mis ganas de intentarlo, porque siempre usaba el silencio y la distancia como modo de escape, y prefería ahogarme en mis dudas y curiosidad a que se alejara de mí o me ignorara.

Salí de mi dormitorio y me dirigí a la cocina. Encontré a Anna con medio cuerpo dentro de la nevera.

—¿Qué haces? —le pregunté mientras me asomaba por encima de ella.

—Quería preparar el desayuno, pero la nevera está vacía. No quedan huevos, ni beicon, tampoco hay leche... Y ayer se acabaron los cereales.

Me acerqué a la ventana y eché un vistazo fuera. El cielo estaba despejado, de un azul limpio y cristalino. El sol brillaba en lo alto y ni una sola hoja se agitaba en los árboles del parque. Hacía semanas que no teníamos un tiempo tan bueno.

—¿Y si salimos a desayunar?

—¿No tienes que ir a trabajar?

—No abrimos los domingos —le recordé.

Sacó la lengua en una mueca graciosa.

—No sé en qué día vivo —se burló de sí misma. Luego me miró con una pequeña sonrisa—. Vale, salgamos.

Terminamos en la terraza de un *bakery* café, muy cerca de Public Garden, comiendo panqueques con yogur griego, mermelada de

pera y miel. La mezcla estaba tan deliciosa que se me pasó por la cabeza crear mi propia versión para el Wake Up. Cerré los ojos mientras bebía sorbitos de café y el sol me calentaba la cara. A mi lado, Anna lanzaba miguitas a las palomas.

Un domingo no podía ser más perfecto.

Tras terminar nuestro desayuno, abandonamos el café. Aunque estábamos a mediados de febrero, el sol pegaba de lleno y la temperatura era más propia de un día de primavera que de pleno invierno; un regalo inesperado que nos invitó a alargar el momento y poner rumbo a Public Garden.

Al parecer, media población de Boston había tenido la misma idea y encontrábamos gente por todas partes. Caminamos despacio a través de los senderos, disfrutando de la tranquilidad que se respiraba en el ambiente, hasta alcanzar la laguna. Al verla, se me escapó una exclamación; parecía un espejo gigante recién pulido en el que rebotaban miles de destellos. El agua estaba tan quieta que reflejaba el cielo, los árboles y los edificios más altos con una claridad irreal.

Anna se agachó para coger una piedrecita con forma de corazón, me la mostró con una sonrisa y después se la guardó en el bolsillo. A lo lejos, un grupo de patos nadaban y se zambullían como si estuvieran jugando entre ellos y Anna se quedó embobada observándolos. Yo, en cambio, me quedé hipnotizado mirándola a ella. Su pelo parecía cobrar vida bajo el sol, una cascada de brillos cobrizos que iluminaban las pecas que salpicaban su rostro. Daba la impresión de que con la luz directa se multiplicaban como si las estuvieran dibujando sobre su piel como pequeñas gotas de oro.

Al levantar la barbilla hacia mí, nuestros ojos se encontraron y me regaló una tímida sonrisa mientras se ponía de pie. De pronto, sus rodillas flaquearon. Mi mano agarró la suya al vuelo y la sostuvo. El

contacto fue eléctrico y un cosquilleo me recorrió el cuerpo, acelerando mi pulso ante la avalancha de sensaciones que me desbordaba.

Deseé poder descifrarla, aunque solo fuese un poco, lo justo para no sentir que caminaba sobre arenas movedizas cada vez que estaba cerca de ella.

—¿Seguimos?

Asintió y su mano resbaló despacio de la mía.

Cruzamos el puente sobre la laguna y, al llegar al otro lado, descubrimos una veintena de puestos de madera bajo lonas blancas que flanqueaban el sendero.

—¿Es un mercadillo artesanal? —preguntó Anna.

—Eso parece. ¿Quieres verlo?

—¡Sí! —exclamó.

Había de todo: pinturas, esculturas, vidrio, aceites, jabones, velas y pequeñas piezas de joyería. A nuestro alrededor, la gente se agolpaba probándose anillos, pulseras y colgantes.

Anna se movía entre la multitud con una curiosidad infantil, como si lo estuviera descubriendo todo por primera vez. Yo la seguía un paso por detrás, disfrutando del simple hecho de verla sonreír y señalar cada detalle.

Entonces, en uno de los puestos, un cartel de madera envejecida llamó mi atención. Colgaba de una caja y lucía una inscripción trazada a mano: PULSERAS DE LA AMISTAD. Eran de hilo, entrelazadas en infinitos colores y combinaciones. Aún recordaba la ilusión con la que nos las intercambiábamos en el colegio.

Anna se detuvo a mi lado y echó un vistazo.

—¿Compramos una cada uno? —le propuse.

Me miró arrugando la nariz, como si acabara de decir una tontería.

—¿Qué tienes, doce años?

Exageré un gesto de indignación.

—No seas aguafiestas.

Cedió con un leve suspiro. Ambos metimos las manos en el cajón para rebuscar entre los hilos un diseño que nos gustase. No tardé en encontrar una en tonos púrpuras, violetas y rosas, con un trenzado muy bonito.

—No sé cuál elegir, todas son muy parecidas —protestó al cabo de un rato.

Me apoyé en el lateral del puesto, me crucé de brazos y la miré con una sonrisa traviesa.

—Elige una que se parezca a ti.

—¿A mí? —preguntó, alzando una ceja—. ¿Cómo se parece una pulsera a una persona?

—En tu caso, busca la más bonita.

A mi lado, la mujer del puesto disimuló una sonrisa.

Anna levantó la cabeza con una mueca de desconcierto adorable. Le sostuve la mirada con una sonrisa lenta, dejándola procesar el cumplido, y vi el momento exacto en el que mis palabras cobraron sentido. Un rubor cálido le subió por el cuello hasta teñirle las mejillas de un rosa encendido. Disimuló apartando la vista a toda prisa para volver a fingir interés en las pulseras, pero la pequeña sonrisa que tiraba de sus labios la delató.

Se me aceleró el pulso. Verla reaccionar de ese modo por una frase que yo había dicho era algo nuevo, y me encantaba.

Al final se decidió por una con un trenzado de espiga en tonos azules, rojos y naranjas. La mujer del puesto no quiso cobrarnos nada por ellas e incluso nos regaló dos pequeños abalorios para añadirles. A mí me dio un sol y a ella una luna que, al juntarse, encajaban a la perfección.

Le dimos las gracias y reanudamos el paseo. No habíamos dado ni diez pasos cuando vi que Anna intentaba anudarse la pulsera en la muñeca.

—¿Qué haces? —frené en seco

—Ponérmela —respondió con sencillez.

—Pero así no funciona. ¿Nunca te han regalado una de estas? —Encogió un hombro y negó con la cabeza—. ¡Así que voy a ser el primero!

Me clavó una mirada escéptica. Sabía que me estaba comportando como un crío, pero de verdad me emocionaba la idea; me hacía una ilusión brutal.

—Vale, presta atención, que esto es serio —dije, señalándola con un dedo antes de dar un paso hacia ella—. Regalar pulseras de la amistad tiene su propio ritual. Quien la da es quien debe colocársela a la otra persona y anudarla. Y la que la recibe tiene que pedir un deseo justo en el momento en que se aprieta el nudo. Ah, y lo más importante: jamás de los jamases te la puedes quitar a propósito. Tiene que caerse sola por el desgaste y, solo cuando se rompa, el deseo que pediste se cumplirá.

Ella pestañeó un par de veces, procesando la información.

—Eso puede llevar mucho tiempo —murmuró.

—Dicen que las cosas buenas se hacen esperar.

Sonrió en respuesta mientras jugaba con la tira de hilo entre los dedos.

—¿Comienzo yo? —propuse.

Asintió y me ofreció su brazo izquierdo. Acorté la distancia que nos separaba y le tomé la mano; tenía la piel tibia. Enhebré el abalorio del sol en la pulsera y pasé los extremos del hilo con delicadeza alrededor de su muñeca, dejando que la pieza de metal descansara

justo sobre el latido de su pulso. Los tonos púrpuras creaban un contraste precioso con su piel clara.

—Pide un deseo —susurré.

Sus ojos tropezaron con los míos. El ruido de la calle, el murmullo de la gente y hasta el suave balanceo de las copas de los árboles parecieron desactivarse. El mundo entero quedó reducido a los pocos centímetros que nos separaban, al calor de su piel bajo las yemas de mis dedos y al latido acelerado que me resonaba en el pecho.

Cerró los párpados. Sus pestañas tupidas proyectaron sombras tenues sobre sus mejillas.

Un segundo. Dos. Tres.

Cuando volvió a abrirlos, se mordisqueó el labio inferior con un nerviosismo mal disimulado. Le sonreí lentamente.

—Ahora me toca a mí.

Me subí un poco la manga y extendí el brazo. Anna abrió el puño y se quedó mirando la pulsera un instante, como si estuviera descifrando el mecanismo. Tomó aire despacio, enhebró el dije con forma de luna y rodeó mi muñeca. Sus movimientos eran torpes: uno de los extremos del hilo se le escurrió y, al soltar un suspiro de frustración, el roce tibio de su aliento me acarició el cuello.

Estaba tan cerca que podía contarle las pecas de la nariz. Podía mapear los pequeños lunares que se escondían entre ellas y ver cómo el sol de media mañana le encendía destellos dorados en las pupilas.

Tragué saliva, incapaz de apartar los ojos de sus labios entreabiertos.

Y, por primera vez, me di cuenta de lo mucho que deseaba besarlos.

—Joel... —murmuró.

—¿Hum?

—Tu deseo, para que pueda atarla.

Cerré los ojos. Qué disparatado sería desear que Anna no se fuera nunca. Que se quedara para siempre en el dormitorio de invitados de mi apartamento o, mejor aún, en el mío. Qué locura tan grande sería desear gustarle, desear que su corazón se estuviera acelerando exactamente igual que el mío.

—Ya está —dijo con un hilo de voz.

Pero ninguno de los dos se apartó. Nos quedamos allí plantados, el uno frente al otro, esperando. ¿El qué? No lo sé. Solo sabía que era físicamente incapaz de dar un paso atrás, incapaz de dejar de mirarla, con la certeza absoluta de que acababa de cruzar la frontera de nuestra amistad para adentrarme en un terreno donde ya no había vuelta atrás.

24



El sonido de la impresora de tiques parecía el de una ametralladora sin freno. Cada pocos segundos, escupía una nueva tira de papel que se sumaba al montón infinito que acumulábamos en el cajón.

Y, con la misma rapidez, entraban nuevos pedidos por la pantalla.

La cocina no daba abasto y Jenna había tenido que abandonar la sala para colocarse tras el mostrador, intentando contener la avalancha de gente que hacía cola para llevarse un café. Eso dejaba a Isabella y a Kenji apañándoselas solos para atender las mesas.

El vapor de las tres cafeteras siseaba con fuerza, mezclándose con el estrépito de las portafiltros golpeando los depósitos de posos, el chocar constante de las tazas y el coro de conversaciones solapadas, pasos apresurados y tonos de llamadas telefónicas.

Mis manos se movían por pura memoria muscular: prensar, encajar, purgar, espumar, verter, limpiar y volver a empezar. Una y otra vez. Sin pausa. Sin aliento. A mi lado, Levi cobraba, servía, presionaba a la cocina y mantenía abastecidas las vitrinas.

Aun así, los pedidos no salían con la suficiente rapidez.

El problema no era que estuviéramos trabajando mal. El problema residía en que el barrio no paraba de crecer; la apertura de nuevos comercios y oficinas había multiplicado el volumen de clientes diarios, pero nosotros seguíamos manteniendo la misma plantilla de siempre.

La balanza se inclinaba en nuestra contra y ninguno aguantaría mucho más bajo esa presión. Todos lo sabíamos.

A media mañana pudimos tomarnos un pequeño descanso.

Levi apoyó las manos en el mostrador y dejó caer la cabeza entre los hombros, respirando agitado. Se pasó la manga por la frente para secarse el sudor y me lanzó una mirada exhausta.

—Necesitamos más personal —le dije sin preámbulos.

—Este no es el momento.

—Eso no lo decides tú solo.

—Vale, pues no es el lugar —terció, con la clara intención de darme largas.

Siempre hacía lo mismo cuando salía a relucir el tema de la contratación. Acorté la distancia que nos separaba y me incliné para que solo pudiera oírme él.

—Levi, no me toques los cojones —le advertí en un murmullo tenso—. Me estoy cansando de ceder siempre, y más cuando está claro que te equivocas.

—De acuerdo, hablemos en la oficina.

Dio media vuelta a toda prisa y se dirigió al pasillo. Lo seguí tras secarme las manos en un paño.

Me esperaba sosteniendo la puerta abierta, y la cerró de golpe en cuanto crucé el umbral. Se apoyó contra la madera unos segundos, tomando aire, antes de caminar hasta el escritorio para luego dejarse caer en la silla mientras se restregaba la cara con ambas manos.

—No podemos seguir así, Levi. Los pedidos se retrasan, los clientes se impacientan y el equipo no da más de sí. Este ritmo no es sostenible y solo hay una solución lógica.

—Contratar más gente —soltó con sarcasmo.

—Sí.

—¿Y te das cuenta de que eso supone pagar más sueldos?

—¿En serio? Vaya, y yo que pensaba que trabajarían gratis por nuestra cara bonita —respondí con el mismo tono irónico.

Levi puso los ojos en blanco. Pasé de su gesto. Lo conocía demasiado bien y podía leer sus intenciones a kilómetros: el problema real era el dinero. Desde que se había convertido en padre, se había vuelto demasiado cauto con el dinero.

—Nos va bien, tío. Facturamos de sobra para no tener que preocuparnos por las nóminas, nos podemos permitir el lujo de contratar a más gente.

—Ya, pero ¿y el futuro? Esto podría no durar siempre, Joel, y yo tengo una familia. Una esposa que quiere tener más bebés, lo que se traduce en más gastos y seguros médicos, y que algún día irán a la universidad.

—Estarás forrado para cuando llegue ese momento.

—Eso no lo sabes.

—Oye, ¿de verdad no prefieres contratar a un par de personas y ganar algo de tiempo libre para estar con las chicas? ¿Para ver a Carly crecer? Deberíamos trabajar para vivir, no al revés.

Mi hermano dejó escapar un largo suspiro y se frotó la nuca con pesadez.

—Vale, tienes razón. Pero ¿de dónde sacamos el tiempo para publicar ofertas, filtrar currículos y hacer las entrevistas? Ya ves la que tenemos liada afuera, y esta semana no me queda ni una maldita hora libre. También hay que pensar en la gente que ya tenemos aquí: no podemos meter a cualquiera.

—Lo sé.

—Tiene que encajar a la perfección con ellos y contar con mucha experiencia. No hay margen para ponernos a enseñar a nadie.

—Me queda claro.

El silencio se instaló entre nosotros, roto tan solo por el zumbido de los extractores de la cocina y el murmullo amortiguado del aire acondicionado. Levi tenía razón en casi todo, pero cruzarnos de brazos no era una opción o todos acabaríamos muy quemados.

Entonces, la imagen de Anna me vino a la mente como un chispazo repentino.

Era ideal para lo que buscábamos. Ahora mismo encadenaba turnos en un restaurante y, por lo que sabía, también tenía experiencia en un local de fideos. Seguro que manejaba el ritmo de la cocina y el trato con los clientes con la misma soltura que Manuel o Isabella. Y, de paso, me daría la oportunidad de sacarla de esos tugurios en los que se estaba dejando la piel.

El plan era redondo. Todos salíamos ganando: el Wake Up mejoraría su rendimiento, Anna conseguiría la estabilidad que tanto necesitaba y yo podría dormir un poco más tranquilo por las noches.

Miré a mi hermano con una sonrisa de absoluta confianza.

—Creo que conozco a la persona perfecta.

Levi alzó la vista del tapete de la mesa, receloso.

—¿A quién?

—Alguien con experiencia de sobra y disponibilidad inmediata. Sería de gran ayuda mientras valoramos si hace falta contratar a alguien más.

—¿Conozco a esa persona?

—Prométeme primero que vas a mantener la mente abierta.

Se inclinó hacia delante, apretando la mandíbula y achicando los ojos.

—Déjate de rodeos, Joel. ¿De quién demonios estás hablando?

—De Anna.

Se quedó pensando. Entonces cayó en la cuenta y su cara se transformó en un poema.

—¿Esa Anna?

—Sip.

—¿Aún sigues viéndola?

Si Levi no se había enterado de nada hasta ahora era porque, desde que nació Carly, sus visitas a mi apartamento se contaban con los dedos de una mano. Nos veíamos a diario en el café y, fuera de allí, la vida familiar siempre se concentraba en su casa o en la de papá.

Apreté los párpados con fuerza. Ya no había modo de evitarlo por más tiempo.

Con disimulo, di un par de pasos hacia la puerta por si la cosa se ponía fea y me tocaba salir corriendo.

—¿Que si la sigo viendo? Bueno, un poco... Ahora vive conmigo. Lleva en mi casa un mes y medio. Casi dos.

Vi cómo su rostro perdía el color, con los ojos desorbitados y una expresión herida que daba bastante miedo. Se levantó de golpe, con los puños cerrados y una vena en el cuello a punto de reventar.

Nos sostuvimos la mirada durante unos segundos agónicos. Él calculando si merecía la pena matarme allí mismo y yo evaluando si me daba tiempo a escapar.

Me apuntó con el dedo, echando chispas.

—¡Hostia puta, Joel! ¡Hostia puta! ¡Tú no estás bien de la cabeza! —Alzó los brazos al cielo antes de pasarse las manos por la cara, exasperado—. Que viniera a desayunar gratis durante un mes... vale, te lo pasé. Lo de las malditas tazas... bueno, no molestabas a nadie. Pero ¿meterla en tu casa? ¿Que ahora trabaje aquí? ¿Es que no sabes dónde está el límite?

—Oye, Levi, afloja un poco y escúchame, ¿vale?

—Espera a que se lo cuente a papá. Le va a encantar —soltó, amenazante.

—Por favor —le rogué, levantando las manos en señal de paz—. Dame dos minutos para explicarme. Luego, si quieres, me matas o te chivas.

—Por supuesto que me voy a chivar.

—¡Por favor!

Por la forma en la que me miraba, pensé que no daría su brazo a torcer. Sin embargo, cedió. Resopló enfurruñado y se sentó de nuevo con un gruñido que le nacía en el pecho.

Agarré la silla pegada a la pared, la arrastré hacia el escritorio y me senté a horcajadas frente a él.

Me tomé un momento para ordenar la historia y, sobre todo, mis propios pensamientos sobre lo que había ocurrido hasta ahora. Le conté lo que pasó en Navidad: cómo Anna desapareció y la búsqueda desquiciada para dar con ella. Le hablé de cómo la encontré en la calle, sin un solo lugar adonde ir y sin nadie que le tendiera la mano, y de lo que me costó convencerla para que aceptara quedarse en mi apartamento. No me dejé un solo detalle. Le hablé de lo hermética y orgullosa que era, de los dos trabajos de mierda que arrastraba para salir adelante y de cómo, aun así, jamás se quejaba por nada.

Mientras lo escupía todo como si estuviera en un interrogatorio, el rostro de Levi se fue transformando. Vi cómo atravesaba todo un espectro de emociones: la furia desmedida dio paso a la incredulidad, luego a la tolerancia y, por último, a una resignación teñida de algo más que no fui capaz de descifrar.

—¿Y ahora el gato también vive contigo? —me preguntó de pronto.

—Pues casi. Le dejé una nota por debajo de la puerta a su dueño, por si empezaba a pensar que pretendía robárselo.

—¿Y dormís cada uno en una habitación?

—Ya te he dicho que sí, solo somos amigos.

Una sonrisita socarrona se le dibujó en la cara.

—Una pulsera de la amistad, ¿en serio? —Me miró la muñeca mientras yo soltaba un suspiro—. ¡Pero si es cursi hasta para ti! Menos mal que no he tenido que verlo, qué vergüenza ajena.

—¡Vete a la mierda, ¿quieres?! —salté.

A mí me había parecido muy bonito.

—Joder —murmuró Levi, reclinándose en la silla—. Lo tienes muy crudo.

—¿Qué quieres decir?

—Que Anna te gusta. Estás pilladísimo. Y no sé si reírme o empezar a preocuparme.

Recordé la comida con Dave en Navidad, cuando me dijo exactamente lo mismo. En aquel momento yo era un mar de dudas y esquivé el tema como pude, pero allí sentado, frente a mi hermano, no tenía ningún sentido seguir negándolo. Sí, Anna me gustaba, y mucho. Lo sabía por cómo me daba vueltas el estómago cada vez que la veía sonreír, por la forma en que mendigaba su atención y lo lejos que estaba dispuesto a llegar solo para que ella estuviera bien.

—Es verdad, me gusta.

En la garganta se me había formado un nudo aplastante que casi no me dejaba tragar.

Miré a mi hermano, frotándome el pecho, donde sentía un molesto cosquilleo.

—¿Qué piensas? —me atreví a preguntarle.

Él arqueó una ceja.

—¿Qué voy a pensar? Que debería llamar al gestor hoy mismo para que le vaya preparando el contrato.

Me asaltó un torbellino de emociones encontradas. Por un lado, quería pegarle un puñetazo porque era un imbécil y, por otro, me daban ganas de darle un beso.

Opté por esto último y me abalancé sobre él.

—Ven aquí, grandullón.

—Joel, joder, quita de encima.

—Solo si me das un besito.

—¡Que te apartes! —Le agarré la cara con ambas manos mientras él trataba de empujarme—. Juro que te mato como me dejes una sola de tus babas.

Regresé a la silla entre risas. Levi exhaló con lentitud, recuperando la compostura.

—Oye... —empezó a decir con cautela—. ¿Has pensado que podría ser jodidamente difícil estar cada día pegado a ella con lo que sientes? Ya sabes... tener que contenerte todo el rato y fingir que solo la ves como una amiga.

—Estoy bien con eso. Y se me pasará con el tiempo.

—¿Y si ella conoce a otro tío y empiezan a salir? Si él aparece por tu piso para verla, si se queda a pasar la noche de vez en cuando... Esas cosas duelen, Joel.

No pude evitar sentir el malestar punzante que me causaron sus palabras.

—No soy un crío, puedo lidiar con que una mujer no me corresponda.

La mirada de mi hermano se tornó compasiva.

—Pero la sola idea de verla saliendo con otro hace que te explote la cabeza, ¿verdad?

Me estaba costando respirar más de lo que quería admitir.

—En serio, no tienes de qué preocuparte. Estaré bien —le aseguré, tratando de sonar convencido.

Levi asintió en silencio y se puso en pie. Rodeó el escritorio con intención de marcharse, pero se detuvo a mi lado al pasar y apoyó su mano sobre mi hombro, dándome un apretón firme.

—Aunque hubieras hecho algo así antes, nunca te habías implicado a este nivel, Joel, por eso me preocupa.

No era el único.

25



No podía apartar la mirada del reloj.

Eran casi las diez, y la oficina del gestor abría a las ocho, por lo que ya habían pasado dos horas. Según mis cálculos, tiempo más que suficiente para que Anna hubiera ido hasta allí, firmara el contrato y apareciera por el café.

Quizá había pillado un atasco. Los barrios más cercanos a la costa siempre tenían un tráfico horrible y, si había tomado un taxi, era muy probable que estuvieran atrapados en alguna calle. O tal vez el metro circulaba con retraso.

No tenía razones para preocuparme.

La tarde anterior, cuando llegó a casa y le solté la noticia, su primera reacción fue la que esperaba: dar un paso atrás y levantar todas sus defensas. Arrugó el ceño, cruzó los brazos sobre el pecho y rechazó la propuesta de plano. Me dijo que ya estaba haciendo mucho por ella y que necesitaba valerse por sí misma. Que muy pronto habría ahorrado lo suficiente para poder pagarme un alquiler por la habitación o, mejor aún, para mudarse a otro lugar y dejar de ser una carga.

Casi me da un ataque al escuchar esas palabras saliendo de su boca.

Me costó más de una hora de conversación paciente convencerla. Le expliqué que en el Wake Up nos estábamos ahogando y que

necesitábamos cubrir un par de puestos con urgencia. Que no teníamos tiempo para seleccionar personal de forma orgánica, así que había pensado en ella para incorporarse de inmediato. Le aseguré que Levi estaba al tanto de todo y completamente de acuerdo con su contratación.

—Es un buen trabajo, con un buen horario y un sueldo más que aceptable, pero no te lo estoy regalando —le advertí, mirándola a los ojos muy serio—. Los descansos son cortos y el local siempre está lleno. Vas a trabajar, y mucho.

Al final, aceptó.

Y de una manera entrañable, me prometió que daría lo mejor de sí misma cada día y que no me decepcionaría.

—Joel, aterriza —me pidió Manuel—. Dos frapés de moka y otro de caramelo.

—Marchando.

Dejé de divagar y me concentré en preparar las bebidas. Coloqué las tapas a presión y acomodé los tres vasos en el soporte de cartón.

Alcé la vista por inercia.

Y ahí estaba.

Anna cruzaba la puerta con el abrigo abotonado hasta el cuello y la mochila colgada al hombro. Se detuvo junto al cartel donde anunciábamos las ofertas del día y miró a su alrededor con los ojos muy abiertos, como si estuviera sopesando si quedarse allí parada o avanzar.

—Oye, tu Cenicienta ha vuelto a por sus desayunos —me avisó Isabella.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Quieres que le busque una mesa mientras tú terminas eso?

—No hace falta, yo me ocupo —respondí. Le entregué la bandeja con los vasos al cliente que esperaba y miré a Isabella—. Y no ha

venido a desayunar. A partir de hoy trabaja aquí. Corre la voz.

Isabella alzó las cejas, asimilando la noticia, y de golpe soltó una carcajada de alivio.

—¡Dios, por fin un refuerzo! ¡Ya era hora!

Salí de detrás de la barra abriéndome paso entre los clientes. En cuanto Anna me vio avanzar hacia ella, la tensión de sus hombros se aflojó de forma visible.

Nos saludamos con una sonrisa contenida. Ella me miró con una mezcla de nerviosismo y expectación, mordiéndose el labio inferior, mientras que a mí se me hacía imposible disimular la alegría absurda de tenerla allí.

—Aquí estás.

—Aquí estoy —suspiró.

—¿Preparada?

—Creo que sí, aunque me siento como si fuera la primera vez en mi vida que voy a servir un café.

Fruncí el ceño.

—¡Espera, no es tu primera vez, ¿verdad?! —le pregunté, sobreactuando para tomarle el pelo.

Ella se limitó a darme un golpe juguetón en el estómago.

—Lo vas a hacer de maravilla —le aseguré con una sonrisa sincera —. Ven conmigo.

La guie por el pasillo lateral hacia la zona de empleados. Empujé la puerta y le cedí el paso con una reverencia exagerada que le sacó una risita. El espacio era amplio y funcional: una hilera de taquillas a un lado, un par de bancos de madera, una mesa redonda con varias sillas, un espejo grande en la pared y un baño exclusivo para el personal.

—Este cuarto es solo para nosotros —empecé a explicarle mientras caminaba hacia un casillero libre—. Esta será tu taquilla;

puedes dejar aquí tus cosas. Aquí tienes la llave.

Asintió, concentrada en mis palabras.

—Tras esa puerta de ahí está el baño. Hay un par de duchas que puedes usar siempre que lo necesites. A veces ocurren accidentes y alguno acaba empapado en café, o el olor de la cocina se te pega demasiado a la ropa y el pelo, así que se agradecen un montón. Eso sí: trae tu propia toalla, porque las que tenemos aquí son de papel para las manos.

—Entendido.

Abrí el armario donde guardábamos el vestuario. Cogí un par de camisetas negras con nuestro logo estampado junto con otro par de delantales, y se los entregué.

—Puedes traer zapatillas, botas o el calzado que te resulte más cómodo, y lo mismo con los pantalones. Pero arriba todos vestimos igual para que los clientes nos reconozcan rápido. Ah, y una cosa más: vas a tener que recogerte el pelo.

—De acuerdo.

Nos miramos y no pude reprimir una sonrisa bobalicona.

A continuación, pasé a explicarle las normas, la distribución del local y las tareas de su puesto. Los primeros días se dedicaría en exclusiva a atender la sala: tomar comandas, servir mesas y recoger. Más adelante, en cuanto se familiarizara con el sistema de caja y la maquinaria, iría rotando con el resto del equipo.

—En cuanto a tus compañeros, te los presentaré a todos de forma oficial al cierre. A Isabella ya la conoces; no dudes en pedirle ayuda si la necesitas. O a mí, que hoy estaré en la barra.

—Lo haré.

Me crucé de brazos y la miré con una sonrisa llena de orgullo.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No.

Salí del cuarto y cerré la puerta a mi espalda para dejarle espacio y que pudiera cambiarse.

Me quedé esperándola en el pasillo, apoyado contra la pared. Me pasé las manos por la cara, tomando aire despacio. Tenía el pulso tan acelerado que me retumbaba en los oídos, así que respiré hondo unas cuantas veces para intentar calmarme.

Cada vez que ella arrugaba la nariz con un mohín, me entraban unas ganas irrefrenables de darle un toque divertido en la punta con el dedo, de tirarle de un mechón de cabello cuando decía algo gracioso o de estrecharla entre mis brazos si la veía preocupada. Impulsos absurdos que nacían de la nada y que me veía obligado a refrenar, casi siempre en el último segundo cuando la voz de la razón me traía de vuelta a la realidad.

Pocos minutos después, la puerta se abrió. Anna apareció luciendo la camiseta negra con el logo del Wake Up y el delantal ajustado a la cintura. Se había recogido el cabello en un moño desordenado que dejaba al descubierto la curva de su cuello.

—¿Qué tal? —me preguntó, dando una vuelta sobre sí misma.

—Perfecta.

Justo en ese momento, la puerta de la oficina se abrió de golpe y Levi apareció en el pasillo con un taco de facturas en la mano. Se detuvo en seco al encontrarnos. Su mirada saltó del uno al otro hasta que se clavó en mi cara. Carraspeé para aclararme la voz:

—Levi, te presento a Anna.

Mi hermano cambió el chip al instante; esbozó una sonrisa amable y le tendió la mano.

—Es un placer conocerte, Anna. Joel me ha hablado mucho de ti.

—Gracias. Él también me ha hablado mucho de ti —respondió ella con cierta timidez mientras le estrechaba la mano.

—Supongo que mi hermano ya te lo habrá explicado todo, así que por mi parte solo queda darte la bienvenida al equipo. Espero que te sientas como en casa.

—Seguro que sí. Muchas gracias por la oportunidad.

Levi dio un paso hacia mí y me rodeó el cuello con su brazo mientras me sonreía.

—No hay de qué. Necesitamos más personal y Joel confía a ciegas en que vas a hacer un buen trabajo. Y si él confía en ti, yo también.

—Puedes estar seguro de que me esforzaré al máximo —prometió ella.

Levi no dijo nada más. La miró una última vez y se dirigió a la salida trasera, al fondo del pasillo.

Acompañé a Anna hasta la sala y la dejé bajo la supervisión de Frank e Isabella.

Desde la barra la estuve observando con disimulo, un poco preocupado, la verdad. El local continuaba lleno y era difícil mantener un ritmo ágil y eficiente, incluso para los que llevábamos años allí. La presión para alguien en su primer día tenía que ser aplastante. Sin embargo, en cuestión de un par de horas, cualquier rastro de duda o timidez se esfumó. Anna se movía entre las mesas con la soltura de la experiencia, atendiendo a los clientes con una amabilidad y una paciencia infinitas. Se anticipaba a los pedidos, limpiaba en tiempo récord y regalaba sonrisas capaces de desarmar a los ejecutivos más estresados que siempre entraban con prisas.

Cada vez que se acercaba a la barra para recoger un pedido, buscaba mi mirada como si necesitara comprobar que todo iba bien. Yo la animaba con sonrisas y guiños cómplices que me devolvía con una familiaridad cada vez mayor.

Confiaba en mí. Tenerme cerca la hacía sentir segura, y esa certeza despertaba en mí un instinto casi primario: el deseo urgente

de cuidarla aún más, de protegerla de cualquier cosa que pudiera hacerle daño.

Levi apareció tras el mostrador mientras se anudaba el delantal. Acababa de regresar de una reunión con proveedores.

—¿Qué tal lo lleva? —me preguntó.

—Como si llevara aquí desde el día que inauguramos —se me adelantó Manuel, pasándole un trapo a la máquina.

—¿En serio?

—Sí, lo hace de cine —le aseguré.

El resto del turno pasó volando y la hora de cierre me pilló por sorpresa. Echamos la llave y nos repartimos las tareas de limpieza para dejar el local impecable. Una vez terminado el trabajo, Levi reunió a todo el mundo para presentar oficialmente a Anna. Resultaba ridículamente tierno verla esforzarse por memorizar los nombres de todos sobre la marcha.

Poco después fuimos saliendo uno a uno por la puerta trasera, intercambiando las últimas despedidas hasta la mañana siguiente. Anna empezó a andar a paso ligero en dirección a la parada del autobús.

Aceleré el ritmo para alcanzarla y me puse a su lado, enganchando el casco en el antebrazo.

—¿Adónde vas?

—A coger el autobús —respondió.

—¿Para qué? Podemos volver juntos, vivimos en la misma casa. Es lo más lógico.

Anna se detuvo y echó una mirada disimulada hacia el grupo, que aún charlaba sin prisas en la puerta.

—Joel, no creo que ellos necesiten vernos marchar juntos. Y mucho menos que sepan que vivo en tu casa. Sería rarísimo. No quiero que malinterpreten nuestra relación ni que piensen cosas

raras sobre los motivos por los que me has contratado, ¿lo entiendes?

Arrugó la frente mientras sacudía la cabeza, seria.

—Jefe y empleada... Es el cliché más viejo del mundo —susurró tajante.

Se me escapó una sonrisita divertida ante su empeño en mantener las formas.

—¿Y si tomamos direcciones distintas y nos encontramos en la esquina de la tienda *gourmet*? Así nadie sospechará nada.

Anna entornó los ojos, sopesando mi propuesta.

—¿Estás seguro de que allí nadie nos verá?

—Completamente seguro.

—Está bien... Nos encontramos allí.

—Joder, es como tener un romance secreto de oficina —bromeé, guiñándole un ojo.

Vi cómo apretaba los puños, conteniéndose para no darme un manotazo.

—Cierra el pico y no digas tonterías.

—Oye, un respeto, que soy tu jefe.

—Solo hasta las tres. Y son las tres y cinco —sentenció antes de alejarse a paso firme.

Me la quedé mirando un momento, muerto de risa. Joder, era monísima.

Me di la vuelta y rodeé la manzana hasta el punto donde habíamos acordado. Acomodé la moto y arranqué el motor justo cuando Anna aparecía en la esquina. Levanté el brazo para que me viera.

Su expresión seria cambió a otra mezcla de pánico y sorpresa al ver mi Triumph.

—¡¿Qué es eso?! —exclamó.

—Mi moto. Sabes perfectamente que tengo una.

—No me has dicho que volveríamos en esta cosa.

—¿Y para qué creías que llevaba el casco colgado del brazo? ¿Como pulsera?

Ella rechazó la idea con cada poro de su cuerpo.

—Ni de coña, Joel. Yo no me subo ahí.

—¿Te da miedo?

—No.

—Pues si no quieres que nos pillen, vas a tener que subir —la apuré, dedicándole una sonrisa burlona.

Echó una última mirada paranoica a ambos lados de la calle y, tras un suspiro de derrota, se acercó. Le coloqué el casco en la cabeza y le abroché las correas por debajo de la barbilla. Estaba tan seria y concentrada que le pellizqué la nariz antes de bajarle la visera.

—¿No tienes otro casco? Es peligroso.

—No te preocupes, iré con mucho cuidado.

Le hice una seña para que montara y sus labios se contrajeron en una mueca de disgusto antes de obedecer.

Sentí su peso acomodándose a mi espalda, una presión suave pero tan rotunda que recalibró todo mi universo en un segundo.

—Agárrate —le pedí con la voz ronca.

Sus brazos se ciñeron alrededor de mi cintura, un abrazo firme y decidido que me cortó la respiración por un instante. Sabía que era un gesto instintivo, producto del miedo que había intentado camuflar en ese suspiro de derrota, pero para mí significó mucho más: un despertar inesperado a unas sensaciones que desconocía. Al menos, con esa intensidad.

Noté su pecho pegado a mi espalda, sus piernas rodeando mis caderas y las palmas de sus manos presionando mi abdomen. En cuanto metí la primera marcha y el motor dio un ligero tirón, ella

reaccionó apretándose aún más contra mí, y sentí que algo se contraía justo debajo de mi ombligo.

Un calor sofocante me subió de golpe por el cuello hasta derretirme el rostro, mientras se me secaba la garganta por completo. No había escudo posible que me protegiera de mi propio cuerpo reaccionando al suyo.

Me obligué a pensar en cualquier otra cosa y aceleré con suavidad, incorporándome al tráfico de la avenida.

Inhalé hondo. Exhalé despacio.

Repetí la secuencia a conciencia, pero fue inútil: nada mejoró.

Al contrario.

No se trataba solo de que mi corazón latiera fuera de control.

En algún rincón muy profundo, sentía que algo más grande empezaba a despertar dentro de mí. Esa clase de revolución silenciosa que ocurre cuando, sin buscarlo, tropiezas con la persona indicada.

26



Entré en el portal y subí los escalones hasta mi apartamento. Después de haber corrido dieciséis kilómetros, no había un solo músculo en mis piernas que no protestara, y al llegar al descansillo estuve a punto de hacer los últimos metros a gatas.

Al abrir la puerta, me envolvió el olor a palomitas recién hechas y el murmullo de fondo del televisor. Sonreí sin poder remediarlo; me encantaba regresar a casa y sentir que tenía vida. Dejé las llaves en la entrada, me descalcé con un par de sacudidas y me saqué la sudadera por la cabeza mientras caminaba, quedándome solo con una camiseta negra de tirantes.

Al asomarme al salón, vi a Anna hecha un ovillo en el sofá, acurrucada hasta la barbilla bajo una manta. Justo a su lado, estirado sobre el borde del respaldo y con la cabeza colgando hacia abajo en una postura que desafiaba cualquier ley de la anatomía, dormía Puck. Ese gato tenía las costumbres más estrafalarias que había visto en mi vida.

Y, al igual que yo, aquel minino siempre terminaba orbitando alrededor de ella.

Avancé en silencio sobre la alfombra y, sin previo aviso, me dejé caer con todo mi peso en el hueco libre del sofá, haciéndola rebotar sobre los cojines.

—¡Oye! —protestó Anna, recolocándose a toda prisa mientras Puck abría un ojo con languidez y volvía a cerrarlo con absoluta indiferencia.

—¿Qué estás viendo? —pregunté.

—La primera temporada de *Los Bridgerton*.

—¿Y qué tal está?

—Es el primer capítulo, pero engancha bastante —respondió, sin apartar ni un segundo la mirada del televisor.

Arrugué el ceño. Justo en ese preciso instante, en la pantalla aparecía un tipo con un físico impresionante, con el torso desnudo, dando puñetazos en mitad de un *ring* de boxeo. Anna ni siquiera parpadeaba, y tuve la sospecha, muy fundamentada, de qué era lo que realmente la tenía «enganchada» a la trama.

De pronto, se giró hacia mí. Arrugó la nariz con una mueca exagerada y soltó un sonido de desaprobación.

—Puaj. Estás empapado en sudor y apestas, Joel.

La miré con una falsa indignación. Mis ojos fueron de ella al duque de Hastings —así se llamaba el tipo semidesnudo que lucía sus abdominales en la televisión—, y volvieron a su rostro. No pude evitar que una sonrisa socarrona se me dibujara en la cara.

—A ver si me aclaro —solté, girándome hacia ella—. ¿Yo te doy asco porque he sudado un poquito corriendo, pero a ese tío en calzones que parece bañado en mantequilla te lo estás comiendo con los ojos?

—¡¿Que yo qué?! —exclamó.

Le pasé la yema del dedo por debajo de la barbilla.

—Si hasta estás babeando.

Anna ahogó una risita y se cruzó de brazos, mirándome con picardía.

—¿Estás celoso?

—¿Yo? Ja. Ya quisiera ese tener este cuerpo —rebatí sin pestañear, sacando pecho de forma exagerada.

La mirada de Anna bajó un segundo hacia mi torso. Sentí un cosquilleo repentino... ¿se había puesto roja? No me dio tiempo a comprobarlo, porque agarró el cojín más cercano y me atizó en la cara con él.

—A la ducha. Ya.

Salté del sofá entre risas antes de que pudiera golpearme otra vez y me fui directo al baño de mi habitación. Abrí el grifo de la ducha y me desnudé a toda prisa. En cuestión de segundos, una densa nube de vapor lo empañó todo.

Me metí bajo el chorro de agua caliente y dejé escapar un largo suspiro al notar cómo la tensión de mis músculos se iba aflojando y el cansancio acumulado se desvanecía. Cerré los ojos mientras me enjabonaba de arriba abajo y gemí de alivio al notar la piel limpia.

Se me escapó una risita al recordar lo que había pasado en el sofá. Así era nuestra dinámica, siempre molestándonos el uno al otro, buscándonos las cosquillas. Éramos como Ron y Hermione, solo que ellos terminaban enamorados y juntos al final. Y eso no nos iba a ocurrir a nosotros.

Sin embargo, mientras divagaba entre esas ideas absurdas, la imagen de Anna recorriendo mi pecho con la mirada y ese leve rubor encendiendo sus mejillas volvió a instalarse en mi mente.

Sacudí la cabeza bajo el agua para deshacerme de ese pensamiento. No tenía ningún sentido darle vueltas a algo que quizá solo había imaginado, ni ponerme a fantasear con escenarios imposibles. Ni en broma pensaba arriesgar lo que teníamos; prefería mil veces ser su amigo a no tener nada en absoluto.

Cerré el grifo, me sequé a toda prisa y me anudé la toalla a la cintura. De vuelta en el dormitorio, me puse un pantalón de algodón

y una sudadera amplia. Cuando regresé al salón, Anna andaba trasteando en los armarios de la cocina.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Se me han antojado unos espaguetis. ¿Tú no tienes hambre?

La vi llenar una cazuela con agua y ponerla al fuego. Pero cuando agarró la sartén y la botella de aceite, fui hacia ella en dos zancadas. Se las quité de las manos con toda la calma que pude aparentar y le pedí que mejor se encargara de abrir un vino y servir dos copas. Cada vez que le daba por cocinar algo, yo acababa con problemas de estómago. Jamás había conocido a alguien que pudiera quemar unos simples huevos revueltos.

Cenamos allí mismo, en la isla de la cocina, comentando el trabajo y el sinfín de anécdotas que sumábamos cada día. Sorprendentemente, ya habían pasado dos semanas desde que Anna había comenzado a trabajar en el Wake Up. Dos semanas enteras fingiendo que llegábamos y nos marchábamos por separado, solo para salir corriendo y encontrarnos en alguna esquina discreta, como dos niños que se esconden para hacer travesuras.

Montar conmigo en moto ya no le daba ningún miedo. Incluso le había comprado un casco genial que intentó por todos los medios que devolviera; una idea a la que me negué en redondo tras acusarla de romperme el corazón cada vez que rechazaba mis pequeños gestos. Y, por extraño que parezca, el chantaje emocional funcionó.

Nos acomodamos de nuevo en el sofá con una taza de chocolate caliente cada uno y compartimos la manta. Anna agarró el mando a distancia y puso el siguiente capítulo del «duque Abdominales». Oí un leve golpe y giré la cabeza para descubrir a Puck subido en la tapa del piano. Suspiré resignado; había perdido cualquier esperanza de disciplinar a ese pequeño anarquista.

Entonces, mi mirada se posó en la mochila de Anna, que colgaba del respaldo de una silla.

El primer gran misterio de mi lista.

No sé muy bien de dónde saqué el valor para lanzarme:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije con cautela.

Anna se quedó inmóvil, con la taza a medio camino de sus labios. Aunque intentó disimularlo, no pudo evitar que un destello de alerta cruzara sus ojos por mi interés repentino.

Asintió despacio.

—¿Por qué es tan importante para ti esa mochila?

Se quedó en silencio durante unos segundos interminables antes de responder:

—Era de mi madre.

Exhalé el aire lentamente y me giré por completo hacia ella.

—¿Dónde está tu madre ahora?

—Murió cuando yo era niña.

El pecho se me contrajo de golpe.

—Lo siento mucho, Anna.

—No la recuerdo con gran claridad —admitió con un hilo de voz, y esbozó una leve sonrisa—, pero sé que me quería muchísimo. Esa mochila es lo único que me queda de ella.

—¿Puedo preguntarte qué le pasó?

—Trabajaba como enfermera en el servicio de urgencias de un hospital en Lynn. Hubo un altercado grave entre los familiares de unos pacientes y resultó herida. No lo superó.

—Entonces... ¿eres de Lynn?

—Nací allí.

—¿Y qué hay de tu padre?

—No tengo padre —respondió con una tajante determinación, cerrando el tema sin dar margen a réplica.

No quise insistir y me guardé el resto de mis preguntas. El buen ambiente de hacía unos minutos se había impregnado de una melancolía pesada, y el brillo de Anna se apagó de repente.

Nos quedamos en silencio mirando la pantalla, pero sentía la necesidad apremiante de decirle algo reconfortante que aliviara un poco el peso de sus emociones.

—Si te pareces a tu madre aunque solo sea un poco —murmuré observando su perfil—, estoy seguro de que era una persona increíble.

Una sonrisa amarga y diminuta se dibujó en las comisuras de sus labios.

—Lo era.

—¿Y nunca te has planteado ser enfermera como ella? Muchos siguen los pasos de sus padres. Además, creo que se te daría bien —añadí, recordando la forma en la que la conocí.

—Lo intenté. Entré en la universidad... pero tuve que abandonarla. No podía permitírmelo.

—Lo siento, Anna. Pero... nunca es tarde para volver a intentarlo si es lo que de verdad quieres. Las circunstancias cambian.

No respondió. Se limitó a acurrucarse un poco más bajo la manta y a mirar la pantalla.

Al cabo de un rato, me di cuenta de que se había dormido.

Me quedé contemplándola a la tenue luz de la lamparita. En parte me alegraba de haber conseguido encajar una pieza más de su pasado; pero la certeza de lo sola que había estado —de que mi intuición sobre la melancolía que escondían sus ojos y sobre sus carencias no fallaba —me destrozaba el corazón.

Aquellas pocas explicaciones no habían hecho más que multiplicar las incógnitas en mi cabeza. Si perdió a su madre siendo tan pequeña y no tenía padre, ¿quién demonios la crio? ¿Con quién

creció? Si tuvo que costearse los estudios ella sola, ¿significaba que jamás había tenido a nadie respaldándola? ¿Había pasado su infancia y adolescencia en uno de esos centros para niños huérfanos?

Eran demasiadas preguntas y yo no tenía ningún derecho a presionarla para obtener respuestas si ella no estaba preparada para contestarlas.

Me obligué a frenar mis divagaciones. Me giré despacio hacia ella, con cuidado de no despertarla, y me quedé fascinado observando las facciones de su rostro en calma. Incapaz de resistirme a la tentación, cedí al impulso que me quemaba en los dedos y extendí la mano. Le aparté con delicadeza un mechón de pelo de la cara, sintiendo su suavidad al deslizarse entre mis yemas. Rocé su mejilla con una caricia leve, casi como un suspiro, hasta detenerme cerca de sus labios, relajados y entreabiertos.

—Joel...

Un nudo apretado se me formó en la garganta. Había susurrado mi nombre en sueños.

Se movió en el sofá como si estuviera en una postura incómoda, pero no llegó a abrir los ojos. Contuve el aliento durante unos segundos y solté el aire despacio. Retiré la manta con cuidado y me agaché a su lado.

—Anna, vamos a la cama.

Soltó un pequeño gruñido de protesta y se acurrucó sobre sí misma como si sintiera frío.

—Anna... —insistí rozándole un hombro.

Respondió con otro murmullo perezoso que me sacó una sonrisa. Al diablo con todo. Pasé un brazo por debajo de sus rodillas y rodeé su espalda con el otro. La levanté a peso sin esfuerzo y la sostuve

contra mi pecho mientras la llevaba al dormitorio. La acomodé sobre la almohada y luego la cubrí con el edredón hasta los hombros.

Me quedé allí de pie, contemplándola en la penumbra, preguntándome si, de haber sabido que ella iba a poner patas arriba toda mi existencia, la habría dejado entrar en mi vida. Porque no resultaba nada fácil vivir con semejante tormenta dentro de mi pecho.

Y la respuesta fue sí.

Sin ninguna duda.

27



Los sábados por la mañana, la clientela del café cambiaba por completo y nada tenía que ver con el ajetreo habitual de las oficinas. Los gimnasios de la zona se llenaban de gente, al igual que las academias de baile, los estudios de pilates o yoga y las escuelas de artes marciales. Los batidos de proteína, los *smoothies* y las ensaladas ganaban la partida a los cafés, las tortitas y los huevos con beicon.

A la espera de su turno, destacaba una chica alta de melena oscura que llevaba una esterilla plegada bajo el brazo y no había dejado de clavarme la mirada desde que atravesó la puerta. Tampoco era la primera vez que una mujer me miraba con descaro y, no voy a mentir, despertar ese interés me subía el ego. A todo el mundo le gusta gustar y sentirse deseado.

Sin embargo, en ese preciso momento me resultaba incómodo.

Cuando se acercó al mostrador, hice todo lo posible por esquivar sus ojos.

Consulté la pantalla y me acerqué a la cafetera para preparar un capuchino con leche de avena y sin azúcar. En cuanto lo tuve listo, deslicé el vaso sobre la barra y lo dejé a su alcance. Ella ladeó la cabeza y se mordió el labio inferior muy despacio.

Fingí que no me daba cuenta mientras preparaba una bolsita de papel e introducía dos galletas veganas de limón con semillas de

amapola y otro par de coco tostado. Añadí otras dos servilletas y la cerré con una pegatina del local.

—Y aquí tienes las galletas —anuncié.

—Gracias —respondió, inclinándose sobre el mostrador para acortar la distancia entre ambos—. Oye... ¿me darías tu número? Me encantaría invitarte a cenar si tienes tiempo.

En ese preciso instante, Anna apareció a su lado con una bandeja vacía en las manos para recoger el siguiente pedido. Se quedó congelada un segundo, observando la escena con las cejas levantadas.

—Verás... —empecé a decir—, te lo agradezco un montón y me halaga, de verdad. Pero... ahora mismo no estoy interesado en conocer a nadie.

La chica del capuchino volvió a sonreír y, lejos de rendirse por mi rechazo, me quitó el rotulador que llevaba en la mano y garabateó un número de teléfono en una servilleta.

—Aquí tienes, por si cambias de opinión —me dijo antes de poner rumbo a la salida.

—¿Estas cosas te pasan a menudo? —me preguntó Anna en un susurro divertido.

Antes de que pudiera abrir la boca, Manuel, que andaba rellenando unos botes de caramelo líquido a mi lado, se metió en la conversación:

—¡Todo el tiempo! —exclamó, dándome un codazo cómplice en las costillas—. Aquí el «Señor Estoy Bueno Que Te Cagas» es una de las grandes razones por las que este sitio siempre está hasta arriba.

—¡Señor Buenorro, me gusta! Deberías bordarlo en tu camiseta —oí de la nada. Becca acababa de plantarse al otro lado de la barra, vestida con un chándal gris y su vaso térmico de medio litro en la mano—. Por favor, ¿me lo llenas?

En ese momento apareció el que faltaba para multiplicar por mil mis ganas de salir corriendo: Levi.

—¿A quién llamas buenorro? —le preguntó con la cara arrugada.

—A tu hermano.

—¿Y por qué, si parece un mono narigudo?

Manuel soltó una carcajada.

—No deberías decir eso cuando todo el mundo piensa que sois gemelos.

Becca se echó a reír con ganas por la ocurrencia, y hasta Anna dejó escapar una risita por lo bajo. Fue entonces cuando mi cuñada se percató de su presencia. Sus ojos se iluminaron al instante.

—¡Hola! Tú debes de ser Anna, ¿verdad?

—Sí.

Becca se lanzó a abrazarla sin dudarlo.

—Tenía muchísimas ganas de conocerte. Joel siempre está hablando de ti. ¡La domadora de gatos!

—¿Doma... qué? —repitió Anna, confundida.

—Es por Puck —me apresuré a aclarar mientras le entregaba a mi cuñada su vaso lleno de café—. Ese demonio solo te obedece a ti.

—Ah...

—Y que quede claro que no siempre estoy hablando de ti —puntualicé, muerto de vergüenza.

—En fin, me voy ya que llego tarde a clase de taichí —dijo Becca. Me miró con una sonrisa pícara—. Vienes a cenar esta noche, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Por qué no vienes tú también? —le propuso a Anna con total naturalidad.

—¡¿Yo?! —preguntó ella, atónita.

—Sí, ven con Joel y así no te quedas sola en casa. A no ser que tengas otros planes.

Anna negó con la cabeza, intentando procesar la velocidad a la que estaba ocurriendo todo.

Y entonces pasó lo que llevábamos semanas tratando de evitar a toda costa.

—¿Sola en casa? —saltó Manuel, levantando la cabeza de golpe como si hubiera oído sonar una alarma contraincendios.

—Os espero sobre las siete, traed vino —señaló Becca antes de dar media vuelta y encaminarse a la puerta, ajena al terremoto que acababa de desatar.

—Te acompaño —dijo mi hermano, saliendo tras ella.

El silencio que vino después se podía cortar con un cuchillo.

La mirada de Manuel rebotaba de Anna a mí y de mí a Anna como una pelota de pimpón. Abrió la boca muy despacio.

—¿En casa? —repitió. Luego me apuntó con el dedo acusador—. A ver, ¿qué me he perdido aquí? ¿Desde cuándo si tú sales ella se queda SOLA EN CASA?

—Ponte a trabajar, Manuel —le ordené.

—Pero...

—A trabajar, ya. —Y esta vez no hablaba el amigo, sino su jefe—. Y pobre de ti como te pille cotilleando con los demás sobre esto.

Manuel levantó las manos en señal de rendición y se alejó obediente mientras refunfuñaba en voz baja. Aunque ambos sabíamos que no aguantaría callado ni una hora.

Dejé escapar un largo suspiro y me pasé las manos por la cara para quitarme el agobio de encima. Me acerqué a Anna y la ayudé a colocar los platos sobre la bandeja.

—Lo siento —me lamenté en un susurro.

—¿Por qué?

—Por todo. Por la cena y porque al final todo el mundo se va a enterar de que vives conmigo.

Anna me sonrió con dulzura, un gesto sincero que alivió de golpe la presión en mi pecho.

—Era imposible ocultarlo para siempre.

—Aclararé cualquier malentendido, te lo prometo. No permitiré que nadie piense lo que no es.

—Sé que lo harás —dijo mientras posaba la mano en mi brazo y me consolaba con unas palmaditas—, pero no te preocupes demasiado. De verdad, me da igual lo que piensen.

La miré en silencio. Esa seguridad era nueva en ella.

Mis ojos recorrieron su rostro.

—Me gustaría que vinieras conmigo a esa cena —le confesé.

—Es algo familiar.

—Becca te ha invitado de corazón —insistí.

—No quiero molestar...

—No molestas —terció Levi apareciendo tras ella.

Anna pegó un bote del susto y se giró hacia él con las manos en el pecho.

—De hecho —continuó mi hermano con su habitual seriedad—, si no vienes es muy probable que mi mujer me haga ir a buscarte. Ahórrame el trabajo, por favor.

Anna parpadeó varias veces, desarmada bajo la mirada fija de Levi. Y, como siempre que lo tenía cerca, se quedó sin palabras, completamente cohibida.

—Vale —fue lo único que acertó a decir.

Agarró la bandeja y se alejó serpenteando entre las mesas.

Levi suspiró y luego me dedicó una sonrisita mordaz y diabólica.

—De nada.

—¿Qué?

—Ya me lo agradecerás esta noche cuando le digas a Becca que la videoconsola nueva que voy a llevar a casa me la has regalado tú —

me guiñó un ojo.

—¿Agradecerte el qué?

—Solo los idiotas no reconocen una oportunidad cuando les golpea la cabeza —dijo al tiempo que me daba una colleja—. ¡Acabo de organizarte una cita, idiota!

Lo fulminé con la mirada.

—Una cena familiar no entra en la categoría de citas, Levi —farfullé, frotándome el cogote.

—Lo que tú digas, Señor Buenorro —se burló mientras se encaminaba a la cocina—. Que el vino sea decente.

Suspiré derrotado. Ladeé la cabeza y le eché un ojo a Anna, que justo en ese momento se giró desde el fondo de la sala. Me regaló una sonrisa tímida al descubrir que la estaba mirando.

Vale, nadie mejor que yo sabía que esa cena no era ninguna cita entre nosotros... pero el corazón me dio un vuelco absurdo, exactamente como si lo fuera.

28



Las últimas estrofas de *Gravity* de John Mayer sonaban suaves de fondo y las velas que decoraban la mesa casi se habían consumido. Apenas quedaban unas migas de tarta de queso en los platos y el ritmo de la cena se había relajado hasta convertirse en un murmullo perezoso y acogedor.

Carly se había quedado profundamente dormida sobre el pecho de Levi. Mi hermano la sostenía con un brazo alrededor de su espalda, meciéndola por pura inercia mientras con la otra mano sujetaba una copa de vino. A su lado, Becca sonreía con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Y Anna... Anna parecía otra. La tensión con la que había cruzado el umbral de la casa unas horas atrás se había disipado por completo; reía sin contenerse, intervenía en la conversación y sus ojos brillaban con una nueva luz.

Verla tan cómoda y relajada con mi familia me producía una satisfacción extraña y muy profunda.

Becca se incorporó un poco sobre la mesa y nos miró a todos.

—Bueno, ¿alguien quiere un café, un té o algo más fuerte?

—Voy servido con el vino, gracias —le dije, alzando mi copa.

—Nada para mí, gracias —añadió Anna con una sonrisa.

—Mañana madrugamos, cariño —le recordó Levi.

—¡Aguafiestas! —protestó ella en broma mientras se ponía de pie —. Entonces iré a acostar a este pequeño angelito.

Tomó a Carly en brazos con delicadeza y se encaminó al pasillo.

Levi aprovechó para cambiar de postura y estirarse un poco. Después, agarró la botella de vino de la mesa y rellenó todas las copas.

Se hizo un silencio placentero, de esos en los que nadie tiene prisa por romper la magia del momento. La mirada de Anna se perdió en la ventana, desde donde se divisaba la bahía de Pleasure, y yo me perdí contemplándola a ella: el rubor encendido en sus mejillas, el pelo recogido en una trenza floja y la forma en que sus labios se entreabrían justo antes de suspirar.

Noté una patadita bajo la mesa y giré la cabeza hacia Levi, que parecía bastante divertido con la escena.

—¿Puedo preguntaros algo? —dijo Anna en voz baja.

Los dos la miramos con curiosidad.

—Claro —contesté.

—¿De dónde surgió la idea de montar el Wake Up?

Levi y yo cruzamos una mirada de complicidad inmediata.

—¡Oh, no, les chifla contar esa historia! —exclamó Becca reapareciendo desde el pasillo.

Mi hermano desplazó su silla para hacerle sitio junto a él. En cuanto ella se acomodó a su lado, le rodeó los hombros con el brazo y le dejó un beso tierno en la sien.

—La culpa de todo la tiene nuestro abuelo, que era el tipo más increíble del planeta —empezó a explicarle Levi—. Bueno, él y el restaurante que regentó durante más de treinta años. Nuestro padre es profesor de filosofía y mi madre daba clases de música, así que pasaban mucho tiempo fuera de casa. Nos criamos prácticamente entre sus paredes, bajo el cuidado de nuestros abuelos. Además, cada semana, sin falta, la familia al completo se reunía allí para comer todos juntos: tíos, primos, bisabuelos... ¿Te acuerdas de

cuando Taylor se cayó dentro de la pecera de las langostas? —me preguntó, mirándome.

Asentí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Acabó en urgencias y tuvieron que coserle un dedo.

—¡Pobre langosta! —bromeó Becca.

Rompimos a reír a carcajadas.

Anna nos escuchaba embobada.

—Allí vivimos momentos tan especiales, pasaron cosas tan increíbles —señalé, recordando aquellos años.

—Pero nuestra abuela falleció, y poco después la siguió él —susurró mi hermano, con una nota inevitable de melancolía—. Esos días felices se terminaron para todos. Su ausencia dejó un vacío enorme que solo fue a más cuando nuestros tíos se mudaron y la familia acabó por dispersarse.

Me llevé la copa a los labios y bebí un buen trago. Chasqueé la lengua y arrugué la nariz ante la fuerte acidez del vino, un gesto que hizo sonreír a Anna, que no apartaba sus ojos de mí.

Retomé la historia:

—Un día, bebiendo una cerveza en... ¿dónde era? No soy capaz de acordarme.

—En aquella taberna de Duxbury, junto al mar. La de las ostras.

—Cierto —recordé—. El caso es que estábamos allí de paso, empezamos a beber y a echar la vista atrás, a hablar de lo mucho que extrañábamos tener un lugar que significara tanto para nosotros como el viejo restaurante.

—Y dije: «¿Por qué no lo montamos nosotros?» —apuntó mi hermano.

Asentí sin dejar de sonreírle.

—A la semana siguiente ya estábamos solicitando nuestro primer préstamo bancario. Levi dejó su trabajo, yo abandoné la universidad

y, tres meses después, el Wake Up abría sus puertas. Queríamos nuestro propio lugar especial, pero también que se convirtiera en eso mismo para nuestros clientes.

Levi sacudió la cabeza con una sonrisa serena.

—Lo concebimos como un refugio —continuó él—. Un sitio donde la gente pudiera reunirse con amigos o familia y crear buenos recuerdos. Un espacio para desconectar, relajarse, leer un libro sin prisas y, sobre todo, para no sentirse solo.

Brindamos chocando nuestras copas.

—Al principio lo mantuvimos así: un local pequeño y acogedor, con buen ambiente y música tranquila. Venían sobre todo universitarios y empleados de los comercios cercanos que buscaban un lugar económico. Pero de repente empezamos a crecer y a crecer y... ¡Tú misma lo has visto! —le dije a Anna.

Ella me sostuvo la mirada.

—Sigue siendo un lugar especial —sonrió, bajando la vista al mantel—. Vuestro café tiene alma, los que trabajan en él se sienten parte de una familia, y vosotros dos aún conserváis intacta esa ilusión. Se nota que amáis lo que hacéis.

—La mejor decisión de nuestras vidas —aseguró Levi.

—¿Y qué hay de mí? —saltó Becca, dándole un golpecito en el estómago.

—¡Tú eres mi vida, nada puede competir contra eso! —exclamó mientras se abalanzaba sobre ella para mordisquearle la mejilla entre risas.

El trayecto en el Uber de vuelta a casa fue silencioso. Estábamos agotados, con esa agradable pesadez que te dejan unas copas de vino, una buena conversación y muchas risas. Anna miraba por la

ventanilla, absorta en el desfile de farolas y semáforos que recortaban su perfil en destellos fugaces. Se la veía tan tranquila que temí que se quedara dormida en cualquier momento.

Con la cabeza apoyada en el respaldo, no podía dejar de mirarla. Era la primera chica, a excepción de Gaby, a la que dejaba entrar en el corazón de mi familia. De hecho, era la primera chica que llevaba conmigo a casa de mi hermano. Mi exnovia nunca mostró el menor interés por llevarse bien con él y Levi, tras un tiempo intentándolo solo por mí, decidió que su presencia le daba igual.

Y no le faltaban motivos.

Todos los que yo no supe ver hasta que me explotaron en la cara.

—¿Por qué eres tan distante con ella? —le pregunté una noche, mientras recogíamos la cocina tras una cena familiar en casa de nuestros padres. Una de las pocas ocasiones a las que Gaby había asistido.

—No hago nada que no esté haciendo ella —replicó sin mirarme.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se esfuerza lo más mínimo por ser un poco agradable. Mamá se desvive para que se sienta a gusto, papá hace lo propio, pero ella se comporta como si respirar nuestro mismo aire fuera un suplicio. No sé qué pinta aquí, la verdad.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —aseveró, dejando caer con fuerza un trapo húmedo sobre la encimera—. Joel, abre los ojos de una puta vez. Siempre que viene a esta casa, pasa el tiempo mirando el reloj como si estuviera cumpliendo una condena. Mamá lleva todo el día metida en la cocina preparando la cena y ella ni se ha molestado en probar un bocado. Ni siquiera por cortesía. ¿Y has visto la superioridad con la que le ha hablado a papá por opinar que la filosofía sigue siendo necesaria para cuestionar los fundamentos de la ética política?

¡Como su padre ahora quiere ser gobernador! —se mofó con desdén. Me miró como si no me reconociera—. ¿Y tú me preguntas a mí por qué soy distante?

—No lo hace con mala intención. Sé que su forma de comportarse y de hablar puede parecer arrogante, incluso cínica, pero no lo hace a propósito —intenté defenderla, porque aun sabiendo que tenía razón, me negaba a encajarlo—. No está acostumbrada a...

—¿A qué? ¿A una familia normal que habla de todo sin discutir y que se ríe en la mesa? —me cortó, atravesándome con esa mirada fija y directa que solía dedicarme cuando quería golpearme con la realidad—. No me vengas con gilipolleces, hermanito. No es que haya crecido en un mundo distinto, es que se avergüenza de nosotros. O, peor aún, se avergüenza de ti.

Aquel dardo me atravesó el pecho, porque dio de lleno en una herida que llevaba meses intentando ignorar.

—Eso no es verdad.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué insiste tanto en que dejes el café y aceptes ese maravilloso puesto en la empresa de su padre? —Soltó una risa amarga y negó con la cabeza—. Le avergüenza que dejaras la universidad y te dediques a servir tostadas tras un mostrador. Le disgusta tu ropa, tu pelo, tu moto, tu coche... Quiere que encajes en su jodido diseño de vida perfecta y no le importa una mierda lo que tú quieres.

—Se siente presionada por su familia; por esa razón, a veces...

—¿Prefiere llevar a su amiguito de la infancia a los eventos públicos, y no tan públicos, en lugar de a ti? —se rio en mi cara.

—No tienes por qué ser tan capullo —mascullé.

Se pasó la mano por la cara y luego por el pelo, haciendo acopio de paciencia.

—Mamá y papá se tragan el orgullo y sonríen porque saben que la quieres, y jamás harían nada que pudiera apartarte de ellos. Pero a mí no me pidas que haga teatro. Me jode verte malgastar tu vida con alguien a quien le estorba la mitad de lo que eres.

Después de aquello, Levi y yo pasamos unas semanas distanciados. Apenas nos hablábamos y solo tratábamos temas relacionados con el trabajo. Acabamos superándolo y todo volvió a ser como antes. En cambio, mi relación con Gaby no hizo más que empeorar.

Entonces, mi madre murió y todo lo que vino a continuación me hizo ver su auténtica cara. Tras ese golpe, no fui capaz de abrirle la puerta de mi vida a nadie más y tampoco la de mi familia.

Hasta que Anna apareció y comprendí que ella era diferente.

—¿Qué ocurre? —le pregunté al conductor al ver que se detenía en el cruce y no giraba.

—Hay un camión cortando la calle. Tendré que dar la vuelta y entrar desde arriba —respondió.

Miré a Anna.

—¿Vamos andando desde aquí? —le propuse en voz baja—. Estamos a solo un par de calles.

Ella asintió con una sonrisa lánguida y algo adormilada.

Nos despedimos del conductor y bajamos del coche.

El aire era fresco, pero ya no tenía ese filo helado propio del invierno; faltaban menos de dos semanas para la llegada de la primavera y en el ambiente comenzaba a notarse su presencia. La ciudad se desperezaba del letargo invernal.

La calle discurría en penumbra por culpa de unas farolas demasiado antiguas, más bonitas que funcionales. Caminábamos despacio, muy pegados el uno al otro. Alcé la vista para contemplar el cielo despejado y las pocas estrellas que la ciudad dejaba

entrever. Fue entonces cuando me di cuenta de que Anna no dejaba de sonreír. Sus labios dibujaban una curva tan bonita que me entraron unas ganas irrefrenables de detener el tiempo solo para memorizarla.

—¿Se puede saber por qué sonríes tanto? —le pregunté.

—Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—¿De verdad te has divertido esta noche?

—Tu hermano es una persona muy diferente fuera del trabajo —comentó con una risita dulce—. Y Becca... ella es simplemente genial. Carly es afortunada de tenerlos como padres. —Hizo una breve pausa, mirando al frente—. ¿Quieren tener más hijos?

—Sí, Becca ya está pensando en aumentar la familia, y Levi siempre ha tenido muy claro que quería ser padre.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Me estás preguntando si yo quiero tener hijos? —sonreí, inclinando la cabeza para buscar sus ojos—. Claro. Más de uno y menos de tres, pero estaré bien con lo que el tiempo y la persona con la que me case decidan.

Ella pareció sopesar mi respuesta con detenimiento.

—¿Y por qué quieres tenerlos?

—Porque cuando pienso en ello, me gusta la sensación que me produce —respondí con total convicción; quizá el efecto del alcohol me había vuelto más transparente de lo normal—. Me imagino siendo padre. Uno cojonudo, además.

Anna soltó una carcajada suave, que no pudo ocultar del todo su escepticismo. Aunque, ahora que conocía el vacío con el que había crecido, ¿cómo podía juzgarla?

—¿De verdad te ves cuidando a otro ser humano?

La miré de reojo con una sonrisa traviesa.

—¡Sí! ¿Tan poco confiable te parezco?

Ella sacudió la cabeza.

—No es eso.

—Menos mal, porque he cuidado de ti y mira lo bien que has crecido —bromeé para provocarla.

Anna rompió a reír y me dio un empujón cariñoso en el brazo. Pero, en lugar de apartarme, reaccioné por puro impulso: le pasé la mano por la cintura, la atraje hacia mí antes de que se me escapara y, de la forma más natural, le rodeé los hombros con el brazo.

Ella no trató de zafarse. Al contrario, se acomodó a mi costado mientras seguíamos caminando a paso lento. De repente, como si un chispazo me despertara, fui consciente de lo cerca que estábamos, del roce entre nuestros cuerpos y de la intimidad del gesto.

Y ella no hizo el menor intento de poner distancia.

Avanzamos en silencio, acompasando el ritmo de nuestros pasos. Al doblar la esquina, divisé las escaleras de entrada a mi edificio. Sin embargo, a media que nos fuimos aproximando, me di cuenta de que no estábamos solos. Una silueta encogida aguardaba en el segundo escalón, con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza gacha bajo un abrigo oscuro.

Una punzada de inquietud me hizo estrechar con más fuerza a Anna.

La figura se puso en pie al vernos y dio un par de pasos bajo la farola más cercana, revelando su rostro. Todo mi interior se congeló y el corazón comenzó a latirme muy deprisa. Parecía una broma cruel del destino. O un chiste de mal gusto. Quizá ambas cosas. Apenas unos minutos antes había estado recordando los fantasmas de mi pasado y, como si nombrarlos los hubiera materializado, ahora estaban frente a mí.

«Gaby».

29



—¿Qué haces aquí?

—Hola, Joel. ¡Cuánto tiempo! —dijo Gaby con una pequeña sonrisa.

Sus ojos oscuros recorrieron mi rostro y se deslizaron sobre el abrazo con el que aún sostenía a Anna pegada a mi costado. La examinó con una mezcla de sorpresa, curiosidad y cierto desdén; lo supe porque conocía lo que significaba cada una de sus miradas, sus expresiones y sus gestos.

Luego me miró de nuevo y tragó saliva, como si estuviera pensando su próximo movimiento. Llené mis pulmones de aire y lo dejé ir despacio. No tenía la menor idea de qué hacía allí, y el modo en que terminó lo nuestro lo hacía más incomprensible aún.

Había pasado casi un año y medio desde que la saqué de mi vida por completo.

—No estaba muy segura de si seguirías viviendo en el mismo apartamento.

—Ya ves que sí.

—Te encuentro bien.

Yo no podía decir lo mismo de ella. Llevaba el pelo recogido en una coleta desaliñada, nada que ver con esos peinados sofisticados de los que siempre presumía. Apenas iba maquillada y las sombras

bajo sus ojos delataban un cansancio acumulado durante mucho tiempo.

—¿Qué quieres, Gaby?

—¿Así es como tratas a la persona con la que ibas a casarte?

—Tú lo has dicho, iba.

A mi lado, Anna permanecía en silencio, rígida y con la mirada en el suelo como si de ese modo pudiera darnos la intimidad que una conversación como la nuestra necesitaba. Yo sentía justo lo contrario: tenerla a mi lado me calmaba y me daba serenidad. No estaba pasando nada que no pudiera oír o compartir con ella.

Gaby se abrazó a sí misma para protegerse de una temperatura que bajaba con rapidez.

—Sé que no lo merezco, pero... ¿podrías tratarme con un poco de amabilidad? —me rogó con un hilo de voz—. Están pasando demasiadas cosas y la única persona que siento que podría entenderlo eres tú.

Negué con la cabeza. Hay capítulos en la vida que, una vez cerrados, no deben volver a abrirse sin importar las razones.

—Gaby...

—Por favor, solo quiero hablar.

En ese momento, Anna dio un paso al frente y se giró hacia mí.

—Será mejor que suba y os deje solos.

Reaccioné tomando su mano para retenerla, pero ella me sonrió y apretó mis dedos para tranquilizarme. Asentí a regañadientes.

—¿Tienes tus llaves?

—Sí, no te preocupes.

La acompañé con la mirada mientras subía la escalera, abría el portón y se adentraba en el edificio. Solo cuando la puerta se hubo cerrado, me giré hacia Gaby, que me observaba con atención, escrutando cada uno de mis movimientos.

—Es muy guapa —dijo en voz baja—. ¿Vivís juntos?

—No creo que eso sea asunto tuyo.

—A mí ni siquiera me dejaste un cajón —me reprochó.

Me pellizqué el puente de la nariz, notando cómo se me agotaba la paciencia.

—Porque jamás lo quisiste, Gaby —respondí cansado—. Tú lo que querías era que yo dejara este lugar atrás y me mudara contigo a la residencia de tus padres.

—Eso no significaba que tuviéramos que vivir con ellos, habríamos tenido nuestro propio espacio —replicó como un látigo.

—En su casa.

—¡También era la mía! —exclamó.

—Pero yo jamás habría sentido ese sitio como mi hogar —alcé la voz. Después me obligué a respirar despacio y tranquilizarme—. Da igual, dejémoslo así. No tiene sentido traer eso de vuelta.

Nuestras miradas se cruzaron en la penumbra durante unos segundos.

—Tienes razón —convino ella mientras se sentaba de nuevo en el escalón.

Me froté la nuca y solté un largo suspiro de agotamiento. Empezaba a hacer frío y la aparición de Gaby no conducía a ninguna parte.

—Por favor, dime a qué has venido. ¿Por qué estás aquí después de tanto tiempo?

Ella tragó saliva y se apartó de la cara unos mechones sueltos. Alzó la barbilla para mirarme y un par de lágrimas brotaron de sus ojos. Se las secó con un gesto rápido y torpe.

—Mi vida se está cayendo a pedazos, Joel, y no tengo a nadie con quien poder hablar. Pensaba que tenía buenos amigos, pero a la hora de la verdad todos han desaparecido. Estoy completamente

sola y tú eres la única persona que jamás me ha fallado —confesó sin apenas voz—. A mi padre... le han diagnosticado cáncer de páncreas. Estadio cuatro. No hay nada que hacer.

La noticia me dio un golpe directo al estómago y me dejó helado. A pesar de todo el resentimiento acumulado entre nosotros, la idea de ese hombre fuerte e imponente, de repente estuviera enfermo hasta ese punto, me dejó sin palabras.

—Lo siento mucho, Gaby —murmuré mientras me sentaba a su lado.

Inspiré hondo.

Si lo único que necesitaba en ese instante era a alguien que la escuchara, yo podía hacerlo. Al fin y al cabo, compartimos casi cuatro años de nuestras vidas y a lo largo de ese tiempo no todo fue malo; también tuvimos buenos momentos. Nos quisimos.

Podía hacer este último esfuerzo por ella.

—Ha tenido que abandonar la campaña electoral —continuó Gaby de forma atropellada—. Mi hermano tomó el mando de la empresa, pero se ha dedicado a hacer inversiones nefastas sin consultar a nadie. Nos está arruinando y si no consigue remontar en unos meses, corremos el riesgo de perder hasta la casa familiar. Y mi madre... mi madre solo sabe huir de la realidad. Hace como si la enfermedad de papá únicamente fuese un resfriado, y gasta una fortuna cada vez que se siente «deprimida», ignorando por completo que el barco se hunde.

»Y Michael... —pronunció su nombre con una mezcla de rabia y amargura—. A Michael solo le preocupa cómo va a salpicar todo este desastre a su reputación y su apellido. Me pidió matrimonio hace apenas un par de meses y ahora me pide «tiempo para aclararse».

La escuché en silencio, con una empatía genuina. Lamentaba que estuviera pasando por esa situación. Nadie se merece enfrentar

tanta impotencia y sufrimiento.

—Lo peor de todo ha sido darme cuenta de que estoy totalmente sola. Mi padre se muere, mi madre es un cero a la izquierda, mi hermano solo siente lástima de sí mismo y para Michael ya no soy el amor de su vida —se lamentó entre lágrimas.

Su mirada buscó la mía con una desesperación diferente a la que me había mostrado hasta ahora.

—Pensar que te perdí por su culpa me destroza el alma.

Una alarma sonó dentro de mi cabeza.

No podía ser verdad.

—Te extraño muchísimo, Joel —dijo en un susurro. Sus ojos se inundaron, pero no derramó una sola lágrima—. Echo tanto de menos cómo éramos al principio... Cuando todo era sencillo, cuando nos queríamos sin que nada más importara. Nadie me ha cuidado jamás ni se ha preocupado por mí como tú lo hacías. Eras atento, bueno y cariñoso. Siempre estabas ahí cuando te necesitaba.

Sentí el contacto de su mano y contuve la respiración al darme cuenta de cuál era la verdadera razón por la que había venido a buscarme. No quería solo palabras de aliento o consuelo. Ahora que todo su mundo se desmoronaba, buscaba un refugio. Un lugar seguro. Quería una segunda oportunidad conmigo. Y eso era del todo imposible.

—¿Tú no me echas de menos? —me preguntó esperanzada.

Le retiré la mano de mi brazo con firmeza y me levanté para poner distancia entre los dos. Se me escapó una risa amarga y carente de humor.

—¿Que si te echo de menos? —pregunté, mirándola con una incredulidad que de inmediato se transformó en rabia contenida—. ¿De verdad tienes el valor de plantarte aquí y preguntarme eso?

Ella también se puso en pie a toda prisa y trató de agarrar mi brazo otra vez.

—Joel, por favor...

—Rompí contigo y no me arrepiento de haber tomado esa decisión. ¿Fue fácil? No. ¿Me dolió? No imaginas cuánto, porque te quería. Pero pasé mi duelo, lo superé y seguí adelante. Y no quiero tenerte de vuelta en mi vida —le aseguré, rotundo.

—Por favor, no me digas eso, yo aún te quiero —me rogó con la voz quebrada—. Estuvimos juntos casi cuatro años, es imposible que tú no...

—Te escuché decir lo contrario, Gaby. ¿Es que lo has olvidado? —la interrumpí indignado—. Sabes perfectamente que te oí hablando con Michael en aquel club, cómo le decías que mi vida mediocre y mi falta de ambición te avergonzaban. Que estabas harta de verme rechazar cada oportunidad de oro que intentabas regalarme. Te vi besándote con él mientras hablabais de lo bien que conectabais el uno con el otro.

Gaby se quedó lívida. Abrió la boca para hablar, pero las lágrimas sofocaron sus palabras.

—Joel, nada de lo que dije aquella noche era verdad. Hablé así porque estaba enfadada, frustrada y cansada de...

—¿De qué? —la corté en seco, cruzándome de brazos—. ¿De que no me dejara manejar? ¿De no obedecerte como un perrito faldero? ¿O de que tuviera amor propio y no necesitara la validación de nadie para sentirme orgulloso de quién soy y la vida que he elegido?

—Creía que merecías mucho más... —murmuró.

—Pero yo era feliz con lo que tenía, te lo dije muchas veces. Lo que pasa es que nunca te tomaste la molestia de escucharme. ¿Para qué? Tú ya lo tenías todo planificado, incluso el lugar que yo debía ocupar en tu futuro diseñado a medida.

—No estás siendo muy justo conmigo.

Dejé escapar un bufido amargo y negué con la cabeza.

—¿Y te parece justo venir a buscarme ahora que tu mundo se cae a pedazos y el hombre con el que me engañaste te da la espalda cuando más lo necesitas?

—No... no es eso, Joel. De verdad que no —sollozó secándose las lágrimas.

La observé en silencio durante unos segundos, allí de pie, encogida bajo su abrigo. Aunque sentía lástima por la espiral en la que se encontraba su vida, la venda que me cubría los ojos se me había caído hacía ya mucho.

—Mira, Gaby, siento que estés pasando por esa situación. Pero ya no soy el refugio que buscas. Olvídalo. No hay ninguna posibilidad entre nosotros, ni siquiera como amigos.

—¿Es por ella? —me preguntó en un susurro mientras hacía un gesto hacia el edificio.

—No —me reí sin ganas—. Es por mí, Gaby. Solo por mí. Ahora, vete a casa, por favor.

—¿Podrías llevarme? —preguntó en un último intento desesperado, pero yo ya no era aquel tipo manipulable que ella conocía.

—No.

—¿Vas a dejarme aquí sola tan tarde?

Ni siquiera vacilé.

—Claro que no, pediré un Uber para que te recoja.

Su expresión apenada se transformó en despecho.

—No te molestes —escupió con frialdad.

Pasó por mi lado y se alejó calle abajo. La observé hasta que la penumbra se la tragó y solo quedó el sonido de sus pasos resonando sobre los adoquines.

Dejé escapar una bocanada de aire que se convirtió en una nube de vapor frente a mi rostro. Sentí cómo el pecho se me desinflaba. Dentro ya no me quedaba culpa, dudas ni la más mínima nostalgia. Hacía mucho que las había superado.

Saqué las llaves del bolsillo, subí los escalones que conducían a la entrada y abrí el portón.

Apenas di un par de pasos en la semioscuridad del vestíbulo cuando una silueta se recortó contra la pared.

—¡Joder! —exclamé con un susto de muerte.

Busqué el interruptor y la lámpara sobre mi cabeza iluminó el portal.

Era Anna. Estaba plantada al inicio de la escalera, con ambas manos sujetando las solapas de su abrigo para mantenerlo cerrado sobre su pecho.

—¿Por qué no has subido? —le pregunté en cuanto conseguí recuperar el habla—. Aquí abajo hace mucho frío.

—Estaba preocupada por ti —me confesó en un susurro.

Si había estado allí todo este tiempo... Eso quería decir que...

—¿Nos has oído?

Asintió una vez.

—Lo siento.

—No pasa nada —la tranquilicé—. Pensaba contártelo yo mismo.

Se apresuró a negar con la cabeza.

—No tienes por qué hacerlo, ya me hago una idea.

Arrugué la frente.

—Bueno, no es muy difícil atar cabos. Ella era Gaby, mi exnovia, estuvimos juntos casi cuatro años y terminamos cuando ella me engañó. Lo hizo en muchos aspectos, y aun así cree que tiene algún derecho a volver. Ese sería el resumen.

Pulsé el botón del ascensor. Las puertas se abrieron con un chirrido metálico y entramos, dejando atrás la fría humedad que al caer la noche se acumulaba en el ambiente. Subimos en silencio y, al llegar arriba, fui el primero en salir al rellano. Necesitaba entrar en casa, darme una ducha y apagar mi cerebro durante unas cuantas horas.

Noté que me agarraba la mano.

—Joel, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—¿En serio dijo esas cosas de ti?

Apreté los labios y me encogí de hombros.

—¿Acaso importa?

—Si se hubiera molestado en conocerte de verdad, nunca te habría dejado ir —dijo sin ningún titubeo.

La declaración me pilló tan desprevenido que me quedé completamente mudo. La miré, incapaz de articular palabra. Ella me observaba con los ojos muy abiertos y las mejillas rojas. El estómago me dio un vuelco salvaje. Por un segundo pensé en alargar la mano, sujetarla por la barbilla y averiguar a qué sabían sus labios temblorosos.

Tragué saliva.

Ella dio un paso adelante y me miró fijamente.

—Jamás dudes de ti mismo, porque eres perfecto como eres.

Las palabras retumbaron en mi cabeza como un eco del pasado y en mi pecho tuvieron el efecto de un bálsamo. Esa era la frase que mi madre solía decirme, la misma que repitió al teléfono minutos antes del accidente. Lo último que me dedicó antes de perderla para siempre.

Le sostuve la mirada mientras pensaba en mi madre. Para ellas dos yo era perfecto y más que suficiente, podían ver lo bueno que

había en mí a través de mis defectos y mis errores. No necesitaba la aprobación de nadie más.

Un nudo apretado tomó forma en mi garganta y se me nubló la vista. Me obligué a parpadear deprisa, luchando por contener la marea de emociones que amenazaba con ahogarme. Busqué la llave del apartamento y la encajé en la cerradura. La puerta cedió con un ligero clic y me hice a un lado para que Anna entrara primero.

Cerré despacio.

—Joel... —susurró en la oscuridad.

Apreté los párpados. Dudaba de que mi corazón y mi aplomo pudieran soportar mucho más, así que no le di espacio para que dijera nada más. Necesitaba poner distancia antes de cometer una locura, como confesarle lo que sentía por ella y joderlo todo.

—Deberíamos dormir un poco.

Pasé por su lado y me dirigí a mi habitación, preguntándome en qué momento había acabado así.

Enamorado como un idiota.

30



Tras un parón de varias semanas que aprovechamos para preparar un repertorio totalmente nuevo de versiones y ensayar, Neverland Void volvía a los escenarios. Esa noche nos habían contratado en un *pub* de reciente apertura del que todo el mundo hablaba, famoso por las largas colas que se formaban en su puerta para poder tomar una copa y escuchar música en vivo.

Después de casi suplicarle de rodillas, había convencido a Anna para que me acompañara en lugar de quedarse en casa comiendo palomitas, abducida por su nueva obsesión: las series de vampiros. ¿Cómo podía un tío de ciento cincuenta años, guapo, rico, de mirada melancólica y que se apellidaba Salvatore ser más interesante para ella que yo? Mucho más joven, guapo y con toda mi piel calentita.

Anna me había visto infinidad de veces practicando en casa, pero nunca tocando con el grupo, y quería que también descubriera esa faceta de mí. Con algo de suerte, podría impresionarla un poco.

Durante el trayecto en coche, me hizo algunas preguntas sobre mis amigos. Era evidente lo nerviosa que estaba por conocerlos, así que hice una breve introducción de cada uno de ellos. Le expliqué que, aunque los quería a todos como hermanos, Dave era la persona en la que más confiaba: mi mejor amigo. Le dije que iba a ser padre; ya no era un secreto y nos había presentado a Avery de forma oficial como su novia.

La preparé para conocer a Noah: hiperactivo y sin ningún filtro en su enorme bocaza, con la que ya nos había metido en más de un problema. Por suerte, lo compensaba con un corazón sincero y leal. También le hablé de Elle, su novia, la única capaz de frenarlo con una sola mirada. La admiraba por eso.

Después le tocó el turno a Ethan. Le conté que solo habían pasado unos meses desde que reunió el valor para salir del armario y decirnos que era gay. Lo había llevado en secreto desde siempre por miedo a la reacción de sus padres, una familia rígida para la que todo aquello que se salía de lo tradicional era vergonzoso. Lo divertido de la historia era que todos nosotros lo sabíamos desde el instituto, pero nunca dijimos una sola palabra ni lo presionamos; simplemente decidimos esperar en silencio a que él estuviera listo para dar el paso y ver la cara de tonto que se le quedaba al descubrirlo.

Por último, le hablé de Joon, nuestro genio pianista. Era increíblemente bueno y, como plus, su familia tenía un restaurante de barbacoa coreana al que nos encantaba ir. Era el más joven de los cinco y, con diferencia, el más introvertido. Fuera de nuestro pequeño círculo casi no abría la boca y se limitaba a refugiarse tras la pantalla de su teléfono. No era mala educación, solo su forma de ser, y así se lo aclaré a Anna para que no lo tomara como algo personal.

—Además, les he hablado de ti. Es como si ya te conocieran —le dije al bajar del coche.

Un cartel en la entrada anunciaba nuestro concierto en letras de neón parpadeantes, y la cola de gente que esperaba para acceder al *pub* daba la vuelta a la esquina. No quería imaginar la multitud que ya habría dentro.

El portero del local nos hizo pasar y nos indicó dónde estaba el camerino.

Cruzar el umbral fue como meternos de lleno en un muro de cuerpos, calor y música ensordecedora. El sonido de los altavoces retumbaba en el suelo, una vibración pesada que me golpeaba directamente en el pecho mientras trataba de abrirme paso con la funda del bajo colgada del hombro.

Avanzaba a tirones. Anna iba justo detrás de mí, pero el gentío comenzaba a cerrarse a mi paso como un oleaje denso. Un par de veces sentí que se quedaba rezagada y la perdía entre sombras y reflejos de luz. Actué por impulso —una reacción instintiva que apareció de la nada—, estirando el brazo hacia atrás y buscando su mano. Cuando mis dedos encontraron los suyos, los envolví con firmeza.

Era la primera vez que la sostenía de esa forma: un agarre posesivo, decidido y real. Su piel se ajustó a la mía con una naturalidad que me aceleró el pulso por encima del ritmo de la música. La sensación de sus dedos entrelazados con los míos convirtió el ruido, el calor y las luces en un simple fondo borroso.

Alcanzamos una puerta con un cartel de ACCESO RESTRINGIDO y nos adentramos en un pasillo oscuro forrado de moqueta que amortiguaba el ruido de fuera. Al fondo, el camerino estaba abierto.

Empujé la puerta para entrar. Ya estaban todos allí: Dave y Avery, Noah y Elle, Ethan y Joon, además de los dos chicos que solían echarnos una mano con el montaje y el sonido.

—¡Y, como siempre, Joel llega el último y tarde! —exclamó Noah en cuanto me vio.

—A ver con qué excusa nos sorprende esta vez —se mofó Ethan, recostado en un sofá.

Les dediqué una sonrisita burlona, me hice a un lado y Anna quedó a la vista de todos. Soltó mi mano de golpe, paralizada por la sorpresa.

Todo el mundo enmudeció durante unos segundos, mirándonos con los ojos muy abiertos. Aunque ya les había hablado de ella en varias ocasiones, ninguno esperaba verla cruzar esa puerta; para ser sinceros, ni yo mismo las tenía conmigo hasta hacía un par de horas.

Dave fue el primero en reaccionar. Dio un paso al frente y extendió la mano con una sonrisa.

—Hola, soy Dave y tú debes de ser Anna. Joel nos ha hablado mucho de ti.

—¿Mucho? —preguntó ella mientras me lanzaba una mirada preocupada.

—Bueno, puede que no tanto —se corrigió un poco avergonzado —, pero como este tipo nunca habla de nadie, una sola frase ya nos sorprende.

—Yo pensé que nos mentía y que solo eras un producto de su imaginación —intervino Noah.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Y por qué iba a mentir, idiota?

—Para que dejemos de meternos contigo y llamarte *monk*.

Joon le dio una patadita con el pie y le susurró:

—Aún no lo has pillado... Ellos no están... Él nunca dijo que...

—¿Qué? —quiso saber Noah, lleno de curiosidad.

—Cariño, cállate —le pidió Elle en un murmullo.

—Pero ¿qué he dicho?

Me tragué una maldición. A veces me sorprendía lo simple que podía llegar a ser. Por suerte, Dave volvió a tomar el control e inició las presentaciones. Le indicó a Anna quién era quién, aunque apenas hubo tiempo para entablar una conversación. Unos golpes en la

puerta nos avisaron de que debíamos salir al escenario en pocos minutos.

Avery y Elle se acercaron a Anna para ir juntas a buscar un buen lugar desde donde ver el concierto.

La detuve sujetándola suavemente por la muñeca.

—¿Estarás bien? —le pregunté en voz baja.

—Claro.

—Joel, no te preocupes, cuidaremos de ella —oí decir a Elle.

Yo seguía perdido en los ojos de Anna mientras un nudo incómodo se apretaba en mi pecho. ¿De verdad me estaba agobiando por separarme de ella un par de horas?

—Avísame si necesitas cualquier cosa.

—¿Cómo? ¿Lanzándote un zapato? —bromeó. Alzó la barbilla y me sonrió—. Sé cuidarme, ¿vale?

—Vale —me reí.

La seguí con la mirada hasta que desapareció al otro lado del pasillo y regresé al camerino.

Fue entonces cuando se desató el caos.

Noah me clavó el dedo en el pecho y una mirada incrédula.

—¿Me puedes explicar cómo cojones es posible que viváis juntos y no estés saliendo con ella? ¡Es guapísima!

—Porque es solo una amiga. ¿Acaso tú no tienes amigas?

—¿Con las que no me acueste? ¿Eso existe? —intervino Joon.

Me lo quedé mirando, completamente en *shock*.

—¿Hablas en serio? —le pregunté a mi vez.

—¡Claro que no, idiota! Solo hay que verte para darse cuenta de que solo es una amiga, ¿verdad?

Fruncí el ceño. ¿Por qué percibía cierto tonito sarcástico?

Me dedicó una sonrisa y luego miró a Ethan.

—Como Ethan y nuestro nuevo vecino, que desayunan juntos en su casa y son solo amigos. Muy buenos amigos.

—¡¿Qué?! —saltamos todos al mismo tiempo.

—¿Tu vecino desayuna en tu casa? —le preguntó Dave.

—En pijama, tienen confianza —señaló Joon—. Esta semana es la segunda vez.

Ethan, completamente rojo, le lanzó una mirada asesina a Joon.

—Ya te dije que... Un momento, ¿me estás espiando?

—¿Yo qué culpa tengo de vivir al lado y que no corras las cortinas?

Ethan exhaló un suspiro.

—¿Sabéis qué? A la mierda, tengo novio. Ya está, lo he dicho.

Enarqué una ceja por toda respuesta. Eso sí que no me lo esperaba, porque hasta ahora el verdadero *monk mode* de nuestro grupo era él.

—¿Has empezado a salir con alguien sin decirnos nada primero? —lo acusó Noah indignado—. Porque, no sé, igual me equivoco, pero es el primer tío con el que sales y no puedes fiarte de cualquiera.

Pestañeó una vez, dos veces, antes de añadir:

—Quiero conocerlo.

—¿Pretendes pasarle revista a Hunt?

—¡Y se llama Hunt! —replicó Noah—. Ese nombre es una bandera roja.

Me pasé la mano por el pelo; empezaba a dolerme la cabeza.

—¡Qué bandera roja ni que mierda! —explotó Ethan—. Además, no estábamos hablando de mí, sino de este. —Me señaló con el dedo—. ¿De verdad quieres hacernos creer que entre Anna y tú no hay nada? ¿Nada de nada?

Y la pelota estaba de nuevo en mi tejado.

Por suerte, la puerta del camerino se abrió y un tipo furioso asomó la cabeza.

—¿Por qué no estáis en el escenario?

31



Bajo los focos del escenario, el aire quemaba. Noah agarraba el micrófono con esa soltura salvaje tan suya, mientras Dave golpeaba los trastes de la guitarra y Joon sostenía la base con el teclado. Detrás, los platos de Ethan marcaban con una precisión milimétrica el pulso de la canción.

Estábamos dando uno de nuestros mejores conciertos hasta ahora. El cambio de repertorio, mezclando temas clásicos con éxitos que todo el mundo conocía y algunos de los más actuales, había sido todo un acierto. Y lo estaba disfrutando muchísimo, aunque no conseguía concentrarme por completo, porque mi atención se desviaba todo el tiempo hacia otra parte.

Cada pocos compases, entre los destellos de luces, blancas, azules y rojas, mi mirada se escapaba al fondo de la barra. Allí estaba Anna.

Los aplausos irrumpieron con fuerza cuando las notas finales de la canción vibraron a través del amplificador. Solo un par de temas más y habríamos terminado. Me centré de nuevo en el movimiento de mis dedos sobre las cuerdas. Tocamos como si no hubiera un mañana y cuando coreamos al unísono el último estribillo, Noah se giró hacia mí y me lanzó una mirada de complicidad. Juntos punteamos el final y la distorsión inundó la sala con el último acople de Dave resonando en el aire.

Fin.

Solté el bajo de la correa y desconecté el amplificador antes de que Noah acabara de agradecer al público. Tras darle una palmadita rápida a Ethan en el hombro, bajé la escalerilla a toda prisa con el único objetivo de atravesar cuanto antes la multitud que me separaba de la barra.

Sin embargo, apenas había recorrido unos metros cuando una mano me rozó el brazo.

—¡Hey, qué gran concierto! —me dijo una chica de melena oscura que se cruzó en mi trayectoria.

—Gracias.

—¿Te apetece tomar una copa conmigo? Tienes pinta de necesitar una.

—La verdad es que estoy deseando irme de aquí, pero te lo agradezco —le dije mientras me estiraba para ver algo por encima de la gente.

Intenté avanzar, pero ella me cortó el paso otra vez.

—Podemos ir a un lugar más tranquilo. Como tu casa... o la mía.

Incliné la cabeza y la miré.

—Te agradezco la invitación, de verdad. Pero ya estoy con alguien.

Una verdad a medias, porque estar con alguien puede significar muchas cosas, y no necesariamente tener pareja, ¿verdad?

Ni siquiera esperé a ver su reacción. Me escurrí entre la gente y a pocos metros de la barra divisé a Anna, con una copa en la mano mientras hablaba con Avery y Elle. Apuré el paso... y choqué de frente con alguien que salía de detrás de una columna.

—¡Perdón! —me disculpé por inercia.

—¿Joel?

Bajé la vista y me encontré con un rostro conocido.

—¿Julia?

—Veo que te acuerdas de mí.

—¿Cómo iba a olvidarte? ¿Qué... qué tal estás?

—Muy bien, ¿y tú? —Se puso de puntillas y nos dimos un breve abrazo—. Por cierto, ¡qué pasada de concierto!

—Gracias, hemos cambiado el repertorio.

—Me he dado cuenta, este es mucho mejor.

Nos miramos con una sonrisa sincera.

—Tengo... tengo que... —empecé a decir mientras señalaba hacia delante.

—Claro, perdona —se disculpó y se hizo a un lado—. Ha sido genial verte.

—Lo mismo digo.

Me giré de inmediato hacia la barra, con la sensación de haber superado una larga carrera de obstáculos, y mis ojos tropezaron con los de Anna. Estaba allí, a solo unos pocos pasos. Al fin.

—¡Hola! —las saludé.

—¿Y los demás? —quiso saber Avery.

—Ya vienen.

Me concentré por completo en Anna. Del buen humor con el que había llegado no parecía quedar mucho. Tenía una sonrisa en los labios, pero no se reflejaba en sus ojos y me pregunté a qué se debería.

—¿Qué te ha parecido? —Quería saber su opinión.

—Habéis estado muy bien.

Su voz sonó educada, plana, casi ensayada. Su mirada recorrió la multitud con la evidente intención de rehuirme. Tampoco se me escapó su postura rígida ni el muro de incomodidad que había levantado de la nada.

Miré a mi alrededor: la gente apretujada sin espacio, la música ensordecedora del DJ que acababa de tomar el relevo, el calor...

Pensé que el ambiente la estaba superando y que no quería decir nada para no aguarle la fiesta a nadie.

Me incliné para hablarle de cerca.

—¿Quieres que nos vayamos?

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Ni una broma, ni una mirada o sonrisa. Nada.

—Dame un par de minutos para que recoja mis cosas.

Corrí al camerino, donde los chicos del montaje ya habían dejado mi bajo dentro de su funda. Lo revisé para asegurarme de que todos los cierres estaban bien ajustados y tomé nuestras chaquetas del perchero.

—¿Ya te marchas? —me preguntó Dave, que salía del baño.

—Sí. Te llamo mañana.

—De acuerdo, ten cuidado. Y despídenos de Anna.

—Claro.

Salí a toda prisa, recorrí el pasillo y regresé a la barra. Le entregué su chaqueta y nos despedimos de las chicas.

Nada más salir, llené mis pulmones con una bocanada de aire fresco y limpio, sintiendo un alivio inmediato contra el calor pegajoso que me humedecía la piel. Nos encaminamos hacia el lugar donde había aparcado el coche. Anna iba un paso por delante, con la mirada en el suelo y sin la menor intención de aminorar el ritmo. Había tensión, podía notarla, pero no tenía ni idea de a qué se debía.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Hizo un leve asentimiento, sin girarse.

Estábamos a punto de doblar la esquina cuando una voz gritó mi nombre a nuestras espaldas.

—¡Joel! ¡Espera!

Anna y yo nos detuvimos al mismo tiempo. Al girarme, vi a Julia corriendo hacia mí.

—Espera —repitió con una sonrisa de disculpa al llegar a mi lado.

Por un instante, su mirada se detuvo en Anna antes de regresar a mí. Estiró el brazo y me tendió con total naturalidad el papel que llevaba en la mano.

—Te he apuntado mi número. Por si algún día te apetece tomar un café y charlar. Lo pasé bien la última vez... Así que ya sabes, escríbeme.

Me quedé helado un segundo, sosteniendo el papel sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Eh... claro. Sí... genial... Gra-gracias —balbuceé.

—Cuídate —dijo a modo de despedida y agitó la mano antes de alejarse de vuelta al *pub*.

Miré el papel. No pensaba quedármelo, pero tampoco iba a tirarlo al suelo. Lo apreté en el puño mientras buscaba una papelera. Al darme la vuelta, me topé con la mirada de Anna, iluminada por un fuego gélido que jamás le había visto. Tenía los hombros rígidos y la mandíbula tan apretada que sus labios se habían convertido en una línea recta.

Por instinto, estuve a punto de mirar atrás, convencido de que la persona que la había cabreado estaba allí, a mi espalda. Pero ella dio media vuelta como un resorte y echó a andar hacia el coche.

—Anna —la llamé.

Como si no existiera.

—Anna... —insistí.

Más silencio. ¿Qué demonios estaba pasando?

De repente, a solo unos pasos del coche, frenó en seco y casi choco con ella.

—Si necesitas que esta noche duerma en cualquier otro sitio, puedes decírmelo con confianza —me espetó.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Puedo ir a cualquier otra parte si necesitas la casa para llevarte a esa chica.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, totalmente descolocado.

Anna se cruzó de brazos y se apoyó contra el vehículo, intentando aparentar indiferencia, aunque la tensión de su mandíbula la delataba por completo.

Abrí el maletero y metí el bajo dentro antes de cerrar con cuidado.

—Bueno, después de ver a esa chica dándote su número y a las de dentro revoloteando como mariposas a tu alrededor, es evidente que no te faltan proposiciones. No tendría nada de raro que quisieras aceptar alguna.

—No quiero aceptarlas —respondí al instante, mientras me plantaba frente a ella buscando sus ojos.

—Pero has guardado ese papel.

—Pienso tirarlo —repliqué.

No entendía absolutamente nada, y eso aumentaba mi frustración. Era la primera vez que veía a Anna así de furiosa, y saltaba a la vista que su cabreo no era una impresión mía.

—Haz lo que te apetezca —repuso con altivez—. Solo quiero que sepas que puedo darte la intimidad que necesites. Después de todo, es tu casa.

—Anna, no entra en mis planes...

—Y ya que estamos mencionando este tema —me cortó, con un tono cada vez más afilado—, quizá va siendo hora de que busque otro lugar. Ahora podría pagar un alquiler.

Reaccioné como si me hubieran lanzado un cubo de agua helada. La sola idea de verla recoger sus cosas y largarse de mi vida me

resultaba insoportable.

—Si eso te hace sentir mejor, me lo pagas a mí, pero ni se te ocurra marcharte del apartamento —solté antes de poder medir mis palabras.

Anna me clavó la mirada, con una mezcla de sorpresa y ofensa.

—¿Con qué derecho me hablas así?

Inspiré hondo y levanté las manos en un gesto de paz.

—Perdona, pero es que estás diciendo tonterías.

—No son tonterías, Joel —contraatacó, dando un paso hacia mí con los puños apretados y la cara roja—. A ver, ¿cuánto hace que vivo en tu casa?

—No estoy seguro, ¿tres meses y medio? —respondí sin entender qué quería demostrar.

—Y en ese tiempo, ninguna chica te ha visitado ni tú has invitado a nadie.

—Es verdad.

—Porque yo estoy allí —convino alzando un tono la voz—, así que no te queda más remedio que montártelo fuera.

Me la quedé mirando completamente perplejo. De pronto, la conversación había tomado un rumbo delirante.

—¡Por Dios, ¿cuándo me lo monto?! —exclamé al tiempo que levantaba los brazos al cielo—. Vamos y volvemos juntos del trabajo, solo salgo a correr o a ensayar con los chicos. El resto del tiempo estoy en casa, contigo. ¿Crees que me teletransporto mientras duermo?

—¿Y los domingos? —replicó de inmediato, sin ceder un ápice.

—Voy a visitar a mi padre, ya lo sabes.

Me encogí de hombros, dejándole claro que no iba a conseguir ninguna otra reacción de mi parte, sobre todo porque ni siquiera yo sabía qué demonios estaba buscando. Nos observamos en silencio,

roto tan solo por voces lejanas y el motor de los coches que pasaban con cuentagotas.

Ignoré el ritmo al que me latía el corazón y traté de buscarle algún sentido a aquello. Incliné la cabeza a un lado y la observé con detenimiento. Tenía los ojos brillantes como si una chispa los iluminara desde dentro, las mejillas rojas y el pelo alborotado por el viento enmarcándole el rostro.

¿Por qué demonios era tan guapa? Con esa cara, siempre me sacaría ventaja.

La oí inspirar de forma entrecortada y un pinchazo de culpa me atravesó el pecho. ¿Cómo habíamos acabado así la noche? Discutiendo por teléfonos de desconocidas y suposiciones absurdas sobre si me acostaba o no con alguien. Con ella dudando de mí y el tiempo que pasaba fuera de casa. ¿Qué pensaba, que salir a correr era una excusa para enrollarme con la primera que me hiciera ojitos?

De verdad, parecíamos un matrimonio en plena rabieta acusándonos por celos.

De golpe, se hizo la luz y mi cerebro comenzó a atar cabos.

En cuestión de segundos pasé de la incomprensión más absoluta a una lucidez aplastante.

Venga, no me jodas.

No podía ser.

¿Anna estaba celosa?

Por un instante, sentí que iba a perder la cabeza. El cerebro me iba a mil y, en un abrir y cerrar de ojos repasé decenas de pequeños detalles en los que no me había fijado antes: nunca rechazaba mi cercanía; aceptaba gestos como un abrazo o que la tomara de la mano; se quedaba dormida sobre mí en el sofá; se fundía con mi espalda cada vez que montábamos en moto, y nuestras miradas siempre acababan buscándose.

Había estado tan pendiente de lo que pasaba dentro de mí que no me había dado cuenta de lo que ocurría fuera. Estaba convencido de que Anna no sentía nada por mí salvo una honesta gratitud, una complicidad sincera que con los meses se había transformado en una amistad de la que me sentía afortunado.

Y hasta ese momento estaba conforme con que las cosas fuesen así. Mejor tenerla como amiga que no tenerla de ninguna manera.

Pero, de repente, todo ese escenario había saltado por los aires.

Si sus reproches llenos de fuego eran por celos, no me veía solo como a un amigo.

Y acababa de verla ardiendo, de sentir su rabia en primera persona.

Dudas y preguntas revoloteaban en la superficie de mis pensamientos con tanta insistencia que la necesidad de darles voz se volvió insoportable, aunque el miedo a equivocarme me paralizaba. Me asustaba la idea de ser el único que lo admitiera, de servirle mi corazón en bandeja y esperar una confesión que nunca haría.

Y, aun así, ya no quería detenerme.

—¿Estás celosa?

Anna parpadeó, completamente confundida.

—¿Qué?

—¿Te molesta la idea de que pueda estar con alguien? ¿Esa es la razón de todo esto? —le pregunté mientras señalaba el espacio entre nosotros.

Se irguió y alzó la barbilla, poniéndose a la defensiva.

—Pero ¿qué dices? ¿Te has golpeado la cabeza?

—A mí me parece que sí estás celosa —insistí.

Aspiró una bocanada temblorosa de aire.

—Ya te gustaría —bufó, rehuyendo mi mirada.

—Es verdad, me gustaría —le confesé sin rodeos con el corazón atascado en la garganta—. Me encantaría que estuvieras celosa. Porque eso significaría que te gusto, que sientes algo por mí. Quizá no tanto como yo por ti, pero me conformaría.

Anna se quedó muy quieta. El único movimiento que se distinguía era el de su pecho, que subía y bajaba deprisa. Di un paso hacia ella; mi cuerpo se movía por su cuenta. Me miró fijamente, con los labios entreabiertos, mientras un torbellino de emociones cruzaba por su rostro.

La vulnerabilidad con la que se abrazó a sí misma me hizo contener el aliento.

—¿Te burlas de mí? —susurró.

—Hablo muy en serio, Anna.

Le dediqué una pequeña sonrisa y añadí:

—¿Por qué crees que soy así contigo?

—¿Cómo?

—Egoísta. Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido para tenerte cerca. Odio estar lejos de ti. Necesito cuidarte, protegerte, tocarte, mirarte... Saber que estás bien. Hace mucho que ocupaste mi cabeza y mi corazón. Si no te he dicho nada antes, ha sido porque me daba miedo joderlo todo, no quería estropear lo que teníamos. Pero ahora creo que no soy el único que se siente así, ¿verdad?

El silencio se dilató entre nosotros.

Había algo en sus ojos que parecía anhelo, y me sacudió hasta la médula.

Abrió la boca y la volvió a cerrar antes de evitar mi mirada.

—Ya te he dicho que no estoy celosa.

Di un paso atrás, me estaba rechazando.

Y tuve la certeza de que había cometido un error que ya no había forma de reparar.

—Entonces solo soy un idiota que creía que podía haber algo entre nosotros y que acaba de hacer el mayor ridículo.

Me miró con un dolor inmenso. Sus ojos parecían suplicar, pero yo ya no tenía ánimo para más interpretaciones.

—Perdona —murmuré—. No debería haberte puesto en esta situación.

—Joel...

—No lo haré más.

No quería comportarme como un crío, pero me sentía herido. En realidad, me sentía como si algo se estuviera desgarrando dentro de mí sin ninguna anestesia y dolía. Joder, cómo dolía. En unos minutos, me había cargado lo que habíamos construido en meses.

Me apresuré a poner distancia. La necesitaba.

Saqué las llaves del coche y se las di.

—Ten, regresa tú. Apárcalo en la acera. Ya lo moveré mañana.

Me giré, de vuelta al club. Los chicos aún seguirían allí y a mí me hacía falta una copa. Puede que más. Metí la mano en el bolsillo y saqué mi teléfono para pedirle a Dave que saliera a buscarme. Ya no tenía el pase del concierto.

Me topé con el papel que me había dado Julia y lo desdoblé.

A mi derecha había un contenedor que no había visto antes. Pero cuando iba a dar un paso, Anna me cogió por la muñeca y me arrebató el papel.

—No la llames —rogó.

Y entonces me besó.

Posó sus labios sobre los míos con una urgencia inesperada. Se me escapó una leve exclamación de sorpresa, una especie de gruñido que surgió de lo más hondo de mi pecho. ¿Me estaba besando? Sus labios se movieron contra los míos y le devolví el

beso. Mis dedos treparon hasta su nuca y se hundieron en su pelo. Era muy suave.

El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que todo mi cuerpo vibraba a su compás.

Sin aliento, apartó sus labios de los míos y se echó hacia atrás buscando mi mirada. Sus ojos, del color del caramelo fundido, brillaban con una mezcla de miedo y expectación, mientras con las manos aún se aferraba a mi ropa.

—Me has besado —constaté.

Asintió con vergüenza.

Llené mis pulmones con una profunda respiración y sonreí.

—No pensaba llamar a esa chica, solo iba a tirarlo —le aclaré, señalando el contenedor.

Anna apretó los párpados con fuerza y dejó caer la frente contra mi pecho.

Tragué saliva con dificultad y coloqué las manos a ambos lados de su rostro. Hice que me mirara, y me mordí el labio al contemplar todas las emociones que afloraban en sus ojos. Solo temía una: el arrepentimiento. Pero no estaba entre ellas. No pude contenerme y, rodeándole la cintura con el brazo, la acerqué más a mí.

Ella tragó saliva y su mirada vidriosa descendió a mis labios.

Durante meses había luchado contra el impulso de tocarla, resistiéndome a anhelar más de lo que ella parecía dispuesta a darme. Sin embargo, ya estaba harto de esa lucha y tenía a Anna entre mis brazos, tan preciosa que me cortaba la respiración, mirándome por fin como si yo fuese algo especial.

Me incliné y rocé su boca con la mía. Poco a poco, con una suavidad infinita, profundicé el beso, saboreándola despacio.

Y por primera vez sentí lo que de verdad son las ganas.

Ganas de ella.

Ganas de un nosotros.

32



El trayecto de vuelta lo hicimos en completo silencio. El único sonido era el rugido constante del motor sobre el asfalto. Anna tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y contemplaba la ciudad. Cada pocos minutos, miraba sus manos entrelazadas sobre el regazo y el deseo de cubrirlas con la mía me apretaba el pecho. Nuestro primer beso flotaba suspendido entre nosotros, marcando un espacio que ninguno de los dos sabía muy bien cómo construir aún.

Bajamos del coche y subimos al apartamento.

Al entrar, la penumbra del salón nos acogió como el espacio seguro que era para nosotros. A través de la ventana se filtraba una suave claridad, dibujando contornos azulados sobre los muebles y el suelo. Dejé la funda del bajo contra la pared mientras veía a Anna desprenderse primero de sus zapatos, luego de la chaqueta y dejarla sobre una silla antes de detenerse frente al cristal.

Colgué la mía en el perchero y me acerqué a ella despacio. La necesidad de tocarla y comprobar que lo sucedido entre nosotros no había sido un espejismo pulsaba dentro de mí, ahogando mis latidos.

Sin embargo, cuando estuve a solo un palmo de su cuerpo y extendí la mano para rozarle la cintura, ella se apartó ligeramente. Fue un movimiento sutil, un paso apenas perceptible, pero suficiente para congelarme.

Me detuve y apreté la mano en un puño.

—Te estás arrepintiendo —afirmé en un susurro lleno de grietas.

—No es eso —sollozó.

—¿Entonces?

—Es complicado.

—Pues ayúdame a entenderlo —le rogué.

Se dio la vuelta y me miró por fin.

—Es verdad, me gustas. Me importas mucho. Pero no puedo tener una relación contigo. No puedo ser tu novia ni pensar en un futuro.

—¿Por qué?

—Porque no va a salir bien —afirmó tajante.

—¿Cómo puedes estar tan segura sin intentarlo siquiera?

Tomó una bocanada de aire antes de responder, con una expresión atormentada.

—Créeme, lo sé. Sé cómo acabará si seguimos adelante. Te haré daño, solo será cuestión de tiempo.

Tardé unos segundos en captar totalmente el significado de sus palabras, lo que escondían: el trauma de su soledad, de la pérdida y el abandono. La creencia arraigada de que siempre era culpa suya. Un peligro del que quería protegerme, sí, pero sobre todo del que trataba de protegerse a sí misma.

Levanté la mano y con el pulgar dibujé la línea de su pómulo.

Le sonreí.

—Vale, me doy por avisado, y elijo arriesgarme.

—¿Por qué eres tan terco? —bufó.

Trató de alejarse, pero la sujeté por la cintura.

—Porque me niego a renunciar a ti, a esto que tenemos. Quiero estar contigo, Anna. Y sé que tú quieres estar conmigo.

—Eso no importa —insistió.

Me incliné y deposité un beso breve en la comisura de sus labios. Tembló en respuesta.

—Claro que sí. Es lo que más importa. Si ambos nos aferramos, da igual lo que suceda; nada podrá separarnos.

Me observó con la mirada empañada y un puchero tan triste como adorable.

—Cambiarás y dejarás de mirarme así.

Aquello me rompió por dentro. Me dolía tanto que dudara de mí, pero me torturaba aún más ver hasta qué punto se creía insuficiente para que alguien la quisiera.

—Eso es imposible —afirmé con suavidad. Pegué los labios a su frente un instante y, sosteniendo su rostro entre las manos, la miré a los ojos—. Hagamos una cosa: no lo pensemos demasiado. No necesitamos una etiqueta ni un nombre que nos defina. Tampoco tenemos por qué planear nada; solo sigamos adelante y vayamos viendo qué pasa.

Quiso replicar, pero puse un dedo sobre sus labios, silenciándola.

Durante unos segundos nos limitamos a mirarnos fijamente.

Y lo vi, el momento exacto en el que se rindió.

Y lo sentí: en su cuerpo abandonando toda resistencia.

Aparté el dedo y me incliné muy despacio para mostrarle mis intenciones. Presioné mis labios contra los suyos. Un beso inocente y breve. Busqué sus ojos y acuné su cuello; cerró los párpados mientras alzaba la barbilla hacia mí. Una invitación que me hizo sonreír y me desarmó por completo al mismo tiempo. Aguanté la respiración. Besé de nuevo sus labios y todos los pensamientos se desvanecieron de mi mente. Todo se esfumó, salvo ella.

Anna era todo lo que podía sentir, todo lo que podía oler, escuchar y saborear. Su boca se abrió ligeramente y cuando su lengua tocó la mía, sentí que un escalofrío de placer me recorría la piel. Sus manos

ascendieron por mi pecho y se enredaron en mi nuca. La sensación de ese abrazo me sacó un leve gemido.

Las manos me temblaban cuando las deslicé bajo su camiseta. La piel de su espalda era tan suave, tan cálida. Presionó su cuerpo contra el mío y sentí las curvas de su pecho, su vientre y el roce de sus caderas; todo ello me producía vértigo.

No recordaba nada de lo aprendido. Me sentía como si fuese la primera vez. Nervioso, torpe, inseguro... incluso un poco avergonzado por lo excitado que estaba. Me moría de deseo y ella podía notarlo. Jadeó al tiempo que hundía los dedos en mis hombros. Después sus manos aferraron mi camisa y la deslizaron a tirones por mis brazos hasta quitármela. Me gustaba lo que estaba haciendo.

Tropezando con los muebles, chocamos contra la ventana. Allí nos besamos hasta que nos quedamos sin aire. Luego recliné la frente para rozar su sien y nos limitamos a respirar entre jadeos. Apoyé las manos en el cristal, a ambos lados de su cuerpo, para no acariciarla donde realmente quería.

—Anna...

—¿Qué? —suspiró.

—Necesito que me digas qué quieres.

Para mí era importante saber dónde estaba su límite, hasta dónde quería que llegáramos. Contemplé sus preciosos labios, esperando una respuesta. El corazón me iba a mil por hora. Me miró por debajo de sus pestañas mientras las yemas de sus dedos subían el bajo de mi camiseta y acariciaban mi abdomen.

—Quiero ir a tu habitación —murmuró.

Con eso me bastaba.

Uní mi boca a la suya y la levanté del suelo. Sus piernas se enredaron en mis caderas y sus manos se hundieron en mi cabello.

Mientras enfilaba el pasillo a oscuras, agradecí las tardes que había perdido midiendo su longitud en pasos. Me las arreglé para abrir la puerta y la empujé con la espalda.

La luz tenue de una lámpara solar iluminaba la habitación.

Deposité a Anna en el suelo sin dejar de mirarla. Observé sus ojos, las pecas que le salpicaban la nariz y las mejillas, su boca. Sin apartar la mirada de su rostro, deslicé la mano por su cintura, por debajo de la ropa, y le acaricié el vientre. Con la otra comencé a subirle la camiseta, pero me detuve al rozar el encaje del sujetador.

Me temblaba todo el cuerpo. Me costaba respirar.

Anna puso su mano sobre mi pecho y me hizo dar un paso atrás. Entonces, sin apartar sus ojos de los míos, empezó a desnudarse. Se quitó la camiseta por la cabeza, dejando a la vista un sujetador celeste de algodón y encaje. Luego, desabrochó el botón de sus vaqueros anchos y dejó que cayeran hasta amontonarse alrededor de sus tobillos.

Me quedé sin aliento.

Era preciosa de pies a cabeza, perfecta.

En mis pensamientos no había sitio para nada que no fuera ella.

Inclinó la cabeza a un lado, tímida.

—¿Voy a ser la única que se desnude?

Dibujé una media sonrisa. A continuación, agarré mi camiseta por el dobladillo y me la quité con un solo movimiento fluido. Mientras me deshacía de los pantalones, sus ojos vagaron despacio por mis hombros, mi pecho y mis abdominales. La anticipación me estaba matando.

Alargué el brazo y la tomé por la cintura. Rompí la distancia que nos separaba con un ligero tirón. Sin prisa. La sujeté con firmeza, pero con el cuidado de quien sostiene algo infinitamente valioso. Ella

tomó mi rostro entre sus manos y buscó mis labios. Cada caricia era un trazo para dibujarnos, un intento de aprendernos de memoria.

Caímos en la cama.

Nos besamos con una mezcla de ternura y hambre, con las ganas acumuladas durante meses, dejándonos llevar por el instinto y una marea de sensaciones que nos arrastraba a los dos hacia el mismo centro. Mi mano bajó por su espalda, trazando la curva de su cadera, sintiendo en los dedos el temblor que le provocaba cada roce. Su respiración se volvió entrecortada junto a mi oído cuando levanté su muslo y me acomodé entre sus piernas.

Los dos contuvimos el aliento.

La sensación de estar por fin en su interior fue tan sobrecogedora que no me atrevía a moverme. Sus músculos se tensaron a mi alrededor. Éramos uno. Cada movimiento era intuitivo, un vaivén apasionado. Un diálogo en la penumbra donde no hacían falta las palabras. Aun así, no dejé de susurrarle lo hermosa y perfecta que era, lo bien que encajábamos y que nunca había sentido nada igual.

Ella. Yo. Y el universo que formábamos juntos.

Sus gemidos inundaron la habitación. Los acallé con mi boca, convirtiéndolos en el aire que me faltaba. Cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse, vi en sus ojos el mismo fuego que a mí me quemaba. La marea que nos abrazaba se transformó en oleaje. Un embate tras otro, el mundo entero quedó reducido al espacio entre su cuerpo y el mío.

Sentí cómo sus dedos se clavaban en mi espalda justo en el instante en que el clímax estalló dentro de ella. Dejé de contenerme y mi propia liberación llegó segundos después. Nos abrazamos, envueltos en una ola cálida y profunda que nos deshizo por completo, en palabras vagas y confusas, en esas pequeñas risas que solo suenan cuando te sientes satisfecho, pleno y feliz.

33



Me desperté al amanecer, con una claridad suave, de color perla, que fue filtrándose poco a poco por la habitación. El cielo al otro lado de la ventana estaba cubierto por una fina capa de nubes grises y algodonosas.

La lluvia caía fina, formando una cortina que desdibujaba el contorno de los árboles. Su murmullo al chocar contra el alféizar era el único sonido que rompía el silencio. Me quedé mirando las gotas que resbalaban por el cristal, jugando a perseguirse y mezclarse.

Anna dormía con su cuerpo desnudo pegado al mío. Su piel se sentía como una pequeña y agradable estufa de la que no tenía ninguna intención de alejarme. Me acomodé de lado, apoyando la cabeza sobre el brazo para contemplarla. Tenía la melena desparramada sobre la almohada y el rostro totalmente relajado. Al mirar sus labios, creí intuir la sombra de una diminuta sonrisa.

Extendí la mano muy despacio para no perturbar su sueño. Le aparté con delicadeza un mechón del rostro y deslicé la punta del dedo por el puente de su nariz, trazando la línea que formaban sus pecas. No conocía todas las constelaciones, pero aquella se parecía a Casiopea.

Una sensación de profunda gratitud me oprimió el pecho. Me sentía el hombre más afortunado del mundo solo porque nuestros caminos se habían cruzado, por compartir cada momento y espacio

con ella. De repente, tuve la certeza de que no me faltaba nada. El futuro, que en los últimos dos años había dejado de interesarme, lo percibía ahora como un horizonte claro y luminoso que estaba deseando escribir. Los sueños que había tenido desde niño ya no parecían tan inalcanzables: una persona a la que amar por siempre, la perspectiva de formar una familia con los años, envejecer como eternos adolescentes.

La idea de un «nosotros» para siempre me llenó por completo.

No tenía ganas de separarme de su piel tibia, pero necesitaba ir al baño. Me deslicé fuera de la cama con la precisión de un ninja. Entré en el baño sin hacer ruido y cerré la puerta. La ducha terminó de despejarme y pensé en preparar el desayuno. De vuelta a la habitación, con la toalla anudada a la cintura, busqué algo cómodo que ponerme.

Al girarme, vi que Anna había cambiado de postura. Ahora yacía boca abajo, abrazada a la almohada y con el edredón cubriendo solo sus piernas. Me mordí la sonrisa. La visión era tan sexi y tentadora que la idea de regresar a esa cama y despertarla a besos ocupó toda mi mente, acelerando mi pulso. Hice a un lado la idea y me acerqué con la intención de cubrirla para que no cogiera frío. Cuando agarré el edredón, mis ojos se detuvieron en su piel.

Bajo el hombro izquierdo, iluminado por la luz clara que entraba por la ventana, descubrí una serie de marcas. Me incliné un poco más y arrugué el ceño. Eran cicatrices redondas, pequeñas y rugosas, dispuestas con una simetría que me resultó muy inquietante. Parecían hechas a propósito. Al fijarme con más atención, sentí un escalofrío: tenían la forma inconfundible de quemaduras de cigarrillo y, agrupadas, trazaban la curva de lo que bien podía ser una letra. Una C, tal vez.

Un nudo opresivo se me asentó en el estómago.

Instintivamente recorrí toda la piel desnuda que abarcaba mi mirada y al final de la espalda, pegada a la cadera, descubrí otra marca: una línea delgada y blanquecina. Conté las pequeñas hendiduras transversales. Seis puntos de sutura. Se me encogió el estómago al reparar en otra muy parecida bajo la última costilla.

Algo oscuro se agitó en mi interior. Un pálpito incómodo, una mezcla violenta de preocupación y desconcierto que me heló la sangre. ¿De dónde salían esas marcas? ¿Quién se las había hecho?

Con cuidado de no despertarla, la cubrí con el edredón hasta los hombros, guardando en silencio lo que acababa de ver.

Salí de la habitación descalzo y me dirigí a la cocina. Mientras preparaba la cafetera y escuchaba el murmullo de la lluvia contra el cristal, no pude dejar de darle vueltas. Debía hablar con ella sobre lo que había visto. Tenía que encontrar el momento adecuado y preguntarle con tacto qué significaban esas cicatrices.

El gorgoteo de la cafetera italiana anunció que el café ya estaba listo y, en cuestión de segundos, un aroma intenso se filtró en cada rincón. Acababa de servirme una taza cuando oí unos pasos que se arrastraban a lo largo del pasillo. Anna apareció aún medio adormilada y frotándose un ojo con el puño. Llevaba puesta una de mis camisetas viejas y no dejaba de darle tirones para recolocarla. La observé, parecía como si un hilo invisible tirara de ella guiándola, como si el vapor del café fuese un hechizo irresistible que la hubiera arrastrado fuera de la cama.

Sonreí, dejé la taza en la mesa y salí a su encuentro. La envolví entre mis brazos. Anna no tardó ni un segundo en acurrucarse contra mi pecho, con la nariz escondida en el hueco debajo de mi cuello, y se quedó tan inmóvil que por un momento temí que se hubiera vuelto a dormir. Olía a nosotros: a piel tibia y sábanas

revueltas después de una noche en la que habíamos hecho de todo menos dormir.

—¿Quieres desayunar? —susurré sobre su pelo, acariciándole la espalda de arriba abajo—. He preparado masa para hacer tortitas.

—También café... Mucho café —murmuró con la voz ronca por el sueño.

La guie suavemente hasta la encimera y la tomé por la cintura para sentarla sobre el mármol. Quería tenerla cerca. Le serví una taza de café caliente y se la puse en las manos, que había colocado como si sostuviera un cuenco. Mientras ella le iba dando sorbitos, yo me puse a cocinar. Coloqué una sartén al fuego y la unté con mantequilla. En cuanto estuvo caliente, añadí un cucharón de masa y la cociné a fuego lento hasta conseguir una tortita perfecta. Hice otra más. Las serví en un plato y las cubrí con un chorro generoso de sirope, que a continuación le entregué junto con un tenedor.

Comenzó a devorarlas bajo mi atenta mirada.

—¿Están buenas?

—Deliciosas —respondió con la boca llena.

Me incliné sobre ella apoyando una mano a cada lado de su cuerpo, de forma que quedó atrapada entre mis brazos. Miré su rostro. Sus mejillas infladas se movían como las de un hámster. Entonces me fijé en una gota brillante de sirope que se le había quedado pegada en la comisura del labio. Sin poder contenerme, me incliné muy despacio y pasé mi lengua por su piel hasta atrapar ese pegote dulce y el calor de su boca.

Anna me miró con los ojos muy abiertos. La había pillado desprevenida.

—Tienes razón, están ricas —susurré rozando de nuevo sus labios —. Déjame probar un poco más.

Me incliné con la clara intención de besarla, pero Anna ahogó una risita y estampó su mano en mi pecho, frenándome.

—Eh, ¡déjame comer! —protestó entre risas.

No me rendí, quería ese beso.

Aquel intento por zafarse dio paso a un juego inevitable de esquivas y cosquillas. Anna se retorcía sobre la encimera mientras su risa cristalina resonaba por toda la cocina. Evité sus torpes manotazos y le sujeté las muñecas por encima de la cabeza. Sus ojos se encontraron con los míos y la diversión empezó a transformarse en otra cosa. Un calor ardiente que tomaba forma en el estómago. Un deseo que prendía bajo el ombligo.

Me sostuvo la mirada. Todo lo que quería estaba en esos ojos.

Me incliné y le di un beso suave, lento y profundo. Su boca sabía a café y sirope. Me relamí. Ella sonrió mientras me rodeaba las caderas con sus piernas desnudas y tiraba de mí.

¡Dios, qué afortunado era!

34



Los días pasaban volando, como si alguien hubiera apretado un acelerador invisible. Nos instalamos sin darnos cuenta en una pequeña burbuja hecha a nuestra medida, un refugio donde el resto del mundo desaparecía como si solo fuese un ruido de fondo sin importancia. Tal como acordamos, vivíamos sin pensar demasiado en lo que éramos y en lo que teníamos, o hacia dónde iba lo nuestro. No planeábamos, solo continuábamos adelante.

Y de ese modo, nuestra rutina encontró un ritmo perfecto.

Por las mañanas, el trabajo en el café dejó de parecer una obligación para convertirse en un juego de miradas cómplices, sonrisas veladas y caricias cuando nadie nos miraba. Nos bastaba un gesto para entendernos, una señal y terminábamos escondidos en cualquier rincón comiéndonos a besos.

Las tardes tenían un encanto sencillo y acogedor. Las tareas domésticas, que antes me parecían una molestia, cobraron un significado distinto a su lado. Limpiar, cocinar, discutir en el supermercado sobre qué tipo de cereales comprar, empaparnos bajo el mismo paraguas mientras paseábamos sin rumbo, improvisar una cena al aire libre o ir al cine a ver cualquier película solo para lanzarnos palomitas y luego besarnos como dos adolescentes en la última fila. Eran instantes, en apariencia insignificantes, pero que para nosotros estaban hechos de felicidad absoluta.

Y por las noches, cuando el mundo se quedaba al otro lado de la puerta y nos sumergíamos en nuestro pequeño universo, la inocencia del día daba paso a algo completamente distinto.

Nuestros cuerpos se buscaban con la misma necesidad hambrienta de la primera vez. Caricias que abrasaban. Besos que nos dejaban sin aliento. Susurros en la penumbra que daban forma a un idioma propio.

Enredados bajo las sábanas durante horas.

Donde nada malo podía alcanzarnos.

Y la magia no era un cuento.

Era un viernes de finales de abril cuando otra pieza del puzle que era Anna encajó.

Ya habíamos cerrado el café y los últimos empleados acababan de salir por la puerta. Anna y yo nos habíamos quedado terminando de reponer en los estantes el menaje reciclable destinado a los pedidos para llevar: vasos y tarrinas de cartón, tapas y pajitas de plástico, y cubiertos de madera. Una lista de música aún sonaba por los altavoces y Anna tarareaba una canción de Miley Cyrus.

La observé mientras ella doblaba cajas vacías para sacarlas más tarde al contenedor. Las apiló junto a la pared y se irguió con las manos en las caderas. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas y la camiseta del Wake Up por dentro de los vaqueros ajustados. Da igual desde qué ángulo la mirara, era preciosa desde todos y cada uno de ellos.

Era sexi a rabiar.

Desde que la conocía no había deseado a nadie que no fuera ella. Y sabía que no podría desear a nadie más.

Quién me iba a decir que esa chica arisca y distante, que cinco meses atrás entró por esa puerta y pidió un café, iba a terminar convirtiéndose en el epicentro de mi mundo.

—Anna...

—¿Mmm?

Se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué te llevó a entrar aquí la primera vez?

Parpadeó confusa, como si no estuviera muy segura de a qué me refería.

—Bueno... después de lo mal que fue nuestro primer encuentro y de que creo que habrías pagado para no volver a verme, que al final vinieras me sorprendió mucho —le expliqué.

Ella bajó la vista y comenzó a darle tironcitos a la pulsera de hilo de su muñeca, un gesto que repetía siempre que algo la incomodaba. Un sistema de distracción.

Apretó los labios con fuerza y luego me miró con una firme determinación.

—Pensaba irme sin pagar —dijo con un hilo de voz.

—¿Sin pagar? —tuve que repetir para asegurarme de que había oído bien.

—Me había quedado sin dinero y tenía hambre —respondió con una mezcla de vergüenza y honestidad desafiante—. En el restaurante de fideos en el que trabajaba, se retrasaban con el pago muy a menudo. Aunque, cuando eso pasaba, solían dejar que me llevara las sobras. Pero en aquel momento Margaret... ¿Te acuerdas de ella?

—Claro —respondí.

—Margaret estaba pasando apuros económicos y yo le daba esa comida para que pudiera alimentar a los gatos. Son lo único que tiene.

—i¿Le dabas tu comida a sus gatos?! —exclamé.

—¡No me mires como si hubiera perdido un tornillo! Lo hice en muy pocas ocasiones.

—Es que no es muy normal —repliqué atónito.

Me fulminó con la mirada.

—¿Para quién?

Sacudí la cabeza y uní mis manos a modo de disculpa.

—Y por esa razón te llama la chica de los fideos —continué.

—Sí.

—Y como le dabas las sobras a ella, tú no comías —afirmé de nuevo.

—Muy poco.

Tuve que contenerme para no echarle la bronca allí mismo. ¿En qué mundo unos malditos gatos eran más importantes que su propia salud? Lo dejé estar, no pensaba juzgarla. Desde que la vi por primera vez, una parte de mí siempre supo que no atravesaba un buen momento, y, tras escucharla ahora, menos aún le reprocharía nada. Quizá sí lo de esos gatos.

—¿Y qué te hizo pensar que irte sin pagar sería buena idea? —Tenía verdadera curiosidad.

—Que tú eras el dueño. Quise creer que, si me pillaban, tú no dejarías que me pasara nada. Por... —Se detuvo y tragó saliva, como si de repente le costara hablar—. Ya sabes... por...

—Por lo de mi madre —terminé de decir.

—Sí.

Reí para mí mismo y sacudí la cabeza. Chica lista.

—Tienes razón, no te habría pasado nada.

—Pero cambié de opinión nada más sentarme y pensé en pedir solo un café. Entonces ocurrió todo lo de ese absurdo sorteo y el premio, y no tuve que hacerlo.

«¿Acababa de decir "absurdo sorteo"?». Sentí que un rayo me atravesaba. «¿Ella lo había sabido desde el principio?».

—¿Siempre supiste que era mentira?

—Joel, por favor, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? —Me encogí de hombros y ella soltó una risita antes de añadir—: Eres demasiado bueno e inocente.

Hasta ese momento, nunca había dudado de que mi plan fuese brillante. Menudo jarro de agua fría. Noté que me ponía colorado y me pasé la mano por la nuca.

—Pero lo aceptaste.

—Tuve asegurada una comida caliente durante días, ¿qué idiota en mi situación no lo haría? Pero no volvía solo por la comida —confesó en un susurro.

El corazón me dio un vuelco y la miré a los ojos. Sabía a lo que se refería, pero quería oírlo. Quería escuchar de sus labios que fue por mí.

—Entonces, ¿por qué?

—Por ti y esas ridículas tazas —se rio y ese sonido me llegó al alma—. Era lo más bonito que nadie había hecho por mí nunca, y cada mañana esperaba ansiosa cuál sería el próximo mensaje. Sobre todo, cuando me di cuenta de que no era algo aleatorio. Te tomabas el tiempo de elegirlos tú mismo.

No pude contenerme más y salí de detrás del mostrador. Fui a su encuentro mientras ella me seguía con los ojos. Le tomé el rostro entre las manos.

—Me gustaba hacerlo y después ver qué cara ponías.

Anna sostuvo mi mirada y en sus ojos vi arrepentimiento.

—No entiendo por qué te esforzabas tanto, me portaba fatal contigo.

—Bueno, lo hacía porque me tratabas como a un insecto y mi orgullo necesitaba al menos subir de categoría a pomerania o bichón frisé, a todo el mundo le encantan esos perritos —bromeé. Me detuve un instante y luego agregué, mucho más serio—: Y porque ya me gustabas mucho.

Me incliné y la besé en la sien mientras la abrazaba.

—¿Qué pasó para que acabaras pasándolo tan mal? —me atreví a preguntarle.

—Malas decisiones, préstamos para estudiantes y facturas que se acumulaban... eso pasó —respondió en un tono plano, sin ninguna emoción.

La creí; sin embargo, una vocecita dentro de mi cabeza me decía que había mucho más de lo que dejaba entrever. Anna era un rompecabezas incompleto; me daba las piezas con cuentagotas, lo justo para saciar mi curiosidad y demostrarme confianza, pero manteniendo la imagen borrosa, como si temiera lo que pasaría si yo llegaba a ver el cuadro entero.

Y luego estaban esas otras piezas, las que yo mismo había descubierto sin que ella lo supiera, como sus cicatrices, y que no tenía ni idea de cómo encajar.

—¿Y todo eso que pasó fue culpa de alguien? —aventuré.

Noté que se ponía tensa entre mis brazos y le froté la espalda para tranquilizarla. Sabía exactamente dónde me había metido y cómo era Anna. Si ella marcaba un límite, yo me encargaba de respetarlo. Ya llegaría el día en que decidiera abrirse conmigo; hasta entonces, yo podía esperar toda la vida.

—Si necesitas dinero... —me atreví a decir.

—Joel, no —replicó tajante.

Su negativa se convirtió en una punzada de impotencia que oculté tras una sonrisa despreocupada.

—Solo digo que, si lo necesitas en algún momento, puedes contar conmigo. No tiene nada de malo que me dejes ayudarte.

Bufó entre dientes.

La sujeté por la barbilla y la besé en los labios para que no se enojara.

Un carraspeo exagerado rompió el silencio.

—A ver, una duda técnica... ¿lo que estáis haciendo también cuenta como horas extra?

Nos separamos de golpe.

Levi estaba apoyado en la columna, con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha en la cara.

—Tenía... tenía algo en el ojo —me apresuré a aclarar.

—¿Seguro que no es en la garganta?

Vi que Anna se cubría la cara con las manos.

—¡Oye, no era eso lo que...! —desistí; no tenía por qué justificarme cuando no estaba haciendo nada malo, así que lo resolví como lo haría un adulto—: Si se lo cuentas a alguien, te mato. Pero primero te descuartizo.

Levi soltó una carcajada que retumbó en el local vacío y sacudió la cabeza, divertido.

—Pero ¿queda alguien que no lo sepa ya? —se burló.

—Un momento, ¿quieres decir que todo el mundo lo sabe?

—¿Tienes un pistacho por cerebro? Lleváis un cartel en la frente desde hace semanas, ¿y encima os sorprende que parpadee?

Anna dio un paso adelante, nerviosa.

—Si lo nuestro no te parece bien... —empezó a decir.

La miré acojonado.

—¿No irás a cortar conmigo por este burro?

—Los burros son animales encantadores —intervino Levi.

—No quiero ser un problema para el negocio... —insistió ella.

Me quedé de piedra mientras me esforzaba por respirar.

—Anna, que lo hayamos llevado en secreto no significa que esté mal.

Luego miré a mi hermano y pronuncié su nombre con el eco de todo el mal que podía hacerle.

—Levi...

Él suspiró de forma dramática solo para molestarme, pero cuando miró a Anna su rostro se dulcificó.

—Solo os estaba tomando el pelo. Ambos sois mayorcitos y no necesitáis el permiso de nadie. Solo hay una cosa que no entiendo... —Se inclinó como si fuera a compartir un secreto con ella—: ¿Lo escondes porque te avergüenzas de él? A ver, lo entendería, yo también lo hago. Cuando me preguntan, siempre digo que lo dejaron en la puerta de casa.

Anna rompió a reír y lo apartó de un empujoncito.

—¡No es eso! No quería que nadie pusiera en duda que merezco mi trabajo.

Levi asintió sin perder la sonrisa.

—Puedes estar tranquila.

Hizo una mueca al comprobar la hora en su reloj.

—Se me hace tarde y no encuentro las malditas llaves del coche.

—Te vi dejarlas en tu taquilla cuando te cambiabas —le dije.

Me guiñó un ojo, dándome las gracias.

De repente, empezó a agitar el dedo como si hubiera recordado algo.

—Por cierto, papá me llamó hace un rato. Quiere que el domingo vayamos a comer sin falta. Tiene que hablar con nosotros.

—¿Sobre qué?

—No me lo ha dicho. Pero sí ha insistido en que lleves a Anna contigo.

—¡¿A mí?! —saltó ella con un gritito agudo.

La mirada maliciosa de mi hermano nos recorrió a ambos.

—Ya os he dicho que lo sabe todo el mundo.

Se dio la vuelta y se marchó tarareando la canción que sonaba de fondo.

Miré a Anna. Tenía los ojos muy abiertos y parecía concentrada en mantener su respiración estable.

—Eh, ¿estás bien? —le pregunté preocupado.

—¿Por qué crees que tu padre quiere conocerme?

—Por nada malo, no debes preocuparte —le aseguré mientras la abrazaba para tranquilizarla—. Levi le habrá ido con el cuento sobre nosotros y querrá asegurarse de que soy bueno contigo. Le dirás que sí, ¿verdad?

Inclinó la cabeza a un lado y sonrió con las mejillas rojas. Enmarcó mi cara con sus manos y su mirada me llegó al alma. Había algo en ella que me hizo contener el aliento. Tras el afecto había desespero. Tras la sonrisa, resignación. Tras la luz, vacío.

Me pregunté cuánto tiempo más necesitaría para darse cuenta de que lo era todo para mí.

Que no había nada que debiera temer o de lo que dudar.

Que mi familia la aceptaría por el simple hecho de que yo ya la había elegido.

Que una vez la conocieran, se enamorarían de ella tanto como yo.

Porque era buena, lista, generosa y me quería.

No necesitaba que me lo dijera para saberlo.

35



Amaneció un día de primavera perfecto: el cielo estaba despejado, la luz era brillante y la brisa soplaba suave, arrastrando consigo el aroma del mar. Los árboles, con sus ramas repletas de hojas y nuevos brotes, sombreaban las aceras y los parques, filtrando los rayos templados del sol.

Era un día que pedía a gritos salir a la calle y disfrutar del buen tiempo. Por esa razón, decidimos ir caminando hasta la casa de mi padre, que se encontraba en un barrio cercano, a una hora de distancia. Paseamos sin prisa, con los dedos entrelazados, cruzando calles de aceras empedradas mientras la gente ocupaba las terrazas de los bares y cafés, y visitaba los mercadillos.

Sin embargo, pese a la brisa apacible y el ambiente relajado, bastó con que nos fuéramos acercando a nuestro destino para notar cómo la mano de Anna se ponía rígida sobre la mía y sus respuestas se convertían en monosílabos.

Subimos la escalinata y entramos en el edificio. Fuimos directos al ascensor y, nada más salir al rellano, Anna me frenó.

—Dame un segundo —me pidió en un susurro.

La observé, esperando paciente a que su respiración se tranquilizara.

—¿Nerviosa?

—Solo un poco.

—Mi padre es genial, ya verás cómo te has estado preocupando por nada.

—¿Es como tú?

—Digamos que me educó para ser como él, y me alegro de que lo hiciera.

Anna me sonrió.

—Admiras a tu padre.

Asentí arrugando la nariz y le apreté la mano con suavidad antes de soltarla para sacar la llave e introducirla en la cerradura.

—Y tú le vas a encantar, te lo prometo.

Empujé la puerta y la invité a pasar con una reverencia.

—¡Ya estamos aquí! —anuncié desde el recibidor mientras nos quitábamos las chaquetas.

Olía a sopa de almejas y pastel de langosta, mis platos favoritos.

Antes de que pusiéramos un pie en el salón, Levi y Becca salieron a nuestro encuentro. Mi hermano llevaba un trapo de cocina al hombro y mi cuñada, una sonrisa enorme de bienvenida, que le dedicó a Anna por completo.

—¡Por fin! Empezábamos a pensar que no vendríais —bromeó mi hermano, dándole un abrazo fugaz—. Me alegra verte aquí.

Becca la besó en la mejilla y le susurró algo al oído que no llegué a oír, pero que le arrancó una sonrisa y provocó que hiciera un gesto de resignación.

En ese momento, mi padre apareció llevando en brazos a Carly, que intentaba quitarle las gafas que tenía sobre la frente. Al ver a Anna, el rostro de papá se iluminó con una enorme sonrisa y se acercó a saludarla, mientras Becca se apresuraba a coger a la niña.

—¡Hola! Tú debes de ser Anna. —Le tendió la mano y, cuando ella se la estrechó, la cubrió con la otra como si envolviera un pajarito—.

Es un placer conocerte por fin. Te agradezco que hayas aceptado nuestra invitación.

—Gracias a usted por invitarme, señor Barrett. Joel me ha hablado tanto de usted que es como si le conociera.

—Llámame Isaac, por favor, y tutéame. Casi podríamos tener la misma edad —le dijo mientras la guiaba al salón del brazo.

Levi y yo nos miramos y, como si estuviéramos sincronizados, hicimos la misma mueca.

—Alguien debería decirle que esa broma puede interpretarse de muchas formas —me dijo él al oído—. Acaba de llamar abuela a tu novia.

Becca le dio un coscorrón.

—Tu padre no es un abuelo.

La comida ya estaba lista y Carly no dejaba de protestar pidiendo pan. A Anna le tocó la tarea de entretenerla, mientras el resto de nosotros nos ocupábamos de poner la mesa y servir los platos. Carly la miró con sus grandes ojos azules y enseguida estiró sus diminutas manos hacia ella para que la levantara en brazos.

—Anna, ¿vino blanco o tinto? —le preguntó papá.

—Supongo que blanco... marida mejor con las almejas y la langosta.

—Bien pensado. Entonces, blanco.

—Banco, abu —balbuceó Carly, lo que arrancó una sonrisa en Anna mientras intentaba convencerla de que le soltara el mechón de pelo que tenía apretujado entre sus pequeños deditos.

Nos sentamos a la mesa en medio del barullo habitual de nuestros domingos. Platos que pasaban de mano en mano, el sonido de los cubiertos, las pullas entre Levi y yo... Mientras tanto, Becca y mi padre nos ignoraban hasta que alguien tenía que poner paz

amenazándonos con quitarnos el postre. Lo que solía funcionar, porque las tartas de Becca eran las mejores.

Mi padre se puso de pie para servir el vino y miró a Anna con un interés sincero.

—Y dime, Anna, ¿qué tal te va en el Wake Up? ¿Te gusta trabajar allí?

Ella tragó un bocado y se limpió con la servilleta.

—El Wake Up es el mejor lugar del mundo. Levi y Joel han construido algo muy especial allí, su abuelo estaría muy orgulloso de ellos.

—¡Oh, veo que te han contado esa historia! —se sorprendió papá.

—Sí, y creo que es una historia preciosa.

Mi padre sonrió complacido y pude ver un destello de emoción en sus ojos. Al fin y al cabo, estábamos hablando de su padre.

—Me alegra que te guste trabajar allí. Yo también pienso que han creado un lugar muy especial. Cuando antepones el bienestar de las personas a los números, suele establecerse un sentimiento de lealtad y el espacio se convierte en un refugio social. En un mundo donde cuesta tanto construir lazos duraderos, encontrar un rincón que huela a hogar como el Wake Up es casi un milagro. Mis hijos no han montado una simple cafetería; han construido un lugar seguro y de encuentro para muchas personas. Ver que defienden el pensamiento de su abuelo con tanta humanidad me hace pensar que, después de todo, Abby y yo no lo hemos hecho tan mal.

Lo miré conmovido.

—Papá, mamá y tú lo habéis hecho genial. Y estoy seguro de que ella se siente ahora mismo muy orgullosa de ti al ver cómo sigues cuidando de esta familia.

Él alargó el brazo por encima de la mesa y me dio unas palmaditas en la mano.

—Eso espero. —Tragó saliva y forzó una sonrisa para aligerar el ambiente—. Y también espero que estés tratando a esta preciosa mujer como un tesoro, ¿me oyes? Porque no tengo ni idea de qué has hecho para merecerla.

—Papá, que tu hijo soy yo... —protesté en broma y miré a Anna en busca de ayuda.

Ella se echó a reír.

—No tienes por qué preocuparte, Joel es un hombre maravilloso. Nunca imaginé que pudieran existir personas como él. Personas buenas, sinceras y que lo dan todo sin pedir nada a cambio. Joel es así, y ojalá todo el mundo fuese como él. —Se detuvo un momento, antes de añadir para sí misma—: Pero no lo es.

Sus palabras flotaron en el aire con una cruda franqueza.

Nos quedamos en silencio. Mi padre cruzó una mirada rápida con Levi y Becca, antes de que los tres me miraran a mí. La habían percibido: su falta de fe en la gente. Ese sentimiento de decepción que se esforzaba tanto por esconder tras sus sonrisas y cuyos motivos yo necesitaba desentrañar para poder conocerla de verdad y comprenderla.

—¡Joder! Eso ha dolido —exclamó Levi, y se dobló hacia delante como si hubiera recibido una puñalada en el corazón.

Anna se ruborizó hasta las orejas y Carly empezó a repetir como un loro: *oder*, *oder*, *oder*...

—Genial —bufó Becca, asesinando a mi hermano con la mirada.

Él fingió no darse cuenta y llamó la atención de papá con un carraspeo.

—Dijiste que había algo de lo que querías hablarnos.

Papá asintió y dejó los cubiertos en el plato. Después usó la servilleta tras tomar un sorbo de vino. Inspiró hondo. Apoyó los brazos sobre el mantel y nos miró a todos con cierto aire de

solemnidad. Para entonces, yo apenas podía contener los nervios. Enfermedad, ruina, problemas legales, íbamos a perder la casa... Todos mis pensamientos giraban en ese sentido.

—Así es. Os he dicho que vinierais porque hay algo importante que necesito comentaros.

—Y se trata de... —se impacientó Levi, tan nervioso como yo.

Le di una patada por debajo de la mesa.

—Sabéis que, desde hace meses, Meryl y yo pasamos mucho tiempo juntos —comenzó a decir, sopesando cada palabra—. Salimos a pasear, tomamos café, charlamos y nos visitamos con frecuencia. Es una mujer encantadora y me gusta su compañía. Últimamente, la relación entre nosotros ha ido tomando un rumbo muy concreto.

Percibí la sonrisa de Becca y el color morado que empezaba a teñir el rostro de Levi.

—¿Cómo de concreto? —preguntó él.

—Queremos dar un paso más e intentarlo como pareja.

Nadie respiró.

—No vamos a mudarnos juntos ni nada por el estilo —aclaró rápidamente—. Al fin y al cabo, vivimos puerta con puerta. Podemos vernos cuando queramos sin necesidad de mudanzas. Pero... me gustaría darle las llaves de esta casa para que pueda usarlas con total libertad, igual que ella ha hecho conmigo. Sin embargo, antes de dar el paso, quería hablarlo con vosotros. Necesito saber si os parece bien esta relación y que ella tenga acceso a vuestra casa. —Hizo una pausa y su voz bajó un tono—: Antes de que digáis nada, quiero dejar claro que nada ni nadie va a reemplazar jamás a vuestra madre. Ella siempre será el amor de mi vida y seguirá presente en todo momento.

»Abby y yo hablábamos mucho sobre el futuro; sobre qué nos gustaría que hiciera el otro si a alguno de los dos le pasaba algo.

Hasta el momento, he cumplido todas las promesas que le hice, salvo una: no quedarme solo. Ahora creo que va siendo hora.

Levi y yo nos miramos durante unos segundos eternos. Al final, asentí despacio y él puso los ojos en blanco a modo de rendición. Después de todo, solo queríamos la felicidad de nuestro padre y no teníamos ningún derecho a juzgarlo, menos aún cuando jamás nos había dado motivos para hacerlo.

—¿Se trataba de eso? —suspiré aliviado—. Dios, papá, ¡creíamos que era algo grave! ¡Pensábamos que estabas enfermo!

—¡Casi me da un ataque cuando te has puesto tan serio! —dijo Levi con una risotada nerviosa.

Nuestro padre nos miró con cautela y una sonrisa tímida, llena de expectación.

—Entonces, ¿os parece bien?

—Si es lo que tú quieres y te hace feliz, nosotros te apoyaremos —le aseguré.

Papá entrelazó sus dedos sobre el mantel y dejó escapar un largo suspiro, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Nos miró con gratitud, y acabó de emocionarse cuando Becca se levantó para darle un abrazo.

Un sollozo agudo e irritado puso fin a la conversación y transformó por completo el ambiente. Carly se frotaba los ojos con los puños cerrados mientras lloriqueaba impaciente. Había llegado la hora de su siesta.

Becca se inclinó para sacarla de su sillita, pero la niña estiró los brazos hacia mí, abriendo y cerrando las manos en un ruego desesperado.

Miré a Anna de reojo.

—¿Te parece bien que la lleve a dormir? —le pregunté en un susurro; no quería dejarla sola si no se sentía cómoda.

—Claro, ve.

—Anna me hará compañía y así aprovecho para enseñarle la casa —intervino mi padre—. ¿Estás de acuerdo? —le preguntó directamente a ella.

—Me encantaría.

En ese momento, Carly comenzó a llorar a pleno pulmón.

—Ven aquí, preciosa —le dije sonriendo, mientras la acurrucaba en mis brazos.

Apoyó su cabecita en mi cuello y soltó un largo suspiro. Me encaminé a la sala de estar buscando un lugar más tranquilo. Corrí las cortinas para matizar la luz que entraba a raudales por las ventanas y me recosté en el sofá con su cuerpecito menudo descansando sobre mi pecho. Empecé a darle palmaditas acompasadas en la espalda y, en menos de dos minutos, se quedó dormida. Nos cubrí a los dos con una manta.

Cerré los ojos y me dejé llevar sin resistencia por el sopor y el calor acogedor que me envolvía. Carly era un peso diminuto que subía y bajaba al ritmo de mi propia respiración. El murmullo de las voces se fue convirtiendo en una marea lejana de ruidos sin forma. No caí en un sueño profundo, sino en ese apacible duermevela donde el cuerpo se relaja por completo, pero los sentidos permanecen aún despiertos.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que oí a Anna y mi padre entrar en la sala. Se detuvieron junto a la librería que ocupaba la pared principal. Escuché a papá señalarle en voz baja algunos libros. Le hablaba con esa fluidez tranquila y cercana tan suya, mostrándole los breves ensayos que él mismo había publicado años atrás: reflexiones sobre cómo el arte y la filosofía necesitaban nutrirse mutuamente, u otros sobre cómo la misantropía y la filantropía se habían radicalizado con el tiempo.

Anna escuchaba en silencio, respondiendo con breves murmullos de interés.

Yo mismo me había espabilado con su conversación, pero me quedé inmóvil; en ese momento, dudaba de que hubieran notado mi presencia en el sofá.

Luego pasaron de los libros a las fotografías familiares que ocupaban algunos de los estantes.

—Sé que ahora se parecen mucho, pero es increíble lo idénticos que eran de pequeños —dijo Anna, refiriéndose a mi hermano y a mí.

«Pero yo siempre he sido más guapo», pensé con una sonrisa.

—Se parecían mucho a Abigail —comentó mi padre—. Fíjate en esta foto, tienen los ojos de su madre. Nunca he visto un azul como el que ellos comparten.

—Es verdad.

—Abigail era muy especial —continuó mi padre, y pude sentir una sonrisa melancólica en su voz—. Amaba la música, creía en la magia, en el destino y en las casualidades... Y aun así se casó conmigo, un profesor de filosofía que niega el libre albedrío y razona sobre el *amor fati*. ¿Sabes? Si ella estuviera hoy aquí, diría que tu presencia en esta casa es cosa del destino.

Se hizo una breve pausa.

Y yo sentí un vuelco en el corazón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anna.

—Hace algo más de dos años, pocos días después de que Abigail falleciera, Joel entró en esta misma habitación para hablarme de una chica. Una jovencita a la que había encontrado junto a su madre, cuidando de ella en el momento más trágico y vulnerable de su vida. Me dijo que había pensado buscarla, que solo tenía una descripción y un nombre, y me preguntó si me parecía una locura que quisiera

intentarlo. Le mentí; le dije que era una buena idea y lo animé a que la buscara, porque sabía que era lo que él necesitaba entonces. No me habría escuchado si hubiera tratado de explicarle las razones y probabilidades por las que era casi imposible que lo lograra. Y, como era de esperar, no la encontró, y dejó de buscar. Pero hoy estás aquí, y no solo formas parte de su vida, sino de toda esta familia. Como si mi Abbi te hubiese elegido. Y por primera vez mi razón duda y hace que me pregunte si esto estuvo escrito desde el principio. —Dejó escapar un suspiro que escondía una sonrisa—. Sea como sea, me alegro de que estés aquí, Anna.

El silencio que siguió fue profundo, una pausa suspendida en el aire que pareció detener el tiempo dentro de la sala. Incluso yo contuve el aliento, por miedo a que el sonido de mi propia respiración pudiera romperlo.

Se oyó un sollozo roto.

—Anna, lo siento, te he hecho llorar —se disculpó mi padre, con una mezcla de arrepentimiento y ternura.

—No te preocupes, estoy bien —respondió ella con la voz empañada por el llanto—. Es solo que... siento mucho lo que le pasó a ella. Ojalá hubiera podido hacer algo, cambiar lo que pasó... no sé...

—Pero ¿qué podrías haber hecho tú, angelito?

—Debí intentarlo, pero... pero... Si solo hubiera podido...

Apreté los párpados con fuerza. Me torturaba oírla llorar de esa manera.

—No pada nada, tranquila.

—Lo siento mucho.

Mi padre la arrulló como si fuese una niña.

—Anda, ven conmigo, te prepararé un té y te enseñaré todas las fotos vergonzosas que guardo de Joel. Empezaremos por las de

cuando era bebé.

Sentí un amago de risa.

—¿Podré quedarme algunas?

—Todas las que quieras.

Puse los ojos en blanco.

«Traidor», pensé.

Los pasos de ambos se alejaron en dirección a la cocina.

Carly se removió, y me di cuenta de que había puesto tanto empeño en permanecer quieto que mis brazos la estaban estrujando contra mi pecho. La mecí para tranquilizarla. Su cuerpo se relajó de nuevo y yo seguí allí tumbado, con la mirada fija en el techo y la mente demasiado enredada.

Una parte de mí siempre supo que aquel día mi padre solo me dijo lo que yo quería escuchar, pero oírlo de él me había escocido un poco; aunque lo entendía. Del mismo modo que también entendía sus pretensiones al haber mantenido esa conversación con Anna. Era su forma de agradecerle lo que había hecho por mi madre en el pasado, de acercarla a ella y que la conociera a través de los recuerdos, y de ayudarla a comprender algo fundamental: que ahora era importante para nosotros por sí misma, y no por lo que ocurrió entonces.

Y le agradecía con toda mi alma que lo hubiera intentado.

Quizá así, Anna se daría cuenta de que lo nuestro no era algo pasajero ni un acuerdo con fecha de caducidad. Con suerte, dejaría de pensar en puntos finales inevitables. Puede que al fin comprendiera que ya no estaba sola.

Que tenía una familia que la quería y un lugar al que pertenecer.

Que lo nuestro era una oportunidad y no el desastre que ella auguraba.

Que éramos magia y no un error que el destino planeaba corregir.

36



Había necesitado días y días de persuasión, pero al fin había conseguido que Anna aceptara ir a correr conmigo. Tras descansar un rato después del trabajo, nos enfundamos la ropa de deporte, nos calzamos las zapatillas y salimos a la calle. Por ser la primera vez para ella, pensé que lo mejor sería dar vueltas a un par de manzanas de nuestro barrio, en lugar de alejarnos por una ruta más larga.

Creo que una parte de mí ya intuía lo que podía pasar y quién «cargaría» con las consecuencias.

La tarde caía despacio, con los últimos rayos de sol iluminando las calles y templándonos la piel. Desde el río soplaba una brisa fresca, que zigzagueaba entre los edificios, arrastrando consigo un ligero olor a salitre mezclado con el humo del tráfico.

Empezamos a correr uno al lado del otro a un ritmo suave, sin gran esfuerzo. Pensé que, manteniendo una respiración relajada y un paso constante, ella completaría en buenas condiciones los cuatro kilómetros que le había propuesto.

Sin embargo, a los veinte minutos de marcha, a juzgar por la forma en que sus pasos se volvían cada vez más lentos y torpes, supe que estaba a punto de rendirse. Y también porque no dejaba de resoplar, gemir y quejarse por el calor, los cordones de las

zapatillas, la costura del pantalón y el polvo que se le colaba en la nariz.

La miré por encima del hombro y tuve que apretar los labios para no soltar una carcajada. Parecía un cuadro, con la coleta deshecha, el rostro sudoroso y las mejillas encendidas con un tono carmesí tan brillante que me recordaba a Pikachu, el pokemon de mi videojuego favorito. Me costó la vida no darme la vuelta y fingir que abría una pokebola mientras gritaba: ¡Te elijo a ti!

Me habría matado.

—No puedo más, Joel —dijo con un gemido ahogado.

—Vamos, solo queda un kilómetro y medio para acabar, no es nada.

—¡Que no es nada! Mírame, mis pulmones van a colapsar, se están espachurrando, puedo sentirlos.

—Respira despacio. Inhala por la nariz y exhala por la boca en lugar de boquear.

—¿Qué has dicho? —Se detuvo en seco con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza colgando de los hombros—. ¡Y son los peces los que boquean!

—Es verdad, y ahora mismo tú pareces una trucha —me burlé.

—Esta te la pienso cobrar.

—Para eso tendrás que alcanzarme, así que mueve el culo.

—No puedo, ya no lo siento.

Me la quedé mirando con las manos en las caderas.

—Vamos, si te paras de golpe va a ser peor cuando vuelvas a arrancar.

Su respuesta fue caer de rodillas sobre la hierba para luego desplomarse boca arriba sin miramientos, con los brazos estirados y los ojos cerrados.

—Por eso no pienso moverme más. Aquí me quedo. La tierra me reclama —murmuró muy seria.

Me acerqué despacio, sintiendo mis propias pulsaciones en el cuello, y me incliné sobre ella bloqueando la luz del sol. Mi sombra le cubrió el rostro, y Anna abrió un ojo. Le ofrecí mis manos, pero ella aplastó las suyas contra el suelo y negó con la cabeza, enfurruñada, como un niño al que le piden devolver un juguete.

—Vamos, levántate.

—No.

—No volveré a pedírtelo.

—¿Eso es una amenaza? —me preguntó en un tonito burlón y luego me sacó la lengua.

Me reí; no tenía ni idea de a quién estaba retando.

Sin darle tiempo a reaccionar ni a articular una protesta, me agaché, pasé un brazo por debajo de sus rodillas y el otro por la cintura, y con un solo impulso me la cargué al hombro.

Solté una carcajada, incapaz de contenerla mientras ella chillaba.

—¡Joel, suéltame ahora mismo!

Pataleó al aire con la cabeza colgando a la altura de mi espalda, sacudiéndose a cada paso que daba. La situación desató en ella una risa descontrolada.

—¡Bájame!

—Nos queda un kilómetro y medio para completar la ruta, si no quieres caminar... —dejé la frase suspendida con toda la intención.

Trató de levantarse, y le di un par de palmadas en el trasero. El chasquido se oyó con total claridad y ella chilló aún más fuerte sin dejar de reír.

—¡Eres un bruto! ¡Nos está mirando todo el mundo! —protestó entre carcajadas que apenas la dejaban respirar, mientras me daba

golpes flojos y desordenados en la espalda—. Vale, me rindo, me rindo... Correré.

Me detuve y dejé que resbalara por mi cuerpo hasta que sus pies se posaron en el suelo.

Anna no se apartó. Se quedó pegada a mi pecho como si hubiera encontrado una pared en la que descansar. Tenía la piel caliente, los ojos brillantes y una sonrisa amplia que le iluminaba la cara. Dios, era preciosa. Hacía que anhelara tantas cosas... sobre todo tiempo. Días, semanas, meses, años... todas las vidas posibles a su lado. Nunca había conocido a nadie como ella. Hacía que mirase mi vida de otra forma y que me diese cuenta de lo vacía que había estado antes de que ella llegara.

Le aparté con cuidado los mechones despeinados que se le pegaban a la cara y le di un beso breve en los labios, sintiendo el sabor salado de su sudor y el calor de su respiración. Se puso de puntillas, pidiéndome otro.

Tragué saliva.

Cómo la deseaba.

Y al mismo tiempo me dije que no podía ser bueno sentir tanto, sentirlo todo. Un cuerpo mortal no podía soportar esa intensidad.

Quería decírselo, pero en su lugar la besé en la frente, lo que me hizo ganarme un gruñido. Me agarró de la camiseta y tiró de mí hasta estampar sus labios contra los míos, dejándome sin aliento.

—Podemos terminar el ejercicio en casa —pensé en voz alta.

Anna soltó una risita y me tomó de la mano, por primera vez de acuerdo conmigo. En ese preciso instante, cuando ya estaba imaginando cómo quitarle toda esa ropa ajustada, mi teléfono vibró dentro de mi bolsillo con un zumbido insistente.

Lo saqué despacio, esperando ver algún mensaje de Levi, pero el nombre que parpadeaba en la pantalla era el de Dave.

Deslicé el dedo para coger la llamada.

—¡Hey! ¿Cómo va todo?

—Joel...

A veces, conocerse tan bien como para saber que algo va mal con una sola palabra era una mierda.

—¿Qué ocurre?

—Es Avery, está en el hospital.

—¿En el hospital? ¿Por qué?

Un silencio pesado se extendió por la línea, y luego su voz sonó rota:

—Ha perdido al bebé.

Apreté los párpados con fuerza y me presioné el puente de la nariz.

—¿Dónde estáis?

—En el Medical Center.

—Voy para allá.

Colgué el teléfono y me topé con la mirada preocupada de Anna, que lo había oído todo.

—No puedo creerlo. Si ya estaba de varios meses, ¿no se supone que esas cosas pasan solo al principio?

—No tengo ni idea. —Enmarqué su mejilla con la mano—. Lo siento, pero debo ir.

—Por supuesto, ve. ¿Quieres que te acompañe?

—Puede que ni siquiera nos dejen pasar al no ser familiares. Quédate en casa, te iré contando.

—Vale.

Crucé la entrada principal del hospital y me dirigí con paso rápido al área de obstetricia, siguiendo las indicaciones que Dave me había

enviado por mensaje. Atravesé una serie de corredores interminables hasta dar con la sala de espera reservada a los familiares de los pacientes en quirófano.

Me asomé desde el pasillo. El ambiente dentro era opresivo y sombrío, impregnado de una calma artificial alterada solo por el zumbido de los fluorescentes y el murmullo de la televisión colgada en una esquina.

Dave estaba sentado en una de las butacas de plástico, con la espalda encorvada, los codos en las rodillas y la cabeza enterrada en las manos. A pocos metros, sentados al lado de un dispensador de agua, un hombre y una mujer mantenían una postura rígida. El hombre no dejaba de consultar su reloj. A su lado, la mujer sostenía en sus manos una cruz que colgaba de una cadena de plata, mientras lanzaba miradas de reproche a mi amigo.

El parecido de esa mujer con Avery era imposible de ignorar, así que di por sentado que eran sus padres. Los saludé con un gesto.

Al oír mis pasos, Dave levantó la cabeza. Tenía la mirada apagada y en su interior se podía ver una tristeza profunda, propia de quien lleva horas procesando un duro golpe en soledad. Lo sabía por propia experiencia.

Me senté a su lado y, sin mediar palabra, le rodeé los hombros con el brazo. Le di unas palmaditas, que él me agradeció con una mueca torpe que pretendía ser una sonrisa. Bajo sus ojos hundidos se habían formado unas sombras oscuras. Se le veía consumido por la preocupación y un agotamiento emocional que le pesaba más que cualquier esfuerzo físico.

—¿Cómo estás? —le pregunté en un susurro.

—Sigo sin asimilarlo —respondió.

La madre de Avery lo miraba como si él fuese culpable de algún delito imperdonable.

—¿Son sus padres?

Dave asintió lentamente, sin girar la cabeza.

La tensión entre ellos hacía que el espacio se sintiera sofocante. No tenía ni idea de cuál era el problema, pero dudaba de que mi amigo mereciera esa actitud y, menos aún, en un momento como ese.

—Ven conmigo, vamos a estirar un poco las piernas —le propuse mientras le daba una palmada en la espalda.

Salimos al pasillo y nos alejamos unos metros de la sala de espera, pero sin perder de vista la puerta que conducía a los quirófanos. Dave se detuvo junto a un ventanal que daba a un patio interior y apoyó las manos en el alféizar. Me coloqué a su lado.

—¿Qué ha pasado exactamente? —le pregunté en voz baja.

Mi amigo tragó saliva despacio, con la mirada fija en el cristal antes de volverse hacia mí.

—Los médicos dicen que la placenta se ha despegado por completo de la pared del útero —explicó con la respiración entrecortada—. Por lo visto, cuando ocurre algo así de forma tan súbita, el bebé deja de recibir oxígeno de inmediato. No había nada que pudieran hacer para salvarlo.

Guardó silencio un momento con los ojos cerrados.

—Ahora la prioridad es la salud de Avery. Ha perdido mucha sangre y están intentando controlar la hemorragia. Luego inducirán el parto de forma segura y... —Se le quebró la voz.

—No sigas, me hago una idea.

—Todo esto es una pesadilla, Joel.

—Estoy aquí, no tienes que cargar con esto tú solo —le aseguré.

Cogió aire una y otra vez, como si quisiera decir algo y no encontrase las palabras.

—Te debo tanto...

—Deja de decir tonterías, no me debes nada.

Le pasé la mano por la espalda, reconfortándolo.

—¿Qué pasa con sus padres? Te miraban como si tú tuvieras la culpa.

—No les gusté desde el principio. Piensan que su hija merece algo mucho mejor que un tipo que trabaja como vigilante...

—Y que al mismo tiempo está a punto de graduarse en Derecho —salté molesto.

Nadie era más trabajador y responsable que él. Desde que supo que Avery estaba embarazada, centró toda su vida en ella y el bebé. Tenía claras sus prioridades y todas giraban en torno a su nueva familia: graduarse, conseguir un trabajo mejor, una casa y dinero para vivir decentemente. ¿Qué más quería esa gente de él?

—Para ellos eso es lo mismo que nada.

—¡¿Y qué?! —exclamé disgustado—. Su opinión no cuenta. Lo único que importa es lo que Avery y tú penséis.

—La quiero —dijo con la voz rota.

—Lo sé. Y también sé que ella se va a poner bien. Lo va a superar.

Su rostro se contrajo en una mueca de amargura.

—Al bebé también lo quería.

—Eso no lo duda nadie, Dave.

—Pero lo cierto es que no habría podido cuidar bien de ellos. En eso sus padres tienen razón.

Sentí un odio muy profundo hacia esas personas, y tuve que contenerme para no ir a su encuentro y decirles un par de cosas. ¿Con qué derecho lo menospreciaban?

Llené mis pulmones de aire y lo solté muy despacio.

Dave se quedó en silencio, con la mirada perdida a través del cristal. Podía ver el sufrimiento que lo devoraba por dentro, una presión contenida que en cuestión de segundos terminó por estallar.

Su pecho tembló y un sollozo ahogado le subió por la garganta, dejándolo sin fuerzas. Se cubrió el rostro con ambas manos mientras las lágrimas se le escurrían entre los dedos.

Verlo derrumbarse de esa manera me destrozó. Sabía que no solo lloraba por la situación. Había algo más que lo torturaba.

—Eh, ¿qué ocurre? —le pregunté.

—Todo esto que está pasando es horrible y yo...

—¿Tú qué? —le insistí—: Dave, sabes que puedes confiar en mí y contarme lo que sea.

Levantó la cabeza, mostrándome un rostro desfigurado por la culpa y el dolor.

—¿Soy un monstruo por sentirme aliviado de que haya acabado así?

Hice un gesto de negación al instante. No podía ver cómo cargaba con la culpa de esa confesión. Sin pensarlo dos veces, me eché hacia delante y le pasé un brazo por la espalda. Lo sostuve con un abrazo firme, dejando que se desahogara. Mientras, yo intentaba tragarme el nudo que tenía en la garganta.

—No, solo eres humano. Ni se te ocurra volver a decir algo parecido, ¿vale?

Con el paso del tiempo, fueron llegando los demás: Noah, Ethan y Joon. Hasta papá y Levi aparecieron poco después de que les enviara un mensaje contándoles lo que había pasado. Llenamos la sala de espera, aun a riesgo de que pudieran echarnos a todos. Puede que mi amigo no tuviera una familia biológica con la que contar, pero nos tenía a nosotros, que también éramos su familia.

No fue hasta bien entrada la noche que Dave y los padres de Avery tuvieron noticias de su estado. La intervención había salido bien y, tras pasar unas horas en observación, iban a llevarla a una habitación donde podría estar acompañada.

Allí ya no pintábamos nada, así que nos despedimos de él y salimos juntos del hospital.

El cansancio acumulado me pesaba en los huesos mientras conducía de vuelta a casa por el centro de la ciudad. El destello intermitente de los semáforos en ámbar rebotaba en el parabrisas, mientras que en el interior del coche las notas graves de la música que sonaba por los altavoces me golpeaban el estómago.

Apreté el volante con fuerza, incapaz de frenar el ruido en mi cabeza. Daba vértigo pensar en lo volátil que era todo, en la facilidad con la que la vida salta por los aires de la noche a la mañana. En apenas un parpadeo, cualquier certidumbre podía desmoronarse.

Podías pasar de planear un futuro a recorrer el pasillo de un hospital intentando asimilar una noticia que borraba de un plumazo todos tus planes. Y, de golpe, te estrellabas contra la certeza de que nunca habías tenido el control de nada.

Pensé en Dave y en cómo su mundo había cambiado de rumbo sin avisar, sumiéndolo en un agujero del que le iba a costar salir. Porque así funciona la culpa: se convierte en un lastre pesado que te ahoga si la dejas entrar, aunque no hayas hecho nada malo.

Y después, de forma inevitable, pensé en Anna. En lo mucho que la quería y en lo absurdo que era dar por sentado que el mañana siempre nos iba a esperar en el mismo sitio. Cuando por fin apagué el motor frente a nuestro portal, solo sentí una urgencia: subir a casa, buscar su calor en la oscuridad de la cama y abrazarla.

Despertar siendo de nuevo ese iluso que creía que nosotros siempre seríamos distintos.

37



A principios de mayo, aprovechando el buen tiempo y que teníamos un fin de semana libre por delante, se me ocurrió que a Anna y a mí nos vendría bien salir de la ciudad y hacer algo diferente. Al menos, yo necesitaba abandonar el ruido, las prisas y dejar de imaginar escenarios que me angustiaban.

Pensé en la casa que nuestra familia tenía en un pequeño pueblo costero en Rhode Island. Apartada y frente al mar, era el lugar perfecto para desconectar un par de días.

El sábado por la mañana nos levantamos al amanecer, metimos las maletas en el coche y nos pusimos en marcha. Teníamos dos horas de trayecto por delante.

Descartamos la autopista y elegimos la ruta de carreteras secundarias que discurría pegada al mar. La costa de Rhode Island era preciosa. Cruzar los pueblecitos marineros era como avanzar entre postales: hileras de casas de madera con tejados manchados de sal, puertos donde los primeros veleros de la temporada se mecían sobre el agua tranquila y terrazas de puestos de marisco en las que ya costaba encontrar mesa.

Bordeamos marismas y lagunas cristalinas que devolvían el reflejo de un cielo despejado. Con las ventanillas entreabiertas, el aire olía a una mezcla de pino, hierba fresca y salitre.

A medida que nos acercábamos a nuestro destino, el verde de los bosques dio paso a un paisaje de dunas y vallas de madera erosionadas por el viento. Cruzamos el pueblo y nos dirigimos un par de kilómetros más al sur.

Y allí, aislada sobre una pequeña elevación de arena y mirando de frente al océano, apareció nuestra casa: una construcción sencilla de madera de una sola planta, pintada de un azul desgastado por la brisa, con una terraza exterior y delimitada por una valla blanca que parecía sacada de un cuento. Una franja de playa tostada salpicada de juncos que desafiaban el azote del viento era lo único que nos separaba del Atlántico.

Anna saltó del coche antes de que pudiera apagar el motor.

—¡Esto es precioso, Joel!

También bajé, protegiéndome los ojos del sol con una mano. Inspiré hondo y llené mis pulmones de aire salado. Sí que era bonito; me arrepentía de haber tardado tanto en volver.

—Era de mi abuela —le conté mientras sacaba nuestro equipaje del maletero—. Se la dejó a mi madre cuando se casó con mi padre, como regalo de bodas. Veníamos todos los años, pero desde que mamá murió... Bueno, ya no era lo mismo. Los únicos que se dejan caer de vez en cuando por aquí son Levi y Becca.

Anna me rodeó la cintura con los brazos y se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla.

—Gracias por traerme, me encanta.

La abracé un momento. Después la provoqué con un leve azote en el trasero para que me ayudara con las maletas. La puerta cedió con un crujido. Dentro olía a madera antigua y casa cerrada, que se disipó en cuanto abrimos las ventanas para que el aire fresco entrara.

Nos instalamos en mi vieja habitación, que tenía dos camas que juntamos, y luego decidimos acercarnos al pueblo para comprar provisiones. Aparcamos junto a la estafeta de correos, y desde allí caminamos sin prisa por la calle principal. Visitamos algunas tiendas locales y acabamos deteniéndonos en un mercadillo instalado en la plaza, cuyo bullicio nos envolvió por completo. Había puestos de comida, flores, repostería artesanal y antigüedades. También carritos con globos y suvenires como camisetas, bolsas y sombreros.

A mitad del recorrido, una caseta de instrumentos de segunda mano me hizo detenerme. Había un par de guitarras con buena pinta para restaurar y un violín de madera oscura bien conservado, pero fue un viejo banjo con la caja llena de marcas el que me llamó la atención. El dueño, un anciano de barba blanca y con una gorra de marinero, se lanzó a contarme su historia con un entusiasmo contagioso.

A mi lado, Anna no tardó en aburrirse y se alejó para curiosear en otros puestos.

La vi detenerse frente a uno repleto de bolsos, carteras, cinturones y otros complementos más pequeños. Sin perder el hilo de lo que el hombre me explicaba, no le quité el ojo de encima mientras se probaba una bandolera marrón. Con especial atención, examinó una mochila de tela con varios bolsillos.

Sonreí al pensar que por fin se había decidido a guardar la de su madre como un recuerdo.

Sacó el teléfono con la intención clara de pagar. Sin embargo, tras tocar la pantalla y mirarla fijamente unos segundos, la vi dudar. Su postura cambió al instante. Guardó el móvil, le dedicó una sonrisa de disculpa a la vendedora y se alejó con las manos vacías.

Poco después se perdió entre la multitud reunida alrededor de un espectáculo de marionetas, dejándose contagiar por la música y las

risas de los niños.

Aproveché la ocasión, me despedí del hombre y fui directo al puesto donde ella se había detenido minutos antes.

—Hola —saludé a la vendedora—. La chica pelirroja que estaba aquí hace un momento es mi novia. ¿Podrías enseñarme los modelos que estaba mirando?

—¡Ah, sí! —sonrió la mujer—. Dudaba entre esta bandolera y esa mochila de ahí.

—Es muy bonita —dije, tomando la mochila para verla de cerca—. ¿Por qué no la ha comprado?

La mujer se encogió de hombros y percibí cierto reparo.

—Parecía decidida, aunque creo que al comprobar el saldo de su tarjeta se lo ha pensado mejor.

Aquellas palabras me cayeron como un jarro de agua fría. Me quedé parado sosteniendo la mochila y una sensación de inquietud se deslizó por mi garganta hasta asentarse en mi estómago. Sabía de los problemas de Anna en el pasado, de las deudas y los préstamos estudiantiles. Pero las cosas habían cambiado para ella. Al menos, eso creía yo.

Desde que vivía conmigo y trabajaba en el café —con un sueldo más que digno—, sus cuentas deberían haber empezado a sanearse. Es verdad que insistía en compartir los gastos a medias, porque su independencia era una línea roja que se negaba a cruzar, pero no pagaba alquiler; esa había sido mi condición innegociable. Con ese margen, no solo debería poder permitirse un capricho en un mercadillo, sino mucho más.

No quería desconfiar, pero sin poder evitarlo una sospecha comenzó a arraigar en mi mente.

¿Se me escapaba algo? ¿Qué no me estaba contando?

Compré la mochila y la guardé en el fondo de la mía. Después fui en busca de Anna.

La encontré entre el público del espectáculo de marionetas, un poco más atrás de los niños que abarrotaban las primeras filas. El aire estaba lleno de pompas de jabón que flotaban desde el escenario, atrapando la luz del sol que se filtraba en destellos dorados a través de las hojas de los árboles.

Aquella imagen tenía algo mágico e irreal.

Anna alzaba el rostro, siguiendo con la mirada los reflejos irisados; y cuando una de las pompas estalló contra su mejilla, se le escapó una risa cristalina. Giró sobre sí misma con los brazos extendidos, mientras una infinidad de esferas transparentes danzaban ingrávidas a su alrededor.

Me quedé allí parado, observándola desde la distancia.

No sabía cómo había ocurrido ni en qué momento, pero la quería de un modo que comenzaba a ser doloroso, con una certeza que me nacía en los huesos. Y mientras la veía sonreír bajo esa luz, hice a un lado las dudas y me aferré con determinación a un único propósito: no sabía qué clase de problemas intentaban alcanzarla de nuevo, pero no iba a permitir que volviera a sufrir por nada ni por nadie.

Me acerqué por detrás, rodeé su cintura con el brazo y la pegué a mí. Al instante se relajó contra mi pecho.

—Parece una historia interesante, nunca había visto un dragón con trenzas —murmuré con la barbilla en su hombro, mientras señalaba con la cabeza el pequeño escenario.

Anna soltó una risita y se giró apenas unos centímetros para mirarme.

—No te rías, en el fondo da mucha pena —me reprochó con un mohín en los labios—. Resulta que el dragón es bueno y no

pretendía quemar los campos de los campesinos, pero es alérgico al polen y no puede contener sus estornudos, que siempre salen con chispitas. Así que el caballero, que es todo un héroe, está buscando su antihistamínico con la ayuda de un topo sabio.

—Un topo sabio que no ve a un palmo de su nariz.

—En realidad, ni siquiera puede ver su nariz. Pero es muy muy muy sabio.

—Un argumento impecable —me burlé.

—¡Lo es! —Se rio de nuevo y me golpeó el costado con su codo—. Además, el topo tiene un acento francés encantador.

—Creo que me estoy poniendo celoso, puede que lo ahogue en la fuente.

—No seas tonto, estás asustando a ese niño.

Le sonreí a un pequeño que me observaba con cara de susto; no tendría más de tres años y empuñaba una espada de gomaespuma.

—¿Nos vamos? —le propuse.

Arrugó la frente.

—¡No! Estoy esperando a que consigan la flor mágica que lo cura todo. Después ayudarán al dragón con su alergia y le construirán una casa en la torre del castillo para que puedan vivir todos juntos como amigos.

La escuché hablar con una sonrisa enorme dibujándose en mi cara. Había algo tan genuino y magnético en la forma en la que se entregaba a las cosas más simples, en esa pasión con la que me explicaba un teatro para niños, que me resultó imposible no meterme yo mismo en la historia. Y así, el nudo de preocupación que me estrujaba el estómago terminó de aflojarse por completo.

—Bueno —le dije mientras la abrazaba un poco más fuerte—, en ese caso tendremos que esperar hasta el final. No quiero perderme cómo ese dragón consigue su casa en la torre.

El ambiente era tan bueno que decidimos quedarnos en el pueblo un poco más y comer en un restaurante de langosta que se encontraba sobre un muelle, con mesas al aire libre y unas vistas increíbles.

Nos acomodamos en la mesa del extremo del muelle, tan cerca del borde que podíamos oír con claridad el murmullo constante del agua meciéndose bajo las tablas de madera. El aire estaba impregnado de salitre, manteca derretida y carbón de barbacoa. A lo lejos, se adivinaban los mástiles de las embarcaciones amarradas en el puerto.

Echamos un vistazo a la carta y nos decidimos por un par de *lobster rolls* clásicos y dos tés fríos con limón. En cuanto el camarero se alejó con la nota, aprovechando aquel momento de tranquilidad, saqué la bolsa de papel que traía escondida. La dejé sobre la mesa, deslizándola despacio hacia Anna.

—Ten. Te he comprado una cosa.

Anna me miró con curiosidad y una sonrisa expectante se dibujó en sus labios, pero su expresión cambió al asomarse al interior. Metió la mano y sacó la mochila con lentitud; al reconocerla, me devolvió una mirada llena de desconcierto.

—¿Qué significa esto?

—Te he visto mirándola en el puesto y me ha parecido que te gustaba.

—Te lo agradezco, Joel, pero de haberla querido, la habría comprado. ¡Puedo permitírmela! —saltó a la defensiva.

¡Dios, qué orgullosa era! Me humedecí los labios y recé para que me saliera bien la jugada, lo que también me hizo sentir un poco mezquino. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Nunca aceptaba nada porque sí, como si aún le costara entender que se pueden dar cosas

y recibirlas sin ninguna intención oculta. Que un regalo no es más que eso... ¡un regalo!

—Lo sé, lo sé... No te la estoy regalando por esa razón —le aseguré. Me humedecí los labios mientras elegía con cuidado mis palabras—. Verás, sé lo importante que es para ti la mochila de tu madre y por qué no te separas de ella ni te planteas cambiarla por nada del mundo. Pero... tienes que admitir que está hecha polvo. Yo diría que está en las últimas. Si sigues usándola a diario, acabará destrozada; y no tienes ningún otro recuerdo que pueda sustituirla, ¿verdad?

Anna desvió la mirada hacia su vieja mochila, que colgaba de la silla en la que estaba sentada, y negó con un movimiento imperceptible.

—Entonces, guarda la de tu madre en casa, a salvo, para conservarla al menos como está, y usa esta. —Ella miró una y luego la otra, dudando. Insistí—: Vamos, acéptala, ni siquiera es un regalo caro por el que te puedas excusar.

Me lanzó una mirada asesina cuando dije esas últimas palabras.

—Por favor, me pondré muy triste si no la quieres —le rogué.

Resopló por la nariz.

—Vale, pero solo porque te estás poniendo muy pesado —murmuró por lo bajo—. Y porque en el fondo tienes razón.

—Lo sé —sonreí.

Aunque trató de disimularla por puro orgullo, una emoción sincera se reflejó en su rostro.

Dejó la mochila a un lado y se giró para mirar a dos niños que correteaban con un cangrejo vivo, intentando asustar a una niña más pequeña. La vi sonreír de perfil, ajena a la mentira piadosa que acababa de inventarme para conseguirle un recuerdo feliz. Ignoraba el pellizco de culpa que me apretaba el pecho por ocultarle mis

verdaderas razones, un remordimiento sin ningún peso, porque sabía que volvería a hacerlo una y mil veces sin dudarlo.

38



Regresamos a la casa a media tarde, cuando la luz ya había comenzado a inclinarse, tiñendo el mar de un azul más profundo y sereno. Antes de entrar, le eché un vistazo a un frente de nubes oscuras que parecía formarse en el horizonte. Dejé mis cosas en la sala de estar y llevé la compra a la cocina. Deposité las bolsas en la encimera y me puse a guardarlo todo: los productos frescos en la nevera y el resto en los armarios.

Desde la ventana sobre el fregadero se veía todo el paisaje trasero. Anna estaba allí fuera, en mitad de la rampa que conectaba con una suave pendiente la terraza y la arena, con las manos metidas en los bolsillos de su rebeca y el viento agitando los mechones sueltos de su cabello con la misma cadencia tranquila con la que rompían las olas unos metros más abajo.

Se la veía pequeña contra la inmensidad del Atlántico, contemplando el horizonte sin moverse. Me quedé un segundo con la puerta del armario a medio cerrar, mirándola a través del cristal, preguntándome si aquel mar que observaba en silencio le estaba sirviendo de refugio o si, en realidad, solo estaba buscando una ayuda que aún no se atrevía a pedirme.

Salí a buscarla.

Cuando me acerqué, Anna se giró hacia mí con una sonrisa y señaló el agua.

—¿Caminamos un poco por la orilla? —me propuso, mirándome con los ojos entrecerrados por el aire que soplaba—. Solo un rato, quiero sentir el mar en los pies.

Levanté la vista por encima de su cabeza y estudié el horizonte. El frente nuboso avanzaba rápido y era bastante más oscuro y compacto que hacía un rato. Incluso me había parecido distinguir entre la bruma el destello aislado de un relámpago. Quizá no fuese buena idea alejarnos.

—¿Has visto esas nubes? Se acerca una tormenta y el sol no tardará en ponerse. ¿Por qué no lo dejamos para mañana?

Su cara se puso seria de inmediato.

—Pero yo quiero ir —insistió con un puchero.

Sacudí la cabeza; no podía negarle nada si me miraba de esa forma.

—Está bien, pero no nos alejaremos y daremos media vuelta en cuanto la luz comience a bajar —le advertí.

—Prometido, nada de alejarse —se rio tomándome de la mano.

Nos descalzamos en la terraza y bajamos la rampa notando el empuje de la brisa sobre el rostro. La arena, templada por el sol de todo el día, se hundía con suavidad bajo nuestros pies hasta que alcanzamos la franja húmeda de la orilla. Allí el viento soplaba con más fuerza, cargado de salitre y una fina cortina de agua pulverizada que se nos pegaba a la piel. Las olas, coronadas por crestas de espuma blanca, rompían contra la arena con un rugido sordo que ahogaba cualquier otro sonido.

Tras el impacto, el agua avanzaba hasta cubrirnos los pies y se retiraba dejando en la arena decenas de pompas que Anna explotaba saltando sobre ellas.

—¡Está helada! —exclamó agarrada a mi mano.

Me reí al ver su expresión de asombro y la sujeté con firmeza para que no perdiera el equilibrio.

—¿Y qué esperabas? Esto es el océano y ni siquiera es verano aún.

Me estremecí con un escalofrío cuando otra ola nos alcanzó. En ese momento, un recuerdo me vino a la cabeza.

—¿Sabes? De pequeños, Levi y yo apostábamos para ver quién de los dos aguantaba más tiempo con los pies dentro del agua sin que se nos durmieran. Éramos tan competitivos que mi madre tenía que venir y sacarnos a la fuerza antes de que se nos congelaran.

Anna me dedicó una sonrisa llena de ternura y tiró de mi brazo para hacerme avanzar.

—Erais muy felices aquí, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Te alegras de haber vuelto?

—Me alegra haber vuelto contigo —le confesé, porque su presencia hacía que los recuerdos dolieran un poco menos.

Soltó mi mano y me pasó un brazo por la cintura mientras deshacía con los pies la espuma que se pegaba a la arena. Llevábamos unos minutos caminando con el agua fría cubriéndonos los tobillos cuando Anna se detuvo de golpe y me clavó los dedos en la piel.

—¡Joel, mira! —exclamó señalando un punto entre las olas.

A escasos metros de la orilla, varias sombras oscuras surcaban las olas dejando entrever unas aletas. De repente, una tras otra, se elevaron en el aire trazando un arco perfecto antes de volver a sumergirse. ¡Eran delfines!

—Nunca los había visto en libertad, ¡y tan cerca! —gritó desbordada por la emoción.

Me soltó y echó a correr.

La seguí, temiendo que se metiera en el agua.

Anna saltó sobre la arena, girando sobre sí misma y moviendo los brazos como una bailarina, completamente desinhibida. No dejaba de reír y llamarlos a gritos. Y entonces ocurrió algo que me dejó con la boca abierta. Los delfines parecieron reaccionar a ella y empezaron a nadar en paralelo junto a la orilla, jugando a acercarse y a alejarse con la marea. Cada vez que Anna saltaba y agitaba los brazos, ellos respondían con algún movimiento que demostraba que no se trataba de una casualidad.

Me quedé unos pasos por detrás, observándola con el corazón en caída libre.

Y allí, con los últimos rayos de sol cayendo sobre Anna y las siluetas de los delfines recortándose contra el mar, comprendí que estaba frente a la imagen más bonita e irreal que me había regalado la vida.

Sentí una enorme gratitud por estar allí, por ser el único testigo de su alegría y por compartir con ella algo tan mágico.

Sin darnos cuenta, fascinados por la experiencia, dejamos de controlar el tiempo y la distancia.

El cielo terminó de cerrarse sobre nuestras cabezas. El viento se arremolinó a nuestro alrededor y una espiral de arena se elevó en el aire, cegándonos por un momento. La tormenta se nos había echado encima sin previo aviso. Un trueno sordo retumbó sobre el océano justo cuando las primeras gotas, gruesas y pesadas, comenzaron a azotar la playa.

—¡Anna, debemos volver ya! —le grité por encima del ruido.

Ella echó un último vistazo al mar, pero los delfines ya habían desaparecido.

Le agarré la mano y volvimos corriendo hasta la casa antes de que el aguacero terminara de desatarse. Subir la pendiente con la arena húmeda frenándonos los pasos se convirtió en una odisea absurda; nos tropezábamos, nos reíamos entre jadeos y la cortina de agua caía con tanta fuerza que apenas lográbamos mantener los ojos abiertos. Subimos los peldaños de la terraza, con el viento empujándonos por la espalda, hasta que al fin pude dar con el pomo de la puerta y nos colamos dentro.

Irrumpimos en la casa tiritando, empapados hasta los huesos y riendo sofocados por el esfuerzo. Cerré la puerta y pulsé el interruptor de la luz. Sonó un chasquido, pero no pasó nada. El cuadro de fusibles estaba allí mismo, bajo una acuarela horrible de unos patos.

Le eché una mirada; todo parecía estar en orden, por lo que deduje que la avería no era nuestra.

—No tenemos electricidad —anuncié.

—¿Y qué hacemos? —me preguntó Anna—. La casa está helada.

La miré, apenas podía ver su rostro en la penumbra.

De repente, me acordé de haber visto leña en la chimenea al llegar esa misma mañana.

—Ven conmigo.

Fui hasta la sala con Anna pegada a mis talones y me agaché frente a la chimenea. Dentro había varios troncos apilados, ramitas y piñas secas; y otro montón de leña en una cesta. Apreté los párpados con fuerza, mientras daba las gracias al cielo por tener un hermano tan meticuloso y maniático del orden.

Junto a la cesta había una caja de latón, donde se guardaban las pastillas acelerantes y las cerillas. Coloqué un par en el centro de la pira.

Anna se agachó a mi lado sin dejar de tiritar.

—¿Podrás encenderla? —me preguntó.

—Sí, tranquila, fui *scout* —contesté mientras encendía una cerilla y prendía el acelerante.

—¿En serio? No te pega.

La miré de reojo, disfrutando de la chispa de diversión que había en su voz.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, te veo más como el chico malote del monopatín —confesó con un tonito travieso—. En mi clase de tercero había uno y todas las niñas estaban coladas por él.

—¿Tú también?

—Era bastante guapo.

Alcé una ceja.

—Bueno, pues yo fui *scout*, con Levi. Nos echaron a los pocos meses por usar un nudo ballestrinque con un niño que siempre estaba llamando gordo a nuestro amigo Travis. Lo atamos a una canoa. Luego nos pasamos al monopatín, era mucho más divertido.

—¡Lo sabía! —exclamó orgullosa de sí misma.

Soplé las ramitas y la primera llama prendió con fuerza, bañando las paredes con una luz dorada y acogedora. El fuego cobró vida en cuestión de segundos, propagándose por la madera seca entre chisporroteos y siseos. Me puse en pie y miré a Anna, que no dejaba de temblar.

Agarré la manta que colgaba del sofá.

—Quítate esa ropa mojada aquí mismo y cúbrete con esto —dije en voz baja y le ofrecí la manta—. Voy a por toallas y ropa seca.

Con la linterna del teléfono como única luz, me dirigí a los dormitorios. En mi vieja habitación me despojé de todas las prendas mojadas y me vestí con un chándal de algodón que llevaba en la maleta. Cogí el pijama de Anna, un par de toallas grandes y regresé.

El resplandor del fuego ya iluminaba el pasillo, así que apagué la linterna. Cuando entré en la sala, la escena que vi me hizo detenerme. Anna estaba sentada en el suelo frente al fuego, envuelta en la manta y abrazada a sus rodillas. Las llamas recortaban su silueta en la penumbra.

Me acerqué en silencio y me dejé caer de rodillas sobre la alfombra, a su espalda.

—Voy a secarte el pelo —susurré.

Ella asintió una vez y continuó mirando el fuego.

Coloqué la toalla sobre su cabeza y froté con suavidad. Sin decir una palabra, inclinó el cuello hacia atrás, entregándose a los gestos de mis manos con los ojos cerrados, mientras el calor de la chimenea nos iba templando por dentro.

Sin embargo, a medida que apartaba los mechones más largos para secar las puntas, al deslizar la toalla, sus rizos se enganchaban en los flecos de la manta. No dije nada, pero Anna debió de notar mi torpeza. Y sin romper la quietud que nos rodeaba, empujó la tela y la dejó caer hasta la cintura.

Su espalda quedó al descubierto y, al instante, mis ojos se detuvieron en la cicatriz bajo su hombro. Las había visto infinidad de veces: en la penumbra de nuestra habitación con la luz de la calle filtrándose por la ventana, bajo el agua de la ducha o cuando la cubría con mi cuerpo en la cama y recorría con la lengua su piel erizada. Pero nunca las había tenido tan expuestas, tan desnudas ante mis ojos de forma que no pudiera fingir que no estaban allí.

Quemaduras de cigarrillo: pequeñas, redondas, hundidas. La cicatrización las había deformado y aclarado con el paso del tiempo, pero trazaban la curva inconfundible de una letra que a mí siempre me había parecido una C, aunque no podía estar del todo seguro. Intuía que la historia detrás de aquello era terrible, un territorio

oscuro al que no me había atrevido a asomarme por miedo a causar grietas en nuestra relación.

Pero esta vez me resultó imposible ignorarlas. Con el corazón latiendo con violencia en mi garganta, alargué la mano y rocé la primera marca con las puntas de los dedos. Acaricié la segunda...

El cuerpo de Anna se envaró con un escalofrío. De pronto, consciente de lo que había dejado al descubierto, contuvo el aliento y agarró el borde de la manta para cubrirse de nuevo.

—No lo hagas —la detuve con un susurro—. Sé que están ahí desde el primer día.

Ella se quedó completamente inmóvil bajo mis manos, solo respirando. El silencio pesaba en el ambiente, roto tan solo por el crepitar del fuego y las pequeñas ascuas que siseaban al caer sobre la ceniza. Poco a poco, aflojó el agarre de la manta y terminó por rendirse dejando salir el aire que estaba conteniendo.

—Donde están, no puedo verlas —musitó, luchando para no desmoronarse por la vergüenza—. Por eso a veces consigo no pensar en ellas... y olvido que siguen ahí.

Acerqué los labios a su piel y besé despacio la primera de las marcas, sintiendo el leve temblor que la atravesó. Deposité otro beso en la siguiente, lento y pausado, deseando con cada fibra de mi ser poder borrar todo el dolor.

—¿Quién te hizo esto? —murmuré contra su espalda.

—No importa, ya no está —respondió con un hilo de voz.

—Pero a mí me importas tú, quiero saberlo.

—Pensarás que soy una persona patética.

—¿Por qué iba a pensar algo así?

—Porque lo soporté. Porque no fui fuerte ni valiente...

La rodeé con mis brazos y tomé sus manos heladas, sosteniéndolas con firmeza contra su estómago antes de apoyar mi

barbilla en su hombro y besarle el cuello.

—¿Cuándo te darás cuenta de que no hay absolutamente nada de tu pasado o de tu presente que pueda hacer que te mire de forma diferente?

—Quiero creerte —se le quebró la voz y sentí el llanto contenido vibrando en su pecho.

—Puedes hacerlo, confía en mí.

Anna guardó silencio. Apoyó su mejilla sobre la mía y dejó escapar una larga exhalación.

Transcurrieron unos minutos en los que solo se oía el crepitar de la madera. Podía sentir los engranajes de su cerebro moviéndose, ordenando pensamientos, luchando contra los recuerdos. Yo contenía el aliento mientras una rabia sorda y una pena infinita se enfrentaban en mi interior, pero sabía que no podía presionarla. Solo esperar. Un minuto. Un día. Un año. O la vida entera.

—Se llamaba Cam, y lo conocí en una hamburguesería en la que yo trabajaba por las noches —empezó al cabo de un rato—. En ese entonces, yo ya tenía dieciocho y por fin había salido del circuito de casas de acogida en el que estuve durante diez años. Como era estudiante y no tenía ningún tipo de ingresos, el Estado acordó financiarme un tiempo. No era mucho dinero y apenas me daba para mantenerme, pero como ya no tenía que aguantar ni obedecer a nadie, me sentía feliz.

Hizo una pausa y tragó saliva con dificultad antes de continuar:

—No sé qué me hizo acercarme a él. Quizá que era amable y no me trataba como si fuese basura, supongo. Empezó a ir todos los días a la hamburguesería; esperaba a que yo acabara mi turno y luego me acompañaba a la residencia donde vivía. Nos fuimos conociendo, cogiendo confianza, y poco a poco adquirió otros hábitos, como buscarme por la mañana para acompañarme a la

universidad o a la biblioteca y llevarme de vuelta. Sin darme cuenta de cómo pasaba, comenzamos a salir y se convirtió en una presencia constante. Siempre estaba allí, a mi alrededor, volcando en mí toda su atención y preocupación. Luego... esa preocupación se transformó en disgusto: por llegar tarde cinco minutos, por no coger el teléfono aunque estuviera en mitad de un examen, por hablar con otros compañeros, porque llevaba el pelo suelto y la gente lo miraba.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba de nuevo entre mis brazos, así que la abracé un poquito más fuerte y tracé pequeños círculos con los pulgares en sus manos. Ofreciéndole un ancla.

—Cuando entendí lo que pasaba y dónde me había metido, ya era tarde —prosiguió—. Había dejado la residencia y vivía con él y sus padres. Les daba mi ayuda del Estado y controlaban mis gastos. Me convencieron de que les debía todo, de que jamás encontraría a nadie que se preocupase por mí fuera de aquella casa. Y Cam... Cam dejó de ser amable y pasó a estar siempre enfadado. Por todo, absolutamente todo. Un día llegó la primera bofetada. Juró que nunca más me tocaría, pero no cumplió su promesa. Ni esa ni todas las que hizo después.

Guardó un silencio prolongado mientras las llamas dibujaban sombras en su rostro. Cogió aire con fuerza y continuó hablando:

—Una noche no aguanté más. Aproveché que él dormía, metí lo poco que tenía en una bolsa y me largué. No llegué ni a la esquina. Me atrapó, me arrastró de vuelta a la casa y, una vez dentro, me hizo esto delante de sus padres... que no movieron un dedo. Dijo que era para que nunca pudiera olvidarme de él si lo dejaba, aunque juró que me mataría antes de que eso pasara. Esa misma noche salté por la ventana y nunca regresé.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Con los dedos temblorosos, bajé la mano despacio hasta la curva de su cadera, donde había una marca de sutura de varios centímetros.

—Me lanzó un vaso roto —respondió a mi pregunta muda.

Deslicé la yema del pulgar un poco más arriba, acariciando una tercera cicatriz bajo las costillas.

—Me empujó contra un espejo.

La rabia que llevaba minutos acumulándose en mi estómago se convirtió en un nudo de fuego. En mi mente había imágenes que despertaron en mí unos instintos oscuros y violentos que no sabía que poseía.

—¿Dónde está él ahora? —mascullé entre dientes.

—Se suicidó —respondió sin ninguna emoción.

No había alivio, ni ira, ni un atisbo de triunfo, nada. Como si le hubieran extirpado cualquier sentimiento relacionado con ese hombre y el infierno que le hizo sufrir.

Fuera la lluvia golpeaba los cristales con fuerza y un relámpago iluminó la habitación.

La abracé contra mi pecho al notar que se estremecía y apreté los labios contra su sien.

Por fin sabía qué le había ocurrido a la Anna del pasado. A esa chica triste y desconfiada que luchaba por mantener el control y que parecía cargar con un gran peso a sus espaldas. No obstante, lejos de calmarse, mi mente entró en un bucle.

¿Había estado diez años pasando de una casa de acogida a otra? ¿Por qué? ¿Y cómo se suicidó ese tipo? ¿Cuándo? ¿Qué lo desencadenó?

Y no era curiosidad lo que me quemaba por dentro, sino una necesidad desesperada de saberlo todo sobre ella. Sentía que, si le demostraba que la quería con cada sombra de su pasado, por muy

oscura que fuera, confiaría en ese «para siempre» que yo veía escrito entre nosotros. Vería en mí el refugio firme que nunca había tenido.

—¿En esas casas de acogida...?

—Joel, por favor —me interrumpió sin apenas voz.

Se giró entre mis brazos, la manta resbaló de su cuerpo y quedó desnuda frente a mis ojos. No pude evitar recorrerla de arriba abajo. Puso su mano en mi mejilla y me acarició los labios con el pulgar.

—No sigas, ¿sí? No esta noche —me rogó mientras se colocaba a horcajadas en mi regazo.

Su efecto en mí era algo que aún no lograba controlar. Mi ser pulsaba con solo sentir su aroma y su calor. Me sostuvo por la barbilla y se inclinó para darme un beso lento, delicado e intenso a la vez, que me hizo olvidar cualquier pregunta. Su lengua se abrió paso en mi boca y ese sonido que nació de lo más profundo de su pecho me hizo estremecer de deseo.

Agarró el bajo de mi camiseta y tiró de ella hasta quitármela por la cabeza. Deslizó las manos por mi pecho mientras se mecía sobre mí. Un vaivén húmedo y pausado, como la marea. Podía sentirla a través de la ropa, buscando su propio placer, un roce continuo que me nublaba los sentidos.

La sostuve por las caderas, deteniendo su balanceo.

A ese ritmo, era yo el que iba a terminar mucho antes de empezar.

Así que me hice con el control. Retiré su mano del interior de mis pantalones, le di la vuelta y me tumbé sobre ella. Sus piernas me rodearon las caderas mientras me regalaba una sonrisa lánguida, y con esa irresistible invitación, entré en ella despacio. Una tortura que repetí, una y otra vez, hasta que sus gemidos frustrados y sus dedos enredados en mi pelo acabaron con el poco control que me

quedaba, mientras el fuego de la chimenea proyectaba nuestras sombras contra la pared.

39



Faltaban pocos minutos para que el Wake Up abriera sus puertas y dentro todo el mundo ultimaba los detalles. Las vitrinas se llenaban de tartas, bizcochos y galletas. Las cafeteras se ajustaban y se rellenaban los dispensadores de café en grano. Se comprobaba cada terminal, el sistema de pedidos, el pago con tarjeta y el efectivo de las cajas.

Fuera, Micky, uno de nuestros proveedores más antiguos y el que nos abastecía de leche y huevos, terminaba de descargar unas cajas en la puerta trasera.

—¿Necesitas que te ayude a llevarlo adentro? —me preguntó.

—No es necesario, gracias —le dije mientras firmaba la entrega.

—Lo que te comenté ayer por teléfono... —empezó a decir.

Sacudí la cabeza.

—No pasa nada, entiendo que debas subir el precio. No eres el único al que han jodido con los sobrecostes del cereal.

Me dedicó una sonrisa de alivio.

—Gracias, de verdad. Me preocupaba perderos como clientes.

—Tranquilo, todos nos ajustaremos un poco.

Nos estrechamos la mano y Micky subió a su furgoneta.

Me apoyé en la pared, necesitaba un segundo para respirar. Alcé la barbilla. Por encima de los tejados, el cielo empezaba a teñirse de

ese azul cobalto que solo puede verse al amanecer, cuando el sol despunta pero la noche se resiste a marcharse y las últimas estrellas se entretienen en lo más alto. Me gustaba ver cómo la ciudad despertaba: esa transición en la que las ventanas de las casas se van apagando y las oficinas comienzan a encenderse como las piezas de un mosaico.

Otro día para hacer mil cosas. Otro día para dar gracias por estar vivo.

Entré con las cajas y fui directo a la despensa. Primero coloqué las botellas de leche en los armarios refrigerados antes de que perdieran su temperatura, y después apilé con cuidado las cajas de huevos. De fondo, amortiguado por la puerta entreabierta, creí oír un ligero alboroto en la cocina, el murmullo tenso de varias voces hablando a la vez.

No le di mayor importancia y continué ordenando, porque lo raro en nuestro café era la ausencia de problemas. Entonces, la voz de Levi resonó en el pasillo que unía la cocina con la despensa y las cámaras frigoríficas.

—¡Joel! Ven un momento, por favor.

Dejé la última caja en el estante y salí al pasillo limpiándome las manos en un trapo. Mi hermano me hizo un gesto para que lo siguiera a la oficina.

—¿Qué pasa?

—La fruta aún no ha llegado. El repartidor ha tenido una avería y pasarán al menos dos horas hasta que consiga otro vehículo —me explicó agobiado—. No podemos trabajar sin fruta.

—Vale... habrá que ir al mercado —respondí.

Para qué tanto drama, ni que fuese la primera vez.

—Lo sé, por eso te he llamado. Tienes que ir tú.

—¿Por qué yo? Es tarea de Kenji, el dios del mercado —bromeé.

—Ha pedido el día. Hoy llegan sus padres y tiene que ir a buscarlos al aeropuerto.

Arrugué la frente, lo había olvidado.

—Pues que vaya otro.

—Vamos, Joel. A ti te conocen los vendedores y tienes buen ojo para el género. Habrá que pagar en efectivo, y no es que no me fíe de los chicos, es que sé que comprarán cualquier cosa que les ofrezcan y a precio de oro.

Sonreí. Tenía que darle la razón. La primera y única vez que enviamos a Jenna y Manuel al mercado, tuvimos que hacer las ensaladas con caléndulas en lugar de rúcula.

—Vale —accedí.

Levi me entregó la lista de ingredientes escrita a mano en un papel. Luego abrió la caja y agarró un fajo de billetes que me puso en la mano.

—Debería bastar —resopló.

—Y si no, ya lo pongo yo.

Asintió mientras pensaba en mil cosas a la vez.

—¿Puedo llevarme a alguien? —le pregunté mientras repasaba la lista—. Aquí hay demasiadas cosas.

—Tú mismo, pero date prisa.

Salí de la oficina, dándome golpecitos en la palma de la mano con la lista de la compra, y fui en busca de Anna. La localicé en el mostrador, apilando platos y vasos para el servicio. Me detuve unos segundos solo para observarla. Era la chica más guapa que había visto en toda mi ida, pero lo que me atraía de ella sin remedio era lo que tenía dentro. Era amable, buena y cariñosa. Trabajaba duro todos los días y nunca la había oído quejarse, ni una sola vez. Al mundo solo le mostraba un grueso caparazón, pero yo sabía cómo

era el corazón que escondía y por qué lo protegía con tanta fiereza: se lo habían roto demasiadas veces.

Cuando alzó la vista y nuestros ojos se encontraron, le hice un gesto cómplice con el dedo. Dejó lo que estaba haciendo y vino hacia mí con unas arruguitas en la frente.

—¿Qué pasa? —me susurró.

—Nos vamos.

—¿Adónde? —me preguntó curiosa.

Le guiñé un ojo.

—De compras.

Caminamos a paso ligero las pocas manzanas que nos separaban del mercado, tirando del vagón plegable que usábamos para estos casos. Como aún era temprano, apenas había clientes y pudimos movernos de un puesto a otro con bastante rapidez. Mientras yo me ocupaba de conseguir las verduras más firmes y crujientes, Anna seleccionaba las frutas con un cuidado casi quirúrgico. Inspeccionaba el olor, el color, la rigidez de la piel y, cada vez que me daba la vuelta, el sabor.

Me reí cuando la vi aparecer con los labios manchados de la carne de unas moras. Se los lamí para limpiárselos, lo que me hizo ganarme un manotazo y un empujón. Disfrutaba molestándola solo para ver cómo se encendía.

Cuando ya lo teníamos todo, iniciamos el camino de vuelta.

Yo iba tirando del vagón plegable cargado hasta arriba, mientras Anna devoraba una bolsa de uvas pasas e iba dando saltitos a mi alrededor, como si fuera la reina de las hadas y yo su sirviente.

—Si sigues comiendo a ese ritmo, te sentarán mal —le advertí.

—Dicen que tienen muchos antioxidantes y que son buenas para deportistas.

—¿No estarás hablando por ti? —me burlé.

Me miró como si quisiera asesinarme y me lanzó una pasa, que atrapé con la boca por pura suerte. Le guiñé un ojo y ella resopló divertida.

Me vino a la mente la llamada que mi padre me había hecho el día anterior.

—Por cierto, mi padre quiere organizar una cena el sábado por la noche. Es el cumpleaños de Meryl y va a darle una sorpresa. Nos ha invitado.

—¿Una cena?

—Ajá. ¿Quieres ir? Así podrás conocer a Meryl. Te va a encantar.

Asintió y me dedicó una sonrisa.

—Deberíamos pensar en un regalo —dijo con la boca llena.

—No tengo ni idea de qué le gusta.

—Podemos preguntarle a tu padre. Y si no, las flores nunca fallan.

La miré de reojo y anoté en ese espacio de mi mente que solo le pertenecía a ella: «Averiguar cuáles son las flores favoritas de Anna. Comprarle a Anna sus flores favoritas».

—¿Qué estabas pensando? —me preguntó.

—Nada.

—Mentira. Sonreías.

—Se puede sonreír y no pensar en nada —repliqué.

Soltó una risita.

—Eso solo lo hacen los bobos.

—¿Me estás llamando bobo?

De repente, una voz a nuestras espaldas nos interrumpió.

—¿Anna? ¡Anna!

Nos detuvimos en seco. Al girarnos, vimos a un hombre de unos cuarenta y tantos años que avanzaba hacia nosotros con paso incierto. Llevaba el pelo revuelto y una barba mal rasurada. La ropa que vestía le quedaba grande y estaba muy arrugada, como si

hubiera dormido con ella. Tenía el aspecto castigado de alguien a quien la vida se le había ido de las manos hacía mucho tiempo.

—¿Hija, eres tú?

La reacción de Anna fue instintiva y visceral. Retrocedió con la bolsa aplastada contra su pecho antes de quedarse paralizada. Toda su luz se evaporó de golpe y su rostro palideció hasta perder cualquier rastro de color. Tenía los ojos clavados en ese hombre, muy abiertos y asustados, como si estuviera viendo un fantasma.

«¡¿Hija?!», repetí en mi mente, descolocado.

Miré al hombre y luego a Anna, que apenas lograba respirar.

—No puedo creerlo... Eres tú —continuó el tipo, con una sonrisa torpe pintada en la cara—. Estás hecha toda una mujer, casi no te reconozco.

Todo en mi cabeza saltó por los aires.

¿Ese hombre era el padre de Anna? ¿El mismo padre que ella me había asegurado, meses atrás, que no existía? Después de esto, íbamos a tener una conversación muy seria.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, tres años? —preguntó él, mientras ella seguía sin reaccionar—. Es increíble lo mucho que te pareces a tu madre, siento que la estoy viendo a ella.

Entonces, algo hizo clic dentro de Anna. En un instante la vi transitar por una tormenta de emociones y ninguna era buena. El miedo y una desconfianza afilada se entrelazaban dando forma a una determinación feroz. Vi cómo se armaba de valor, con todo el cuerpo en tensión y un brillo iracundo en los ojos.

—¿Por qué estás aquí? —siseó.

—Calabacita... —dijo él, desconcertado por su tono.

Yo también lo estaba. Nunca la había visto así.

—¿Qué haces aquí? —le escupió.

—Iba... iba a coger el metro.

—Mentira, me estabas buscando.

—¡No! Encontrarnos ha sido pura casualidad, pero ¡cómo me alegro de verte! —exclamó acercándose a ella.

Por instinto me adelanté para interponerme si era necesario. No entendía nada de nada; era incapaz de hilar dos pensamientos coherentes, pero sí me daba cuenta de que Anna rechazaba a ese hombre con todo su ser.

—No te acerques a mí.

—Hija, soy tu padre.

—¡Te dije que no quería volver a verte nunca más! ¡Te lo dije! —le gritó con tanta rabia que algunas personas se dieron la vuelta para mirarnos—. Te pedí que me dejaras en paz de una vez. No tengo nada para ti.

Una alarma sonó en mi interior.

Debía detener aquella mierda, pero Anna me frenó con un gesto casi invisible.

Apreté los labios sin quitarle la vista de encima a su padre; el tipo no cedía un ápice.

—Anna, sé que no he sido el mejor padre, pero... —Hizo una pausa que aprovechó para mirarme de arriba abajo, como si me evaluara, pero enseguida se centró de nuevo en ella—. ¿Sabes? Ya no bebo. No he recaído después de salir.

—¿Y esperas que te felicite?

—No, claro que no.

—Por favor, vete —le rogó.

—Merezco que me odies, lo sé, pero ya que nos hemos encontrado... ¿por qué no hablamos? ¿Cómo has estado? ¿Cómo te va?

—Nunca te ha importado, y ahora tampoco.

—Hija, por favor.

Anna empezó a temblar y vi las señales en su rostro. La ansiedad haciendo estragos en su interior, desbordándose. Le pasé el brazo por los hombros y la pegué a mí con un gesto protector.

—Oiga, ya le ha dicho que no quiere hablar con usted —intervine.

Él me miró con una sonrisa tensa.

—¿Es tu novio? —le preguntó a ella—. Vaya, qué buen aspecto. ¿A qué se dedica?

Entonces se dirigió a mí con la mano extendida.

—Hola, soy Jack, el padre de Anna.

Aquello fue la gota que colmó el vaso para ella. Se plantó entre los dos y lo empujó en el pecho con rabia.

—Escúchame bien, quiero que te largues y no vuelvas. Y si te acercas a él, juro que te mato, ¿lo entiendes? Te mato —le dijo entre dientes.

Jack levantó las manos en un gesto conciliador y comenzó a caminar hacia atrás con pasos torpes antes de darse la vuelta; se alejó echando vistazos furtivos por encima del hombro hasta convertirse en un punto en la distancia.

Bastó que su figura se perdiera a lo lejos para que la entereza de Anna se quebrara. Toda la determinación que la había sostenido se disolvió en un segundo, dejándola desprotegida y sin fuerzas. Empezó a temblar mientras su respiración se aceleraba en un jadeo corto y errático, y se cubrió el rostro con ambas manos.

Me acerqué a ella despacio, haciendo todo lo posible por poner orden en mis pensamientos y en mis sentimientos. Coloqué mi mano sobre su cabeza y la acaricié.

—Anna...

—Ahora no —dijo con la voz ahogada entre los dedos.

—¿Ahora no? —repetí desconcertado. Se me escapó un ruidito, una mezcla de incredulidad y enojo que se me anudaba en el

estómago—. ¿Después de lo que acaba de pasar me dices «Ahora no»?

Hasta entonces había respetado cada límite que había impuesto entre nosotros: sus silencios, sus evasivas, sus secretos, su miedo a comprometerse. Me había esforzado por entenderla incluso cuando no lo lograba. Pero yo también tenía un límite de aguante y ella lo estaba poniendo a prueba ahora. Inspiré hondo para mantener la calma y no comportarme como un imbécil.

—¡Joder! Vas a tener que hablar conmigo —mascullé mientras me frotaba la nuca.

Se destapó la cara y me miró con los ojos acuosos y enrojecidos. Me obligué a blindarme; esta vez no iba a ceder.

—¿Y crees que este es el lugar y el momento? —articuló mientras le temblaba la barbilla.

—¿Y por qué no? Es tan bueno como cualquier otro —le respondí con dureza.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Ni siquiera sé cómo estoy, Anna. Me dijiste que no tenías familia, que no tenías un padre. Entonces, ¿quién cojones era ese tío?

—Nadie —escupió, dando media vuelta con intención de marcharse.

—No puedes tratarme así.

Se giró.

—¿Cómo?

—Como si fuese cualquiera.

Me miró desesperada.

—No es así como te trato —dijo en un ruego—. Eres importante para mí.

—¿Solo importante? —se me escapó una risa amarga, llena de decepción—. A mí me parece que no. Trabajas conmigo, vives conmigo y haces el amor conmigo. Conoces a mi familia y a mis amigos. Lo sabes todo sobre mí, pero yo ni siquiera puedo preguntarte sobre algo en lo que me has mentido descaradamente.

—¡Yo no te he mentido! —estalló, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. No tengo padre, es cierto. ¡Porque un padre de verdad no les hace a sus hijos lo que él me hizo a mí!

—¿Qué te hizo, Anna? —le exigí, dando un paso hacia ella, y luego le rogué—: Cuéntamelo.

Negó varias veces, rehuyendo mi mirada.

—Anna.

Ella vaciló un instante. Entonces, se abrió:

—¿Quieres saberlo? ¡Bien! —exclamó con la voz rota—. Cuando mi madre murió, lo único que hizo ese hombre fue beber día tras día hasta desmayarse. Dejó de ir al trabajo y cada centavo que conseguía lo gastaba en alcohol. No compraba comida, no pagaba las facturas y el banco acabó por desahuciarnos. ¡Él mismo llamó a los servicios sociales para deshacerse de mí! Tenía solo ocho años. —Se limpió las mejillas con el dorso de las manos—. Me enviaron a la primera casa de acogida, que era una mierda. Un año más tarde, a la segunda. Luego vino una tercera, pero en aquella me trataban bien y por fin pensé que había encontrado un lugar. ¿Sabes qué pasó?

Negué con la cabeza, en silencio, sobrecogido por la rabia y el dolor que reflejaba su rostro.

—Que mi padre regresó —continuó, masticando las palabras—. Lo hizo con un trabajo, una casa de alquiler y un asistente social que aseguraba que era apto para cuidar de mí después de llevar sobrio unos meses. ¡Me abandonó en un centro a las pocas semanas! Y no

fue la última vez. —Tragó saliva a duras penas—. Era como si tuviese un sexto sentido: siempre que detectaba que yo encontraba un lugar que podía convertirse en mi hogar, él aparecía para fastidiarlo todo de nuevo.

Hizo una pausa para coger aire y se secó la nariz con la manga.

—Me dejó en paz unos años, pero volvió a aparecer cuando cumplí los dieciocho, en cuanto supo que recibía ayudas del Estado —dijo con desprecio—. Solo venía a verme para pedirme dinero. Una semana eran cincuenta dólares, otra veinticinco... Dependía de cuántas botellas se bebiese al día. Hasta que entró en la cárcel por robar un coche y pude librarme de él.

Por un instante, una total oscuridad me cegó. Sentí un impulso primario, salvaje, que me empujaba a dar media vuelta, buscar a ese hombre y destrozarlo a golpes por haberle arruinado la infancia, por volver a aparecer para destruir la paz y la estabilidad que tanto le habían costado alcanzar. Quería hacerle pagar cada lágrima.

Pero al mirarla, la furia se disipó para dar paso a una culpa espantosa. Anna estaba frente a mí, temblando y destrozada tras escupir todo ese dolor que llevaba años conteniendo. Me sentía miserable por haber hurgado en su herida, por presionarla hasta hacerla estallar. Y pese a todo, en el fondo sabía que no había otra opción: no podíamos seguir construyendo nuestra relación sobre un terreno minado de secretos. Necesitaba saber qué había tras la persona a la que quería; sobre todo, aquello que la había hecho sufrir, para que jamás tuviera que enfrentarse a nada parecido. Yo me encargaría de eso.

Acorté la distancia que nos separaba. No dije nada. No tenía palabras que pudieran servir en ese momento. Todas sonarían vacías e inútiles comparadas con la magnitud de lo que acababa de

confesar. Simplemente la rodeé con los brazos y la pegué a mi pecho.

La sostuve con fuerza, conteniendo el temblor de su cuerpo con el mío, pero el contacto apenas duró un par de segundos. Anna se zafó con un movimiento brusco, casi violento, como si mi cercanía la quemara o fuese incapaz de soportarla.

No me miró. Sin decir una sola palabra, echó a andar a paso rápido hacia el café, dejándome atrás mientras cruzaba la puerta principal.

Apreté los dientes y me tragué la frustración. Me dirigí al callejón tirando del carro y entré por la puerta trasera.

En la cocina me topé con Levi. Estaba junto a la mesa, ayudando a emplatar.

—¿Dónde cojones te has metido? —soltó sin darme tiempo a mover una sola caja—. Estamos usando productos congelados para salir del paso y los platos dan asco.

No le respondí. Ni siquiera me molesté en buscar una excusa. Le sostuve la mirada sin parpadear, y debió de ver toda la rabia, la impotencia y el peso del desastre que cargaba en ese instante, porque cerró la boca.

Dio un paso atrás y me dejó salir.

Ocupé mi lugar tras la barra y me puse a trabajar con toda la atención de la que fui capaz, porque mis ojos no podían despegarse de la figura de Anna moviéndose por la sala.

Trabajaba con su diligencia habitual, como si la tormenta de esa mañana nunca hubiera sucedido. Sin embargo, su indiferencia hacia mí era absoluta. Evitaba mirarme, me esquivaba; su voz era fría cuando no le quedaba más remedio que hablarme. Dolía. Dolía y me abrasaba por dentro con una mezcla de autocompasión y despecho,

pero, si pensaba en ello como un adulto y no como un niño enfurruñado, era capaz de entenderla.

Anna necesitaba espacio para ordenarse, para asimilar el impacto que acababa de sufrir, para decidir si quería cerrar la grieta que se había abierto entre nosotros. Ojalá que sí. Si para sobrevivir a ese día necesitaba convertirme en su blanco, volcar esa rabia reprimida contra mí por haberla obligado a abrirse, lo soportaría.

Y eso hice: me tragué el orgullo y la impaciencia, y aguanté.

Porque ella lo valía. Porque no tenía la culpa.

Y yo solo quería darle el amor que merecía.

Hay personas que nacen iluminadas por las estrellas y otras que parecen hechas del polvo que dejan cuando se consumen. Anna era como un centro de gravedad para la desgracia, un mapa donde todos los caminos de la fatalidad se unían, un refugio para la tragedia.

Yo estaba dispuesto a cambiar ese destino, hilo a hilo, si era necesario.

40



Al cierre de la cafetería, Anna no me esperó como hacía siempre. Se cambió de ropa a toda prisa, dejó su delantal colgado en el vestuario y se marchó por su cuenta, eludiendo cualquier posibilidad de que hiciéramos el camino de regreso a casa juntos.

Llegué al apartamento una hora después con la sensación de llevar encima el peso de un camión. El silencio al cruzar la puerta se me hizo irrespirable. Al menos, Puck estaba allí para recibirme, durmiendo en el alféizar con la ventana abierta, en una de sus posturas imposibles. Dejé las llaves en el cuenco y eché un vistazo por la cocina y el salón. Ni rastro de Anna.

Fui directo a nuestra habitación, convencido de que estaría allí, escondida en la cama como hacía cada vez que se ponía triste o no se sentía bien. Pero la puerta estaba abierta de par en par y el cuarto, vacío. El estómago me dio un vuelco y abrí el armario de un tirón, que sacudió la ropa que colgaba dentro. Respiré aliviado al ver que sus cosas continuaban allí.

¿Acaso el miedo a que huyera no me iba a abandonar nunca?

Al salir, oí un crujido y un leve murmullo. Venían del fondo del pasillo.

Avancé despacio hacia la habitación de invitados, el cuarto que Anna ocupó al mudarse a esta casa, antes de que lo nuestro dejara

de ser una convivencia fortuita y pasara a ser mucho más. La puerta estaba cerrada y una fina línea de luz se proyectaba por debajo sobre el suelo de madera. Oí sus pasos, el frufrú de las sábanas y un hilo de música, que parecía provenir de la calle, colándose a través de la ventana.

Alcé la mano y rocé el pomo de latón. Mis dedos se cerraron sobre él con intención de abrir; solo quería verla, asegurarme de que estaba bien. Pero me detuve y, tras unos segundos de lucha interna, aflojé el agarre. Que hubiera cambiado de habitación era una señal directa y contundente ante cualquier acercamiento. Al menos, de momento.

Regresé sobre mis pasos en silencio.

Cogí de nuevo el casco y las llaves, me puse la chaqueta de cuero y salí de la casa. Necesitaba deshacerme de esa sensación que me carcomía por dentro. Troté escaleras abajo y salí a la calle. Mi Triumph Scrambler estaba aparcada en la acera, aún con el motor caliente. Al arrancarla, cobró vida con un ronroneo que me arrancó una sonrisa. Aceleré un par de veces y, a la tercera, salí disparado calle abajo. Sin un destino fijo. Solo quería conducir hasta que mi mente se quedara en blanco y que las únicas revoluciones que pudiera sentir fuesen las que vibraban entre mis piernas. Correr con la presión del viento en el cuerpo y ver cómo las calles se desdibujaban a mi alrededor siempre había sido mi única forma de pensar con claridad.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que la vibración insistente de mi teléfono dentro de la chaqueta me obligó a frenar y detenerme.

Me aparté a un lado de la calzada, apagué el motor y me quité el casco. Saqué el móvil y vi el nombre de mi hermano parpadeando en la pantalla junto a cuatro llamadas perdidas. Descolgué y me lo llevé a la oreja.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—Dando una vuelta en moto.

—¿Qué demonios ha pasado entre Anna y tú esta mañana? —me soltó sin rodeos.

Guardé silencio un par de segundos, incapaz de articular ninguna explicación coherente.

—Hey —susurró al otro lado.

—Estoy asustado —me quebré.

—¿Por qué?

—Porque quiero que dure, pero siento que se va a acabar en cualquier momento.

—Durará —me aseguró sin un ápice de duda.

Cerré los ojos, quería creerle.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué te dije sobre Gaby?

—Que no era la indicada.

—Pues ahora te digo que Anna lo es.

Reí por no llorar. Muchos de los sentimientos que había intentado controlar se estaban desbordando de golpe, arrastrándolo todo a su paso.

—No tienes idea de lo que está pasando. Nunca me he enfrentado a nada igual. Siento que no puedo manejarlo, que todo es demasiado complicado, y, aun así, no quiero soltarla.

—Es verdad, no tengo ni idea, pero puedes contármelo. —Lo oí caminar y luego el tintineo de unas llaves—. Ve al *skatepark*, ¿lo recuerdas?

—Claro.

—Yo llevo las cervezas.

Colgué y di la vuelta en dirección al puente Zakim. Las pistas iluminadas estaban encajadas justo debajo de las columnas de

hormigón y a escasos metros del ferrocarril.

Aparqué junto a uno de los pilares. Colgué el casco y la chaqueta del manillar, y caminé hacia las rampas. Me senté sobre una de las barandillas, dejando que mis piernas colgaran en el aire mientras la brisa nocturna me secaba el sudor del pelo.

Minutos después, Levi apareció andando con su paso desgarbado y una sonrisita de suficiencia en la cara. En una mano llevaba una bolsa de plástico llena de latas de cerveza, que por el goteo que iba dejando tras de sí, estaban la hostia de frías. Bajo el otro brazo cargaba con dos monopatines de madera gastados y descoloridos.

Reconocí las tablas de inmediato. La mejor inversión de nuestra adolescencia.

—¿Aún los conservas? —pregunté, señalándolos con una sonrisa incrédula.

—Tirarlos sería un crimen —respondió Levi, mientras dejaba las tablas en el suelo y me pasaba una cerveza—. En esa madera hay sangre, sudor y mi propia carne —atestiguó con dramatismo, mientras señalaba una cicatriz en su antebrazo.

Me reí. Era verdad, entre los dos podríamos remendar a la criatura de Frankenstein.

Abrió una lata y se recostó en la rampa, invitándome con un gesto a que lo acompañara. Unos críos hacían piruetas con unas BMX y los observamos en silencio un rato mientras bebíamos.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó como si lo hiciera sobre el tiempo.

Abrí una segunda cerveza y durante unos segundos no fui capaz de decir nada, pero después ya no pude guardármelo. Tenía que hablar con alguien, y Levi sabía escuchar. También darme consejos que solían parecerme una mierda, pero solo porque siempre tenía razón. Así que se lo conté todo, hasta lo que no debía porque no me

pertenecía a mí, pero necesitaba ayuda para gestionar todas esas cosas que me costaba entender y que no sabía cómo afrontar.

Porque ¿cómo haces para no cagarla con una persona cuya vida está marcada por el abandono, el abuso y el maltrato? ¿Cómo consigues que mire hacia delante si no concibe ningún futuro más allá de la próxima semana?

Yo no tenía ni idea.

Solo sabía querer; por lo menos eso se me daba bien.

—Cuando escucho historias como la de Anna, me doy cuenta de la suerte que hemos tenido —dijo mi hermano—. No sé, soy consciente de que esas cosas pasan. Las noticias están llenas de casos, pero, al menos yo, vivo tan ajeno a esa realidad que las miro como si estuviese viendo una película. Así que entiendo cómo te sientes.

Tragué saliva. Notaba la garganta seca después de hablar tanto.

—¿Sabes lo difícil que es estar con alguien a quien quieres, pero a quien apenas conoces porque lo único que te cuenta son medias verdades?

—Bueno, mira el lado positivo: no creo que tenga más secretos en el cajón —apuntó él.

—Me daría igual que los tuviera, siempre que no me los ocultara a mí.

Mi hermano manifestó con un gruñido que estaba de acuerdo.

—¿La ayudarías a esconder un cadáver?

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—Joder, ¡pues claro! A ti te ayudé con el pobre erizo de la señora Logan cuando te sentaste encima, y me importas mucho menos.

—¿Por qué me recuerdas eso? Lo había olvidado. Además, fue un accidente.

Puse los ojos en blanco.

En mi pecho volvió a removerse la preocupación. Sabía que parecía un disco rayado, pero no lograba salir de ese bucle.

—En serio, solo quiero que confíe en mí y se dé cuenta de que no hay absolutamente nada que pueda cambiar lo nuestro.

—Dale tiempo, Joel. Ni siquiera creo que esté enfadada contigo ni que te vaya a dejar por una discusión. Estoy seguro de que solo se siente avergonzada. Ponte en su lugar.

Me detuve a pensar en lo que había dicho y me vino a la memoria la imagen de ese tipo. Sentí asco y el deseo de estamparle la cara contra un muro para borrarle esa puta sonrisa con la que se había atrevido a dirigirse a ella.

—¿A quién estás asesinando? —me preguntó Levi entre risas.

Parpadeé un par de veces y lo vi de pie, mirándome desde arriba.

—¿Qué?

—Nada. Ten.

Me pasó uno de los monopatines. Arrugué la frente.

—¿Va en serio?

—¿Crees que los he traído para que les dé el aire?

Me puse en pie y agarré la tabla por el eje. El tacto familiar del aluminio y la madera me trajo de inmediato una oleada de recuerdos. Dejé caer el *skate* al suelo con un golpe seco que resonó bajo la estructura de hormigón del puente. Subí un pie, me impulsé con el otro y me lancé por la rampa. La velocidad, el ruido atronador de las ruedas contra el cemento y la vibración que me subía por las rodillas me hicieron soltar una carcajada.

Levi no tardó en seguirme. Lo vi pasar a mi lado como una exhalación y hacer un *ollie* casi perfecto. Le aplaudí, orgulloso. Y así, durante un rato, el tiempo y los problemas dejaron de existir. Regresamos a esos años, cuando no había obligaciones ni responsabilidades, ni conversaciones difíciles esperándonos al volver

a casa. Nuestra única preocupación era que no nos pillaran en alguna de las tantas cosas que tramábamos.

Acabamos tirados sobre el cemento, jadeando para recuperar el aliento con una sonrisa enorme pintada en la cara. Miré al cielo estrellado, sintiendo que el nudo que me apretaba el estómago se había aflojado. Pensé en Anna con la mente más calmada. ¿Habría cenado? ¿Estaría ya durmiendo? Hice una mueca al recordar que se había marchado a la otra habitación y que al llegar encontraría nuestra cama vacía. No me gustaba esa idea. Por muy enfadada que estuviera, castigarnos con distancia no era la solución.

—Levi...

—¿Mmm?

—Cuando Becca y tú discutís, ¿dormís separados? En habitaciones diferentes, quiero decir.

—Ya me gustaría tener otra habitación, desde que Carly nació...

Estiré el brazo y lo golpeé en el hombro.

—Hablo en serio.

—No, nunca —respondió con sinceridad—. ¿Sabes lo que me dijo mamá el día de mi boda?

Giré la cabeza para mirarlo y él hizo lo mismo.

—¿Qué?

—Intenta no irte a dormir enfadado. Pero si no te queda más remedio, dale la espalda a tu esposa y no al sofá. Es más fácil abrazarse por la mañana.

Sonreí desde el corazón, mientras la imagen de mi madre me venía a la memoria. La imaginé arreglándole la corbata a Levi mientras le decía esas palabras, porque en su forma de entender el amor no había espacio para el rencor.

Dios, cómo la echaba de menos.

Me puse en pie de un salto, sacudiéndome el polvo de los pantalones. Aquellas palabras eran justo lo que necesitaba.

—Tengo que irme a casa —anuncié con determinación y me dirigí a la moto.

Levi se incorporó a toda prisa y agarró las tablas al paso.

—Yo también, espera. No me dejes aquí tirado.

Conduje de vuelta al apartamento sin perder un solo segundo.

Estaba tan nervioso que, en lugar de tomar el ascensor, subí por las escaleras para no dejar de moverme. Solté el casco y la cazadora sobre el sofá y crucé el pasillo con paso firme, directo a la habitación de invitados.

Vi luz bajo la puerta, aún no dormía.

Entré sin llamar.

Estaba recostada contra el cabecero de la cama, enfrascada en su lectura. Sin darle tiempo a reaccionar, le quité el libro de las manos, lo dejé en la mesita y la cogí en brazos. Ni siquiera le di margen para protestar mientras la llevaba por el pasillo en volandas hacia nuestro cuarto.

La deposité en su lado de la cama con cuidado, pero con firmeza. Evitando que volviera a escabullirse, la envolví con el edredón como si fuese un rollito. Me estaba costando la vida no echarme a reír viendo la expresión de su cara, una mezcla entre alucinada y «pienso matarte».

—Voy a ducharme —le dije, mirándola fijamente a los ojos—. No te muevas de ahí. Lo digo muy en serio.

Entré en el baño en dos zancadas. Me saqué la ropa y abrí el grifo. No esperé a que el agua se calentara y el primer chorro me hizo bufar. No tardé más de cinco minutos en volver a salir, con una toalla anudada a la cadera y secándome el pelo.

Anna seguía allí. Se había colocado de lado, mirando a la pared y con las manos entre la almohada y su mejilla. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Estaba tan tensa que si la hubiera pinchado habría saltado como un gato hasta encaramarse en el techo. La idea me hizo sonreír.

Me acerqué al armario, me despojé de la toalla y me puse un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes. Luego levanté el edredón y me tapé con él.

Me tumbé boca arriba, con el brazo bajo la nuca, y contemplé el techo. Tragué saliva. No se me ocurría nada que decir. Me devané los sesos buscando algo que me sirviera para romper el hielo, pero mi mente estaba en blanco. ¡Joder! Para ser la parte más importante del plan, la había pasado por alto. ¡Qué idiota!

—Hueles a alcohol —masculló.

Giré la cabeza sobre la almohada para mirarla.

—Pero si me he lavado los dientes.

—Da igual, se nota a un kilómetro.

Me llevé la mano a la boca y eché el aire. A mí me olía a enjuague bucal.

—Solo han sido dos cervezas, y fue hace horas.

—Se te habrá pegado de algún club —replicó en un tonito mordaz.

Sonreí. Me encantaban esos celitos tontos.

—No he ido a ningún club. He estado con Levi montando en monopatín en las pistas bajo el puente Zakim. Él ha llevado las cervezas.

Al ver que se quedaba callada y pasaban los segundos, añadí:

—No se me da tan bien como antes, me he hecho un buen raspón.

—¿Te has lastimado?

—Mucho —contesté de inmediato.

Se dio la vuelta, mirándome con desconfianza. Le enseñé el codo.

Anna arrugó la frente mientras lo observaba con atención.

—¡Si casi no se ve!

—Que sea pequeño no quiere decir que no duela.

Puso los ojos en blanco, pero no volvió a darme la espalda. Nos miramos en silencio.

—Lo de hace un momento, ¿lo has sacado de alguna película?

Me reí y luego negué.

—No, es un consejo familiar. Algo que decía mi madre.

—¿Y se puede saber qué decía ese consejo?

Me puse de lado para mirarla a los ojos.

—Que no importa cuánto discutamos ni lo enfadados que estemos. Nunca, jamás, dejes esta habitación como has hecho hoy.

—¿Por qué?

—Porque no podríamos hablar, como hacemos ahora, y por la mañana seguiríamos enfadados hasta que uno de los dos cediera a su orgullo, y no quiero que seamos así.

—Siento haberlo pagado contigo, pero... es que odio a ese hombre. Lo odio muchísimo.

—Tienes todo el derecho a sentirte de ese modo.

Me observó fijamente y yo a ella. Podía ver cómo algo daba vueltas en su cabeza. Algo que la preocupaba, porque las arruguitas en su frente solían delatarla.

—Siempre me ha dado vergüenza hablar de las cosas que he vivido y de las personas que me han rodeado —empezó a decir—. La gente siempre te juzga. Una de esas veces que «él» apareció para pedirme dinero, lo hizo en mi trabajo y ese mismo día me echaron. Les importó más su apariencia y comportamiento que el esfuerzo que yo llevaba meses haciendo allí. De la misma manera que otras personas me cuestionaban cuando me veían con golpes: «algo

habrá hecho», «si lo aguanta es porque quiere», «nadie la obliga a quedarse». Lo mejor es que nadie sepa nada.

—Pero yo no soy nadie, Anna.

—Lo sé.

—A mí puedes contarme cualquier cosa sin miedo, no importa lo que sea, porque siempre te apoyaré y creeré en ti.

—No afirmes cosas así tan a la ligera —murmuró.

—No soy de los que hacen nada a la ligera.

Anna dejó ir un suspiro pesado.

—Tú crees que basta con que una parte admita que ha cometido un error, o que se ha equivocado, y pida perdón. Ya está, todo arreglado. Pero es que no es tan sencillo, Joel.

—No he dicho que lo sea, pero todo el mundo merece una segunda oportunidad. Y si esa persona te importa, con más razón.

Anna aspiró bruscamente y contempló el techo.

—No cuando es un error imperdonable.

Pensé que estaba hablando del miserable de su padre y de su maldito ex, de ahí su empeño. En ese caso, tenía razón, había errores imperdonables, además de crueles si la persona que los cometía los negaba o los escondía para no afrontar las consecuencias. Le aparté un mechón de la frente y luego deslicé el dedo por el perfil de su nariz hasta detenerme en la punta. La presioné como si fuese un botón. Ella apenas curvó los labios.

—Tienes razón, los hay —dije.

—Aunque a veces las personas que cometen esas faltas no tenían la intención de hacer daño a nadie —susurró, y el tono de su voz bajó hasta convertirse en un hilo casi inaudible—. Solo pasó... y luego se vieron obligados a cargar con las consecuencias y la culpa, con el silencio... A vivir con ello, aunque les resulte imposible. Mientras siguen cometiendo otros errores igual de enormes. Porque

así funciona, ¿no? Tras el primero, si no lo arreglas, siempre hay un segundo, y un tercero, porque es el único modo de...

Apretó los labios sin terminar la frase y forzó una sonrisa que no era más que una mueca. Sus ojos, grandes y brillantes, recorrieron mi rostro como si estuvieran buscando algo en él. Mi corazón se saltó un latido, como dándome un aviso.

Yo intentaba en vano seguirle el hilo.

—Pero siguen siendo imperdonables, ¿verdad? —añadió.

Arrugué la frente, completamente desubicado. Había algo en su tono, una gravedad demasiado específica que no terminaba de entender. Me estaba perdiendo en la conversación.

—¿A qué vienen esas divagaciones, Anna? —le sonreí, acariciándole el rostro.

Parpadeó varias veces, como si tratara de borrar una imagen de su mente. Me devolvió la sonrisa, pequeña y agotada.

—Nada —murmuró mientras se acurrucaba pegándose a mí, con mi brazo como almohada—. Solo estoy cansada y no sé lo que digo. Creo que aún me siento un poco sobrepasada.

No dije nada más; yo también estaba agotado.

La abracé con fuerza y la estreché contra mi pecho como si pudiera fusionarla conmigo. Escondió la cara en el hueco de mi cuello y, lentamente, la tensión abandonó su cuerpo. Su respiración se relajó, al igual que sus latidos, y no tardó en quedarse dormida. Enredé un mechón de su cabello entre mis dedos y lo acaricié, sintiendo su tacto. Era suave y sedoso.

Dejé escapar un largo suspiro. Los párpados me pesaban y cerré los ojos.

La besé en el pelo, mientras disfrutaba del calor de su piel y del ritmo pausado de su respiración. Pensé en lo mucho que quería abrazarla así todas las noches de mi vida.

Y los días los dedicaría a demostrarle que estábamos hechos el uno para el otro.

Que nadie iba a quererla mejor que yo.

Que juntos éramos increíbles.

Y el destino había enlazado nuestros nombres.

Y así, poco a poco, me quedé dormido.

41



El resto de la semana pasó con tranquilidad y, casi sin darnos cuenta, ya era sábado por la noche. Tal y como papá había planeado, nos reunimos en Le Stelle, un restaurante italiano pequeño y elegante, escondido en una esquina en North End, con manteles blancos y centros florales con velas.

Éramos ocho a la mesa: Meryl presidiendo radiante con papá a su lado; Gracie, la hija de Meryl, que había venido desde California con Eric, su prometido; Levi, Becca, Anna y yo.

Anna estaba sentada a mi lado, con un vestidito blanco, una rebeca gris de punto y zapatos planos marrones. Llevaba el pelo suelto y a cada rato me quedaba embobado mirándola. Verla conversar con los demás, relajada y riendo, me abstraía del resto del mundo.

Entre platos de pasta humeantes y brindis improvisados por Meryl, la cena transcurrió con esa calidez que solo se siente en familia. Para cuando llegaron los postres y las copas de *limoncello*, mi hermano ya nos había arrastrado a todos a uno de esos juegos de preguntas absurdas y escenarios hipotéticos que nadie quería responder.

—A ver, sinceramente, ¿qué película aclamada por la crítica os parece un fraude? —lanzó Levi, señalándonos con un palillo—. Sin juzgar, ¿eh? Papá, tú primero.

—*Interstellar* —respondió sin dudar.

Meryl lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Pero si hace nada hablamos de esa película y me dijiste que era espectacular!

—Visualmente maravillosa, sí —admitió él, sirviéndose más licor con parsimonia—. Pero pretender resolver una ecuación de física cuántica y salvar a la humanidad con «el poder del amor» es una perezosa estafa filosófica. Dejemos esa misión a los Vengadores.

—*Infinity War*, esa sí que fue un fraude —intervino Eric.

—Por ahí no paso —salté como si me hubiera apuñalado el corazón—. Esa película es una obra maestra en todos los aspectos.

—«No buscamos perdón. Y ya dejamos de pedir permiso» —coreamos Levi y yo, imitando al Capitán América.

Becca puso los ojos en blanco y Anna se echó a reír.

—Para mí, una de las sagas claramente sobrevaloradas es *El señor de los anillos* —dijo Gracie.

Levi se llevó las manos a la cabeza.

—Ahora sí que la hemos liado —masculló. Miró a Becca con una súplica—. Cariño...

—Disculpa, ¿qué acabas de decir? —repuso ella, tan seria como roja.

Desde ese momento, la mesa se convirtió en un caos. Becca defendía las películas como si le fuera la vida en ello y Gracie cambió de tema llamando cursi a *Mamma mia!* Meryl casi se echa a llorar en medio del restaurante, porque estaba convencida de que era la película favorita de ambas desde la primera vez que la vieron juntas.

Las despedidas se alargaron casi tanto como la cena. Entre abrazos, promesas de volver a verse pronto y las últimas risas, nos separamos en la puerta del restaurante. Papá, Meryl, Gracie y Eric se

alejaron en un Uber, mientras que Levi y Becca se encaminaron a la parada de metro más cercana.

Anna y yo nos quedamos solos en la acera, mirándonos sin dejar de sonreír.

La brisa soplaba desde la costa cargada de humedad y un profundo olor a salitre. Aunque no era muy tarde, la calle estaba casi desierta y el bullicio del centro quedaba demasiado lejos. A nuestra espalda, el letrero del restaurante parpadeó un par de veces antes de apagarse por completo.

—¿Te apetece caminar? Creo que necesito despejarme un poco —le pregunté.

—Me encantaría.

Nos tomamos de la mano y echamos a andar despacio por la acera.

La calma que se respiraba era un alivio después de una noche que aún trataba de asimilar. Desde que Levi y yo supimos de la cena de cumpleaños para Meryl, habíamos hablado varias veces al respecto. No porque nos pareciera mal, todo lo contrario; apoyábamos la relación de nuestro padre con ella y era evidente que se hacían bien.

Lo que no esperábamos era que su amistad «especial» evolucionara tan rápido a algo mucho más serio. Hasta un ciego se habría dado cuenta de que la cena había sido la excusa para que conociéramos a su hija: una prueba para ver cómo encajábamos todos juntos.

Mentiría si dijera que no me había sentido un poco raro en algunos momentos, pero ver a mi padre de nuevo feliz e ilusionado pesaba más que mi nostalgia y ese pellizco que notaba en el pecho cuando pensaba en mi madre.

—Hacía tiempo que no veía a mi padre así —dije en voz baja.

—¿Quieres decir feliz?

—Sí, justo eso. Feliz. Sufrió mucho cuando mamá nos dejó. Se rompió por completo y durante bastante tiempo temí que no pudiera avanzar. Era como un cascarón vacío, ¿sabes? Comía, dormía, iba a trabajar, cuidaba la casa y nos cuidaba a nosotros. Pero lo hacía sin vida en su interior. Como una máquina que funciona con el piloto automático.

Anna me apretó la mano con suavidad, escuchándome en silencio.

—Me asustaba que permaneciera en ese trance para siempre y, aunque entendía la magnitud de su dolor, egoístamente deseaba que olvidara a mamá un poco para que volviera a ser el de siempre. Porque me sentía como si esa noche los hubiera perdido a ambos.

Los dedos de Anna se cerraron con más fuerza sobre los míos.

—Así que ver que ha encontrado la forma de sonreír de nuevo sin sentirse culpable... no sé, me tranquiliza. Y me siento feliz por él.

—Pero...

—Ver cómo se esfuerza por Meryl o el cariño que le demuestra a Gracie. Ha sido raro. Más de lo que esperaba —le confesé—. Aunque también he visto cómo nos observaba a todos juntos en silencio... y no quiero que pierda esa mirada nunca más.

Solté su mano y la abracé por los hombros.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a tener una hermanastra. Se dice así, ¿no? Hermanastra.

—No lo sé, nunca he tenido ninguna.

—Bueno, pues ahora tienes una «cuñadastra» que mataría por defender a Frodo.

Anna soltó una pequeña carcajada, pero el eco de su risa se apagó enseguida. Se apretujó más contra mi costado, pasándome el brazo por la cintura mientras caminábamos a paso lento.

—Tienes mucha suerte, ¿lo sabes?

—¿Por tener una madrastra, una hermanastra y un «cuñadastro»? —bromeé achispado, mientras me reía de mi propio trabalenguas.

—Por el padre que tienes —me corrigió con voz suave.

Pero había algo forzado en ella, un matiz distinto, como una sombra que trataba de esconder.

No necesité que dijera nada más para saber que estaba pensando en su propio padre: esa figura ausente y errática que solo había causado destrozos en su vida. Me detuve y me giré hacia ella, sujetándole el rostro con ambas manos para que me mirara a los ojos.

—Él también te quiere a ti, Anna —le dije, asegurándome de que cada palabra le llegara bien adentro—. Y no porque seas mi novia. Te quiere por cómo eres. Te aprecia, te respeta como persona, no solo por aguantarme a mí. Para él, tú ya eres de la familia.

Anna se quedó en silencio un segundo. Apartó mis manos y bajó la barbilla mientras parpadeaba con rapidez, intentando no llorar. Me dio la espalda para que no la viera secarse las mejillas.

Me acerqué por detrás y la abracé por la cintura. Se dejó caer contra mi pecho y descansó la cabeza en mi hombro. Un suspiro tembloroso sacudió su respiración.

—¿Estás bien? —le susurré al oído.

Asintió mientras se aferraba a mis brazos.

—Solo me he emocionado un poco. Es que... yo también les he cogido mucho cariño y...

—¿Qué?

—Nada, solo eso.

La estreché más fuerte. Esperaba que con el tiempo perdiera del todo ese miedo instintivo que tenía a querer y dejarse querer, a echar raíces y aceptar que hay personas que llegan para quedarse;

personas que te aman sin condiciones, solo por quien eres sin importar de dónde vengas o qué has hecho antes.

Pensé en mi padre sintiéndose vivo de nuevo.

Pensé, con Anna entre mis brazos, que las piezas de mi mundo habían encajado por fin tras dos años perdido.

Pensé en lo mucho que me apetecía besarla, y eso hice.

42



A la mañana siguiente, fui con Levi al Wake Up para hacer algunas reparaciones que llevábamos posponiendo desde hacía días. Cosas pequeñas que nosotros mismos podíamos solucionar sin necesidad de llamar a un profesional, como cambiar los fluorescentes estropeados, reemplazar las tablas del zócalo deterioradas por el roce de las sillas o pintar el frontal del mostrador, entre otras muchas.

Siempre había alguna cosa que fallaba o dejaba de funcionar.

Dejamos la puerta principal abierta para que circulara el aire, pero con un cartel de CERRADO bien visible en el exterior.

Levi se encontraba detrás de la barra, cambiando los rieles de un cajón que se había descolgado, mientras yo me encargaba de unas mesas que se movían.

Hablábamos sobre la posibilidad de mantener el café abierto todo el día y contratar más gente para ese turno, lo que también suponía más trabajo para nosotros dos, que debíamos supervisar, coordinar y estar presentes. La idea de doblar los ingresos era muy tentadora: una casa más grande, un coche más grande, mejores colegios, invertir a largo plazo y no preocuparnos por el futuro.

Sin embargo, ¿dónde quedaba el tiempo para la familia y para uno mismo?

—Me gusta este sitio, pero no como para vivir en él —le dije a Levi —. Nos va bien sirviendo solo desayunos y almuerzos.

—Prefiero seguir siendo pobre y ver a mi mujer cuando llega del trabajo —respondió mientras se asomaba desde el otro lado—. Pásame la cinta americana.

Fruncí el ceño y dejé a un lado el destornillador para comprobar que la madera ya no se movía.

—¿No irás a sujetar el riel con cinta?

—¿Me tomas por idiota?

—Muy listo no eres.

—Joder, Joel, pásame la cinta si no quieres que vaya yo a buscarla.

Me reí y le enseñé el dedo. Luego cogí el rollo de la caja de herramientas y se lo lancé.

Continuamos trabajando en silencio, con Chase Atlantic sonando de fondo en los altavoces.

—Perdone, está cerrado —oí que decía mi hermano.

—Sí, lo sé, no he entrado para tomar algo —respondió una voz desde la puerta.

Me enderecé y eché un vistazo. Todo mi cuerpo se tensó de golpe al descubrir al padre de Anna avanzando con paso lento, mirando a su alrededor con una curiosidad descarada.

¿Cómo nos había encontrado? ¿Acaso nos siguió ese día?

Me giré hacia mi hermano y cruzamos una mirada. Arrugó la frente al ver mi expresión y sus pasos comenzaron a rodear el mostrador. Es lo que tiene conocerse tanto, que no necesitas palabras para entender que algo va mal.

El tipo me miró y esbozó una sonrisa despreocupada.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Soy... soy Jack...

—El padre de Anna —terminé de decir, midiendo la distancia entre los dos.

—¡Sí, ya veo que te acuerdas! ¿Este sitio es tuyo? Está realmente bien, se ve elegante.

Levi caminó hasta colocarse cerca de mí y se apoyó en una mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Como te ha dicho mi hermano, está cerrado —le informé.

—Sí, lo sé. —Se lamió los labios, incómodo, y volvió a sonreír—. Anna trabaja aquí, ¿verdad?

No respondí.

No me gustaba que estuviera allí.

No lo quería cerca de Anna.

Y estaba dispuesto a meterme en problemas si era necesario.

Continuó al ver que yo me mantenía en silencio:

—Sé que el otro día no debí de causarte la mejor impresión, y lo entiendo. Igual que entiendo que mi hija reaccionara de ese modo al verme. —Hizo una pausa y señaló con la barbilla una mesa—. ¿Puedo sentarme?

—Adelante.

Sentía verdadera curiosidad por la razón que le había traído hasta aquí.

Se sentó a la mesa más cercana a la puerta. Me acerqué despacio y ocupé la silla frente a él. Sus ojos no dejaban de moverse recorriendo hasta el más mínimo rincón con un nerviosismo velado, pero evitaban a conciencia encontrarse con los míos.

Habló tras unos segundos:

—Solo quiero saber cómo está y si le va bien, de verdad. No he venido a buscarle problemas, es lo último que quiero.

—Está bien, y se las arregla sola sin ninguna dificultad —contesté en tono seco—. Si eso es lo que te preocupa, puedes estar tranquilo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó para sí mismo e inspiró—. Supongo que ya te lo habrá contado, pero no he sido el mejor padre del mundo. En realidad, he sido un padre pésimo. Cuando su madre murió, perdí por completo el rumbo. La quería mucho, ¿sabes? Era un ángel. Ella era la que se encargaba de todo, de Anna, de la casa y... de mí. Traté de seguir adelante, hacer las cosas que ella hacía, pero no era fácil cuidar de una niña tan pequeña.

—Sobre todo, si te pasabas el día borracho.

Jack se movió incómodo en la silla.

—Tienes razón. Elegí el modo más fácil para apagar el dolor y se me fue de las manos.

—Solo tenía ocho años, había perdido a su madre y tú pensaste que lo mejor era entregarla a los servicios sociales para continuar poniéndote hasta el culo.

—No es así, fue para rehabilitarme.

—No pusiste mucho empeño, por lo que sé.

—No te haces una idea de lo difícil que es luchar contra una adicción —protestó, alzando ligeramente la voz antes de bajarla.

—Sé lo difícil que lo tuvo ella en todas esas casas por las que pasó —lo atajé, inclinándome hacia delante—. Y cada vez que encontraba una en la que recibía un poco de cariño, tú regresabas para joderlo todo.

—Quería recuperarla, lo intenté, pero...

—¿Cuando le pedías dinero también era para recuperarla?

—Eso no estuvo bien —masculló con la mirada en la mesa—, pero no tenía a nadie, atravesaba una etapa difícil y necesitaba...

—¿Beber?

—Está bien, me queda claro lo que piensas sobre mí y no te culpo. Me lo merezco.

—¿Sabías que el tipo con el que vivía entonces la maltrataba?

La expresión de su cara respondió por él: una sombra de culpa y vergüenza cruzando por sus ojos.

—Yo... yo... un par de veces vi que tenía golpes, pero le pregunté si estaba bien y me dijo que sí.

Mis labios se curvaron en una mueca de ironía.

—Mira, has venido para saber si ella está bien y la respuesta es sí. Por primera vez lo está y pretendo que siga así. Si de verdad no quieres causarle problemas, finge que no la has encontrado y déjala en paz.

—No te preocupes, es lo que haré —me aseguró en tono vehemente—. Ahora me estoy alojando en Grove Hall, en una pensión que pago con una ayuda, pero tengo intención de marcharme pronto a Filadelfia. Allí tengo un amigo que me ha ofrecido trabajo en su taller y yo aún recuerdo cómo se arregla un motor. En cuanto consiga el dinero para el billete e instalarme, cogeré el primer autobús.

Y ahí estaba la verdadera razón de su visita, a la vista y sin rodeos.

—¿Cuánto necesitas?

—Joel... —saltó mi hermano.

—No mucho —respondió de inmediato—. Con cuatrocientos me las arreglaría.

Abrí la cartera y saqué todo el dinero en efectivo que llevaba. Lo conté; me faltaban cien pavos. Me puse en pie y me acerqué a mi hermano.

—Dame cien dólares.

—No me fío de ese tío, Joel —me susurró entre dientes—. No me gusta un pelo. Es un estafador.

—Lo sé, pero ¿y si de verdad se va? Quiero que desaparezca y la deje en paz de una vez.

—Tú mismo —murmuró frustrado mientras me daba los billetes.

Regresé a la mesa y puse todo el dinero frente a él.

Jack miró el fajo, tragó saliva, y luego me miró a mí. Levantó las manos con un gesto exagerado de rechazo, como si aceptarlo fuese contra todos sus principios. Un auténtico hipócrita.

—Oye, no he venido a pedir dinero...

—Lo sé, pero quiero ayudarte a ir a Filadelfia. Dices que tu amigo vive allí y que te dará trabajo, ¿no? Tómalo y coge el primer autobús que salga. Cuanto antes ordenes tu vida, mejor para ti.

—Sí, tienes razón... y es lo que me gustaría...

Empujé de nuevo el dinero, esta vez lo dejé al alcance de sus dedos.

Jack hizo todo un teatro de expresiones, suspiros y falsas dudas que me puso de los nervios. Aguanté paciente; solo quería que se largara y no volver a ver su cara nunca más.

—Está bien —dijo al fin.

Se puso en pie mientras doblaba el fajo y lo guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Te agradezco mucho tu ayuda, de verdad. Lo usaré bien.

—No me lo agradezcas, lo hago por Anna, no por ti.

Echó un vistazo por encima del hombro a la salida.

—Aun así, gracias. —Se frotó las palmas de las manos en los muslos—. Será mejor que me vaya. Cuida de mi hija, por favor.

—Te aseguro que lo haré.

Sin perder un segundo más, dio media vuelta y salió por la puerta.

Me quedé allí parado, contemplando a través del cristal cómo se alejaba. Me pasé los dedos por el pelo, tratando de ordenar mis pensamientos antes de girarme hacia mi hermano. Nos miramos a los ojos, evaluándonos, observándonos. Él fue el primero en resoplar.

—Va a volver —me dijo.

Una parte de mí esperaba que se equivocara; la otra sabía que tenía razón. Me encogí de hombros, indiferente; la responsabilidad sobre cualquier cosa que pudiera ocurrir a partir de ahora ya no era mía, sino de Jack.

Yo había intentado hacer lo mejor para Anna, comprando su tranquilidad por una vía pacífica, con el único propósito de mantenerla al margen y alejada de ese hombre todo lo posible. Pero si él elegía la opción equivocada y decidía regresar, pensando que podía tomarme el pelo, estaría cometiendo un grave error.

—Que Anna no se entere de que ha estado aquí —fue lo único que dije.

43



—Venga, deja de llorar. Se te está hinchando la nariz.

Anna me miró con los ojos llenos de lágrimas. Enormes y tristes. Era como ver al Gato con Botas y a Boo reunidos en su cara. Hizo un puchero, soltó un hipido y arrancó de nuevo a sollozar, mientras estrujaba a Puck contra su pecho. No sé cuál de los dos me daba más pena, si ella o el pobre minino intentando escabullirse.

—No puede llevárselo —gimió.

—Lo sé, cariño. Pero el gato es suyo y va a mudarse.

—¡A Virginia! Está demasiado lejos para visitarlo.

Asentí, frotándome la nuca sin saber muy bien qué decirle.

—En avión serían menos de dos horas, podríamos ir de vez en cuando —apunté como posibilidad.

Habría dicho cualquier barbaridad con tal de consolarla.

—Pero yo no quiero ir de vez en cuando, ¡quiero que se quede aquí!

—Sí, yo también, pero no hay nada que podamos hacer.

—Ese hombre nunca está en casa. ¿Quién lo ha cuidado todos estos meses? ¡Yo! Y ahora quiere quitármelo.

En ese preciso instante, mi teléfono empezó a sonar en la mesa. Lo agarré y vi el nombre de Dave en la pantalla. Salvado por la campana.

—Anna, es Dave, tengo que cogerlo.

Ella asintió entre sollozos y se hizo un ovillo en el sofá con el gato atrapado entre sus brazos.

Me alejé hacia el pasillo y descolgué.

—¿Qué pasa, Dave?

—Nada, tío, solo llamaba para avisarte de que vamos a suspender el bolo de mañana.

—¿Por qué?

—Ethan tiene un esguince en la rodilla.

Me froté la nuca, sorprendido.

—Joder, ¿está bien?

—Sí, solo ha sido una torcedura jugando al tenis. Dos semanas de reposo y listo.

—¿Y desde cuándo juega al tenis?

—Desde que también usa pantalones chinos —bromeó.

Rompí a reír y tuve que taparme la boca para que Anna no me oyera.

Quien realmente usaba ese estilo de pantalones era el novio de Ethan, pero nuestro amigo había ido cambiando su forma de vestir, sus aficiones y gustos por él hasta convertirse en alguien distinto. Solíamos tomarle el pelo por esa razón a la mínima oportunidad.

Eché un vistazo al salón. Anna se sonaba la nariz sin dejar de llorar y me estaba destrozando verla tan desconsolada.

—Eh, Dave, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Secuestrar un gato es un delito grave?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿De qué demonios estás hablando? —soltó de golpe.

—El tío de arriba se muda y se lleva a Puck con él. Anna lo está pasando fatal.

—Ya, bueno, lo entiendo. Adora a ese gato —suspiró él—. Pero sea lo que sea lo que estás pensando, olvídalo. No puedes secuestrar a nadie, aunque sea un animal.

—¿Y qué hay de la custodia compartida?

—Mira, voy a hacer como que no he oído eso. Te veo en el ensayo.

Y colgó.

Guardé el teléfono en el bolsillo. Exhalé un largo suspiro y regresé al salón. Anna continuaba en el sofá, con un puñado de pañuelos en una mano y el mando del televisor en la otra. En la pantalla, reconocí las primeras escenas de una película que había visto hacía ya mucho, en la que una pareja de recién casados adoptaba un cachorro de labrador llamado Marley.

—Anna, no creo que hoy sea el mejor día para ver esa película.

Solo recibí como respuesta otra sonada de mocos.

En la cocina, puse a calentar agua y le preparé una infusión con miel que la ayudara a calmarse. Me senté a su lado y le puse la taza en las manos.

—Bébetela, te sentará bien —le susurré, frotándole la espalda.

Asintió y se apoyó en mí mientras soplaba la taza.

Tenía los ojos hinchados, la nariz roja y su pelo era una maraña de nudos, y, aun así, estaba preciosa. Le aparté un mechón de la cara y le apreté la mejilla con el dedo, intentando que sonriera. No me gustaba verla triste.

Entonces, en un arrebato de estupidez, dije lo peor que se me podría haber ocurrido:

—Oye... estoy pensando... y si cuando Puck se vaya... ¿por qué no nos acercamos a un refugio de animales? Podríamos adoptar un gato. Hay cientos que necesitan una familia y...

Antes de que pudiera terminar la frase, Anna se giró hacia mí dando un bote. Apartó la taza, me miró de frente y sus ojos se encendieron con un brillo de pura incredulidad.

—¿Crees que la solución es reemplazar a uno por otro? —me preguntó con la voz rota y herida—. ¿Piensas que se pueden traspasar los sentimientos como si fuesen cromos?

—No, joder, claro que no —me apresuré a decir. La tomé por las manos—. No quería decir eso, de verdad.

—¡Pues es exactamente como ha sonado! —exclamó, apartándose de mí.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Me derrumbé en el sofá; era un idiota sin cerebro. Suspiré. Tenía que hacer algo. Buscar una solución. Y el único modo era ir hasta la fuente del problema.

Me puse en pie sin pensarlo dos veces y fui directo a la entrada, donde me detuve un par de segundos para calzarme las zapatillas.

—¿Adónde vas? —quiso saber ella.

—A arreglar esto —respondí con determinación.

44



Tomé la jarra de leche y le di forma a un trébol de cuatro hojas en la taza de café que acababa de servir. Tenía a Levi justo detrás de mí, con sus ojos clavados en mi nuca como si fuesen dos dagas.

—¿Lo amenazaste para conseguir el gato? —me preguntó por lo bajo, preocupado.

—Que no, solo mantuvimos una negociación amable y educada.

—¿Negociación? —repitió con un tonito suspicaz—. Dios, dime que no le pegaste.

Me giré de golpe y lo fulminé con la mirada.

—¿Me tomas por un matón?

—No, pero tampoco sería la primera vez que dejas a alguien con un ojo morado.

—Siempre en defensa propia —puntualicé.

—Eso es cierto —convino él. Luego alzó las cejas—. ¿Entonces?

Me tomé mi tiempo para contestar, mirando de reojo a un lado y a otro, porque la respuesta dolía. Dolía muchísimo.

—Tuve que darle mi carta de Charizard, la de 1999.

—¡¿Qué?! —exclamó atónito—. ¡La última vez que miraste el valor de esa carta superaba los mil pavos!

Escucharlo de su boca era aún peor. No iba a superarlo nunca.

—¡Sssh! Baja la voz, no quiero que Anna te oiga. Ella cree que simplemente lo convencí dándole pena.

Levi rompió a reír con ganas.

—Pena me das tú. Espero que el gato lo merezca.

Negué con la cabeza.

—Ni de coña, ese animal es un demonio —murmuré con media sonrisa.

Anna pasó sosteniendo una bandeja con tres copas de helado. Su rostro desprendía tanta luz que parecía que alguien le había pintado el sol en la cara. Al verme, sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Pero ella sí la merece —suspiré embobado.

—Mil pavos —repitió mi hermano—. Miau...

Estallé en risas a su lado, carcajadas que se hacían más fuertes cada vez que cruzábamos la mirada. Me dio una palmada en el cuello y yo me incliné hacia delante hasta apoyar la frente en su hombro. Y seguí riéndome con él, sin sospechar que esa felicidad era solo un espejismo a punto de romperse.

Que pronto perdería el rumbo.

Toda certeza.

Y a la única persona a la que se lo había dado todo.

45



Con un casco en cada mano y la mochila colgando del hombro, me apoyé en el marco de la puerta mirando de reojo el reloj de mi muñeca. Llegábamos tarde. Muy tarde.

—Anna, en serio, tenemos que irnos ya. Sabes que hoy me toca abrir a mí.

—Un segundo, un segundo... —murmuró mientras corría de un lado a otro.

Abrió el armario donde guardaba la comida de Puck y sacó una tarrina de pescado en salsa y otra de *mousse* de salmón. Ese descarado comía mucho mejor que yo. Me armé de paciencia cuando la vi llenando el comedero, separando ambos sabores para que no se mezclaran y añadiendo unas bolitas de pienso húmedo en el centro.

Busqué a Puck con la mirada y lo encontré durmiendo sobre mi mesa, encima de las partituras que había impreso la noche anterior y que ahora estaban desordenadas. Lo último que parecía preocuparle era que el atún y el salmón se mezclaran.

Miré a Anna, que se arrastraba por el suelo reuniendo todas las mantitas, peluches, pelotas y hasta un puzle inteligente al que el gato no le había hecho ningún caso desde que lo sacamos de la caja.

Solo llevábamos una semana como «padres» oficiales y yo ya soñaba con mandarlo a la universidad de los gatos. Aunque me conformaba con internarlo en un colegio. Incluso con un campamento de verano.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó Anna.

—¿Qué?

—Te estás riendo tú solo.

—Me he acordado de una tontería, no es nada.

—Pues date prisa, que llegamos tarde —dijo mientras pasaba por mi lado y salía del apartamento.

Negué con un gesto y cerré la puerta con llave a mi espalda.

Una vez en el ascensor, Anna me tiró de la manga.

—Joel...

—¿Mmm?

—¿Crees que podrías adelantarme doscientos dólares del sueldo? —me preguntó con cautela.

La pregunta me sorprendió un poco, era la primera vez que me pedía dinero.

—¡Sí, por supuesto! —respondí sin dudar.

—Es que apenas tengo ropa de verano y también necesito cortarme el pelo... —empezó a decir con la mirada en el suelo.

Negué con la cabeza en el acto y bajé la barbilla para mirarla a los ojos.

—Oye, no tienes que darme explicaciones, es tu dinero. —Me llevé la mano al bolsillo, intentando sacar el teléfono en ese espacio reducido—. Te lo transfiero ahora mismo.

Ella detuvo mi brazo y tragó saliva a duras penas. Tenía la cara completamente roja, como si estuviera pasando un momento de apuro.

—¿Podría ser en efectivo?

Esa petición me sorprendió un poco más. Nunca la había visto pagando nada con efectivo, siempre con tarjeta. Además, con todo ese sistema de autocobro que no dejaba de implementarse en los comercios, especialmente en las tiendas de ropa, tenía aún menos sentido. Quizá estaba pensando en ir a un mercadillo.

—Claro, pero solo llevo cuarenta dólares encima. Te los daré al llegar.

—Gracias.

Me incliné y le di un beso en la frente.

Tras una profunda inspiración, aguanté el aire en los pulmones. De repente, me sentía inquieto. Una presión incómoda en el pecho que me hacía querer quitarme la chaqueta y masajearlo para deshacerme de ella. Exhalé despacio.

No quería darle vueltas a la cabeza, pero mientras conducía hacia el Wake Up, fue justo lo que hice. Pensar. Pensé en el incidente de la mochila y en las pocas veces que la había visto con ropa nueva o comprando algo que no se vendiera en un supermercado con cupones de oferta. Había gastado más en ese gato en un solo día que en sí misma durante todo un mes. Y yo me había hecho cargo de la mitad de esa factura.

No dejaba de preguntarme por qué razón Anna necesitaba dinero para gastos básicos a esas alturas del mes, ¿adónde iba a parar su sueldo? ¿Aún acumulaba esas deudas de las que me había hablado? ¿Y a cuánto ascendían? Ojalá fuese menos orgullosa y confiara un poco más en lo nuestro, lo suficiente como para contarme esa clase de problemas y pedirme que le echara una mano sin más. Porque, para mí, todo lo mío era suyo y deseaba con el alma que algún día ella también lo viera de ese modo.

En cuanto llegamos al café, me dirigí a la oficina, saqué el dinero de la caja y se lo di.

—Gracias —me susurró, y a continuación se encaminó al cuarto de empleados para cambiarse.

—Anna...

Se giró en medio del pasillo y me miró muy erguida.

—¿Hay algo más que necesites?

—No, ¿por qué? —Forzó una pequeña sonrisa.

—Porque si lo hay, sabes que puedes decírmelo.

Algo sombrío centelleó en sus ojos un instante.

—Claro, pero todo está bien.

—Vale.

En ese momento, aparecieron Jenna e Isabella, Manuel las seguía a unos pasos de distancia y, tras él, Frank daba saltitos y giraba al ritmo de lo que estuviera sonando en sus auriculares.

Con todo el mundo ocupando sus puestos, abrí la puerta y los primeros clientes, que ya esperaban afuera, comenzaron a entrar. Como siempre, nos sumergimos de lleno en el trabajo, en ese ritmo frenético que no daba ninguna tregua, y que con la ausencia de Levi ese día era a ratos una pesadilla.

Toda la coordinación entre sala y cocina recaía en mí, además del trabajo que hacía a diario detrás de la barra. Y, aun así, mis ojos siempre encontraban unos segundos para buscar a Anna. La veía sonreír entre los clientes, tomar notas y desenvolverse con esa calma aparente que mantenía en todo momento, pero la duda sobre ese adelanto me seguía incomodando como un zumbido molesto y pesado.

A media mañana, siempre había un pequeño respiro entre el bloque de los desayunos y el de los almuerzos. Aproveché para ir al baño y comer algo rápido, mientras buscaba unas facturas que debía archivar. Al agacharme para abrir el cajón, vi un billete de diez dólares bajo la mesa. Lo tomé y, mientras pensaba qué hacía allí, me

di cuenta de que debía de haberse caído del dinero que le había dado a Anna y no del que guardaba en la caja.

Salí a buscarla para devolvérselo, pero no la encontré en la sala. Vi a Jenna limpiando el suelo de su sección y me acerqué para preguntarle.

—Jenna, ¿dónde está Anna?

—Ha dicho que iba a tomarse un descanso —respondió.

—Gracias.

Di media vuelta y fui al cuarto para los empleados. Frank estaba allí, sentado a la mesa con Ben, uno de los cocineros, compartiendo una ensalada y unas patatas. Ni rastro de ella.

—¿Habéis visto a Anna?

—Hace un momento he salido al callejón a fumar un pitillo y la he visto en la esquina hablando con un hombre —me dijo Manuel.

El corazón me dio un vuelco con un mal presentimiento.

—¿Un hombre? —pregunté.

—Sí, el mismo que ayer vino preguntando por ella.

Intenté no perder la calma, aunque mi mente ya iba a mil revoluciones.

—¿Ayer? —Tragué saliva—. ¿Qué aspecto tenía?

—No sé, unos cincuenta, no muy alto, barba... no me he fijado mucho.

Sentí que un rayo me atravesaba de arriba abajo y la adrenalina se disparaba dentro de mi cuerpo. «¡Maldito cabrón!», pensé mientras daba media vuelta y salía de allí a toda prisa. Crucé el pasillo y empujé la puerta que daba al callejón. Miré a la derecha, a la zona donde se encontraban los contenedores, pero estaba vacía; giré la cabeza hacia la izquierda, la única posibilidad, y me lancé en esa dirección con el corazón latiéndome en la garganta.

Justo al llegar a la esquina, me topé de frente con Anna, que venía de regreso. Mis ojos volaron por encima de ella por puro instinto y lo vi. Era Jack, alejándose rápido con las manos en los bolsillos.

No podía estar sucediendo algo así. Y todo era culpa mía, porque sabía que pasaría, conocía la historia, y no le había puesto remedio.

Clavé mi mirada en Anna. Estaba tan asustado y cabreado que apenas podía respirar. Apreté los puños y sentí que las uñas se me clavaban en las palmas de las manos.

La miré fijamente y ella me miró a mí. Estaba paralizada y sin aliento, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo. ¿Ese miedo lo provocaba yo?

—¿Para eso querías el dinero, para dárselo a él? —le solté con demasiada dureza.

Anna apretó los labios y no respondió.

—Después de todo lo que te ha hecho, ¿por qué? —alcé la voz.

—¡Porque me ha prometido que se iría si se lo daba! —exclamó.

Llené mis pulmones de aire.

—¿Cuántas veces?

—¿Qué?

—¿Cuántas veces ha pasado esto desde que apareció? —repetí.

Ella negó con la cabeza. Una vez, enérgica y breve.

—Es la primera. Vino ayer, casi a la hora del cierre, yo estaba sacando la basura. No sé cómo dio con este sitio. Me dijo que quería irse a Filadelfia, pero que necesitaba dinero para un billete de autobús y para pagar una habitación unos días.

—¿Y por qué no me lo dijiste en ese momento? —le eché en cara sin esconder mi frustración—. ¿Por qué no me lo contaste?

—¡Porque no quiero que te involucres con él! —me gritó y sus ojos se llenaron de lágrimas que alejó rápidamente—. ¡No quiero que

tengas nada que ver con ese hombre!

—Pues llegas tarde —murmuré.

Arrugó la frente, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Estuvo aquí la semana pasada, me soltó esa misma mierda sobre Filadelfia y le di cuatrocientos pavos.

Anna se quedó helada. Dio un paso atrás, como si acabara de recibir un golpe.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Tú qué crees? ¡Por ti, Anna! —respondí abriendo los brazos, exasperado—. Para evitar que se te acercara y asegurarme de que iba a dejarte en paz de una jodida vez.

Apartó la mirada un segundo, respirando muy rápido.

—Debiste decírmelo.

—No quería que te preocuparas.

—Pero ahora te enfadas conmigo por hacer lo mismo que tú ya has hecho —repuso con una mueca de desdén.

Ese gesto me molestó, y salté:

—No es lo mismo, ni de coña es lo mismo. Tengo motivos para enfadarme porque me has mentido pidiéndome ese dinero para otra cosa. Yo simplemente me callé para protegerte.

—¿Protegerme? —masculló—. Guardar silencio no te hace mejor que yo.

Me pasé una mano por la cara, derrotado y furioso.

—No lo entiendo, de verdad. —En mi pecho algo se hacía jirones —. No entiendo por qué demonios no confías en mí. Por qué tienes que hacerlo todo sola. ¡Por qué te comportas como si toda tu vida fuese un secreto que debes esconder de todo el mundo, incluso de mí!

Toqué un punto débil, pude sentirlo.

—Eso no es cierto —replicó.

—¿No? —la cuestioné con una risa amarga—. La verdad es que, después de todos estos meses, sigo sabiendo muy poco sobre ti. Y lo que he averiguado, o he tenido que suplicar para que te abrieras o no te ha quedado más remedio que contármelo porque no tenías forma de ocultarlo más. Joder, supe tu apellido y cuándo es tu cumpleaños por el contrato de trabajo. Anna Sullivan.

Me fulminó con la mirada y las comisuras de sus labios se elevaron un poco. Había rabia en su expresión y toda estaba dirigida a mí. También vi algo que no supe interpretar. Algo que se rompía tras sus ojos, que de repente parecían vacíos.

Durante un instante el aire no llegó a mis pulmones.

Y, aun así, en lugar de ceder, arremetí:

—Me pregunto qué te da tanto miedo. O es que te importo tan poco que ni siquiera merece la pena que intentes que lo nuestro tenga futuro. Es eso, ¿solo estás de paso?

Contuvo la respiración y dos lágrimas enormes surcaron sus mejillas. Su mirada reflejaba tanto dolor que todo en mí se contrajo.

—Fuiste tú el que dijo que no necesitábamos planes ni etiquetas. Tú elegiste arriesgarte, aun cuando te avisé de lo que iba a pasar —me espetó.

Me arrepentí de inmediato, porque ella tenía razón. Nunca me prometió nada, al contrario: solo aceptaba lo que yo le daba. Era yo el que había construido una vida a su alrededor. El que le había entregado las llaves de mi corazón, de mi familia, y el que fantaseaba con un futuro ante el que ella guardaba silencio y miraba a otro lado siempre que lo mencionaba.

Y, pese a todo, sentía que me quería tanto como yo a ella. Entonces, ¿dónde se encontraba el problema? ¿O es que estaba realmente ciego?

Pasó por mi lado en dirección a la puerta.
La detuve por la muñeca.
—Anna, ¿tú me quieres?
Levantó la cabeza y su mirada llorosa se clavó en la mía.
—¿De verdad aún lo dudas?
—Nunca me lo has dicho.
—Tú tampoco.
Tiró de su brazo y dejé que se soltara.

46



Había un antro en Fenway al que Levi y yo nos escapábamos de vez en cuando desde que teníamos edad para tomar una cerveza. Un lugar del que mi abuelo siempre hablaba, porque, según él, el dueño tenía buen gusto para la música y además preparaba los mejores nachos con chili de toda la ciudad.

Íbamos allí cuando de verdad necesitábamos desconectar y el mundo se nos ponía cuesta arriba. Desde fuera no era más que una puerta vieja y robusta, con un cartel de latón y madera que colgaba de un soporte y un par de ventanas con los cristales traslúcidos. En el interior, paredes de ladrillo visto y una barra de madera oscura, pulida y brillante, con los grifos de cerveza encastrados. Tras ella, estanterías de cristal en las que se alineaban decenas de botellas.

Una de las paredes estaba prácticamente cubierta con matrículas de todos los estados y el techo de madera apenas se veía bajo un montón de carteles de antiguas películas, casi todas wésterns. Al fondo, una mesa de billar y dos máquinas de *pinball*, que debían de tener como treinta años. Solo nosotros sabíamos la fortuna que habíamos gastado en aquellas reliquias.

Y de nuevo, allí estábamos los dos, sentados en un par de taburetes de la barra, dejando correr los minutos con una cerveza helada entre las manos.

—¿Estás seguro de que quieres hacer las cosas de este modo? —me preguntó Levi.

—Claro que no, pero... ¿qué más opciones tengo? Si no le paro los pies, seguirá viniendo. Puede que ahora esté pidiendo ese dinero de forma amable, ¿y qué pasa si se confía y empieza a exigirlo?

Se le formaron unas pequeñas arrugas entre las cejas. Se frotó el mentón, pensando unas respuestas que ya sabía de antemano; porque éramos iguales y pensábamos de la misma manera. Funcionábamos en la misma sintonía. Siempre lo habíamos hecho y no habríamos podido estar más unidos ni aunque hubiéramos nacido como siameses.

Cruzó los brazos sobre la barra y me dedicó una sonrisa genuina, sin ninguna reserva.

—Joder, aún tenemos edad para jugar a los gánsteres, ¿no? Además, ¿a que me doy un aire al actor de *Peaky Blinders*?

—¿Cilian Murphy?

—¡No! Tom Hardy.

Rompí a reír.

—Ya te gustaría.

Solté el aire con fuerza, como si así pudiera librarme de toda la basura que tenía dentro.

Me volví hacia la puerta cuando oí las campanillas. Sonreí y alcé la mano para que Dave me viera.

—Hola —nos saludó. Miró a su alrededor encantado—. ¿Por qué no me habíais hablado antes de este bar? Es genial.

—Porque este es el cuartel general de los Barrett y solo puedes tener acceso si eres uno de ellos —le contestó Levi—. ¿Verdad, Elan?

Elan, el dueño del local, levantó el pulgar desde la esquina de la barra.

Dave puso los ojos en blanco y se sentó en el taburete que había a mi lado.

—¿Y a qué viene la excepción de hoy, vais a adoptarme?

—No, Dave, tú ya eres de la familia. Pero hoy harás por fin tu juramento de hermano con nosotros, no hay nada más legítimo que eso —continuó Levi.

Dave me miró sin entender absolutamente nada.

—¿Cuántas cervezas se ha tomado ya? —me preguntó por lo bajo.

—No tantas como imaginas. Te está hablando en serio.

—¿Sobre qué?

Coloqué mi mano en su hombro y le di un apretón.

—Eres mi mejor amigo, ¿verdad?

—¿Vas a declararte? —bromeó, poniéndome ojitos.

Se me escapó una carcajada.

—Dios, deja de hacer el imbécil y contesta.

—Sí, soy tu mejor amigo.

—Y si lo necesitara, me ayudarías sin dudar.

—Claro, a muerte, tío.

—Es lo que quería oír.

Una hora más tarde, Dave detuvo el coche en la dirección que nos había indicado el navegador. A través de las ventanillas, los tres contemplamos el edificio donde se encontraba la pensión. No era la peor zona de la ciudad, pero tampoco un lugar en el que yo viviría por propia elección.

Tragué saliva. El corazón me golpeaba el pecho.

—¿Estás seguro de que es aquí? —le pregunté a mi hermano.

—Si no mintió ese día, este es el lugar.

—No puedo creer que me hayáis convencido para hacer esto —protestó Dave.

—¡Pero si lo vamos a hacer todo nosotros! —exclamó Levi.

Me giré hacia mi amigo.

—Solo estás aquí como testigo y apoyo legal, nada más.

—Es que sigo sin entender qué significa eso.

Se lo había explicado unas diez veces, ¿qué importaba una más?

—Pase lo que pase ahí dentro, si acabamos en comisaría, tú solo tienes que declarar que fue culpa del otro tío y que nosotros actuamos en defensa propia —le resumí.

Entornó los ojos, nada convencido.

—Pero si sois vosotros los que vais a irrumpir en su casa.

—Y esa es la otra parte de tu trabajo: serás nuestro abogado si nos detienen.

—Técnicamente no soy abogado aún —apuntó.

—¿Te estás rajando? —saltó mi hermano.

—¡No! ¡Claro que no! Solo señalo lo que puede salir mal, que es casi todo. ¡Pero allá vosotros!

—Entonces, vamos. Si no estoy a las doce en casa, Becca me mata.

—¿Quién eres? ¿Cenicienta? —se burló mi amigo.

Empecé a cuestionarme seriamente si había hecho bien en contar con ellos dos, en lugar de encargarme yo solo. Había demasiadas cosas que bullían en mi interior a punto de explotar como para aguantar a Sheldon Cooper y Wil Wheaton discutiendo como dos amebas.

Dave apagó el motor y el silencio dentro del coche se hizo pesado durante unos segundos. Al bajar, eché un vistazo alrededor. En la esquina, un par de tipos apoyados en una farola se giraron para mirarnos con desconfianza. Era una zona gris, de fachadas deslucidas, aceras estrechas y edificios antiguos de ladrillo visto. El lugar perfecto para un hombre como Jack. Su cara apareció en mi mente y sentí que la ira volvía a agitarse dentro de mí.

Cruzamos la calle y subimos las escaleras. La puerta estaba entreabierta y de fondo se oían los comentarios de un partido de baloncesto en la televisión.

Entramos.

El vestíbulo era angosto, de techos altos con molduras de yeso y paredes cubiertas por un friso verde y papel pintado descolorido. El suelo de madera crujía de un modo extraño bajo nuestros pies. A la derecha, la recepción no era más que un mostrador alto de roble oscuro, protegido por una mampara de metacrilato con una abertura en la base. Detrás, un panel lleno de casilleros numerados albergaba algunas llaves. Al lado, un tablón del que colgaban un montón de notas superpuestas: avisos del ayuntamiento sobre cupones de alimentos, normas de convivencia, horarios y teléfonos de asociaciones comunitarias... Todo muy acogedor.

No había nadie tras el mostrador, y golpeé la madera con los nudillos. Enseguida apareció una mujer mayor, caminando con la ayuda de un bastón. Al vernos, nos dedicó una sonrisa.

—Buenas noches, señora —me apresuré a saludarla.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudaros?

—Estoy buscando a un hombre que conozco, se llama Jack Sullivan y creo que se hospeda aquí.

Ella asintió mientras se dejaba caer en una silla. Tuve que ponerme de puntillas para verla desde arriba, porque desapareció por completo tras el mostrador.

—Sí, es uno de los reingresados de ayuda temporal —respondió.

—¿Y podría decirme dónde encontrarlo? Necesito darle una noticia.

La mujer abrió mucho los ojos.

—Claro, ¡espero que sea buena!

—Sí, señora, la mejor. Se va a alegrar mucho —intervino Dave con su mejor sonrisa de buen chico.

Lo miré de reojo y apreté los labios para no reírme.

—Lo encontrareis en la primera planta, puerta D. Por esa escalera de ahí —dijo ella a la vez que señalaba el fondo del vestíbulo.

—Gracias, señora.

Subimos en silencio y sin hacer ruido. Recorrimos el pasillo en penumbra y localizamos la puerta. Miré a Levi y él asintió con determinación. Llamé con los nudillos. Nadie respondió e insistí con más fuerza.

—¿Quién es? —respondieron al otro lado.

La puerta se abrió un segundo después.

—¡Tú! —graznó.

Intentó darme un portazo en las narices, pero fui más rápido y metí el pie en el hueco antes de embestir la puerta con el hombro. Jack perdió el equilibrio y dio un par de pasos atrás. Nos adentramos los tres de golpe y Dave cerró a su espalda. Se quedó allí plantado, bloqueando la única salida, mientras Levi se situaba detrás de mí.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Jack.

—Siéntate —le dije.

—Oye, no sé qué te ha traído hasta aquí.

—Que te sientes —repetí.

Le puse una mano en el hombro y lo empujé hacia abajo sin miramientos. Su trasero cayó en el sofá a plomo sobre el desgastado tapizado y no se movió. Agarré una silla y la coloqué frente a él. Después me senté sin quitarle los ojos de encima.

Eché un vistazo alrededor. No había mucho que ver: una cama deshecha en la esquina, un mueble bajo con un televisor, un armario viejo y una mininevera con un microondas encima. Mi vista se

detuvo en un par de botellas de *bourbon* vacías sobre una mesa redonda, llena de platos sucios.

Las señalé con un gesto de la cabeza.

—¿Así es como celebras tus monedas de sobriedad? ¿Gastando mi dinero y el de tu hija en alcohol barato?

Se encogió de hombros como si no fuera con él.

—No son mías —replicó.

No sentía el más mínimo arrepentimiento por nada de lo que había hecho. Ni años atrás, ni ahora. Como si se supiera impune por la confianza de toda una vida sin asumir las consecuencias del daño que le había causado a Anna. Estaba muy lejos de ser una buena persona.

Yo sabía lo mala y cruel que podía ser la gente. Y también sabía ser como ellos si era necesario. No me gustaba, pero tampoco dejarme pisotear. Y si las palabras no funcionaban, pues me defendía por otros medios. Pero Anna... ella solo había podido bajar la cabeza.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y lo miré fijamente.

—¿Crees que por darte algo de pasta no sabía con qué clase de rata trataba? ¿Pensabas que me tragué tu numerito de padre arrepentido? Sí, solo fuiste hasta allí porque estabas preocupado, ¿verdad? —repuse sarcástico.

—Oye, mi única intención era asegurarme de que mi hija...

—Acaba esa frase y verás lo que pasa —le susurré.

Parpadeó varias veces y tragó saliva. Su actitud de suficiencia desapareció de un plumazo y pude ver el miedo asomando a sus ojos. Después de todo, era un cobarde.

—Yo no la he obligado a darme ese dinero —empezó a justificarse.

—Pero se lo pediste.

—Sí, pero no la he forzado a nada.

Me reí sin gracia, una carcajada seca.

—Si lo hubieras hecho, no estaríamos hablando. Tenlo por seguro.

Se hundió en el sofá mientras sus ojos observaban ansiosos a Dave y a Levi, que permanecían inmóviles y en silencio. Volvió a centrarse en mí.

—¿Qué quieres? ¿Que devuelva el dinero? —me preguntó alterado. Sacudió la cabeza—. No lo tengo. Se lo debía a un tipo.

—No me importa.

—Tendrás que darme unos días para que pueda reunirlo.

—¡No quiero el jodido dinero! —le grité, inclinándome tanto hacia él que tuvo que echar el cuello atrás.

—¿E-entonces? —balbuceó con un hilo de voz.

Le palmeé la pierna, como si fuésemos amigos.

—¿No lo ves? Quiero darte una oportunidad.

—No... no te sigo. De verdad que no —señaló en un ruego.

—Verás, vas a cumplir lo que me dijiste. Te vas a ir de la ciudad.

—De acuerdo, está bien, me iré. Dame unos días...

—No me estás entendiendo —lo interrumpí, señalándolo con un dedo firme—. Te vas ahora mismo.

—¿Qué?

Me saqué el teléfono del bolsillo, miré la hora en la pantalla y volví a clavarle la vista.

—Tienes cinco minutos para recoger tus cosas. Cuando se cumplan, saldremos por esa puerta todos juntos. Desde aquí iremos a la estación, te subirás a un tren y te marcharás muy lejos.

—No puedo hacer eso —dijo, intentando recuperar algo de aplomo mientras se acomodaba en el asiento—. Perderé el dinero de la ayuda.

—¿Qué te hace pensar que tienes opción? ¿Es que no lo comprendes? No te quiero cerca de Anna.

—Te prometo que la dejaré en paz. Lo juro.

—¿Lo juras? —Solté una risita mordaz—. La gente como tú no cumple sus promesas. ¿Cuántas le hiciste a tu hija? Cuántas has cumplido, ¿eh?

Me puse de pie despacio. Mi sombra lo cubrió por entero.

—Si no te largas, voy a convertir tu vida en un infierno. Te denunciaré por robo, agresión o cualquier otra cosa que se me ocurra, y ¿sabes a quién van a creer? A mí. Las cámaras del café te grabaron merodeando y tienes antecedentes. Haré todo lo posible para que te encierren y no puedas acercarte más a ella. Y si eso no funciona, te partiré las piernas —le advertí con el tono de una promesa, y yo sí cumplía las mías. Lo miré desde arriba—. ¿Quieres ponerme a prueba? Intenta joderme.

Levi vino a mi lado.

—Ya lo has oído, empieza a recoger —dispuso.

Jack tragó saliva con fuerza, apretando los labios mientras asentía de manera casi imperceptible. Se levantó con torpeza, tambaleándose ligeramente, y fue hasta el armario. Abrió las puertas y sacó una bolsa de viaje del altillo. Sin detenerse ni un segundo, la fue llenando con su ropa. A continuación, revisó los otros muebles y por último el baño.

Cuando estuvo listo, se paró en medio del salón con los hombros hundidos y una expresión resignada. En ese momento, Dave abrió la puerta y sacó la llave que colgaba de la cerradura. Levi salió primero y yo le hice un gesto a Jack para que lo siguiera. Caminé tras él, pisándole los talones.

Bajamos la escalera en silencio. No había nadie en el vestíbulo y la puerta continuaba entreabierta, así que nos dirigimos a la calle sin

detenernos; entretanto, Dave dejó al pasar las llaves de la habitación en el mostrador.

Cruzamos la calle hasta el coche.

Dave abrió las puertas y se puso al volante, arrancando el motor de inmediato. Levi y yo subimos al asiento trasero, con Jack sentado en el medio. El ambiente se volvió de repente claustrofóbico. Jack iba encogido, con la bolsa sobre las piernas, mirando al frente sin parpadear como si temiera respirar demasiado fuerte. A un lado, Levi mantenía un brazo estirado a lo largo del respaldo; al otro, yo miraba la nada a través de la ventanilla.

Nadie dijo una palabra en todo el trayecto. El único sonido era el zumbido monótono del motor.

Cuando llegamos a la estación de Back Bay, le pedí a Dave que nos esperara en el coche.

Levi salió primero y ayudó a Jack a bajar. Nada más entrar, nos dirigimos a las pantallas que anunciaban las salidas y llegadas de los trenes. Había uno directo a Filadelfia que salía en cuarenta minutos.

Le pedí a Levi que se acercara a la taquilla y comprara un billete.

—Mira, vas a tener suerte —le dijo a Jack—. Yo quería enviarte a Chicago.

Mientras esperaba a mi hermano, saqué todo el dinero en efectivo que llevaba encima y se lo metí a Jack en el bolsillo de la camisa.

—Si no te lo bebes, te dará para comer y dormir unos días —mascullé.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—No lo hago por ti —le aseguré con una mirada desafiante.

—Quieres a mi hija, ¿verdad?

—Cierra el pico.

—Ojalá yo hubiera sido como tú, pero no tuve suerte y...

—Lo digo en serio, cállate.

Lo último que quería oír eran sus lamentos y excusas, culpando a la mala suerte de sus decisiones y errores. Sí, su esposa murió y su vida dejó de ser la que era, pero eso no lo eximía de nada. Mi padre también perdió a la suya y no nos abandonó ni a mi hermano ni a mí, tampoco intentó arruinarnos. Al contrario, trató de llenar como pudo el espacio que ella había dejado, por eso este tipo no iba a encontrar en mí un ápice de lástima.

Levi regresó y juntos lo escoltamos hasta el andén.

La espera se me hizo interminable hasta que por fin anunciaron la salida del tren. Las puertas se abrieron y los pasajeros comenzaron a subir a bordo. Jack entró el último, cargando con esfuerzo su bolsa. Se dio la vuelta y me buscó con la mirada.

—Quédate tranquilo, no volveréis a verme —dijo desde lejos, y algo en su mirada me hizo creer que lo decía de verdad.

Un segundo después, las puertas de acceso se cerraron con un pitido.

Levi me dio una palmada en el hombro.

—¿Estás bien?

Ni de lejos. Un saco de basura tenía una vida más plena y feliz que yo en ese momento. No estaba nada orgulloso de lo que había hecho, un dolor intenso me taladraba las sienes y desde esa mañana una emoción extraña me hacía sentirme fuera de mi piel.

—No lo sé. ¿Y tú? —respondí.

—Ya son las dos y Becca va a matarme. Me obligará a contarle la verdad y me matará de nuevo o querrá divorciarse. —Se encogió de hombros—. ¡Sí, estoy bien!

—Siento haberte metido en esto.

—No lo sientas. Era la única forma de que ese tío os dejara en paz. Denunciarlo no habría servido de nada, lo sabes. —Me miró de

reojo con las manos en los bolsillos y un bostezo abriéndose paso en su boca—. Además, ha sido divertido.

Sonreí.

—Estás mal de la cabeza.

Él también sonrió. Luego arrugó la frente.

—¿Se lo vas a contar a Anna?

Asentí sin dudar.

—He hecho todo esto para que pueda salir a la calle tranquila, sin miedo a encontrárselo. ¿Qué sentido tiene ocultárselo?

—¿Crees que se cabreará?

—No tengo ni idea de cómo va a reaccionar, Levi. Sinceramente, no lo sé. Además, las cosas entre nosotros están un poco raras y pienso que es mejor que se enfade ahora por contarle una verdad a que lo haga en el futuro porque descubra que le mentí.

Anna no se enojó, aunque lo hubiera preferido un millón de veces. Al menos, esa hubiera sido una emoción que habría podido entender. Desapareció dentro de sí misma. Su luz se apagó y su distancia comenzó a dolerme más que cualquier reproche que hubiese podido lanzarme a la cara. Ojalá me hubiera gritado hasta perder la voz en lugar de matarme con su indiferencia.

Solo que no era distancia ni indiferencia lo que ella me estaba mostrando, sino su propio naufragio contemplando un horizonte que creía que nunca alcanzaría. Un cielo que no podía tocar. Contando los segundos para llegar al final y perder lo poco que había encontrado. El espejismo de un todo que se diluía camino de la nada. Reuniendo el valor para huir antes de que las grietas cedieran y su mundo colapsara, otra vez.

Ojalá se hubiera sincerado conmigo en vez de imaginar todos los desastres posibles si lo hacía.

47



El agua de la ducha ardía al tocar mis hombros. Cada pequeño chorro era como una aguja candente sobre mi piel, masajeando la tensión acumulada en mis músculos y aflojando los nudos de mi cuello. Apoyé las manos contra los azulejos y dejé caer la cabeza hacia delante. El ruido sordo del agua contra el suelo era lo único que amortiguaba un poco el caos que vivía en mi interior.

Me pasé las manos por el pelo y miré con disimulo a través de la mampara empañada. Anna se encontraba de pie frente al lavabo, con el cepillo en la mano, deshaciendo los nudos que iba encontrando en su cabello antes de recogerlo en una trenza. Un gesto repetitivo que realizaba de forma mecánica con la mirada perdida en el reflejo del espejo.

Era imposible no darse cuenta de que estaba adelgazando y que su piel se veía muy pálida. Había dejado de sonreír y en el café hablaba lo justo para desempeñar su trabajo. En casa, apenas lograba sacarle algo más que monosílabos. Habían pasado unos diez días desde que obligué a su padre a marcharse de la ciudad, desde que volví a casa y le confesé lo que había hecho y por qué. No discutió conmigo, ni me reprochó nada. Simplemente, comenzó a apagarse un poco más cada día, sin hacer ruido, perdida en su propio laberinto.

Había vuelto a ser aquella persona que entró por primera vez en el café, dentro de un mundo que me había cerrado las puertas. Tras un muro de cristal que me permitía verla, pero no alcanzarla.

No sabía qué le pasaba por la mente. Pero tampoco me atrevía a preguntar.

La última vez que discutimos, ambos dijimos cosas muy duras y el eco de esas palabras aún resonaba entre nosotros. Ese día pasaron demasiadas cosas y no habíamos resuelto ninguna. Al contrario, la distancia entre nosotros cada vez era mayor. Y yo seguía callado. Callado por miedo. Por esa inseguridad estúpida que me susurraba que, si abría la boca y trataba de empujarla a una conversación, rompería el frágil hilo que ahora sentía que nos sostenía.

Y ahí estábamos: atrapados en una tregua silenciosa, a la espera de que el tiempo lo hiciera todo solo y el dolor que nos habíamos causado se disipara por sí mismo.

Así que me quedé allí, mudo tras el vaho que cubría el cristal, esperando.

Qué equivocado estaba.

Qué ciego.

Por eso no vi que ella solo estaba reuniendo el valor para despedirse.

La determinación de desaparecer.

Y llevarse consigo su secreto.

48



Me gustaban las mañanas de domingo. Tenían una luz distinta y traían consigo una calma perezosa, como si nadie tuviera prisa por despertar del todo y el tiempo flotara suspendido, congelado antes de que la rutina de las prisas y los madrugones llamaran de nuevo a la puerta.

Faltaban solo unos días para que la primavera le cediera su lugar al verano y el calor se notaba desde primera hora. A través de la ventana abierta de par en par, el sol se colaba inundando cada rincón con su luz dorada y apenas una brisa tibia alcanzaba a mover las cortinas.

El domingo también era ese día en el que aprovechaba para hacer las tareas más tediosas o las que necesitaban de más tiempo, como planchar ropa. El vapor de la plancha se mezclaba con el calor del ambiente, creando una atmósfera húmeda y sofocante con olor a suavizante de flores blancas.

Resoplé a la vez que sacudía mi camiseta para despegarla de mi piel empapada en sudor y colgué la camisa que acababa de alisar en una percha. Las junté todas, aún tibias al tacto, y caminé descalzo hasta el dormitorio. Al entrar, vi que la cama se encontraba vacía y, por los sonidos que llegaban desde el baño, supuse que Anna se estaba dando una ducha.

El armario de nuestro dormitorio era empotrado y ocupaba toda una pared. Se dividía en dos mitades y, una vez que comencé a compartirlo con Anna, yo me quedé con el lado derecho. Abrí las puertas y colgué las camisas. De repente, unos ruidos captaron mi atención; venían de dentro del armario, del espacio que ocupaba la ropa de Anna.

Agucé el oído y di un salto hacia atrás al percibir que había algo vivo moviéndose en el interior. Y con la misma rapidez, adiviné de quién se trataba. Abrí la puerta y Puck salió disparado como un rayo, arrastrando consigo un par de vaqueros y unas sudaderas que cayeron al suelo.

Lo doblé todo con cuidado en un montón y fui a colocarlo en el mismo lugar. Entonces, vi lo que parecía un sobre de papel, sobresaliendo al fondo tras una pila de camisetas y jerséis. Aún hoy no sé por qué lo hice, qué me llevó a tomarlo y abrirlo cuando no me pertenecía.

Eché un vistazo dentro, y mi mundo no solo se detuvo, se salió de su eje y se hizo pedazos en mis manos cuando vi el dinero. El peor de los presentimientos me golpeó en el pecho: Jack había vuelto. La sangre me comenzó a zumbar en los oídos con una violencia desmesurada. El aire dentro de mis pulmones era ácido y me estaba asfixiando. Con el sobre entre los dedos, crucé la habitación hacia el baño. Necesitaba una explicación. Sin embargo, cuando estaba a punto de agarrar el pomo, me detuve.

¿Y si me equivocaba? ¿Y si ese dinero era para otra cosa o simplemente unos ahorros? ¿Y si el enojo y la desconfianza que sentía en ese momento se convertían en la mecha que nos hiciera explotar? ¿Por qué intuía que iba a dudar sin remedio de cualquier respuesta que pudiera darme?

Regresé el sobre a su lugar y volví a dejar la ropa como estaba.

A continuación, cerré el armario y salí de la habitación.

Me quedé parado en el pasillo un instante, aún con las manos temblando, con la sensación de que el aire se había vuelto irrespirable. Las semillas del miedo y la sospecha ya habían germinado dentro de mi cabeza y ahora extendían sus raíces. No sabía qué hacer ni hacia dónde mirar. Estaba hecho un lío.

Y los días comenzaron a pasar, mientras sentía que hasta mi propia cordura pendía de un hilo. Me sumí en un estado parecido al que Anna vivía. El tiempo se deslizaba entre nosotros transformándose en una trampa de silencios y miradas esquivas. La incertidumbre que me acompañaba cada minuto despierto fue dando paso a una impaciencia febril y ansiosa que me mantenía en un estado de alerta constante.

Y no entendía por qué.

Yo, que siempre había optado por el diálogo y arreglar los problemas antes de que se enquistaran, no era capaz de abrir la boca. ¿Así se había sentido Anna todo este tiempo atrás? Cuando yo no era capaz de entender su distancia y hermetismo, ¿era por este infierno interior que se comportaba de esa manera?

Traté de seguir con nuestra rutina, de fingir normalidad en el trabajo y durante el tiempo que pasábamos en casa. Pero aparentar y guardar secretos te desgasta y te consume. Yo no podía olvidarme del sobre, pero tampoco preguntarle por él.

¿Cómo habíamos llegado a ese punto?

Haciendo como si nada, pero gritando por dentro.

Sufriendo el amor en lugar de vivirlo.

Sin embargo, no hay secreto ni verdad que pueda callarse para siempre.

Era martes por la tarde. Las ventanas del salón estaban abiertas y una brisa suave se colaba a través de ellas desde el parque,

arrastrando consigo el rumor de las hojas de los árboles. Llevaba un rato sentado en el suelo, componiendo con el bajo, rodeado por un montón de partituras desperdigadas llenas de anotaciones a lápiz. Cerré los ojos y me dejé llevar, entrelazando una línea de *jazz* fluida y elegante con golpes secos de *slap*. Mis dedos caminaban por el mástil con suavidad hasta que, con un giro rápido de muñeca, hacía restallar las cuerdas contra la madera. Al cabo de unos minutos, dejé de perseguir las notas y el bajo se fue transformando en una extensión de mi propio pulso. Mis manos encontraron una cadencia perfecta entre el golpe de mi pulgar y los silencios que dejaba respirar. Con el pie derecho marcaba el compás contra el suelo, hipnotizado por mi propio ritmo, que me hacía mover todo el cuerpo sin darme cuenta.

—Joel...

Abrí los ojos y la miré. Dibujé una sonrisa.

—Dime.

—Voy a salir. El cable del cargador de mi teléfono ha terminado de romperse y a Puck casi no le queda comida... Así aprovecho para caminar un poco —me explicó.

—Claro, genial... Dame dos minutos y te acompaño.

Hice el ademán de dejar el bajo a un lado.

—No hace falta, no tardaré mucho —se apresuró a detenerme.

Se me borró la sonrisa. Nunca había rechazado mi compañía, y menos aún con esa vehemencia. Me dolió más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Estás segura?

Asintió, aunque percibí cierta vacilación en su mirada.

—Sí. Tú sigue ensayando, este fin de semana tenéis un bolo.

Me esforcé por responder:

—Vale —murmuré.

La observé mientras se dirigía a la puerta con la mochila colgando del hombro. Cogió sus llaves del cuenco y salió de casa sin decir nada. El corazón me dio un vuelco al oír el portazo y una ligera incomodidad vibró bajo mi piel. Durante un instante el aire no llegó a mis pulmones.

Apreté los dientes con fuerza y solté el bajo sobre la alfombra. Me puse en pie y corrí hasta el dormitorio. Abrí la puerta del armario de un tirón y hundí las manos en el hueco donde sabía que lo ocultaba. Tanteé el espacio, pero no encontré nada. Sin considerar si lo que hacía estaba bien o mal, empujé la ropa al suelo.

El sobre no estaba.

Me calcé las zapatillas, me guardé la cartera en el bolsillo y salí corriendo. Eché mano a las llaves mientras abría la puerta principal y salí al rellano cerrando tras de mí. Me lancé escaleras abajo y alcancé la calle en pocos segundos. Miré a un lado y luego al otro, pero no vi a Anna por ninguna parte.

El estómago se me revolvió con una fuerte sensación de miedo.

Eché la cabeza hacia atrás e inspiré hondo, tratando de pensar. Si ella no había mentido, y deseaba con todas mis fuerzas que no, debía de haber girado a la derecha para ir al supermercado. Pero si mis paranoias eran ciertas e iba a encontrarse con Jack, lo haría lo más lejos posible de nuestra casa. No se arriesgaría a que él averiguara dónde vivíamos.

Tal vez me equivocara, pero mi instinto me decía que me dirigiese al metro. Prefería arrepentirme y tener que pedir perdón por haber desconfiado de ella a cometer el error de permitir que volviese a acercarse a su padre.

Eché a correr sin pensarlo.

A esa hora de la tarde, el sol aún brillaba en lo más alto de un cielo despejado y el calor se acumulaba sofocante entre las fachadas

de ladrillo, caldeando el asfalto. En cuestión de segundos, el sudor cubrió mi piel y me empapó la ropa. El aire era tan denso que me costaba respirarlo. Aun sí, no aflojé el ritmo. Al contrario: mis zapatillas golpeaban el empedrado de la acera cada vez más rápido, mientras esquivaba transeúntes y mascullaba disculpas a la vez que me abría paso.

A lo lejos distinguí la entrada del metro. Entonces la vi. Era imposible no reconocerla: su cabello pelirrojo, largo y rizado, destacaba entre toda aquella gente que seguía su misma dirección. No podía creer que la hubiera localizado. Comenzó a bajar la escalera y la perdí de vista.

Me detuve un segundo para recuperar el aliento. El corazón me palpitaba con tanta fuerza que cada latido parecía estrellarse contra mis costillas. No sabía adónde se dirigía Anna, y el miedo a precipitarme o dar un paso en falso que la alejara de mí me pesaba como una losa. Pese a todo, no iba a dar marcha atrás.

Bajé al andén y no tardé en verla de nuevo. A mi espalda, la vibración del convoy en las vías anunciaba su llegada. Anna entró en uno de los vagones centrales y yo subí en el contiguo momentos antes de que las puertas correderas se cerraran. Me moví entre los pasajeros hasta encontrar un hueco desde el que podía verla a través de los cristales.

El tren arrancó de golpe, sacudiéndonos con brusquedad.

El viaje se convirtió en una tortura silenciosa. Entre la gente que abarrotaba el pasillo, intentaba vigilar su silueta. Cada estación que anunciaban por megafonía era un suplicio: temía que bajara sin que me diera cuenta o que me descubriera espiándola.

Al llegar a la cuarta parada, la vi moverse hasta que se colocó frente a las puertas. Hice lo mismo sin apartar los ojos de ella y, cuando se abrieron con un siseo agudo, esperé hasta el último

segundo para salir. La seguí manteniendo la distancia, con los puños apretados y el pulso desbocado. Salimos a la superficie. Anna caminó con paso rápido entre el tráfico, cruzando un par de calles flanqueadas por edificios residenciales hasta que el asfalto dio paso al verdor y la tranquilidad de un parque público.

Se adentró por los senderos de tierra hasta un banco apartado, situado bajo la sombra espesa de un roble centenario. Se sentó allí, con la espalda rígida y aferrada a su mochila, moviendo las piernas con una impaciencia contenida que delataba su ansiedad.

Me oculté tras el seto que rodeaba unos árboles. Notaba un sabor amargo en la boca y me temblaban las manos. Escudriñé los alrededores, aún con la idea de que aquel viaje tenía que ver con Jack. No había rastro de él ni de nadie que se le pareciera. Todo parecía normal. Un par de personas paseaban a sus perros, varios niños jugaban a perseguirse empapándose con pistolas de agua que recargaban en la fuente y una pareja mayor avanzaba por el sendero con paso apresurado, como si llegaran tarde a una cita ineludible.

Me quedé perplejo cuando vi que esa pareja se detenía justo frente al banco de Anna y le decían unas palabras. Ella se puso en pie de un bote, visiblemente nerviosa. Comenzaron a hablar entre ellos, mientras yo, agazapado en mi escondite, no les quitaba los ojos de encima. No sabía quiénes eran esas personas —no las había visto nunca— ni qué relación tenían con Anna. Sin embargo, no había que ser experto en lenguaje corporal para darse cuenta de la incomodidad y la tensión que vibraba entre ellos.

Entonces, Anna abrió su mochila de golpe y sacó el sobre. La mujer se lo arrebató de las manos y se lo guardó en el bolso que llevaba cruzado sobre el pecho. Anna dijo algo y el hombre levantó su mano amenazándola. Ella dio un paso atrás mientras él agitaba el dedo frente a su cara y le hablaba de malos modos.

Sin pensarlo dos veces, salí disparado y crucé la hierba a la carrera antes de que mi cabeza pudiera frenar mis pies. Los alcancé justo cuando el hombre, con el rostro contraído por una mueca de desprecio, señalaba a Anna y pronunciaba:

—Seguirás pagando hasta que yo diga que es suficiente.

Me interpuse entre ellos y aparté al hombre con un empujón seco en el pecho.

—¿Quién se cree que es para intimidarla? —le espeté con la voz ronca.

Tropezó hacia atrás, pero recuperó la compostura al instante con una agresividad como la que reflejaba su mirada. Me evaluó de arriba abajo con desdén.

—¿Y quién demonios eres tú?

—¡Joel! —exclamó Anna sujetándome por el brazo con los ojos abiertos de par en par. Me miraba como si mi presencia fuese una pesadilla.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunté.

—Esto es entre ella y nosotros. A ti no te incumbe —saltó la mujer, observándome con recelo antes de añadir—: Mi hijo está muerto por su culpa, tiene que compensarnos.

—¿Qué está diciendo? —mascullé completamente descolocado.

Y como si la luz de un rayo me atravesara, lo entendí. Eran los padres de ese tipo con el que Anna había salido, el que la maltrataba y luego se suicidó. Aunque después de todo lo que había visto, tenía muy claro que él no fue el único que abusó de ella todo ese tiempo.

—Márchense —les imploró Anna—. Por favor, ya tienen lo que necesitan.

La pareja se miró entre sí y, tras un momento de duda, dieron media vuelta.

—Nos veremos el mes que viene —dijo él con el tono de una amenaza.

Anna y yo nos quedamos allí, de pie el uno frente al otro, inmóviles, separados apenas por unos pasos que ninguno intentó dar. El silencio a nuestro alrededor de repente pesaba toneladas.

Miré a Anna y el estómago se me encogió con un dolor físico y punzante. Era la viva imagen de la devastación. Tenía los hombros caídos, como si cargara con el peso de un mundo invisible y se hubiera resignado a hacerlo para siempre. Su mirada estaba vacía, empañada por un velo de lágrimas, y temblaba de la cabeza a los pies, encogida sobre sí misma como si alguien la hubiera desnudado a la fuerza.

Mientras la contemplaba, yo no sabía qué sentir. Mi cuerpo entero estaba en tensión, tratando de procesar lo que había visto y oído. Algunas piezas empezaron a encajar. Ahora sabía adónde había ido a parar su dinero todo este tiempo, pero no entendía por qué motivos la obligaban a hacerlo. ¿Por qué pagaba a esa gente? ¿Y a qué venían esas acusaciones? ¿Cómo podía ser Anna la culpable de la muerte de un hombre que se había quitado la vida?

Mi única certeza era que no conocía a la persona con la que compartía mi vida.

Y estaba tan cansado de tantos secretos.

—¿Quiénes son esas personas, Anna? ¿Son los padres de Cam?

—¿Por qué me has seguido? —me soltó como si no me hubiera oído.

—¿Tú qué crees? —respondí—. Vi el sobre con dinero que guardabas en tu armario, y esta tarde desaparece contigo después de negarte a que te acompañara. Pensaba que tu padre había vuelto a contactarte; estaba preocupado.

—Podrías haberme preguntado.

—Y tú me habrías mentido —suspiré resignado.

Ella asintió y las lágrimas que intentaba contener acabaron derramándose.

—Tienes razón, pero ya no puedo hacerlo más —susurró con la voz rota—. Estoy harta. No me quedan fuerzas. Estoy tan cansada de vivir con este miedo todo el tiempo que ya no lo aguanto.

Se me hizo un nudo en el pecho.

—¿A qué tienes tanto miedo?

—A todo. A que se descubra la verdad, a lo que podría pasarme... —Hizo un esfuerzo por respirar—. ¡No quiero ir a la cárcel! —exclamó—. Pero... lo que más me asusta es perderte, aunque sé muy bien que nunca te he tenido.

«¡¿A la cárcel?!», repetí en mi interior.

—Anna, tú sí que me estás asustando, no... no entiendo nada.

—Lo siento mucho, Joel, fue culpa mía.

Sacudí la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

Ella me miró a los ojos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—La noche del accidente, lo que le pasó a tu madre... —empezó a decir—. Yo soy la única responsable. Iba en el coche con Cam cuando lo estrelló. —Se apartó el pelo de la cara con frustración—. ¿Lo comprendes? Si no hubiera sido por mí, ella estaría bien.

Por un momento pensé que algo dentro de ella no funcionaba bien y estaba confundiendo distintos sucesos.

El tipo del accidente perdió el control por culpa de una placa de hielo. Fue fortuito, al igual que su muerte, así lo dictaminó la policía tras cerrar la investigación. Además, se llamaba Camden Reeves. Camden, no Cam... Cam... den.

Dejé de respirar al darme cuenta.

Me llevé una mano al pecho. Algo me estaba desgarrando el corazón.

Las piernas dejaron de sostenerme, por lo que tuve que sentarme en el banco.

Intentaba entender lo que estaba pasando, pero mi mente rechazaba mis pensamientos a la misma velocidad que aparecían. Chocaban entre sí como piezas de distintos puzles a las que fuerzan a encajar y cuya imagen no tiene ningún sentido. A mi alrededor, los ruidos del parque —las risas de los niños, el ladrido de los perros, el viento en las copas de los árboles— se apagaron de golpe y en su lugar se instaló en mis oídos un zumbido agudo y constante.

Anna se sentó a mi lado, dejando un espacio entre nosotros.

—Llevaba un mes sin saber nada de él. Pensé que me había escondido lo bastante bien como para que no me encontrara, pero me equivocaba —comenzó diciendo con un hilo de voz y los puños apretados sobre el regazo—. Apareció esa noche en la taberna donde trabajaba fregando platos. Estaba fuera de sí; empezó a provocar y a amenazar a la gente que había allí. Alguien llamó a la policía, pero tardaban en llegar y yo no quería que nadie saliera herido, así que me fui con él. Subimos al coche y a partir de ahí todo pasó demasiado rápido.

»Cam estaba completamente descontrolado —continuó sin levantar la mirada del suelo, tragando saliva con dificultad mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. Exigía que dejara el trabajo y que volviera con él a casa de sus padres; me decía que ese era mi lugar, que me quería... Y, al mismo tiempo, me amenazaba con encerrarme o con hacer algo mucho peor si me negaba. Entonces... le contesté, no pude evitarlo. Le dije que prefería morir antes que respirar el mismo aire que él. Nunca le había hablado así, y, sabiendo como era, no debí hacerlo.

Se secó la barbilla con el dorso de la mano.

—«Si es lo que quieres —me dijo—. Pero ni así te vas a librar de mí».

»Soltó los cinturones de seguridad y pisó el acelerador. No sé si solo pretendía asustarme o si de verdad quería matarnos a los dos. Únicamente recuerdo un primer impacto y luego un segundo. Me golpeé la cabeza y todo se volvió negro. Salí del coche como pude. En lo único que pensaba era en alejarme, en huir de él, en esconderme otra vez. Fue entonces cuando la vi... Vi a tu madre en el suelo, herida sobre la nieve y temblando, y no pude dejarla allí. A ti ni siquiera recuerdo haberte visto —sollozó desvalida—. Nadie se dio cuenta de que yo iba en el coche y, cuando llegué al hospital, tampoco me hicieron preguntas. Ni los médicos ni la policía se fijaron en mí. Me dieron un par de puntos en la frente y me marché sin que nadie me detuviera.

Apreté los párpados con fuerza, mientras las imágenes de aquella noche cobraban vida en mi mente. La respiración de Anna se convirtió en una secuencia de suspiros temblorosos.

—Después de eso me escondí. No me enteré de que Cam había muerto hasta un par de días después. Decían que era la única víctima del accidente junto con una mujer. «Accidente», así lo determinó la policía. Pero yo sabía que no era verdad y me mataba la idea de callarme esa culpa. Así que fui a ver a sus padres y les conté lo que había pasado. Les expliqué que pensaba ir a la policía, pero que creía que lo correcto era que ellos lo supieran antes.

Giró el rostro hacia mí y me atreví a sostenerle la mirada. Continuó:

—Sin embargo, me dijeron que Cam ya estaba muerto y que toda la culpa recaería en mí —gimió desesperada—. Huir de un accidente con víctimas era un delito muy grave. Me aseguraron que tendría

que pagar una indemnización, que iría a la cárcel sin ninguna duda, como mínimo seis años, y que tener antecedentes arruinaría mi vida para siempre. —Sacudió la cabeza y bajó la mirada—. Me aterraba tanto la idea de ir a prisión que decidí guardar silencio y vivir con la culpa.

»Pero los padres de Cam comenzaron a chantajearme poco después. —Su voz se llenó de amargura y resentimiento—. Ellos no trabajaban, tienen una pequeña pensión y su hijo era quien los mantenía. Ahora que él no estaba, pretendían que me ocupara yo. Decían que se lo debía y que, si no lo hacía, me denunciarían. Durante dos años les he dado prácticamente todo lo que he ganado... pero se acabó. Prefiero asumir las consecuencias de mis actos a vivir un día más en este infierno.

Las palabras de Anna quedaron flotando en el aire, amargas y opresivas, desmoronando cualquier atisbo de la realidad que creía conocer. La quería —la quería con una intensidad que me daba miedo—, pero su confesión había abierto un abismo demasiado profundo para asimilarlo de golpe. Descubrir que de forma indirecta su presencia estuvo ligada a la muerte de mi madre, que hubiese escondido ese secreto monstruoso durante años, me producía un escalofrío en la nuca.

Una parte de mí comprendía su terror, la parálisis de estar completamente sola en el mundo, acorralada y amenazada sin nadie a quien acudir en busca de ayuda. Entendía el miedo que la había llevado a guardar silencio. Pero la lógica no evitaba que el pecho me doliera como si un animal estuviera intentando arrancarme el corazón a zarpazos. Miraba a Anna y no sabía quién era la persona que tenía delante, lo poco que creía conocer no era más que un espejismo, una imagen borrosa. La compasión y la traición se mezclaban en mi estómago formando un ovillo, dejándome atrapado

en una tormenta donde ni siquiera sabía qué demonios se suponía que debía sentir.

—Y aun sabiendo todo eso, me permitiste acercarme a ti.

Apoyé los codos en las rodillas y me pasé las manos por la cara.

—Sabes mejor que yo lo mucho que me esforcé para alejarte, pero es imposible detener esa necesidad tuya de arreglar juguetes rotos. Y habías dado con el peor de todos.

—Pero fuiste tú la que cruzó la raya —la interrumpí, ahogándome en el dolor que me estrujaba el pecho—. Me besaste sabiendo que no podría durar.

—Traté de decírtelo —susurró, alargando una mano vacilante sobre la madera del banco, rozando casi mi pantalón sin atreverse a tocarme del todo.

—Pero no lo hiciste.

Anna apartó la mano, como si el tono de mi voz la hubiera empujado.

—Lo sé. Fui débil —admitió con un hilo de voz que terminó quebrándose—. Quería saber qué se sentía al estar con alguien como tú, alguien bueno que te ama. Quería vivirlo al menos una vez y me dije... «¡Adelante, puedes ser un poco egoísta por esta vez! ¡Quizá dure!».

Se secó las mejillas con los dedos, respirando con dificultad. Ladeó la cabeza y me miró totalmente devastada.

—Pero ahora que sé lo que se siente, me arrepiento tanto... porque no sé cómo voy a seguir adelante sin ti.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire, pero yo ya no podía escucharlas sin sentir que el corazón se me partía en dos. Estaba al límite. La rabia me quemaba por dentro con un impulso violento, una necesidad física de gritar, de desahogarme, de destrozar algo para apagar el sufrimiento; pero la amaba demasiado para

permitirme ser cruel. Sabía que si abría la boca diría cosas que después no podría borrar. Le haría un daño irreparable solo por despecho, y no quería eso.

En mi interior se libraba una batalla en la que ni siquiera sabía de qué lado estaba: la compasión por su miedo luchaba contra el asco de la traición, y la tentación de abrazarla chocaba de frente con las ganas de salir corriendo. No podía con la presión de estar tan cerca de ella, así que de repente me puse en pie.

Me pasé la mano por la nuca, respirando el aire caliente a bocanadas entrecortadas.

—Lo siento, pero es demasiado para mí —articulé con voz ronca—. Ahora no puedo continuar con esto.

Me di la vuelta y eché a andar con paso rápido por el sendero, dejándola atrás. Necesitaba tiempo para procesarlo todo y ordenar mis sentimientos antes de volver a mirarla a los ojos. Debía tranquilizarme para poder afrontar el golpe que acababa de recibir con la mayor madurez posible. Había demasiadas cosas en juego, demasiadas personas implicadas. Era tanto el daño que podía causar. El dolor que podía provocar si me precipitaba en cualquier dirección.

No miré atrás. No vi cómo mis palabras habían caído sobre ella con el peso definitivo de un adiós y la certeza de que me había perdido. Una parte de mí también lo creía así, porque el amor por sí solo no siempre es suficiente para superar todo lo que se interpone en una relación.

Porque no todo se puede perdonar, aunque creas que sí, y hay heridas que no cicatrizarán nunca si la persona que las causó sigue viviendo en ellas.

49



Caminé sin rumbo por las calles del centro, dejando que el ritmo de la ciudad me arrastrara sin reparar en mis propios pasos, con mi cabeza aún dando vueltas en un bucle agotador del que no lograba salir. En algún momento, casi por inercia, entré en un pequeño badulaque. Compré unas cuantas latas de cerveza y un paquete de tabaco. Hacía mucho que no encendía un cigarrillo, pero recaer era la última de mis preocupaciones en ese instante.

Acabé sentado en Fiedler Dock, un muelle situado en la orilla sur del río Charles, con los pies dentro del agua tibia. Abrí la primera lata y me bebí la mitad sin respirar. Luego saqué un cigarrillo y me lo quedé mirando unos segundos. Al encendedor le costó un poco prender, pero en cuanto el humo amargo me llenó los pulmones, solté un suspiro largo y profundo que llevaba horas reteniendo en el pecho.

Eché la cabeza hacia atrás y miré arriba. Sobre la silueta de los tejados, el cielo iba cambiando de color. El azul claro dio paso a un naranja incandescente que poco a poco se fue transformando en un fondo de tonos malvas y violetas hasta desaparecer en un azul cobalto salpicado de puntitos plateados.

Cuando el sol se ocultó por completo, comenzó a agitarse una ligera brisa nocturna que movió el agua, creando pequeñas olas que

chocaban contra la madera. Me tumbé de espaldas, buscando algo de calma en medio del desorden que habitaba en mi cabeza. Sin embargo, aquella paz solo me hizo ser más consciente del desastre.

Pensé en mi familia. La simple idea de contarles la verdad sobre Anna me provocaba náuseas. Mi padre la adoraba, la miraba con ese cariño sincero de quien ve en ella a la chica que acompañará a su hijo el resto de su vida, la definitiva. Para Levi no era la novia de su hermano, sino Anna, con una entidad propia con la que se había ganado su aprecio y respeto, y no era algo sencillo que todo el mundo conseguía, sino un privilegio que concedía a muy pocos. Becca le había abierto los brazos desde el principio, fue la que más se preocupó de integrarla, de hacerle un espacio que pudiera considerar suyo. En ella no solo había encontrado una aliada para lidiar con los Barrett, también una amiga.

¿Cómo demonios iban a encajar semejante golpe? ¿Qué pasaría una vez que lo supieran? No sabía si serían capaces de perdonarla. Ni siquiera yo estaba seguro de si podría hacerlo del todo en ese momento. Lo que sí sabía era que ya nada volvería a ser igual.

Ya era muy tarde cuando reuní las fuerzas para levantarme de allí y regresar a casa.

Salí del ascensor con el estómago revuelto y un ligero dolor de cabeza que se concentraba en mis sienes. Cuando giré la llave y me adentré en el apartamento, lo encontré todo apagado y en silencio. Encendí la lamparita que había sobre la cómoda y eché un vistazo. Las llaves de Anna estaban en el cuenco y su mochila nueva colgaba de la silla. Ver sus cosas me provocó alivio.

Me quité las zapatillas y avancé descalzo. Puck dormía hecho una bola sobre el piano, su rincón favorito; en el suelo, su comedero y su bebedero estaban llenos. Me dejé caer en el sofá y desde allí miré el pasillo completamente inmóvil. Lo más probable era que Anna

estuviese dormida. Tuve el impulso de levantarme, de entrar en el dormitorio y buscar en sus ojos cualquier cosa que pudiera devolverme algo de calma, de esperanza. Y al mismo tiempo me paralizaba la idea de ver su rostro, de tenerla enfrente.

Cerré los ojos, con la cabeza pesada por el alcohol, y me quedé dormido.

Un tintineo constante, acompañado de un ligero correteo, se fue colando en mi subconsciente hasta despertarme poco a poco. Abrí los ojos y vi a Puck saltando sobre la alfombra, haciendo rodar uno de sus juguetes. Parpadeé varias veces y me fijé en la leve claridad que penetraba por la ventana. No podían ser más de las cinco.

Entonces, todas las emociones que habían permanecido en silencio mientras dormía regresaron de golpe con una nitidez abrumadora. Resoplé cansado y me froté la cara. Necesitaba una ducha y lavarme los dientes con urgencia, lo que implicaba ir al dormitorio.

Me puse en pie con torpeza y caminé por el pasillo en silencio. Sabía que no podía seguir evitando a Anna; tampoco quería hacerlo. Huir de los problemas nunca había servido de nada, salvo para complicarlos aún más. Además, si nosotros no merecíamos una conversación tranquila para intentar entendernos después de todo lo que habíamos vivido, con todo lo que sentíamos el uno por el otro, nadie más la merecía.

Abrí la puerta con cuidado para no hacer ruido y me detuve bajo el marco. La cama estaba vacía y con las sábanas impecables, como si nadie hubiera dormido en ella en toda la noche. Por un segundo, quise convencerme de que se había marchado pronto al café, pero era demasiado temprano para eso.

Un estremecimiento me recorrió la espalda. Volví al salón a paso rápido y comprobé que sus llaves y la mochila continuaban allí; aun

así, algo no me cuadraba. Más nervioso a cada segundo que pasaba, corrí de vuelta al dormitorio y abrí el armario. Había cosas suyas colgadas, pero faltaban otras: las que había traído consigo desde el principio.

Con un mal presentimiento cerrándome la garganta, me agaché y tiré del último cajón, el lugar donde guardaba la mochila de su madre.

Ya no estaba allí.

Y solo podía significar una cosa: Anna se había marchado con la firme intención de no volver.

50



Saqué el teléfono del bolsillo y me dejé caer sobre la cama, sin fuerzas ni para sostener mi propio peso. Me hice un ovillo sobre las sábanas, con la mirada perdida en la pared. En cuestión de unas horas, mi vida se había puesto del revés. Todo lo que creía haber construido en los últimos meses no era más que un puñado de piezas rotas entre las manos. Los recuerdos que conservaba de la noche en que mi madre murió eran poco más que un espejismo. Anna ya no era el ancla que me había mantenido firme, incluso antes de conocerla.

Se había ido, dejándome a la deriva.

Me giré para estirar los brazos. Hasta respirar me dolía por culpa del nudo que estrangulaba mis pulmones. Cuanto más pensaba, peor me sentía. Anna había tenido infinidad de ocasiones, meses enteros compartiendo primero techo, luego cama y vida, en los que pudo haberme mirado a los ojos y decirme la verdad. Pero eligió callar. Optó por guardar ese secreto día tras día y, al final, cuando todo saltó por los aires, renunciar a cualquier oportunidad que pudiéramos tener y marcharse fue su decisión.

Esa certeza me hizo imposible contener las lágrimas. Me cubrí los ojos con el brazo y dejé que resbalaran hasta la almohada. Me perdí en un laberinto de pensamientos durante horas, hasta que el dolor

dejó paso a una resignación fría y distante. Ya no tenía fuerzas para seguir buscando respuestas, ni para imaginar todas las cosas que podrían haber sido diferentes si...

No pensaba entrar en ese bucle infinito que comenzaba con un «¿Y si...?» ni quedarme atrapado en esa espiral. Ahora solo había una realidad de la que estaba seguro: Anna se había ido, lo nuestro se había roto y yo iba a superarlo. No pensaba llamarla y, mucho menos, salir a buscarla.

El zumbido insistente del teléfono contra las sábanas rompió el silencio de la habitación. Lo ignoré la primera vez y continué inmóvil. Volvió a sonar un minuto después. Y otra vez. Hasta acumular media docena de llamadas perdidas.

Entonces, entró un mensaje. Alargué el brazo y palpé el colchón en busca del teléfono. Miré la pantalla. Tanto las llamadas como el mensaje eran de mi hermano.

> Levi:
> ¿Me puedes explicar qué demonios está pasando? Anna me acaba de escribir renunciando al trabajo y tú ni siquiera has aparecido aún por el café.

Leí el mensaje de nuevo. Anna había renunciado, y esa noticia terminó de poner el punto final de nuestra historia. Había cortado todos los lazos. Pero así era ella, ¿no? Alejaba a todo el mundo, guardaba silencio sobre cada parte de sí misma, no se abría con nadie y, cuando las cosas se ponían feas, huía.

Bloqueé la pantalla, pero se iluminó de nuevo con más mensajes.

> Levi:
> ¿En serio me has dejado en visto?

Levi:
¿Por qué no contestas?

Levi:
Vamos, hermanito, me estás preocupando.
¿Acaso habéis roto?

Contuve la respiración. No quería hablar con nadie, ni siquiera con él.

Joel:
Estoy enfermo, creo que es gripe. Te llamaré.

Mandé el mensaje y apagué el teléfono.

Pasé el resto del día refugiado en la cama, a ratos dormido, a ratos despierto; entre la nada absoluta y las voces que no abandonaban mi cabeza. Puck aparecía de vez en cuando sin hacer ruido, caminaba despacio sobre las sábanas, se acurrucaba junto a mi costado y luego se marchaba de la misma forma silenciosa con la que había llegado. Creo que él también notaba su ausencia definitiva, porque en el tiempo que llevaba en casa, jamás me había prestado atención.

A lo largo de la tarde, la realidad fuera de mi apartamento intentó irrumpir dentro en dos ocasiones. Primero fue Levi, cuya voz firme y preocupada al otro lado de la puerta me exigía que abriera de una vez. Horas después, reconocí a mi padre por su forma de llamar, unos golpes secos en la madera. Tras unos segundos, su voz los acompañó pidiéndome que lo dejara entrar.

Me cubrí la cabeza con la almohada para no oírlo. Sabía que me estaba comportando como un niño, pero no tenía ánimo ni agallas

para dar explicaciones ni para sostener miradas que me exigieran respuestas que no podía darles aún. Así que los ignoré a ambos y no me moví de la cama, dejando que el tiempo se consumiera. Porque mientras dormía, el dolor en mi pecho desaparecía; lo único que existía era la nada.

Había anochecido por completo y la única luz que se colaba en la habitación era la tenue claridad de las farolas de la calle. Otro quejido me hizo abrir los ojos. Puck llevaba un rato dando vueltas por la cama, emitiendo maullidos lastimeros. Al ver que no le hacía caso, se plantó sobre mi pecho, clavándome las uñas a través de la camiseta, y comenzó a restregar su cara contra mi barbilla con urgencia.

Suspiré, derrotado. Probablemente se había quedado sin agua y sin comida, y el pobre bicho no tenía la culpa de que yo no quisiera hacer nada que me exigiera moverme. Me arrastré fuera de la cama con desgana y fui a la cocina. Abrí un par de latas de salmón con verduras y las volqué en el comedero, luego añadí unas bolitas de pienso. Mientras el gato se apresuraba a comer, llené también el bebedero.

Con las manos en las caderas, lo observé mientras se relamía. ¿Y ahora qué iba a hacer con él? Me rasqué la ceja. Puck y yo no nos gustábamos, hasta ahora nos habíamos soportado por Anna, pero ahora que ella no estaba...

Me giré de golpe. Había alguien al otro lado de la puerta y juraría que estaba intentando entrar. Agucé el oído, por si eran mi imaginación o el estómago vacío los que me estaban haciendo oír cosas raras. Pero no. Un leve crujido metálico confirmó mis sospechas. Me acerqué a la entrada sin hacer ruido y pegué la oreja a la madera.

—No creo que esto esté bien. Tu hermano se va a enfadar y con motivos.

—¡Vamos, papá! ¿Y crees que es mejor llamar a la policía y que el idiota esté durmiendo la borrachera?

Puse los ojos en blanco y me pasé la mano por el pelo, tirando de un par de mechones hasta hacerme daño. No podía creerlo. Había familias normales y luego estaba la mía, completamente chiflada.

No esperé a que continuaran el debate y abrí de un tirón.

Ambos se quedaron congelados: Levi agachado sobre el felpudo con lo que parecían un par de ganzúas en las manos y mi padre inclinado a su espalda, con cara de susto y las manos en los bolsillos de una chaqueta fina.

Me los quedé mirando con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios apretados.

—¿Habéis perdido la cabeza? —les espeté. Señalé a mi hermano con un dedo—. De ti podría esperarlo, pero... ¿de ti, papá?

Mi padre se llevó una mano a la frente, tan avergonzado que sus orejas casi echaban humo. Abrió la boca para responder, pero Levi se le adelantó.

—¿Te importaría encender el teléfono y coger alguna llamada? ¿O al menos contestar los mensajes? —me preguntó furioso.

A continuación, me apartó de un empujón y se coló en mi salón. Papá lo siguió y se detuvo a mi lado. Me miró a los ojos, dedicándome una sonrisa triste que me estrujó el pecho.

—Nos has preocupado mucho —me dijo en voz baja.

Luego me rodeó con sus brazos y me estrechó sin decir nada. Ver dentro de mí siempre le había resultado sencillo. Me dio unas palmaditas en la espalda y me soltó dejando escapar un suspiro. Tragué el nudo que se había formado en la garganta. Los ojos me escocían y, durante un momento, no fui capaz de moverme.

Lo miré mientras se quitaba la chaqueta. Tras colgarla en el perchero, fue a sentarse junto a Levi en el sofá. Echó un vistazo a su alrededor, como si buscara a alguien.

—No está, y no va a volver —respondí a su pregunta silenciosa mientras cerraba la puerta.

Apenas fui capaz de decirlo.

Con gesto preocupado, rodeé el sofá y me senté frente a ellos en el banco del piano. No era capaz de levantar la vista del suelo. Como si hubiera intuido que necesitaba un cable, Puck vino hasta mí y se subió a mi regazo de un salto. Le acaricié el lomo con lentas pasadas.

—No puedo creer que os haya pillado forzando la cerradura de mi casa —dije para romper el silencio—. ¿Qué ha pasado con las llaves que os di?

—Si soy sincero, no tengo ni idea de dónde las guardé —respondió mi padre.

Crucé la mirada con mi hermano, que no desaprovechó el momento.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó.

—Anna y yo hemos roto.

Mi padre sacudió la cabeza con una mueca de pesar.

—¿Por qué? —insistió mi hermano.

Me quedé en silencio, con la mirada clavada en las rodillas y los dedos enredados en el pelo de Puck, incapaz de verbalizar nada. No sabía por dónde empezar. Mi mente era un caos de pensamientos desordenados y no encontraba las palabras para darles voz. Sabía que iba a hacerles daño con esa historia, y no estaba preparado para ver cómo sufrían al revivir la noche en que mamá murió, ni para romperles el corazón con una realidad que nada tenía que ver

con la versión que ellos conocían. Esa certeza frenaba mi necesidad de desahogarme, de compartir con alguien mi propio dolor.

Sin embargo, esconderles la verdad no era una opción. Estaría cometiendo los mismos errores que Anna había cometido conmigo. Así que inspiré hondo y retrocedí hasta el día en que encontré el sobre dentro del armario. En cuanto separé los labios y las primeras palabras fluyeron, ya no pude frenar. Uno a uno enlacé todos los puntos de la historia y los conecté con Anna y nuestra familia. Les conté sin omitir un solo detalle qué sucedió realmente aquella noche y lo que Anna tuvo que vivir después, durante años. Intenté no justificarla, pero tampoco la condené. Solo traté de ponerme en su piel y que ellos también lo hicieran.

Cuando terminé de hablar, el silencio que se instaló en el salón pesaba como una losa. Mis palabras seguían flotando en el aire, suspendidas entre nosotros sin que ninguno supiera cómo asimilarlas. De repente, Levi se levantó, rodeó la isla de la cocina y abrió la nevera. Sacó tres botellas de cerveza que destapó sobre la encimera. Volvió con ellas y nos tendió una a cada uno antes de retirarse hacia la ventana y quedarse observando la calle a través del cristal. En el sofá, mi padre se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y comenzó a girar el vidrio helado entre sus dedos con la mirada completamente perdida.

Yo me quedé en silencio, esperando.

—¿Y ahora qué se supone que debemos hacer con todo esto? —preguntó Levi alterado.

—¿Esperas que yo lo sepa? —respondí a mi vez.

—Hasta hace unas horas era tu novia.

Arrugué la frente, molesto.

—Y por esa razón estoy mucho más jodido que tú, no lo olvides —repliqué.

—No quiero que discutáis —terció papá.

Levi dejó la botella sobre el alféizar de la ventana con un golpe seco y se acercó a nosotros.

—Camden Reeves no tuvo un accidente, cometió un delito muy grave que le costó la vida a mamá —afirmó con una expresión enojada—. Ahora su familia se dedica a extorsionar a Anna sin ningún arrepentimiento. Y hablando de ella... —gruñó dando un paso adelante—. A ver, no es que no la entienda, puedo hacerlo si me esfuerzo, pero no debemos ignorar su implicación. Tenemos que denunciar —afirmó tajante.

Sus palabras me sentaron como una puñalada. Esa posibilidad ya se me había pasado por la cabeza, pero oírla de mi hermano me hizo darme cuenta de que para mí no era una opción. La rechazaba con toda mi alma.

—¿Y arruinar aún más la vida de Anna? —salté, sin poder contenerme.

—Nadie va a denunciar a Anna —aseveró mi padre.

Levi alzó los brazos con frustración.

—¿Y cómo haremos justicia?

—¿Qué justicia traerá de vuelta a tu madre, Levi? —lo confrontó papá, muy serio—. ¿Que Anna pueda ir a la cárcel hará que ella regrese? No lo hará.

Hizo una pausa para tomar aliento.

—Estamos de acuerdo en que no ha hecho las cosas bien, me siento tan traicionado como tú, pero ella no es más que otra víctima. Además, no podemos ignorar el hecho de que pudo huir, pero eligió quedarse al lado de vuestra madre.

Mi hermano dejó escapar una risita sarcástica.

—Entonces, ¿para salvarla a ella vamos a dejar que la memoria de ese tipo quede intacta y su familia sin castigo?

Papá negó con la cabeza.

—No es lo que he querido decir, solo creo que... —Se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz—. Debemos pensarlo muy bien y valorar todas las opciones antes de hacer nada.

De nuevo nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Bajé la cabeza y me miré las manos. Hablar con papá y Levi me había quitado un peso de encima. Contarles la verdad, saber qué pensaban al respecto y comprobar que coincidían en que Anna no era más que una víctima de las circunstancias me estaba ayudando a ver las cosas con más claridad y a enfrentarme a mis propios sentimientos.

Entendía el punto de vista de mi hermano, también su necesidad de calmar la rabia que sentía; pero estaba de acuerdo con nuestro padre. Ningún juez ni ninguna sentencia iban a traernos de vuelta a mamá. Además, denunciar significaba exponer a Anna y no quería eso.

Escondí el rostro entre las manos.

Hiciera lo que hiciera, sentía que traicionaba a alguien.

51



Al día siguiente volví a quedarme en casa en lugar de ir a trabajar. Y también al siguiente. Y al siguiente. Puse como excusa que estaba enfermo y Levi optó por no cuestionarme y dejarme en paz. Aunque lo cierto era que, de un modo u otro, me encontraba enfermo de verdad. Me costaba funcionar, no tenía apetito ni ganas de hacer nada.

Aunque no soportaba estar a solas con mis propios pensamientos, aquel apartamento era el único lugar en el que Anna estaba en todas partes. En el salón, donde aún veía la mochila que le regalé y su camisa colgada del perchero. En la cocina, donde seguía estando su taza en el escurreplatos y los cereales azucarados que solo ella comía llenaban el armario. En la habitación, donde su olor impregnaba cada centímetro.

Cada una de sus huellas era un recordatorio de lo que habíamos sido y ya no éramos. Solo pensaba en ella. No dejaba de preguntarme dónde estaría, con quién, si tendría dinero para comer y un lugar en el que dormir. Lo ocurrido no había cambiado mis sentimientos por ella. La quería con toda mi alma y la echaba tanto de menos que el pecho me dolía sin pausa.

Quería volver a verla, estar con ella de cualquier forma, pero al mismo tiempo sabía que debía dejar de sentir eso. Porque el dolor

más agudo no nacía de su ausencia. Lo que había reducido mi corazón a polvo era que me sentía traicionado. Que no hubiera confiado en mí y que yo ahora no me sintiera capaz de volver a confiar en ella. Y sin confianza, por mucho que ames a alguien, esa relación jamás podría funcionar.

52



Dormitaba sumido en un limbo profundo cuando, súbitamente la luz del dormitorio se encendió. El fogonazo me hizo abrir los ojos de golpe, deslumbrándome y provocándome un vuelco en el corazón que casi me hace saltar de la cama y encaramarme al techo.

Parpadeé varias veces, desorientado, mientras intentaba enfocar la vista y veía a mi padre cruzar la habitación a zancadas. Sin decir nada, descorrió las cortinas y empujó las ventanas hacia arriba, dejando que el aire fresco entrara en el cuarto.

Eché un vistazo a través del cristal y me quedé de piedra al comprobar que fuera era de noche otra vez. ¿En serio me había tirado todo el día durmiendo? Arrugué la frente, desconcertado. Había perdido por completo el sentido del tiempo; no tenía la más remota idea de qué hora era ni qué día figuraba en el calendario.

—¿Papá? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Tú qué crees? Asegurarme de que sigo teniendo dos hijos.

—Veo que has encontrado mis llaves.

—Dale una razón a un hombre y verás de lo que es capaz.

Se dio la vuelta y me miró. Arrugó la nariz con una mueca de evidente desagrado al analizar mi aspecto.

—¿Cuánto hace que no te duchas?

Sin esperar respuesta, cruzó de nuevo la habitación y desapareció en el baño. Un segundo después, oí correr el agua de la ducha. Luego le bastó una sola mirada desde la puerta para sacarme de la cama. A regañadientes, me fui quitando la ropa —porque de no haberlo hecho me la habría quitado él mismo, no tenía dudas— y me adentré en la nube de vapor que se había formado tras la mampara.

Cuando el agua caliente resbaló por mi piel y el aroma a jabón penetró en mi nariz, me di cuenta de lo mucho que la necesitaba. Se llevó consigo hacia el desagüe la niebla que me embotaba la mente, el sudor acumulado y el tufillo a encierro que arrastraba desde hacía días. Más despierto de lo que había estado en la última semana, me planté frente al espejo del lavabo. Saqué del cajón la espuma de afeitar y una maquinilla nueva y, con lentas pasadas, fui rasurando la maraña de pelo que me cubría la cara. Al terminar y contemplar mi reflejo, sentí que volvía a ser yo mismo.

Papá me estaba esperando en el salón, jugando con Puck en el sofá. En cuanto me vio aparecer, se puso en pie y agarró su chaqueta fina. De noche nunca salía sin una.

—Vamos —me dijo con una sonrisa.

—¿Adónde?

—A una cita padre e hijo. Hace mucho que no tenemos una.

Una vez fuera, subimos al coche y mi padre condujo hacia el oeste. Circulamos en silencio, con los ZZ Top sonando por los altavoces. De mi madre había heredado el talento musical, pero mis gustos y preferencias se los debía a él.

En cuanto viró hacia Fenway, supe que nos dirigíamos al Sinner’s Root, o como a Levi le gustaba llamarlo: el cuartel general de los Barrett. No dije nada, pero la sonrisa que se dibujó en mi cara hablaba por mí.

Empujé la puerta del local y la sostuve para que papá entrara primero. Dentro, las mesas estaban llenas y, en el pequeño escenario, una chica con su guitarra versionaba canciones de Dolly Parton. En ese momento, el estribillo de *Jolene* brotaba de su garganta con una voz increíble.

—A tu madre le encantaba esa canción —me dijo con una sonrisa.

Le devolví la sonrisa, recordando cuántas veces la había cantado con ella en el coche cuando era niño y me llevaba al colegio.

Ocupamos un par de taburetes en la barra. En cuanto Elan nos vio, se acercó deprisa.

—¡Dichosos los ojos, Isaac! Ha pasado mucho tiempo —dijo, estirando su brazo por encima del mostrador.

Mi padre le estrechó la mano con un apretón firme.

—¿Cómo estás, Elan?

—Bien, amigo, no puedo quejarme. ¿Qué te pongo?

—Una cerveza que esté bien fría.

Elan me miró con afecto.

—¿Y a tu chico?

—Ponme otra —respondí.

Elan se alejó y no tardó en volver con dos jarras de cerveza y un cesto lleno de cacahuetes pelados. Durante un rato, nos dedicamos a beber en silencio mientras escuchábamos a la chica del escenario cantar con una voz profunda y áspera. Por primera vez en muchos días, me encontraba mejor. El corazón no me dolía tanto y la ansiedad me oprimía el pecho un poco menos.

Observé a mi padre mientras él disfrutaba de la actuación con una sonrisa. Me sentía tan agradecido de tenerlo en mi vida. Nunca me había fallado, ni una sola vez, y ahí seguía, acudiendo a mi rescate como si tuviera el don de un adivino y siempre supiera cuándo era el momento en que debía tenderme la mano.

Me pilló mirándolo y me sonrió.

—He visto que sus cosas siguen en tu casa —me dijo con cautela.

—No sé adónde enviarlas.

—¿No has sabido nada de ella?

Negué con la cabeza. Solo una vez flaqueé y la llamé por teléfono, pero una voz plana y robótica me dijo que ese número ya no estaba en servicio. El único puente que nos unía había desaparecido. Me dije a mí mismo que era lo mejor, que quizá era una señal del destino para dejarla ir.

—¿No piensas en recuperarla?

No esperaba esa pregunta y lo miré sorprendido.

—¿Por qué me dices eso?

—Bueno, te veo sufrir y sé que la quieres... Me preocupa que no desees hacerlo porque creas que a tu hermano o a mí nos molestaría. Porque no es así, Joel. Si tomaras esa decisión, contarías con nuestro apoyo —me explicó sin ningún rodeo.

Se me aceleró el corazón, porque una parte de mí sí había llegado a pensar que Anna sería una presencia incómoda para mi familia, después de todo lo ocurrido. Y esa posibilidad me colocaba en una situación muy difícil. Sin embargo, ahora veía que me había preocupado por nada.

—No hay nada de eso.

—Entonces, ¿es definitivo? ¿Se acabó?

Tragué saliva.

—Papá, ella me mintió desde el principio. Tuvo muchas oportunidades para hablar conmigo y contarme lo que sucedió, pero no lo hizo. ¿Cómo puedo confiar en alguien que guarda secretos, que me oculta cosas y no me ha permitido conocerla de verdad?

Él arrugó la frente e inspiró.

—No considero a Anna una persona falsa o mentirosa.

—No he dicho que lo sea —repliqué molesto.

—Si es así, ¿por qué no podrías volver a confiar en ella?

Alcé los hombros con un gesto de impaciencia.

—Te lo acabo de decir...

Me padre me observó con una expresión serena.

—Joel, es cierto que Anna te ha ocultado cosas vitales, pero no lo hizo para dañarte. Estoy muy seguro de eso. Además, ha sido sincera en lo más importante.

—¿En qué?

—En sus sentimientos por ti. Esa chica te ama profundamente, hijo.

El pecho se me contrajo.

—Yo también la amo —dije con sinceridad—. ¿Crees que estoy así porque sí? Pero no sé si podría pasar toda una vida con ella preguntándome si habrá algo más que me oculte.

Mi padre enarcó las cejas, contrariado, y se giró en el taburete para mirarme de frente.

—¿Qué más podría esconder? —me preguntó con suma curiosidad.

«¡Nada!», gritó mi subconsciente. Anna no tenía un ápice de maldad en su cuerpo, esa era la verdad. Pero no borraba lo que ya había hecho. Tampoco la posibilidad de que en un futuro lo repitiera.

Como si me hubiera leído el pensamiento, él dejó caer sin más:

—Tú tampoco se lo decías todo. No le contaste que le habías dado dinero a su padre hasta que no te quedó más remedio.

Apreté los dientes. Menudo golpe bajo.

—No es lo mismo —me defendí.

—Un mal acto no se define por su gravedad; lo es sin más.

Aparté la mirada. Su lógica era irrefutable. Discutir con él siempre era tiempo perdido y un baño de realidad.

Al ver que yo no decía nada, continuó:

—Anna es una buena chica. Aquella noche su instinto le pedía huir, pero se quedó con tu madre. No justifico lo que ha hecho, pero trato de entenderla.

—¿Crees que yo no? —salté; no había dejado de intentarlo desde el día en que la conocí.

—Entonces, pregúntate esto... ¿Qué mal ha hecho realmente y a quién? Nunca ha tenido a nadie que cuide de ella, han abusado de su cuerpo y su confianza, y lleva más de dos años viviendo con miedo a que le arrebaten su libertad.

No necesitaba hacerme esa pregunta, y menos aún pensar en una respuesta. Ya la sabía: la única víctima era ella.

—¿Habrías hecho lo mismo en su lugar?

—¿Tú no?

Solo pude asentir con la cabeza.

De pronto fue como si todo mi enfado se desvaneciera. Sí, tenía el corazón roto, pero eso no podía ser una excusa para no creer en ella. Después de todo, si miraba atrás y pensaba en cómo reaccioné en ese parque, en cómo la dejé allí sola y me fui sin mirar atrás, el único culpable de que se hubiera marchado era yo. Hice lo que otros muchos habían hecho antes: dejarla sin opciones.

53



Al día siguiente, regresé al trabajo.

La conversación con mi padre se había convertido en un punto de inflexión para mí; ya no había espacio para seguir escondido bajo las sábanas, porque un corazón roto duele lo mismo dentro que fuera de casa. Era un hombre adulto, con responsabilidades, y había llegado el momento de afrontar los problemas con madurez y aplomo.

En cuanto puse un pie en el cuarto del personal, noté que todos se comportaban de forma exageradamente natural. Con amabilidad, pero sin demostrar ningún interés ni curiosidad, ni una sola pregunta, como si jamás me hubiera ausentado y Anna nunca hubiera existido. Me moría por saber qué les habría dicho Levi para contenerlos de ese modo.

La atmósfera era incómoda, pero la prefería mil veces a cualquier intromisión en mis asuntos. La amistad y la confianza también tenían límites.

A media mañana aparecieron Dave y Noah. Tomé un café con ellos y hablamos sobre el grupo y los planes para retomar las actuaciones. Me reí por primera vez en días y me sentó bien. Sin embargo, cuando el nombre de Anna surgió en la conversación, me costó disimular la oleada de tristeza que se me asentó en el

estómago. Por la cautela con la que sacaron el tema, supe que ya estaban al tanto de una parte de lo que había pasado.

No me molestó que Levi o papá les hubieran contado la situación. Yo mismo lo habría hecho tarde o temprano.

Los acompañé a la puerta para despedirlos y volví a mi puesto tras el mostrador. Al rato, apareció la nueva camarera que Levi había contratado para sustituir a Anna. Se llamaba Erika. Se notaba que tenía mucha experiencia y, aunque era muy tímida, su trato con los clientes era amable.

Pese a que intenté no pensar en ello, verla haciendo las mismas cosas que antes hacía Anna me resultaba doloroso. Era un recuerdo constante de que ella ya no estaba allí, ni conmigo. Había pasado toda la noche en blanco, dándole vueltas a la cabeza. Papá me había animado a buscarla y que tratara de arreglar las cosas con ella, a que la trajera de vuelta a la familia.

Una parte de mí deseaba con todas sus fuerzas dar ese paso, pero otra tenía miedo. Miedo a no encontrarla, a que hubiéramos agotado las casualidades que cruzaban nuestros caminos y tener que vivir con esa certeza.

Mi teléfono vibró en el bolsillo trasero de los pantalones. Lo saqué y vi que tenía un mensaje de mi padre. Desbloqueé la pantalla y lo abrí.

> Papá:
> Ha venido a casa un coordinador de la fiscalía
> para informarme de que una mujer se presentó
> en la comisaría del distrito A-1 hace una semana,
> como implicada y testigo del accidente en el que
> murió mamá. Es Anna. Me han dado la tarjeta de
> un abogado, él nos informará mañana.

Tuve que leerlo varias veces para procesar la información que contenía. Me llevé una mano a la cabeza y salí de detrás de la barra con las piernas temblando. De golpe, las palabras que Anna me dijo aquel día resonaron en mi mente: «Se acabó. Prefiero asumir las consecuencias de mis actos a vivir un día más en este infierno».

En aquel momento las pasé por alto y, cuando más tarde descubrí que se había marchado, solo pensé que quería desaparecer del mapa; me equivocaba.

Corrí a la oficina y entré sin llamar. Me temblaban las manos, el sudor me empapaba la espalda y tenía ganas de vomitar. Levi estaba colocando unos archivadores en la estantería de las facturas. Se giró y, al verme la cara, dio un paso adelante con la frente llena de arrugas.

—¿Qué pasa?

—Anna se ha entregado.

54



El abogado nos citó en una de las salas de conferencias privadas ubicadas en la cuarta planta de One Bulfinch Place. En el interior se respiraba un ambiente de sobriedad aplastante, con paneles de madera oscura en las paredes y ventanales altos que ofrecían vistas al Government Center.

Papá, Levi, Dave y yo esperábamos nerviosos en el pasillo cuando una mujer salió de la sala y nos llamó por nuestro apellido. Dentro nos recibió un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y un pequeño bigote, que vestía un traje azul oscuro sin corbata.

Nos invitó a sentarnos alrededor de una mesa y ocupó uno de los extremos, donde habían colocado varias carpetas con documentos en un montón. Miré a Dave, que estaba a mi lado. Que nos acompañara no era una casualidad; yo se lo había pedido. Sabía que, en cuanto el abogado comenzara a expresarse con tecnicismos y jerga legal, su ayuda iba a ser crucial para explicarnos más tarde las partes que nos costara comprender.

El abogado carraspeó con suavidad y nos preguntó si deseábamos tomar té, café o alguna otra cosa. Todos rechazamos la invitación. Entonces, abrió una de las carpetas y ojeó un par de papeles durante unos segundos. Juntó las manos sobre la mesa.

—Estoy aquí para explicarles de la forma más detallada posible todo el proceso de reapertura de este caso. Si tienen alguna duda o hay algo que no entiendan, pueden interrumpirme y preguntarme sin ningún problema. Al acabar, les pediré que rellenen unos formularios, si no les importa.

Y sin más, empezó a hablar.

Nos dio una versión abreviada de la declaración de Anna, que era el principal motivo por el que se reabría el expediente del choque y dejaba de ser un accidente para tratarse como un caso de homicidio-suicidio intencionado. Tras las primeras pruebas e interrogatorios, y a la espera de los resultados finales de la investigación, la oficina del fiscal no consideraba que Anna fuera responsable de ningún delito. Al contrario, estaban bastante seguros de que era una víctima, no solo de un intento de asesinato, sino también de un maltrato físico y psíquico continuado con pruebas evidentes de violencia doméstica. Así lo confirmaban los testimonios de antiguos compañeros de trabajo que los vieron esa noche subiendo al coche.

Su estatus en ese momento era de doble víctima, ya que, tras las primeras averiguaciones de una denuncia paralela, existían indicios sólidos de que fue coaccionada y extorsionada durante más de dos años, con el agravante de vulnerabilidad por edad. Así que no se iba a abrir ningún proceso penal en su contra y pasaría a ser testigo, tras un acuerdo de inmunidad a cambio de su testimonio. La fiscalía había presentado cargos contra los padres de Camden Reeves por intimidación, obstrucción y conspiración. En cambio, como el principal culpable había muerto, el caso penal contra él se extinguía.

También remarcó que conocían la relación actual de Anna con nuestra familia, y que con firmar una declaración escrita por nuestra parte sería suficiente para el proceso.

Dejé de escuchar en ese preciso instante.

«No era responsable de ningún delito».

Mi mente se aferró a esas palabras como si fuesen un salvavidas en medio de un océano inmenso en el que me estaba ahogando. Dave ya me había explicado que esa posibilidad existía, pero que las pruebas debían ser lo bastante sólidas e irrefutables para que la fiscalía considerara no presentar cargos contra ella.

Por esa razón, no había querido ilusionarme.

Si Anna solo contaba con su propia voz como prueba, no sería suficiente para convencer a nadie, y menos aún a la fiscalía. Pero había vuelto a equivocarme. Sentí una punzada en el pecho al imaginarla mostrando sus cicatrices, narrando ante desconocidos que la juzgaban cada agresión, exponiendo cómo esa familia se había aprovechado de ella hasta obligarla a vivir en la pobreza.

Y lo había tenido que hacer todo sola.

En el momento más incierto y decisivo de su vida, yo no había estado allí. No había cumplido ninguna de las promesas que le hice. Le di la espalda en todos los sentidos posibles. Ahora estaría allí fuera, en alguna parte, intentando asimilar que su pesadilla había terminado. Sintiéndose libre y en paz por primera vez en años. Y yo tampoco estaba a su lado.

Pero ¿tenía derecho a estarlo? Probablemente no.

Había soltado su mano cuando todo se desmoronaba, haciéndole creer que tampoco era suficiente para mí. ¿Para qué demonios podría necesitarme ahora? ¿Por qué iba a tener alguna razón para querer verme? Aun así, me resistía a no hacer nada. Me negaba a rendirme.

En mi interior todavía quedaba un resquicio de esperanza y me aferré a él.

Quería mirarla a los ojos una vez más, pedirle perdón por no haber sabido ser mejor y dejar que fuera ella, y solo ella, quien decidiera si aún había algo entre nosotros que mereciera la pena salvar.

Sabía que no podríamos volver a ser los de antes, pero quizá ahí estaba nuestra oportunidad. Podíamos construir algo totalmente nuevo y diferente; podíamos ser mejores y crear algo mucho más real.

Pero para que ese deseo se convirtiera en una posibilidad, antes tenía que encontrarla.

55



—No puedes ir a la fiscalía y pedirles que te den su dirección —me dijo Dave.

Creo que era ya la sexta vez que me lo repetía y aun así yo me resistía a ceder.

Me lo quedé mirando con recelo. Quizá no sabía tanto como presumía.

O yo era imbécil y mi propia negativa a aceptar que me había quedado sin opciones me impedía ver la realidad.

—Pero no es una testigo protegida ni nada de eso —insistí.

Dave enarcó una ceja.

—No importa. Por ley no te darán esa información. Además, nada te asegura que los datos que haya facilitado sean los de su domicilio actual, solo necesitan un lugar donde localizarla y poder entregar las citaciones.

Arrugué la frente y bajé la vista a la mesa. La hamburguesa que tenía en el plato continuaba intacta. Cogí una patata frita y empecé a remover con ella la salsa picante de una tarrina de plástico. Llevaba dos semanas buscando a Anna: preguntando por ella a las personas que la conocían, siguiendo pistas que no conducían a ninguna parte y deambulando por la ciudad cada día durante horas,

por si el destino decidía darme la oportunidad de tropezarme con ella.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Contrato a alguien que la busque?

Dave me miró como si hubiera perdido el juicio, y quizá no andaba muy desencaminado.

—¡¿Por qué te empeñas en comportarte como un psicópata?! —exclamó.

—Es que estoy desesperado.

—Joder... —masculló para sí mismo.

Inspiró hondo y desbloqueó su teléfono. Me incliné sobre la mesa para echar un vistazo a lo que hacía y vi que abría un archivo que yo mismo le había enviado un par de días antes: mi propia investigación exhaustiva de la búsqueda de Anna.

Fruncí el ceño.

—Me dijiste que lo habías mirado —repliqué con desconfianza.

Él levantó la vista un segundo y puso cara de aburrimiento.

—Te mentí. ¡Apenas saco unas horas para dormir! ¿Esperas que tenga tiempo para jugar contigo a los detectives?

Me llevé la mano al pecho.

—Eso me ha dolido, ¿sabes? —le espeté.

Él fingió no oírme y se puso a revisar mis datos.

—¿Has hablado con todas esas personas?

—Sí.

—¿Y ninguna la ha visto ni ha hablado con ella por teléfono...? —se interesó.

Crucé los brazos sobre la mesa y negué con la cabeza.

—Amigas, compañeros de trabajo, gente con la que ha vivido... nadie sabe nada.

—¿Y qué hay de este nombre que has escrito con interrogaciones?

—¿Cuál?

—Una tal Margaret —respondió.

Me repantigué en la silla, quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Ah, sí; es una anciana que vive con un montón de gatos. La descarté desde el principio.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros y exhalé un leve suspiro.

—Pues porque es mayor, con problemas de salud y tiene al menos un hijo. Conociendo a Anna, ella sería la última persona a la que pediría ayuda. Jamás la molestaría.

Dave me observó, no parecía muy convencido con mi respuesta. Se rascó la ceja mientras amusgaba los ojos.

—¿Estás seguro?

Empecé a perder la paciencia.

—Muy seguro. Y yo tampoco pretendo molestarla.

Dave sopesó mis palabras. Cruzó los brazos sobre el pecho y arrugó la nariz sin dejar de mirarme. Me sentía como si me estuviera diseccionando.

—Pero ya has comprobado a todos los demás. Así que, literalmente, esta sería la última persona de su posible lista, ¿no? La última —repitió esa palabra con un tonito cargado de intención.

El corazón comenzó a latirme con fuerza mientras le sostenía la mirada.

—Entonces, si no hay nadie más, cabe la posibilidad... —aventuró como un profesor que conduce a su alumno de primaria a la solución de una suma tan simple como dos más dos.

Durante unos segundos, no fui capaz de decir nada. Contenía el aliento con una opresión en el pecho que había aparecido de la nada. No podía ser tan tonto como para no haberlo intentado

siquiera. ¿En qué momento se me pasó por la cabeza descartarla con tanta ligereza?

El silencio se dilató entre nosotros hasta que no aguanté más.

—Dilo, me lo merezco.

—¡Eres imbécil! —rompió a reír Dave.

Me puse en pie sin ninguna paciencia. Agarré mi casco, que estaba en la silla de al lado, y me palpé los bolsillos para asegurarme de que lo llevaba todo.

—Tengo que irme.

Salí a toda prisa del restaurante, dejando a Dave atrás disfrutando tranquilamente de su hamburguesa. Seguí la acera, esquivando a un grupo de turistas que fotografiaban unos grafitis, y corrí hacia el lugar donde había aparcado mi moto. Temblando por los nervios, me puse el casco, arranqué el motor y me incorporé al tráfico sin perder un instante.

Me dirigí al barrio donde esperaba que aún viviera Margaret.

Minutos más tarde, aparcaba frente al antiguo edificio. Subí los peldaños de la entrada y empujé el portón sin ninguna resistencia: después de tantos meses, nadie se había molestado aún en reparar la cerradura.

Me lancé escaleras arriba hasta el segundo piso, con el pulso latiéndome deprisa en la garganta. Me detuve un momento en medio del pasillo. Si no recordaba mal, vivía en el 2A, la única puerta con un felpudo. Levanté la mano y llamé varias veces con los nudillos. Luego contuve la respiración a la espera de una respuesta.

Oí cuchicheos y a continuación unos pasos lentos acercándose. Tras lo que me pareció una eternidad, la puerta por fin se abrió. Margaret apareció en el hueco, con un vestido amarillo estampado con flores blancas y una pinza sujetándole el pelo.

Me miró de arriba abajo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—¡Hola, Margaret! —la saludé con una sonrisa—. ¿Se acuerda de mí? Soy Joel, estuve aquí hace meses, en diciembre, el día de Nochevieja.

—Oh, por supuesto, te recuerdo.

—¿Y se acuerda de que vine buscando a Anna? La chica que vivía en el tercero. Ella solía traerle fideos.

—¡Claro que sí! ¿Cómo iba a olvidarla? Esa niña era un cielo.

Asentí, dándole la razón. No pasé por alto ese «era»; tres letras que acababan de demoler de un solo golpe mis esperanzas. Aun así, le pregunté:

—¿La ha visto o ha hablado con ella últimamente?

Negó con la cabeza.

—No, lo siento —se lamentó—. ¿Aún sigues buscándola?

Me encogí de hombros, desanimado.

—Bueno... sí... algo parecido —exhalé despacio.

De repente, un gato apareció como una exhalación desde el interior y se enredó entre sus piernas, maullando. Margaret se agachó para cogerlo y yo no pude evitar echar un vistazo dentro. Entonces la vi, al fondo del pasillo, la vieja mochila de Anna colgada de una silla tras una puerta entreabierta. El corazón me dio un vuelco tan violento que me llevé la mano al esternón.

Margaret se puso de pie, sosteniendo al gato contra su pecho, y me regaló otra sonrisa amable. Me forcé a devolvérsela, mientras la observaba perplejo y pensaba en lo fácil que le había resultado mentirme sin parpadear. Traté de imaginar sus razones, probablemente Anna se lo habría pedido, y yo no era quién para confrontarla en su propia casa.

Me obligué a recomponerme y a mantener la compostura. Intenté tragarme el nudo que tenía en la garganta. Saber que ella estaba allí

dentro, a solo unos metros, y que no podía verla me estaba matando. Pensé en llamarla, en pedirle que saliera... y con el mismo ímpetu rechacé ese pensamiento.

Jamás la forzaría a hacer nada que no quisiera.

Entonces, se me ocurrió una idea: desesperada, sin sentido, destinada a fracasar y que aun así llevaría a la práctica sin vacilar. Porque yo era así, un tipo impulsivo, visceral y que actuaba antes de pensar.

—Margaret...

—¿Sí?

—¿Puedo pedirle un favor?

Ella me miró con curiosidad.

—Sí, claro, si está en mi mano.

Me humedecí los labios, los notaba demasiado secos.

Recé para que Anna estuviera escuchando.

—Hace semanas que busco a Anna. La última vez que la vi metí la pata hasta el fondo, me equivoqué y no me porté bien con ella. Sé que le hice daño, le juré que siempre podría confiar en mí y le fallé cuando más me necesitaba. Y lo siento, lo siento muchísimo, porque no quería que se marchara. —Hice una pequeña pausa para respirar —. Necesito encontrarla para pedirle perdón en persona y decirle que la echo mucho de menos. Todos la echan de menos —enfaticé —: mi padre, Levi, Becca, Carly, sus compañeros de café... y sobre todo Puck. Todos quieren que vuelva.

Noté algo en la mejilla y me la froté. Me sorprendió ver que era una lágrima.

Sonreí con tristeza y Margaret me devolvió el gesto, emocionada.

—Si la ve algún día, ¿podría decirle todo esto por mí?

—Claro, no sé si podré recordarlo todo, pero lo intentaré.

Nos miramos a los ojos. Los de Margaret se abrieron al darse cuenta de que yo sabía que Anna estaba dentro.

—Y qué le parece si me paso de vez en cuando y dejo una nota para ella. Así... no necesitará recordarlo todo, solo tendrá que guardarlas. Prometo que no la molestaré, las dejaré aquí, en la puerta. ¿Le parece bien?

Ella me miró con una pequeña sonrisa y los ojos llorosos. Yo tenía el pulso tan acelerado que me atronaba en los oídos esperando su respuesta.

—Por favor —musité de forma que solo ella pudiera oírme.

—Sí, cielo, me parece bien.

56



Me había costado un mundo dejar atrás la casa de Margaret y volver a mi apartamento, sabiendo que Anna se encontraba allí. En el viaje de vuelta, mi corazón y mi cabeza no habían dejado de discutir. El primero, impulsivo e impaciente, no entendía por qué debía esperar; la segunda, más lógica y racional, me repetía que si iba demasiado rápido terminaría de perderla para siempre.

Nada más llegar a casa, me vestí con ropa de deporte y salí a correr. Estar ocupado era lo mejor para que el tiempo pasara deprisa. De regreso, hice una parada en el supermercado. Compré una botella de vino tinto y una *pizza* de *pepperoni* de la sección de congelados. También me detuve en una tienda de juegos y cómics y acabé gastando demasiado.

Cuando llegué a casa, ya había anochecido. Me di una ducha y me vestí solo con un pantalón de pijama. Luego puse la *pizza* en el horno y descorché la botella. Con la copa en la mano, una a una fui abriendo todas las ventanas.

Cené en la isla de la cocina, compartiendo trocitos de la *pizza* con Puck. Desde que vivíamos solos, era algo que hacíamos a menudo. Así fue como descubrí que le gustaba el pollo frito coreano tanto como a mí.

Cerca de la medianoche, me senté en mi escritorio y saqué un cuaderno del cajón.

Meses atrás, había logrado llamar la atención de Anna con un montón de frases cursis escritas en tazas de café. Traspasé sus muros y conseguí que me mirara de un modo diferente, especial. Empecé a gustarle.

Quizá ahora también pudiera recuperarla de una forma parecida.

57



Día 1

Anna:

Desde que te fuiste no he dejado de repasar una y otra vez todo lo que pasó en el parque. Me equivoqué. Debería haberme quedado a tu lado y haberme limitado a escucharte, era lo que tú necesitabas. Pero me dejé llevar por mis dudas y miedos y hablé sin pensar. Las palabras que te dije te hicieron sentir que debías huir, cuando lo único que yo quería era que te quedaras.

Lo siento mucho. Te fallé en el peor momento y no podré perdonármelo nunca. Tampoco espero que tú me perdones. Solo quiero que sepas que sigo aquí, por si me necesitas. No importa la hora ni el día. Solo llámame, o ven.

También quiero decirte que eres la persona más valiente que he conocido jamás. Lo que has hecho por ti misma, por la memoria de mi madre y por todos nosotros ha sido admirable. Lo único que lamento es que tuvieras que hacerlo sola. No imagino el miedo que debiste de pasar en esa comisaría ni hablando con todas esas personas desconocidas.

Sé que ahora mismo crees que lo nuestro fue un error, pero para mí no lo fue. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y siento haberlo fastidiado.

Te quiero y te echo de menos.

Joel

Doblé la hoja y la metí en un sobre, en el que escribí: «Para Anna».

A la mañana siguiente me levanté un poco más temprano. En lugar de tomar la ruta habitual al Wake Up, me desvié hacia el barrio de Margaret. Llevaba el sobre doblado cuidadosamente en el bolsillo interior de la chaqueta.

Aparqué a unos metros del viejo edificio y me quité el casco. En el horizonte, las primeras luces del amanecer aclaraban el cielo oscuro. Me tomé un momento para recuperar el aliento; desde que había salido de casa, parecía que a mis pulmones se les había olvidado cómo se respiraba. Subí la escalinata y entré en el edificio. Alcanzar la segunda planta solo me llevó unos instantes.

El pasillo estaba en completo silencio, no se oía nada.

Me detuve frente a la puerta y saqué el sobre. Los dedos me temblaban mientras alisaba los bordes. Con sumo cuidado, lo deslicé por debajo de la puerta. Inhalé hasta llenar mi pecho, y luego exhalé despacio tratando de relajar el nudo que tenía en la garganta. Me quedé unos segundos con la palma de la mano apoyada en la madera. Estaba tan cerca de ella, y a la vez tan lejos.

Me obligué a retroceder. Primero un paso, y después otro. Di media vuelta y bajé las escaleras. Notaba una presión sorda bajo las costillas, pero por primera vez en semanas, ese peso no lo sentía como algo malo, sino todo lo contrario.

58



Todas las noches le escribía una nota y a la mañana siguiente la dejaba bajo la puerta de Margaret. Los primeros días, solo me disculpaba con ella. Le repetía con mil fórmulas distintas lo arrepentido que estaba, asumiendo la culpa de todo lo que hice y no hice en el pasado. Volvía una y otra vez a los mismos errores, y le escribía párrafos enteros contándole todo lo que cambiaría si tuviera la oportunidad de volver atrás.

Sin embargo, el tono y la voz de esas notas fueron cambiando por sí solas conforme lo hacía mi ánimo. Escribirle se convirtió en una rutina placentera, en una especie de terapia que me relajaba y me ayudaba a dormir. Poco a poco fui dejando atrás la culpa, el miedo y la angustia, y comencé a hablarle con el corazón lleno de otras emociones.

Con cada nota intentaba llenarla de amor, ternura y cariño. Le decía que la amaba, que era lo más bonito del mundo, tanto por dentro como por fuera. Que era amable, buena, lista y valiente; lo único que quería era que fuese feliz. Porque lo merecía, del mismo modo que merecía que el universo entero la amara.

Le decía que echaba de menos su risa, los ruiditos que hacía al dormir, su nariz roja cuando lloraba con una película y cómo fruncía el ceño cuando pensaba en algo. Echaba de menos verla en nuestra

cama, con el pelo desparramado sobre la almohada, y hacerle cosquillas hasta suplicarme que parara.

También me puse a contarle cosas cotidianas, como que Carly había comenzado a andar y ahora se movía como un pequeño Correcaminos que nunca se cansaba, que Noah y Elle ya habían fijado la fecha de la boda, o que papá y Meryl estaban planeando un viaje a la Patagonia para ver pingüinos.

Y todos la echaban de menos.

59



Día 31

Anna:

Hoy he llevado a Puck al veterinario. Había estado varios días haciendo unos ruidos muy raros: tosía y encogía el estómago como si fuera a vomitar. De verdad, pensaba que de esta no salía, pero nada más llegar a la consulta ha abierto la boca como si fuese un alien y ha escupido la bola más grande y asquerosa que te puedas imaginar.

De vuelta a casa, hemos pasado por una tienda de mascotas que descubrí no hace mucho. Venden unos palitos de pescado que le encantan. Bueno, a lo que iba... tienen unos acuarios enormes, llenos de peces de todas las especies. Puck los miraba alucinado. Al principio creía que era porque quería comérselos; pues no, le chifla observarlos. Se quedaba mirando las peceras como si fuesen un televisor.

Por cierto, ahora tenemos un acuario de un metro en el salón. Seguro que a ti también te gusta.

Esta noche, los chicos y yo tenemos un bolo. Debo marcharme ya.

Intento no echarte tanto de menos, pero me cuesta y creo que solo consigo el efecto contrario: extrañarte mucho más.

No me olvides.

Te quiero,

Joel

60



Habíamos cerrado el Wake Up hacía apenas diez minutos. El bullicio de la calle se había quedado tras la puerta, mientras dentro nos apresurábamos a recoger y limpiar para irnos a casa y descansar.

Yo estaba en la barra haciendo el cierre, concentrado en contar sin errores el efectivo de las cajas. A mi lado, Manuel tomaba nota de los productos que había que reponer en los armarios.

De repente, se oyó un gran estruendo que provenía de la cocina. Y sin tiempo para asimilar nada más, alguien gritó:

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Llamad a una ambulancia ya!

Solté el dinero y eché a correr hacia la cocina con el corazón en la garganta, preguntándome qué demonios habría pasado. Crucé las puertas de vaivén y la escena que vi me dejó paralizado. Levi se encontraba sentado en el suelo, entre la pared de armarios y la isla central, y con ambas manos presionaba su pierna derecha por encima de la rodilla. Una mancha de sangre, roja y brillante, se extendía bajo ella por el piso.

Me abrí paso y me arrodillé junto a él.

—¿Qué ha pasado? —inquirí alterado mientras le sacaba la cinta a mi delantal.

—No lo sé. Al abrir el cajón se ha resbalado y todo lo que había dentro ha salido volando —explicó uno de los ayudantes—. El

santoku le ha golpeado la pierna.

Con rapidez, rodeé su muslo con la cinta y apreté fuerte para hacerle un torniquete.

—¡Joder! —gritó Levi entre dientes.

—Lo siento, pero tengo que parar la hemorragia, estás perdiendo mucha sangre.

Di otro tirón e hice un nudo. Luego agarré un paño y le aparté las manos para seguir presionando yo. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Estaba pálido y parecía mareado.

—¡Eh! ¿Cómo va eso? —le pregunté.

—No me encuentro bien, Joel —me dijo con la voz entrecortada.

El pánico se apoderó de mí.

—¡¿Dónde está la ambulancia?! —grité.

—Ya viene de camino —respondió alguien.

Después de lo que me pareció una eternidad, un equipo médico irrumpió empujando una camilla. Enseguida se ocuparon de Levi. Lo estabilizaron con rapidez y lo subieron a la ambulancia. Me dijeron que iban a llevarlo al Hospital General de Massachusetts. Así que, tras dejar a Isabella a cargo del café, me dirigí hasta allí sin perder un segundo.

Levi entró esa misma tarde en el quirófano. El cuchillo le había hecho un corte limpio, pero seccionó una arteria secundaria. Si la ambulancia hubiera tardado solo un poco más en llegar, se habría desangrado. Por suerte, todo quedó en un susto, uno de los grandes.

Lo ingresaron en cuidados intensivos durante un par de días. Aunque no podíamos estar con él y las visitas eran de pocos minutos, Becca y yo no nos movimos de la sala de espera en todo

ese tiempo. Meryl se ocupó de Carly y a papá solo lo dejábamos quedarse a ratos. Debía cuidar su corazón y un hospital no era el mejor lugar para él. Por eso le pedí que cuidara del gato y de los peces.

Al tercer día, los médicos dieron la orden de llevarlo a una habitación.

Me senté en la cama, a su lado, y lo miré con una sonrisa. Él me devolvió el gesto, somnoliento por los analgésicos.

—El médico dice que ese torniquete chapucero que hiciste me salvó la vida —bromeó.

Me reí casi sin fuerzas; estaba agotado y necesitaba una ducha con urgencia.

—Me alegra ver que aún tienes ganas de meterte conmigo. Significa que no te estás muriendo.

Soltó una risita y se acomodó sobre la almohada sin dejar de mirarme.

—Dicen que tardaré de diez a doce semanas en recuperarme por completo.

—Eso he oído.

—El café...

—Venga ya, Levi —lo corté—. Olvídate del café. Yo puedo ocuparme de todo sin problema, ¿vale? Ya lo he hecho otras veces.

—Es mucho trabajo para ti solo —se lamentó.

—Ya me compensarás con unas vacaciones pagadas.

Nos quedamos en silencio, incapaces de apartar la mirada el uno del otro. Ambos éramos conscientes de lo cerca que él había estado de la muerte. Al final, fui yo el que desvió los ojos primero, le di una palmada en el pecho y me levanté para dejarlo descansar.

—Duerme un poco. Becca y papá vendrán en un rato.

—Entonces, vete a casa y duerme tú también. Estás hecho un asco.

Le hice caso y abandoné el hospital.

Cuando entré en casa me desplomé en el sofá. Llevaba tres noches sin apenas dormir y con la misma ropa que mi padre me había llevado al hospital para cambiarme la que se había manchado.

Puck salió del pasillo y se frotó contra mis tobillos soltando un maullido suave. Le acaricié la cabeza en silencio y lo tomé en brazos. Al ponerme en pie, mi mirada se detuvo en el escritorio, donde seguía abierto el cuaderno. Pensé en Anna. Le debía tres notas y, por un momento, tuve la tentación de sentarme y escribirle, pero estaba tan cansado que era incapaz de unir dos frases que tuvieran sentido. Necesitaba una ducha y dormir ocho horas del tirón. Después podría escribirle y contarle lo que le había pasado a Levi.

61



¡Ding-dong! ¡Ding-dong! ¡Ding-dong!

Me incorporé de golpe en la cama, con el corazón latiéndome muy deprisa y completamente desorientado. Todo me daba vueltas. Miré a mi alrededor y tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba en casa, en mi habitación. Eché un vistazo al reloj que había en la mesita; eran las siete de la tarde, por lo que llevaba unas nueve horas durmiendo.

El timbre volvió a sonar de forma insistente.

Salí de la cama y me dirigí a la entrada, mientras me frotaba la cara y me pasaba las manos por el pelo revuelto. No conseguía espabilarme. Quité el cerrojo y abrí la puerta, pensando que sería algún vecino o un repartidor, aunque no recordaba haber comprado nada *online*.

Me quedé de piedra.

Anna estaba en medio del pasillo. Con el pelo suelto y alborotado, las mejillas rojas y los labios brillantes. Llevaba un vestido azul de tirantes, bajo una rebeca muy fina de color crema. Estaba preciosa.

Levantó la barbilla y clavó sus ojos en mí.

El mundo entero se detuvo a nuestro alrededor.

Nos observamos en silencio, apenas separados por el umbral de la puerta.

—¿Por qué has dejado de escribirme? —me preguntó, y su voz sonó bajita y suave, pero firme.

Contuve el aliento. Todo este tiempo había leído mis notas.

—Levi tuvo un accidente en el café —logré responder—. Se cortó con un cuchillo y tuvieron que operarlo. He estado en el hospital con él los últimos tres días.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Ha sido grave? ¿Está bien?

—Ha sido bastante grave, pero se pondrá bien.

—Menos mal.

Fue a decir algo más, pero yo me adelanté.

—¿Quieres pasar?

—No sé si...

—Por favor —le rogué.

—Vale.

Me hice a un lado y ella entró dando pasos cortos. Se detuvo junto al sofá y miró a su alrededor como si lo viera todo por primera vez. De repente, Puck vino corriendo desde el pasillo maullando como un loco. Fue directo a ella y se frotó contra sus tobillos.

—¡Puck! —exclamó, y se arrodilló en el suelo para acariciarlo.

Enredó los dedos en sus orejas y luego hundió la nariz en su cuello, mientras el gato no dejaba de ronronear. Desde arriba, yo no podía quitarle los ojos de encima. Me sentía feliz de tenerla allí, pletórico y nervioso a la vez.

—¿Te estás portando bien, eh? ¿Estás siendo bueno?

—Está contento de verte.

—Yo también me alegro de verlo.

Respiré hondo sin dejar de observarla. Tenía tantas cosas que decirle que se me amontonaban en la garganta, pero solo dije unas pocas palabras:

—Te ha echado de menos —dije en voz baja. Ella levantó la barbilla para mirarme—. Y yo también.

Anna soltó a Puck y se puso en pie. Apoyó su peso en una pierna, y luego en la otra, como si no supiera qué hacer. Su mirada nerviosa se desplazó por el salón. Vi que se detenía en el perchero, después se fijó en la silla. Soltó el aire poco a poco.

—Mis cosas siguen aquí.

—Todo está como lo dejaste. No he tocado nada —le confesé.

—¿Por qué?

—Porque esperaba que regresaras. —Hice una pequeña pausa—. Y aquí estás.

—He leído todas tus notas. Varias veces. Muchas, en realidad.

Sonreí. Di un paso hacia ella sin poder evitarlo, era como si un hilo invisible tirara de mí.

—Las escribí para ti, y todo lo que digo en ellas es cierto. Cada palabra.

Bajó la cabeza y su pecho se llenó con una inspiración.

—Todo este tiempo has sabido que vivo con Margaret, ¿verdad? Desde que apareciste en su puerta. —Asentí, y ella se aclaró la garganta—. Pero has mantenido las distancias. —Asentí otra vez—. ¿Por qué?

—Porque no quiero presionarte ni condicionarte de ningún modo. Quiero que seas libre de elegir, Anna. Si quieres verme o no, es decisión tuya.

Me miró con los ojos muy abiertos dejándome ver toda su vulnerabilidad.

—¿Y tú?

—Seguiré aquí, esperando hasta que me des una respuesta.

Tragó saliva.

—¿Y si no encuentro esa respuesta?

Alcé una ceja y sonreí lentamente. El corazón me decía que su presencia allí solo podía significar una cosa. Di otro paso, acortando un poco más la distancia que nos separaba.

Incliné la cabeza a un lado.

—¿Tan segura estás de que no la has encontrado ya?

—Si lo hubiera hecho, lo sabría, ¿no crees? —replicó con las mejillas encendidas.

—No sé, eres bastante despistada. Y a veces te cuesta un poquito.

—¿Qué quieres decir? —saltó.

Me eché a reír, no pude contenerme.

—¿Qué te hace tanta gracia? —refunfuñó, poniendo mala cara.

Di otro paso, ya casi no quedaba espacio.

—Echaba tanto de menos estas conversaciones de besugos —dije en voz baja.

Alzó la barbilla y me miró a los ojos.

—Tú eres el besugo. Yo soy la trucha.

Me perdí en el momento en que susurró esas palabras. Moví la mano y la acerqué con cautela a su mejilla. Cuando mi piel tocó la suya, cedió al contacto y colocó su mano sobre la mía.

—¿Por qué has venido? —le pregunté.

—Has dejado de escribirme y me he preocupado por si te había pasado algo.

—¿Aún te preocupas por mí?

Asintió y me sostuvo la mirada. Quería abrazarla. Quería sentirla.

—Más que por nadie —respondió.

El corazón me latía muy rápido, era como si se me fuese a salir del pecho. Deslicé mi otra mano por su cintura. Me incliné y apoyé mi frente contra la suya.

—¿Y si no hubiera dejado de escribirte? ¿Y si no te hubiera preocupado?

Negó con la cabeza y cerró los ojos.

—Imagino que habría buscado una excusa.

Sentí una sacudida bajo las costillas.

—Eso se parece a una respuesta —susurré, estrechándola contra mí.

—Sí, ¿verdad?

Hundió el rostro en mi cuello y un temblor me recorrió de arriba abajo cuando sentí su aliento caliente en la piel. Me eché hacia atrás para mirarla a los ojos.

—Quédate. No te vayas —le rogué, aun cuando le había asegurado que no lo haría—. Desde que te marchaste soy un desastre. Te echo de menos a todas horas y siempre estoy del mal humor. Solo pienso en ti y en lo mucho que me gusta estar contigo. Eres mi persona favorita en el mundo. Y puedo asegurarte que nunca me había sentido así por nadie. Jamás. Así que la culpa es tuya y tienes que arreglarlo. Porque te quiero, te quiero muchísimo, y quiero casarme contigo y tener muchos hijos. Y si no es contigo, no será con nadie. Prefiero quedarme solo el resto de mi vida.

Ladeó la cabeza con una pequeña sonrisa.

—¿Has acabado ya?

—¿Te he dicho que te quiero?

Tomó mi rostro entre sus manos y me besó. Cerré los ojos, envuelto en su olor y su sabor. Un beso lento, delicado y lleno de amor. Me rodeó el cuello con los brazos y profundizó el beso. Me encantaba cuando tomaba el control, cuando era ella la que decidía y yo solo tenía que darle lo que me pedía.

Nos separamos con la respiración entrecortada.

—¿De verdad quieres tener muchos hijos? —me preguntó, aún con los ojos cerrados.

Una risa inesperada me brotó del pecho y la abracé muy fuerte contra mí.

—No sé si muchos, pero quiero tener hijos contigo. Y si no quieres, tampoco pasa nada.

—Sí que quiero —se apresuró a decir—. Pero más adelante.

—¿Y casarnos?

Se humedeció los labios.

—No estoy segura de si quiero casarme.

—¿Por qué no?

—No lo sé, es que... Pienso que dos personas pueden estar juntas para siempre sin tener que casarse.

—De eso nada —salté.

—¿Por qué es tan importante?

—Es que Levi me dijo que nunca me casaría con nadie porque soy un idiota y yo aposté quinientos dólares a que sí lo haría. Tenemos que casarnos —dije sin lugar a discusión.

—De acuerdo, nos casaremos —cedió entre risas.

Me zambullí en su mirada color caramelo y le di un beso fugaz. Solo rozar sus labios me hacía sentirme más vivo que nunca. Nos miramos durante una eternidad.

Dejando escapar un suspiro ahogado, tomé su rostro entre mis manos.

—Entonces, se acabó el huir —dije en voz baja.

—Se acabó.

—¿Lo prometes?

Asintió varias veces.

—Cuando todo nos supere, lo enfrentaremos juntos.

—Juntos —repetí.

—Para siempre.

—Para siempre.

Me la quedé mirando fijamente a los ojos. Me incliné y acaricié sus labios con los míos. Sabía a menta y azúcar. Gimió bajito y ese sonido me derritió por dentro. No era capaz de imaginar una vida sin Anna y, por esa razón, iba a hacer todo lo posible para que nunca quisiera irse de mi lado.

No podría volver a una realidad donde ella no estuviera.

La había perdido una vez, y no pensaba perderla de nuevo.



Epílogo

Dicen que las heridas son como las huellas dactilares, cada uno tiene las suyas, y las historias que nacen de ellas no pueden coincidir con las de nadie más. Puede que suene absurdo, pero siempre encontré cierto consuelo en esa idea.

Todos sufrimos a lo largo de nuestra vida por infinidad de motivos: abandono, abuso, desamor, engaño, enfermedad, pérdida, ruptura, soledad... Mires donde mires, encontrarás a alguien pasando por un momento difícil; y se supone que esa realidad debe reconfortarnos porque... ¡Mira, no eres el único que sufre! ¡A los demás también les duele! ¡A todo el mundo le pasan cosas malas!

Sin embargo, ese pensamiento no alivia, solo le resta importancia a nuestro dolor. Es como si una voz te susurrara al oído: «Deja de estar triste, no tienes derecho a quejarte».

Pero el tormento ajeno no hace que tus heridas duelan menos, por mucho que intenten convencerte de lo contrario, porque son tuyas y de nadie más. Solo tú sabes quién las abrió y las hizo sangrar; también quién se quedó a tu lado para escribir contigo una historia que las hiciera sanar.

Porque no todas las personas te hacen daño ni te rompen el corazón. Las hay que quieren cuidarte y que te sientas a salvo, para

las que eres una prioridad y no te abandonarían por nada del mundo. Que te aman con el alma al descubierto.

Como Joel me ama a mí.

Él me ha enseñado que no puedo vivir esperando una tormenta que tal vez nunca llegue. Que para conseguir lo que deseo solo tengo que atreverme, porque las cosas se buscan, no se esperan. Me ha enseñado que no me define ningún pasado, solo las decisiones que tomo y también las que no.

Elegí quedarme y darnos otra oportunidad.

Y sé que acerté, porque ahora cada mañana que despierto y lo descubro a mi lado puedo ver el mundo entero en sus ojos. Él es mi arcoíris en el cielo. Su sonrisa ilumina mis sombras. Su abrazo es mi casa y sus besos son el aire que me mantiene con vida. Mi amante a la luz de la luna.

Lo amo con locura; incluso cuando discutimos y nos convertimos en dos galaxias colisionando. Porque cuando estamos juntos olvidamos contenernos y lo que sentimos se desborda sin pensar. También cuando nos dejamos llevar por el deseo y la impaciencia que nos hace arrancarnos la ropa, cegados por la necesidad de liberar ese nudo apretado que nos quema en el vientre.

Supongo que este es el precio inevitable de querernos siempre al límite.

Abro los ojos y miro el resultado del segundo *test*: dos rayas nítidas, no hay ninguna duda.

Me siento en el borde de la bañera y me acaricio la tripa con la mano. No puedo creerlo.

De repente me asalta el recuerdo de una frase que leí en alguna parte: «La vida es un universo de posibilidades que crecen dentro de ti». Encaja demasiado bien en esta situación y me rio; no puedo evitarlo porque estoy asustada.

Joel y yo llevamos tres años juntos, tenemos una relación estable y segura, y sé que a este bebé no le faltará de nada. Pero siento que aún es pronto; soy muy joven para ser madre. Todavía estoy aprendiendo a cuidar de mí misma, ¿cómo podré hacerlo bien con un ser tan pequeño e indefenso?

Suspiro y me pongo en pie. Recorro el pasillo hasta la cocina y me asomo a la ventana. Busco a Joel más allá de las dunas de arena. Lo descubro sentado en la orilla, frente al mar. Abro la puerta y salgo de la casa. Cruzo la terraza con los pies descalzos, aún guarda el calor del mediodía en sus tablas, y bajo la pasarela.

El aire salado de principios de verano me envuelve, trayendo consigo el eco constante de las olas al romper. A mi alrededor no hay nada más que un mundo abierto: una lengua infinita de playa salvaje, donde el océano se extiende inmenso y solitario bajo el cielo del atardecer.

Camino despacio, sintiendo como la arena tibia y fina se hunde suavemente bajo las plantas de mis pies a cada paso. El peso de la noticia sigue latiendo con fuerza en mi pecho, una mezcla de vértigo y ternura que apenas sé cómo contener.

Encuentro a Joel sentado, con su cuaderno apoyado sobre la pierna y un bolígrafo en la mano; desde hace un tiempo compone canciones para su banda. Tiene la mirada perdida en el horizonte y está tan ensimismado que no se percata de mi presencia hasta que me paro a su lado. Levanta la cabeza, sorprendido, y una sonrisa enorme se dibuja en su cara de inmediato. Me tiende la mano al ver que me inclino para sentarme junto a él.

—¡Hey! —me saluda.

—¡Hey! —repito.

Le acaricio la cabeza. El pelo le cubre las orejas y la nuca, y me encanta la sensación que me produce enredar los dedos en esos

mechones largos y revueltos. Me rodea los hombros con el brazo y me inclino hacia él. Cierro los ojos e inspiro el aroma que desprende su piel. No sé cómo empezar. Una vez que lo exprese en voz alta será completamente real.

Mientras busco las palabras, tiemblo por dentro y mi respiración se acelera.

Joel me mira con curiosidad, sus dedos me acarician la mejilla.

—¿Estás bien?

Sonrío y me estiro para besarlo en la boca.

Luego me separo un poco, le cojo la mano y la deslizo por mi tripa.

—Sí, creo que estamos bien.

—¿Estamos?

—Sí, en plural —me rio nerviosa—. Desde ahora y por un tiempo, voy a tener que compartir este cuerpo con otra personita.

Joel parpadea confundido y tarda unos segundos en entender lo que le estoy diciendo.

—¿Estás embarazada?

—Creo que salgo de cuentas en enero.

Abre mucho los ojos, está aturdido y boquiabierto.

—¿Vamos a tener un bebé? —pregunta y puedo sentir la ilusión que tiembla en su voz.

—Sí —sonrío.

Mira hacia abajo y la palma de su mano se abre sobre mi vientre. Traga saliva y busca mis ojos; los suyos brillan como si una luz los iluminara desde dentro. Acto seguido, sus labios están sobre los míos. Me abraza y el beso me corta la respiración. Caemos hacia atrás y me cubre con su cuerpo.

—Joder, ¡voy a ser padre! —exclama mirándome con adoración. Cierra la boca de golpe, avergonzado—. Ya no debería decir cosas

como joder, ¿verdad?

Rompo a reír.

—Dudo que ahora pueda entenderte. Tendrá el tamaño de una lenteja.

—¿Qué será: niño o niña?

Me encojo de hombros y contemplo su rostro. Le aparto el pelo con ambas manos para verlo mejor.

—¿Cómo esperas que lo sepa?

La felicidad que siente se concentra en sus ojos azules.

—¿Y si son dos? Mellizos. Niño y niña. ¡Sería genial!

Me quedo mirándolo estupefacta y él me apretuja contra su cuerpo muerto de risa mientras me da mordisquitos en el cuello. Me hace cosquillas y me río con él. También lo abrazo. Lo hago muy fuerte.

Ya no me imagino el mundo sin él.

Mi corazón lleva su nombre.

Su risa es mi música.

Lo amo.

Y sé que durará toda la vida.

Fin.

Agradecimientos

No sabía cuánto necesitaba esta historia hasta que comencé a escribirla. Ha sido un viaje precioso, completamente improvisado, cuyo destino final no he conseguido ver hasta el último momento. Pero ahí residía la magia de este proyecto.

Me enamoré de Joel nada más conocerlo. De él, de Anna, de Levi y de cada uno de los personajes. A través de ellos he aprendido un poquito más sobre mí y ese universo interior que, día a día, crece dentro de mí.

Gracias a Irene, Laura, Anna y Javier, por aguantar mis problemas con el calendario y ser el mejor equipo que podría tener.

A mi familia, mi razón.

A Celia, por intentarlo cada día. Crees que no, pero veo hasta el paso más pequeñito que das y lo vivo contigo.

A Andrea, porque no podría haber encontrado mejor compañera de locuras.

A todos los que entendéis mi amor por BTS. Soy fan del grupo desde 2018 y conocerlos en persona este año ha sido una de las cosas más maravillosas que me han pasado nunca; sobre todo, conocerlo a él. Por esa razón no podía dedicarle este libro a nadie más, porque dejé de pensar que era rara el día que escuché mis propios pensamientos en sus palabras ante millones de personas. Y

pensé: «Si él puede y tiene el valor, ¿por qué yo no?». ¡Qué loco suena esto!

Y gracias a ti, que estás leyendo esto, por sostener mi mano novela a novela.

«Quiero quedarme en este sueño, no me salves».
Like Crazy, Jimin

Mensajes en tazas de café
María Martínez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: María Martínez, 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Diseño de cubierta: Departamento de Diseño, Crossbooks
Ilustración de cubierta: @Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
CROSSBOOKS, 2026
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32652-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta